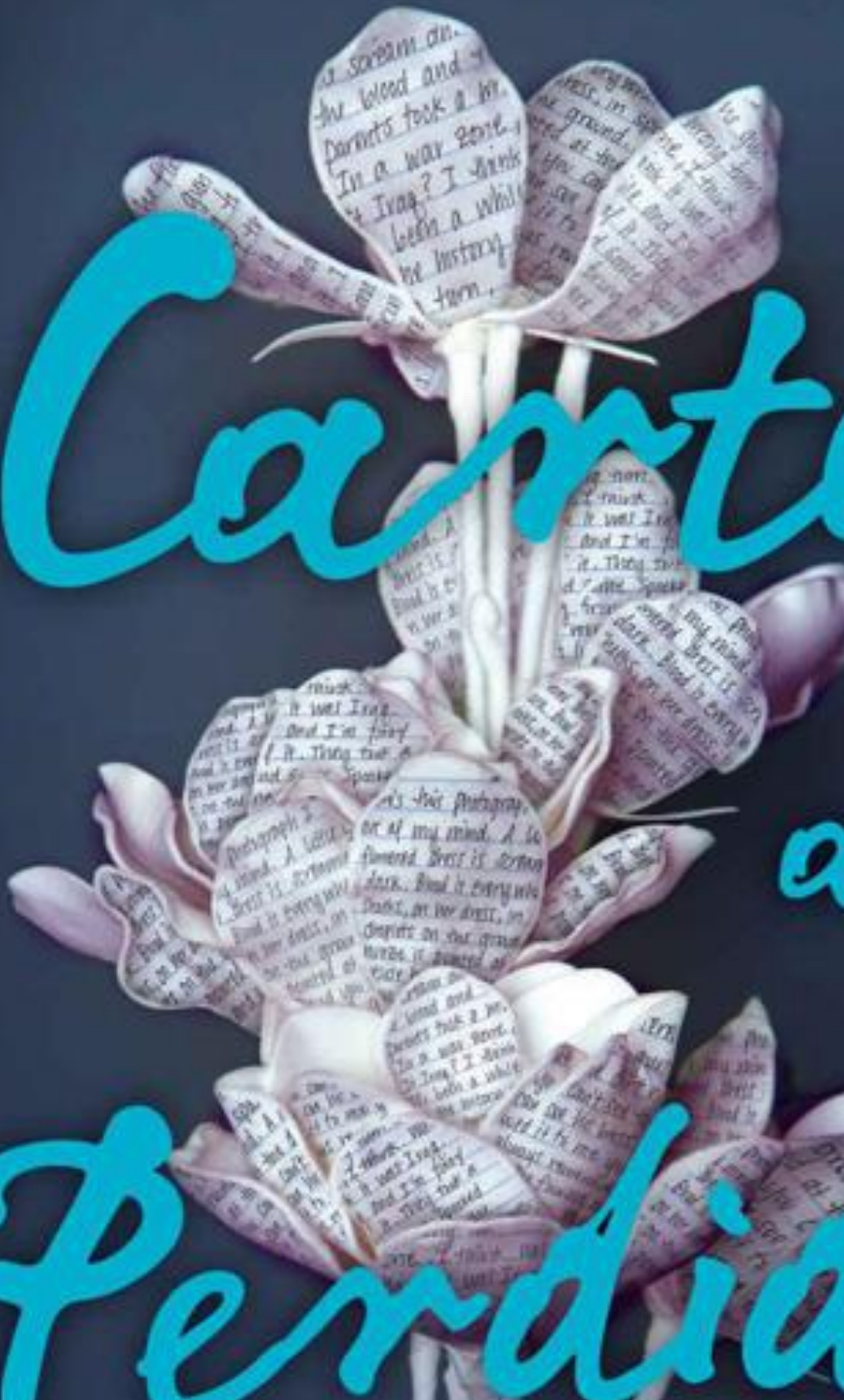


¿Y si las palabras de un  
desconocido pudieran  
sanar tu corazón?




# Cartas a los Perdidos

Brigid Kemmerer





*Cartas  
a los  
Perdidos*



He empezado 35 cartas, y todas comienzan con "Tenga 17", pero después no puedo escribir más. No quiero arruinar lo que tenemos. No quiero perderlo.

Me veo como una estúpida. Parece que estuviera aquí sentada escribiendo cartas a la oscuridad, esperando una respuesta.

Ni siquiera te conozco, pero siento que te entiendo. Siento que me entiendes.

Y eso es lo que más me gusta de todo esto.

# Cartas a los Perdidos

Brigid Kemmerer  
Traducción: Vanesa Fusco



*Para Michael.*

*Soy tan afortunada de tenerte a mi lado*

*en esta montaña rusa.*

*(Más que nada, porque*

*no dejamos que el otro se baje).*

# Capítulo 1

Hay una foto que no me puedo sacar de la cabeza. Una niña con un vestido floreado grita en la oscuridad. Se ve sangre por todos lados: en sus mejillas, en el vestido, en gotas que salpican el suelo. Un arma apunta al camino de tierra, al costado de la niña; no se ve al hombre, pero se pueden ver sus botas. Me mostraste esa foto hace años y me contaste la historia del fotógrafo que la tomó, pero todo lo que recuerdo es la expresión del grito y las flores y la sangre y el arma.

Sus padres se equivocaron de camino o algo por el estilo. En una zona de guerra, quizás. ¿Era en Irak? Creo que era en Irak. Fue hace mucho y no recuerdo bien la historia. Se equivocaron de camino, unos soldados se asustaron y empezaron a disparar al auto. Los padres murieron en el momento.

La niña corrió mejor suerte. ¿O peor?

No sé.

Al principio se ve el horror, porque está grabado a la perfección en el rostro de la pequeña.

Después se ven los detalles. La sangre. Las flores. El arma. Las botas.

Algunas de tus fotos son así de atrapantes. Quizás debería pensar en tu trabajo. Me parece mal estar apoyada contra tu lápida pensando en el talento de otro.

No lo puedo evitar.

A la niña se le nota en la cara. Están destrozando su realidad, y ella lo sabe.

Su madre ya no está, y ella lo sabe.

Hay agonía en esa imagen.

Cada vez que la veo, pienso: “Sé perfectamente cómo se siente”.

Tengo que dejar de mirar esta carta.

Solamente levanté el sobre porque se supone que tenemos que quitar cualquier cosa personal frente a las lápidas antes de cortar el césped. Me tomo mi tiempo porque ocho horas son ocho horas, y no es que me paguen por esto.

Mis dedos manchados de grasa dejaron marcas en el papel. Debería arrojar la carta a la basura antes de que alguien se dé cuenta de que la toqué.

Pero mis ojos siguen repasando los trazos del bolígrafo. La letra es cuidada y pareja, pero no perfecta. Al principio no puedo descifrar qué me llama tanto la atención, pero después lo veo claramente: esas palabras fueron escritas por una mano temblorosa. La mano de una chica, por lo que veo. Las letras son bastante redondeadas.

Miro la lápida. Parece nueva. El granito brillante está grabado con unas letras bien definidas: *Zoe Rebecca Thorne. Amada esposa y madre.*

La fecha en que murió me pegó fuerte. El veinticinco de mayo de este año. El mismo día en que me tomé una botella entera de whisky, me subí a la camioneta de mi padre y la choqué contra un edificio de oficinas vacío.

Es curioso cómo esa fecha está grabada en mi cerebro, pero también lo está en el de otra persona por algo totalmente distinto.

*Thorne.* El nombre me suena, pero no lo puedo ubicar. Se murió hace unos meses nomás, y tenía cuarenta y cinco, así que por ahí salió en las noticias.

Seguro que yo tuve más prensa.

–¡Ey, Murph! ¿Qué estás haciendo?

Doy un salto y dejo caer la carta. Melones, mi “supervisor”, está parado en la cima de la colina, pasándose por la frente un pañuelo empapado de sudor.

En realidad, su apellido no es Melones, como tampoco el mío es Murph. Pero si él se va a tomar libertades con *Murphy*, yo voy a hacer lo mismo con *Meléndez*.

La única diferencia es que yo no se lo digo en la cara.

–Perdón –respondo, y me inclino para levantar la carta.

–Pensé que ibas a terminar de cortar el césped de esta sección.

–Sí, y lo voy a hacer.

–Si no lo haces tú, entonces lo tengo que hacer yo. Me quiero ir a casa, nene.

Siempre se quiere ir a su casa. Tiene una hija de tres años que está totalmente obsesionada con las princesas de Disney. Ya sabe el abecedario y los números. El fin



de semana pasado celebró su cumpleaños con quince niños de su clase de preescolar, y la esposa de Melones hizo un pastel.

Me importa un carajo todo esto, claro. Pero es que no puedo lograr que el tipo cierre la boca. Por algo dije que iba a encargarme de esta sección yo solo.

–Ya sé –le dije–. Yo lo hago.

–Si no lo haces, no te voy a firmar la planilla de hoy.

Me da rabia, pero debo recordar que si hago alguna estupidez, es probable que la jueza se entere. Y ella ya me odia.

–Dije que lo iba a hacer.

Melones hace un gesto desdeñoso con la mano, se da vuelta y va hacia el otro lado de la colina. Piensa que lo voy a dejar colgado. Por ahí pasó eso con el tipo anterior. No sé.

Un momento después, oigo que se enciende su cortadora.

Tendría que terminar de quitar los recuerdos que dejan aquí para subir a mi cortadora también, pero no lo hago. El sol de septiembre da mucho calor en el cementerio, y me tengo que correr el pelo húmedo de la frente. Uno diría que estamos en la Florida, en vez de hallarnos más al norte, en Annapolis, Maryland. El pañuelo que Melones llevaba en la cabeza casi parecía algo previsible, un lugar común, pero ahora lo envidio.

Odio todo esto.

Tendría que estar agradecido por que me hayan dado servicio comunitario, lo sé. Tengo diecisiete años, y durante un tiempo parecía que en el tribunal me iban a tratar como a un adulto, pero no es que hubiera matado a alguien. Fue solo daño a la propiedad. Y tener que hacer el mantenimiento del césped de un cementerio no es precisamente una condena a muerte, a pesar de que la muerte me rodea.

Como sea, odio todo esto. Yo digo que no me importa lo que la gente piense de mí, pero es mentira. A cualquiera le importaría si todo el mundo pensara que uno no es

más que una bomba de tiempo. Las clases empezaron hace unas semanas nomás, pero es probable que la mitad de mis profesores esperen que, en cualquier momento, entre a los tiros en la escuela. Ya me imagino mi foto en el anuario del último año. *Declan Murphy: El mejor candidato a cometer un delito.*

Me causaría muchísima gracia si no fuera tan deprimente.

Vuelvo a leer la carta. El dolor emana de cada palabra como una llamarada. Es ese dolor que te hace escribir cartas a alguien que nunca las va a leer.

Ese dolor que te *aísla*. Ese dolor que puedes asegurar que nadie más ha sentido, *jamás*.

Mis ojos se posan en los últimos renglones.

A la niña se le nota en la cara. Están  
destrozando su realidad, y ella lo sabe.

Su madre ya no está, y ella lo sabe.

Hay agonía en esa imagen.

Cada vez que la veo, pienso: “Sé perfectamente  
cómo se siente”.

Sin pensarlo, tomo un lápiz cortito de mi bolsillo y lo presiono contra el papel.

Justo debajo de la letra temblorosa de la muchacha, agrego dos palabras.

## Capítulo 2

Yo también.

Las palabras están temblando, y me doy cuenta de que no es el papel el que se mueve: es mi mano. Esas palabras ajenas casi me queman la vista.

Alguien leyó mi carta.

*Alguien leyó mi carta.*

Miro a mi alrededor como si esto acabara de pasar, pero el cementerio está vacío. No he venido desde el martes. Ya es jueves a la mañana, así que es un milagro que la carta siga intacta. Por lo general, el sobre desaparece por culpa del clima o de algún animal, o porque quizás se lo llevó el personal del cementerio.

Pero esta vez no solo la carta *sigue* aquí, sino que alguien sintió la necesidad de agregar un comentario.

La hoja sigue temblorosa en mi puño.

*No puedo...*

*Esto es... Qué... quién haría... cómo...*

Quiero gritar. No puedo ni pensar en oraciones completas. La furia me carcome las entrañas.

Esto era privado. *Privado*. Entre mi madre y yo.

Tiene que ser un tipo. Los bordes del papel tienen marcas de dedos grasientos, y la letra es medio cuadrada. Huele a arrogancia... la arrogancia de insertarse en el dolor de otra persona y pretender adueñarse de una parte. Mamá decía que las palabras

siempre llevan un poco del alma de su autor, y casi puedo sentir cómo emerge esa alma de la hoja de papel.

*Yo también.*

No, él también *no*. No tiene *ni idea*.

Voy a presentar una queja. Esto es inaceptable. Esto es un cementerio. La gente viene aquí a llorar una pérdida en privado. Este es mi espacio. MÍO. No de él.

Salgo dando pisotones por el césped, negándome a que la brisa fresca de la mañana se robe siquiera una chispa del fuego que me consume. Me duele el pecho y, peligrosamente, estoy al borde de las lágrimas.

Esto era nuestro. De ella y mío. Mi madre ya no puede responder, y las palabras que él escribió en mi carta parecen hacerlo más evidente. Es como si me hubiera apuñalado con el lápiz.

Para cuando llego a la cima de la colina, tengo lágrimas en las pestañas y mi respiración se volvió temblorosa. El viento me dejó todo el pelo revuelto. En cualquier momento voy a quedar hecha un desastre. Voy a llegar tarde a la escuela con los ojos enrojecidos y el maquillaje corrido. Otra vez.

Antes la orientadora mostraba algo de compasión. La señora Vickers me llevaba a su oficina y me ofrecía una caja de pañuelos descartables. Al final del anteúltimo año de la secundaria, me daban palmadas en el hombro y me susurraban al oído que me tomase todo el tiempo que necesitara.

Ya estamos a mediados de septiembre y mamá murió hace meses. Desde que empezaron las clases, todos se preguntan cuándo voy a volver a la normalidad. La señora Vickers me paró el martes pasado y, en lugar de mirarme con ojos comprensivos, frunció los labios y me preguntó si seguía yendo al cementerio todas las mañanas, y me dijo que quizás deberíamos hablar sobre formas más constructivas de aprovechar el tiempo.

Como si a ella le importara.

Igualmente, no voy *todas* las mañanas. Voy solamente en las mañanas en que papá se va antes al trabajo... aunque la mitad de las veces estoy convencida de que igual ni se enteraría. Cuando está en casa, se hace dos huevos y los come con un tazón de uvas que arranqué de la parra y después lavé. Se sienta a la mesa y se queda mirando la pared, sin decir una palabra.

Yo podría incendiar la casa y quién sabe si él lograría escapar a tiempo.

Hoy fue una de esas mañanas en las que papá se fue más temprano a trabajar. La luz del sol, la brisa, la paz y la tranquilidad del cementerio... todo parecía una bendición.

Las dos palabras garabateadas en mi carta parecen una maldición.

Hay un hombre de ascendencia hispana de unos cuarenta años en el camino pavimentado. Está quitando hojas y recortes de césped con una sopladora y se detiene cuando me acerco. Lleva puesto una especie de uniforme de mantenimiento, y el nombre *Meléndez* le cruza el pecho.

—¿En qué la puedo ayudar? —me pregunta, con un ligero acento. Su mirada no es descortés, pero se ve cansado.

Se oye el hastío en su voz. Debo tener un aspecto feroz. Espera una queja. Se nota.

Bueno, estoy por quejarme. Tendría que haber alguna especie de norma que prohíba esto. Mi puño aprieta la carta dentro, estrujándola, y tomo aire para hablar...

Pero me detengo.

No puedo. A ella no le gustaría que haga esto.

*Calma, Juliet.*

Mamá siempre supo mantener la calma. Sensata, tranquila en medio de una crisis. Tenía que ser así, con la cuestión de que iba de una zona de guerra a otra.

Además, estoy a punto de sonar como una loca drogada. Ya me veo así. ¿Qué voy a decir? ¿*Alguien escribió dos palabras en mi carta?* ¿Una carta que le escribí a alguien que *ni siquiera está viva?* Podría haberlo hecho cualquiera. Hay miles de

tumbas alrededor de la de mi madre. Deben venir decenas de personas por día, quizás más.

¿Y qué va a hacer el tipo que mantiene el césped? ¿Quedarse al lado de la lápida de mi madre? ¿Instalar una cámara de seguridad?

¿Atrapar a alguien con un lápiz escondido?

—No pasa nada —respondo—. Disculpe.

Vuelvo a la tumba y me siento en el césped. Voy a llegar tarde a la escuela, pero no me importa. A la distancia, se oye que la sopladora de hojas del señor Meléndez se vuelve a encender, pero en este lugar estoy sola.

Le he escrito veintinueve cartas desde que murió. Dos cartas por semana.

Cuando estaba viva, le escribí cientos de cartas. Por su profesión, ella tenía que mantenerse al día con las últimas tecnologías, pero anhelaba la permanencia y la precisión de lo de antes. Cartas escritas a mano. Cámaras de rollo. Sus fotos profesionales siempre eran digitales, para poder editarlas en cualquier lugar, pero le encantaban los rollos de película. Ella podía estar en algún desierto africano, fotografiando situaciones de hambruna, violencia o malestar político, pero siempre encontraba tiempo para escribirme una carta.

También nos comunicábamos como todo el mundo, por e-mail y videollamada, cuando ella tenía la oportunidad. Pero las cartas... esas sí que tenían un significado especial. Todas las emociones atravesaban el papel, como si la tinta, la tierra y los borrones causados por el sudor de mi madre les dieran más peso a sus palabras, y yo podía sentir el miedo, la esperanza y la valentía.

Yo siempre le respondía. A veces mis cartas tardaban semanas en llegarle, después de pasar por su editor y viajar hasta donde estaba trabajando. A veces ella estaba en casa, y podía darle la carta antes de salir. No importaba. Nos transmitíamos nuestras ideas en papel.

Cuando murió, no pude dejar de escribir. Por lo general, en cuanto llego a su tumba,

no puedo respirar hasta que presiono un bolígrafo contra una hoja de papel y le transmito mis pensamientos.

Ahora, después de ver esta respuesta, no puedo escribir ni una palabra más. Me siento demasiado vulnerable. Demasiado expuesta. Alguien puede leer mis palabras. Las puede tergiversar. Las puede juzgar.

Así que no le escribo una carta a mi madre.

Le escribo una carta a él.

## Capítulo 3

La privacidad es una ilusión.  
Es obvio que lo sabes, porque leíste mi carta.  
No estaba dirigida a ti.  
No era para ti. No tenía nada que ver contigo.  
Era entre mi madre y yo.  
Ya sé que está muerta.  
Ya sé que no puede leer las cartas.  
Ya sé que no tengo muchas alternativas para sentirme cerca de ella.  
Ahora ni siquiera tengo esto.  
¿Entiendes lo que me acabas de quitar? ¿Tienes idea?  
Lo que escribiste da a entender que sabes lo que es la agonía.  
No creo que lo sepas.  
Si lo supieras, no habrías interferido en la mía.

Lo primero que pensé es que esta chica está loca. ¿Quién le escribe a un extraño en un cementerio?



Lo segundo que pensé es que sin dudas no soy quién para criticarla.

Como sea, no me conoce. No sabe qué sé yo.

Yo ni siquiera tendría que estar aquí parado. Es jueves a la noche, y eso significa que tendría que estar cortando el césped del otro lado del cementerio. No es que me sobre el tiempo para quedarme leyendo la carta de una extraña. Melones miró enojado su reloj cuando entré al galpón de las herramientas cinco minutos tarde. Si me descubre holgazaneando, me va a hacer la vida imposible.

Si me sigue amenazando con llamar a la jueza, voy a perder la paciencia.

Poco después, mi irritación inicial desaparece y solo queda mi culpa. Estoy aquí porque sentí una conexión con la carta anterior. Quería ver si habían dejado otra.

No esperaba que alguien *leyera* lo que yo había escrito.

Es como una bofetada darme cuenta de que ella habrá sentido lo mismo.

Busco un lápiz en mis bolsillos, pero todo lo que encuentro son las llaves y el encendedor.

*Ah, no, ya sé.* Rev necesitaba un lápiz en la séptima hora. Es raro de él no devolver algo que pidió prestado, incluso si es algo tan tonto como un lápiz viejo.

Quizás esta sea la forma en que el destino me dice que piense antes de hablar. Antes de escribir. Lo que sea.

Doblo el sermón y me lo meto en el bolsillo. Después me pongo los guantes y voy a buscar la cortadora. Odio estar aquí, pero después de estar semanas haciendo esto, me he dado cuenta de que los trabajos forzados son buenos para pensar.

Voy a trabajar, y a pensar.

Y después, volveré aquí a escribir.

## Capítulo 4

Creo que eres tú la que no sabe lo que es la agonía. Si lo supieras, no habrías interferido en la mía.

¿Se te ocurrió pensar que tampoco se suponía que leyeras lo que escribí?

—¿Juli?

Levanto la vista. La cafetería está casi vacía, y Rowan está allí parada, mirándome ansiosa.

—¿Estás bien? —me pregunta—. El timbre sonó hace cinco minutos. Pensé que nos íbamos a encontrar junto a mi locker.

Vuelvo a doblar la carta casi destruida que encontré esta mañana, la meto en mi mochila y jalo con fuerza de la cremallera. No sé cuándo la escribió, pero debe haber sido la semana pasada, porque el papel está todo arrugado, como si se hubiera mojado y vuelto a secar, y no ha llovido desde el sábado.

Fue la primera vez en mucho tiempo que no fui al cementerio un fin de semana. En el fondo, estoy un poco enojada porque esta carta quedó ahí durante días. Es probable que esa convicción de que él tiene la razón haya perdido fuerza, mientras que la mía es nueva, está fresca y la siento caliente en el pecho.

Me alegro de haber ido esta mañana. Los martes a la noche cortan el césped, y seguramente el personal la habría arrojado a la basura.

—¿Qué estabas mirando? —pregunta Rowan.

—Una carta.

No pregunta nada más. Piensa que es una para mi madre. Y dejo que piense eso.

No necesito que nadie piense que estoy más loca de lo que ya creen.

Suena el timbre que marca las llegadas tarde. Me tengo que apresurar. Si vuelvo a llegar a deshora, voy a terminar castigada después de clase. Otra vez. El solo pensarlo hace que acelere el paso.

No puedo quedar castigada de nuevo. No puedo quedarme otra hora sentada en ese salón. El silencio me lastima los oídos y me deja con demasiado tiempo para pensar.

Rowan está a mi lado. Seguramente me acompañará a la clase y tratará de convencer a la profesora con palabras amables, para que no me anote una llegada tarde. Rowan no tiene que preocuparse por llegadas tarde ni por castigos: los profesores la aman. Se sienta en la primera fila en todas las clases y presta suma atención a todo lo que dicen, como si se levantara cada mañana con sed de conocimiento. Es la clase de chica a la que la gente le encanta odiar: es delicadamente bella, siempre tiene algo amable para decir y parece no costarle nada lograr un promedio impecable. Sería más popular si no fuera tan perfecta. Se lo digo todo el tiempo.

Para ser franca, sería más popular si no tuviera como mejor amiga a la chica más arruinada del último año de la escuela.

Cuando encontré la carta esta mañana, esperaba leerla y ponerme a llorar. Pero al final quiero encontrar a este imbécil y golpearlo en la cara. Cada vez que la leo, me pongo más furiosa.

*¿Se te ocurrió pensar que tampoco se suponía que leyeras lo que escribí?*

La furia me ayuda a disimular esa duda que tengo, en el fondo, de si tiene razón.

Los pasillos están vacíos, algo que parece imposible. ¿Dónde están los demás vagos? ¿Por qué soy siempre la única que llega tarde?

Además, no es que *no estaba* aquí. Estoy físicamente en el edificio. No es que me voy a convertir en una alumna modelo en cuanto la profesora empiece a decir una

sarta de cosas aburridísimas frente al pizarrón.

Para cuando llegamos al sector de Artes del Lenguaje, estamos casi corriendo, patinando en las esquinas. Me apoyo en la pared para darme un empujón y atravesar el último pasillo.

Siento el ardor antes del golpe. Un líquido caliente me quema la piel, y pego un grito. Acaba de explotar un vaso de café en mi pecho. Me choco contra algo sólido, y patino, me resbalo, me caigo.

*Alguien sólido.*

Estoy en el suelo, con la mirada a la altura de un par de botas negras con rayones.

En una comedia romántica, esta sería la escena en que se conoce al chico lindo. El chico estaría buenísimo, como toda estrella de cine, sería el mejor jugador del equipo de fútbol americano y el alumno más destacado de su promoción, que luego daría el discurso en la ceremonia de graduación. Me daría la mano y, casualmente, tendría una camiseta de más en su mochila. Yo me cambiaría en el baño y, por alguna razón, saldría con los senos más grandes y la cadera más chica, él me acompañaría a clase y me invitaría al baile de graduación.

En la realidad, el chico es Declan Murphy, y está prácticamente gruñendo. También tiene la camiseta y la chaqueta empapadas de café, y se las está despegando del pecho.

Si el chico de la comedia romántica era el mejor jugador del equipo de fútbol, Declan es el marginado de la clase. Tiene antecedentes penales y suele quedar castigado después de hora. Es malo y de contextura grande, y mientras que el pelo cobrizo y la quijada angulosa pueden resultarles atractivos a algunas chicas, la oscuridad de su mirada es suficiente para alejarlas. También se le ve una ceja partida por una cicatriz, que probablemente no sea la única. La mayoría le tiene miedo, y tienen por qué. Rowan está tratando de ayudarme a que me levante y me aleja de él al mismo tiempo.

Él me mira con una expresión de desprecio total. La voz es ronca y grave.

–Pero *¿qué te pasa?*

Me despego de Rowan. Tengo la camiseta pegada al pecho, y estoy segurísima de que él puede ver perfectamente cómo se me transparenta el sujetador morado a través de la camiseta verde pastel. A pesar de que el café estaba más que caliente, ahora estoy mojada y me congelo. Esto es terriblemente humillante, y no me decido por si quiero llorar o gritarle a este chico.

Mi respiración se entrecorta, pero me aguanté el miedo. Él no me asusta.

–Tú fuiste el que se chocó conmigo.

Tiene una mirada feroz.

–Yo no fui el que estaba corriendo.

Entonces hace un movimiento repentino hacia adelante. No puedo evitar retroceder.

Bueno, está bien, quizás sí me asusta.

No sé qué pensaba que iba a hacer él. Es tan *intenso*. Se detiene en seco y frunce el ceño ante mi reacción, después termina de inclinarse para tomar la mochila donde había caído.

*Ah.*

Quizás yo tenga algún problema. Otra vez tengo ganas de gritarle, a pesar de que todo esto fue mi culpa. Se me tensa la mandíbula.

*Calma, Juliet.*

El recuerdo de mi madre es tan fuerte y repentino que me afecta muchísimo, y de milagro no rompo en llanto aquí mismo. Perdí toda estabilidad, y una palabra equivocada me va a hacer estallar.

Declan se está enderezando, y sigue con el ceño fruncido, y sé que va a decir algo realmente vil. Eso, sumado a la reprimenda de la carta, podría convertirme en un mar de lágrimas.

Pero entonces sus ojos se encuentran con los míos, y él ve algo que le quita la expresión oscura del rostro.

Se oye una voz metálica a nuestras espaldas.

–Declan Murphy. Veo que otra vez llega tarde.

El profesor Bellicaro, que enseña Biología en el primer año, está parado al lado de Rowan. Ella tiene las mejillas coloradas y casi parece haber entrado en pánico. Debe haber presentido que habría problemas de modo que habrá ido corriendo a buscar a un profesor. Es algo que ella haría. No estoy segura de si estoy molesta o aliviada. La puerta de un salón de clases está abierta detrás de él, y los niños están intentando ver qué pasa en el pasillo.

Con un golpe de la mano, Declan se quita algunas gotas de café que quedaban en su chaqueta.

–Yo no llegué tarde. Ella se chocó conmigo.

El profesor Bellicaro frunce los labios. Es bajo de estatura y tiene la barriga redonda, acentuada por un chaleco de lana rosado. No es precisamente uno de los profesores más queridos.

–No se permite comida fuera de la cafetería...

–El café no es comida –responde Declan.

–Señor Murphy, creo que ya sabe dónde queda la oficina del director.

–Sí, le puedo hacer un mapa si quiere.

Su voz se vuelve más aguda y él se inclina hacia nosotras, furioso.

–*Esto no es culpa mía.*

Rowan se estremece con el tono de su voz. Casi se retuerce las manos de los nervios. No la culpo. Por un instante, me pregunto si este tipo terminará golpeando a un profesor.

El profesor Bellicaro se pone derecho.

–¿Voy a tener que llamar a alguien de Seguridad?

–No –Declan levanta las manos, con la voz resentida, los ojos oscuros y llenos de rabia–. No, me voy caminando.

Y se va, maldiciendo por lo bajo. Hace un bollo con el vaso de papel y lo arroja a un tacho de basura.

Tantas emociones cruzan mi mente que apenas me puedo quedar con una. Vergüenza, porque *sí* fue culpa mía, y aquí estoy, dejando que él asuma la responsabilidad. Indignación, por la forma en que habló. Miedo, por la forma en que actuó.

Intriga, por la forma en que la oscuridad abandonó su rostro cuando sus ojos se encontraron con los míos.

Ojalá tuviera una foto de su rostro en ese preciso momento. O una foto que capture cómo ahora camina por el pasillo cruzado por sombras. Al pasar por cada ventana, el pelo cobra un tono dorado con el reflejo de la luz, pero los hombros anchos y los jeans oscuros quedan atrapados entre las sombras. No he querido tocar mi cámara desde que ella murió, pero de pronto deseo tenerla en mis manos. Mis dedos la piden.

–Para usted, señorita Young.

Me doy vuelta y veo al profesor Bellicaro con un papelito blanco en la mano. Castigada. Otra vez.

## Capítulo 5

Tienes razón.

No tendría que haber interferido en tu dolor.

Lo siento.

Eso no quiere decir que hayas estado bien al leer mi carta. Todavía te odio un poco por eso. Hace quince minutos que estoy aquí atrapada, con la vista fija en la hoja de papel en blanco, tratando de recordar cómo era escribirle a ella, saber que mis pensamientos eran más permanentes que una conversación.

Pero ahora en lo único que puedo pensar es en ti y en tu “yo también”, y en su significado, y en si tu dolor se parece en algo al mío.

No en que no me corresponda saberlo.

No sé siquiera si llegarás a leer mi disculpa, pero necesito decirle esto a alguien. Desde hace un tiempo que cargo con un sentimiento de culpa.

No siento culpa por ti. Sino por alguien más.



Le debo una disculpa a ese “alguien”, pero lo conozco tan poco como a ti. De seguro que no voy a empezar a escribir cartas a dos extraños. Por ahora, esto es todo lo que puedo hacer, y solo me quedará esperar a que la culpa me alcance.

¿Alguna vez oíste hablar de Kevin Carter? Ganó el premio Pulitzer por la fotografía de una niña moribunda. Es una foto bastante famosa, así que quizás la hayas visto. Una niñita famélica, en Sudán, está tratando de llegar a un centro de reparto de alimentos. Tuvo que detenerse a descansar porque no era más que un esqueleto sostenido por un poco de piel. Tuvo que descansar porque no tenía fuerzas para llegar a la comida en un solo viaje.

Así que se echó en la tierra a descansar, una niñita diminuta, mientras un buitre se sentó cerca de ella, esperando.

¿Entiendes? Esperando. A que ella se muriera. A veces pienso en esa foto. Pienso en ese momento.

A veces me siento como la niña.

A veces me siento como el ave.

A veces me siento como el fotógrafo, incapaz de hacer otra cosa más que mirar.

Kevin Carter se suicidó después de ganar el Pulitzer.

A veces creo entender por qué.

Necesito un cigarrillo.

Hay unas mariposas nocturnas que revolotean en la luz del porche, haciendo un sonido metálico cada vez que chocan contra la lámpara. Ya es casi la medianoche del jueves, y el barrio está prácticamente en silencio.

Menos la casa detrás de mí. Alan, mi padrastro, sigue despierto, y mi madre salió con unas amigas, así que todavía no quiero entrar.

No le caigo muy bien a Alan.

Créanme. El sentimiento es mutuo.

La carta había quedado toda la noche en el bolsillo trasero de mi pantalón. No tengo idea de cuándo la escribió, pero tiene que haber sido dentro de las últimas cuarenta y ocho horas. No estaba el martes a la noche, porque me fijé. Melones no me dejaba en paz porque llegué tarde, y nunca nadie quiere oír mis excusas.

–Me castigaron en la escuela y me tuve que quedar después de hora –le expliqué cuando logré llegar.

Melones estaba cargando combustible en una de las cortadoras del galpón de herramientas. Hacía un calor de morir ahí adentro, y tenía la camiseta pegada. El espacio es bastante chico y siempre huele a una mezcla de césped cortado y gasolina.

Me gusta.

No me gustó la forma en que me miró Melones, con ojos indignados, como si yo fuera un vago más.

–Puedes compensar la hora el sábado –me dijo.

–La puedo compensar el jueves.

–No, la vas a compensar el sábado.

–Solo me asignaron trabajo para los martes y jueves –respondí, alzando mi planilla.

Él se encogió de hombros y se dirigió a la puerta del galpón.

–Tienes trabajo asignado de cuatro a ocho. Son las cinco y diez. Puedes compensar la hora el sábado.

–Mira, viejo, puedo quedarme hasta las nueve...

–¿Piensas que me quiero quedar hasta tarde por tu culpa?

Claro que no. Quería volver a su casa y estar con su esposa y su hija, así la próxima vez tendría más historias aburridas para contarme. Pegué un puñetazo contra la pared que estaba al lado de mi cortadora y maldije.

–¿Piensas que quiero estar aquí?

Melones se detuvo en la entrada y, por un segundo, pensé que me iba a golpear. Pero me miró y me dijo en el mismo tono de voz:

–Tendrías que estar agradecido por estar aquí. Si quieres que te firme ocho horas en la planilla, tendrás que venir el sábado –empezó a dar la vuelta, pero se detuvo—. Y cuidado con lo que dices. No quiero oír palabrotas aquí.

Abrí la boca para responderle, furioso, pero él se quedó allí parado, con la luz del sol en la espalda. Yo sabía que iba a llamar a la jueza en un santiamén si me pasaba de la raya.

Odio que me controle con eso. Recuerdo el momento de la sentencia, cuando pensé que cortar el césped en un cementerio sería *fácil*, que nadie me molestaría. No sabía que este programa incluiría a un tipo que disfrutaría poder darme órdenes.

Empecé a estrujar la planilla dentro del puño.

–No puedes obligarme a trabajar el sábado.

–Si no te gusta, no llegues tarde.

Hoy llegué temprano, con la esperanza de que me felicitaran y me dejaran tranquilo. No pasó nada de eso. Pero sí encontré una carta de la chica del cementerio.

En parte me pregunto si me hace bien tenerla en mis manos. Me deprime, me intriga y me asusta a la vez.

No conozco la foto de la que habla. Tampoco conocía la primera que mencionó, con el *grito y las flores y la sangre y el arma*. Casi no me hace falta verlas, porque su forma de describirlas se enfoca dolorosamente en los detalles.

Pero ahora, al leer la parte del buitre y la niña, la quiero buscar.

El portón del costado hace ruido, así que doblo la carta y la deslizo debajo de la pierna. Espero que llegue mi madre, pero oigo que alguien aspira fuerte por la nariz, y sé que es Rev, porque es alérgico a todo, incluso a la mayoría de la gente.

–Saliste tarde hoy –le digo. Es más probable que Rev me saque de la cama a las seis de la mañana que venga de visita casi a medianoche.

–Esta tarde trajeron a una bebé. No se quiere dormir. Mamá dice que siente ansiedad por la separación. Papá dice que ya se va a acomodar. Yo dije que me voy a dar una vuelta.

No está molesto. Ya está acostumbrado.

Geoff y Kristin cuidan a niños que no pueden estar con sus propios padres. Viven a la vuelta, pero su patio está en diagonal al nuestro, así que siempre pudimos ver de cerca a los niños que pasan por su casa.

Rev fue el primero. Llegó hace diez años, cuando tenía siete. Era flaquito, usaba lentes culo de botella y sufría de alergias tan fuertes que casi no podía respirar. La ropa le quedaba chica, tenía el brazo enyesado y no quería hablar. Geoff y Kristin son las personas más buenas del mundo –son buenos *conmigo*, y eso ya es decir algo–, pero Rev igual se escapó de ellos.

Lo encontré en mi armario, hecho un ovillo en un rincón, mirándome a través del pelo enmarañado y con las manos aferradas a una Biblia vieja y gastada.

Yo tenía una caja de Legos ahí, así que pensé que había venido a jugar. Como si fuera de lo más común que aparecieran niños en mi armario. No sé en qué pensaba. Me metí allí con él y empecé a construir algo.

Resultó ser que Rev les tenía miedo a Geoff y Kristin porque eran negros. Su papá le había dicho que los negros eran malvados y que los había enviado el demonio.

Lo irónico de todo esto es que el papá de Rev lo mataba a golpes.

Muchas veces recitaba pasajes de la Biblia mientras lo golpeaba.

Geoff y Kristin adoptaron a Rev hace cinco años. Él dice que eso no fue nada importante, que ellos igual habían sido los únicos padres que conoció durante años, y que la adopción no era más que un trámite.

Pero sí fue importante. Calmó algo en su interior.

Ahora usa lentes de contacto durante el día, pero todavía lleva el pelo tirando a largo. Mi hermana, Kerry, decía que él se esconde detrás del pelo. Cuando Rev tenía ocho años, le dijo a Geoff que no quería que nadie más pudiera lastimarlo. Kristin lo anotó en una clase de artes marciales al día siguiente. Sigue entrenando, casi de forma extrema. Si alguien pensara que Rev es un perdedor debido a los lentes, las alergias y la timidez, no se lo diría a la cara. Tiene la contextura de un luchador de artes marciales. Cuando a eso le agregamos un mejor amigo con antecedentes penales –yo–, el resultado es que casi todos los chicos de la escuela lo esquivan.

Algo también irónico, porque Rev es tan agresivo como un viejo golden retriever.

Me corro para hacerle lugar donde sentarse, y él se deja caer sobre el escalón de al lado.

–¿Qué leías? –me pregunta.

Me debe haber visto desde el otro lado del patio. Dudo antes de responder.

Y eso es una ridiculez. Él sabe todos mis secretos. Vio cómo se desintegró mi familia y los torpes intentos de mi madre para volver a unir las piezas. Incluso sabe lo

que realmente pasó con Kerry, a pesar de que pensé que me iba a llevar eso a la tumba en mayo pasado.

Sigo dudando. Siento que quizás estoy revelando un secreto que me confiaron si le cuento a alguien sobre la chica del cementerio.

Ni que supiera *quién* es ella.

Me tomo un momento más para pensarlo. Rev no dice nada.

Finalmente, saco el papel de debajo de mi pierna y se lo doy.

Él lee en silencio por un minuto y me lo devuelve.

–Y ella, ¿quién es?

–No tengo idea –hago una pausa–. La hija de Zoe Rebecca Thorne.

–¿Qué?

Doy vuelta la carta, pasándola entre los dedos.

–Encontré esta carta apoyada sobre una lápida la semana pasada. La leí. Hablaba de... –vuelvo a dudar. Más allá de todo lo que sabe Rev, era más fácil hablar sobre la vida y la muerte con una lectora anónima. Me tengo que aclarar la garganta–. Era sobre perder a alguien repentinamente.

–Y pensaste en Kerry.

Asentí con la cabeza.

Nos quedamos ahí sentados en silencio por un rato, escuchando el baile de las mariposas nocturnas alrededor de la lámpara. A lo lejos, se ve el destello y se oye el sonido de una sirena que cobra vida. Igual de rápido, no se ve más.

–Pero ¿esta es otra carta? –dice Rev.

–Sí. Le respondí la primera.

–¿Le respondiste?

–¡No pensé que ella la fuera a leer!

–¿Por qué estás tan seguro de que es una chica?

Esa es una buena pregunta. No estoy del todo seguro. Pero por otro lado, la primera

pregunta de Rev fue: *Y ella, ¿quién es?*

–¿Y tú? ¿Por qué estás tan seguro de que es una chica?

–Porque no estarías aquí sentado soñando con la carta de un chico. Déjame verla otra vez.

Se la doy. Mientras lee, repito sus palabras en mi mente. *¿Soñando? ¿Estoy soñando con ella? Ni siquiera la conozco.*

–“A veces me siento como la niña” –lee Rev.

–Claro.

–Esta hoja es de un cuaderno –señala.

–Ya sé –el cementerio es local. Pensé en que ella también podría ser alumna de la secundaria Hamilton.

–Hermano. Por ahí tiene, no sé, *once años*.

Bueno, no pensé en eso. Le arrebató la carta de las manos.

–Cierra la boca. No importa.

–Te estoy tomando el pelo nomás. No suena como alguien de once –dice, poniéndose serio, y hace una pausa–. Quizás esa carta te estaba esperando.

–No, ella se enojó bastante porque le respondí.

Ahora Rev duda:

–No quiero decir que *ella* dejó la carta para ti.

Me lleva un momento descifrar su tono.

–Rev, si empiezas a predicar, me meto en mi casa.

–No estoy predicando.

No, no está predicando. Todavía.

Todavía tiene esa Biblia vieja con la que lo encontré en mi armario. Era de su madre. La ha leído unas veinte veces. Puede hablar sobre teología con cualquiera a quien le interese el tema, pero yo no soy uno de ellos. Geoff y Kristin antes lo

llevaban a la iglesia, pero él les dijo que no le gustaba que le prohibieran seguir su propia interpretación.

Lo que no les dijo fue que ver a un hombre arriba de un púlpito le recordaba demasiado a su padre.

Rev no va por ahí recitando pasajes de la Biblia ni nada por el estilo – generalmente–, pero su fe es sólida como una roca. Una vez le pregunté cómo puede creer en un dios providencial cuando apenas sobrevivió a la convivencia con su padre.

Me miró y dijo:

–Porque logré sobrevivir.

Y ahí no hay nada que discutir.

Ahora quisiera no haberle dicho nada sobre las cartas. No quiero que haga un análisis religioso.

–Bueno, entonces no pienses que fue Dios. Piensa que fue el destino. ¿No te parece interesante que, de todas las personas que podrían haber encontrado esa carta, fuiste tú quien la encontró?

Esta es una de las cosas que más me gustan de Rev. Nunca impone sus ideas. Asiento con la cabeza.

–¿Quieres responder esa carta?

–No sé.

–Mentiroso.

Tiene razón. Sí quiero responder la carta.

De hecho, ya estoy pensando en qué voy a decir.



## Capítulo 6

Diría que eres un poco oscura, pero le estoy escribiendo a una chica que deja cartas en un cementerio, así que supongo que no estaré diciendo nada nuevo.

Dijiste que te preguntabas si mi dolor se parecía en algo al tuyo. No sé cómo responder a esa pregunta.

Tú perdiste a tu madre. Yo no perdí a la mía.

¿No te parece curioso que la gente hable de “perder” a alguien, como si no supieran dónde está? Pero quizás se trate de un significado distinto de “perder”, en el sentido de que uno no sabe a dónde se fue. Mi mejor amigo cree en Dios, el Cielo y la vida eterna, pero yo no sé bien qué pensar de todo eso. Cuando morimos, nuestro cuerpo es absorbido por la tierra como parte de una especie de ciclo biológico, ¿no? ¿Y se supone que nuestra alma (o lo que sea) continúa existiendo eternamente? ¿Dónde estaba antes?

Mi amigo se moriría si supiera que estoy hablando de esto contigo, porque este es el tipo de cosas de las que no quiero hablar con él.

Te digo la verdad, estoy a punto de hacer un bollo con esta carta y empezar una nueva.

Pero no. Como dijiste, uno se siente un poco más seguro al escribirle a un completo extraño. Podría encender la computadora en un segundo y googlear el nombre de tu mamá, y probablemente descubriría algo sobre ti, pero por ahora,

me gusta más así.

Mi hermana murió hace cuatro años. Tenía diez.

Cuando la gente se entera de que murió tan pequeña, siempre suponen que pasamos los últimos días de su vida rodeados de oncólogos y enfermeros. Pero no. Ni siquiera sabíamos que eran sus últimos días. Era la salud en persona.

No la mató el cáncer. La mató mi padre.

Yo podría haberlo evitado, pero no lo hice.

Así que, cuando dices que te sientes como el fotógrafo, incapaz de hacer otra cosa más que mirar, creo que te entiendo perfectamente.

Es domingo a la tarde, y hace dos horas que estoy sentada al sol. Los domingos viene mucha gente al cementerio, y estuve toda la tarde viendo ir y venir a los dolientes.

He leído esta carta diecisiete veces.

La leo otra vez.

Perdió a su hermana. Vuelvo a pensar en la primera carta, cuando dijo “yo también”.

Pensó en buscarme. Bueno, a mi madre. Considerando que estoy prácticamente vigilando la tumba para ver si él aparece, no puedo pensar mal de él por eso.

Puede investigar en el buscador que quiera, pero no va a encontrar mucho sobre mí. Ella ya era una periodista gráfica reconocida antes de casarse, así que de ninguna forma se iba a cambiar el apellido. Googlear “Zoe Thorne” no va a llevar a nadie al nombre “Juliet Young”. Ni siquiera se menciona mi apellido en el obituario.

*La sobreviven su esposo, Charles, y su hija, Juliet.*

*La sobreviven.* Este chico tiene razón. Las palabras que usamos para hablar sobre la muerte son extrañas. Como si escondiéramos algo.

Supongo que el obituario no sonaría bien si dijera algo como: *Zoe murió volviendo a su casa desde el aeropuerto, después de trabajar durante nueve meses en una zona de guerra, y dejó a su esposo, Charles, y a su hija, Juliet, con un pastel de bienvenida que quedó en el refrigerador durante un mes esperando a que alguno de los dos se animara a arrojarlo a la basura.*

Así que quizás sí escondemos algo.

Ahora entiendo por qué es incapaz de comparar nuestro dolor. Yo soy hija única, así que no puedo identificarme con la pérdida de un hermano. Desde que mi madre murió, mi padre y yo parecemos orbitar dos planetas de dolor distintos; apenas interactuamos, a menos que sea estrictamente necesario. Pero a pesar de eso, estoy bastante segura de que papá no tiene tendencias homicidas. Apenas puede decirse que está consciente en este momento.

*No la mató el cáncer. La mató mi padre.*

Hace cuatro años. Me devano los sesos, tratando de recordar alguna noticia que hablara de un padre que mató a su hija. Hace cuatro años, yo tenía trece. No es precisamente el tipo de noticia que mi papá comentaría en la cena, y mamá siempre sabía más sobre lo que pasaba en el mundo, incluso cuando estaba en casa. Mamá podía hablar sobre guerras geopolíticas con jefes de Estado, pero ¿sobre los delitos de la zona? Olvídalo. No estaban a su altura, decía ella.

Momento.

Hace cuatro años, su hermana tenía diez. Entonces ahora habría cumplido catorce.

¿El chico de las cartas es un hermano mayor... o menor? ¿Estaré intercambiando cartas con un chico de doce años? ¿O con uno de veintipico?

Nuestras conversaciones son demasiado maduras para que las escriba un chico de doce. Su carta está escrita en una hoja de cuaderno, como la mía. Eso quiere decir que irá a la secundaria o a la universidad.

Escribe con lápiz, y eso me hace pensar que irá a la secundaria. Pero no estoy

segura.

A unos metros, un hombre mayor está apoyando unas rosas sobre la base de una lápida. La luz del sol se refleja en el plástico.

Eso es malgastar el dinero, porque los martes cortan el césped de esta sección, y estoy casi segura de que tiran a la basura todas las porquerías que la gente deja por ahí. Por eso lo único que dejo son cartas.

*Tiran a la basura todas las porquerías.*

Las cartas. El tipo de mantenimiento. ¿Cómo se llamaba... señor Meléndez?

De pronto me siento expuesta, a pesar de que es domingo por la tarde y nunca cortan el césped los domingos.

Y puaj. Tiene como cuarenta años.

No puede ser él. ¿No? No suena como alguien tan mayor. Además, la diferencia de edad con su hermana sería poco común. No es imposible, pero muy poco frecuente.

El hombre con las rosas se está yendo. Quizás me vio, pero nunca nadie me *mira* realmente. Yo tampoco los miro nunca. Todos estamos unidos por el dolor, pero de alguna manera también estamos separados por lo mismo.

*Mi hermana murió hace cuatro años.*

Qué estúpida soy. El chico de las cartas debe ser alguien que visita el cementerio... y le faltó decir dónde puedo encontrar la tumba de su hermana. Tiene que estar enterrada por aquí cerca. Si no, ¿cómo podría haber encontrado mis cartas?

Empiezo a caminar por las hileras de tumbas, que forman una espiral hacia el exterior, y busco lápidas que estén algo gastadas. A veces, el año de muerte coincide, pero no la edad ni el sexo. El césped cruje bajo mis pies mientras camino, y en un momento alcanzo la reja de hierro que marca el límite del terreno. Ya llegó el final de la tarde, y todos se han ido a su casa a cenar o estar con su familia. Estoy sola, y he recorrido un radio de al menos treinta metros desde la tumba de mi madre.

Demasiado lejos para que alguien que justo fue al cementerio pudiera llegar a ver

una carta que estaba debajo de una piedra en la base de una lápida.

*Mmm.*

Mi celular vibra contra mi muslo y lo saco del bolsillo, esperando ver un mensaje de Rowan.

No, mi papá. Me mandó una foto.

Frunzo el ceño. No recuerdo cuándo fue la última vez que me mandó un texto. ¿Y una foto? Deslizo los dedos por la pantalla para desbloquear el teléfono.

La foto es de la mesa de la cocina. Por un momento, no puedo descifrar qué está desparramado sobre ella. Después la imagen se enfoca repentinamente, y se me para el corazón.

Su equipo de fotografía. Completo.

Hubiera sido lo mismo que mi papá hubiera desenterrado el cuerpo, apoyado el esqueleto en la mesa de la cocina y enviado una foto de *eso*.

Sé el nombre de cada pieza del equipo. Si me muestran una de sus fotos, es probable que pueda decir con qué cámara la tomó. Los bolsos están colgados en el respaldo de una de las sillas, y puedo sentir el olor a cuero mezclado con verdaderos sangre, sudor y lágrimas de sus trabajos. Cada vez que volvía a casa, yo la ayudaba a deshacer las maletas, y el peso de esas cámaras y el olor de esos bolsos están muy presentes en esos recuerdos.

Cada vez, excepto la última vez.

No he tocado sus bolsos desde que murió. *No los toqué.*

Esas cosas son de ella.

Esas cosas son *de ella*.

Siempre desempacábamos sus cosas juntas. Ella me contaba historias secretas de sus viajes, y nos quedábamos hasta tarde mirando alguna película de chicas mientras papá se iba a dormir. Todavía queda en el congelador un tarro sin abrir de helado Ben & Jerry's sabor a cereza, que está casi irreconocible por todos los cristales de hielo que

lo cubren. Lo había comprado para compartir con ella. Nunca voy a volver a comer helado de ese sabor.

A él nunca le importaron sus historias. *Nunca le importaron.*

Y ahora está TOCANDO SUS COSAS.

Me tiemblan los dedos. Sudan. Apenas puedo sostener el teléfono.

Hay un texto debajo de la foto.

CY: Ian se ofreció a liberarnos de estas cosas. Va a venir para hacerme una oferta. ¿Hay algo que quieras conservar antes de que él se lleve todo?

¿¡QUÉ!?

Creo que me está dando un ataque de pánico. De mi boca salen unos silbidos ahogados.

De alguna manera, el teléfono llega a mi mejilla y se oye la voz de mi papá en mi oído.

—¿Qué haces? —le digo. Quiero gritar, pero tengo la voz finita y aguda, empañada por las lágrimas—. ¡Basta! ¡Déjalo donde estaba!

—¿Juliet? ¿Estás...?

—¿Cómo pudiste? —estoy llorando—. No puedes. No puedes. No puedes. ¿Cómo pudiste?

—Juliet —sueno afligido. Es la primera emoción que le oigo desde que ella murió—. Juliet. Por favor. Cálmate. No quise...

—¡Esas cosas son de ella! —caigo de rodillas en el suelo. Apoyo la frente contra las barras de hierro forjado de la reja—. Tú nunca... esas cosas son *de ella*...

—Juliet —dice en voz muy baja—. No lo voy a hacer. No tenía idea...

Me está matando. El dolor me está partiendo en dos. Apenas puedo sostener el teléfono.

Lo odio. Lo odio por hacerme esto.

Lo odio.

Lo odio lo odio lo odio lo odio lo odio.

*Calma, Juliet.*

Se me nubla la vista y el mundo me da vueltas, y parece haber pasado mucho tiempo cuando finalmente me doy cuenta de que estoy echada en el césped, y su voz se oye como un eco metálico que grita desde el teléfono.

Me lo apoyo en la oreja. Veo manchas blancas.

–¡Juliet! –grita–. Juliet, estoy a punto de llamar al novecientos once. ¡Contéstame!

–Aquí estoy –me ahogo, sollozo–. No puedes. Por favor.

–No lo voy a hacer –susurra–. ¿Sí? No lo voy a hacer.

–Bueno –respondo.

El sol me sigue dando con fuerza y convierte mis lágrimas en líneas que cruzan mi rostro y me pican.

Debería disculparme, pero no me salen las palabras. Es como si me disculpara por haberme enojado después de que alguien me clavara una daga en el pecho. Mi respiración no deja de entrecortarse.

–¿Necesitas que vaya a buscarte? –pregunta mi papá.

–No.

–Juliet...

–No.

Todavía no me puedo ir. No puedo llegar a casa y ver todas sus cosas sobre la mesa.

–Vuelve a poner todo en su lugar –le digo.

–Quizás deberíamos hablar... –responde, después de vacilar un momento.

–¡Vuelve a poner todo en su lugar! –grito, ya con ganas de vomitar.

–Sí, sí, lo voy a guardar –vacila otra vez–. ¿Cuándo vas a llegar a casa?

No me ha preguntado eso desde que ella murió. Es la primera señal que me ha dado de que al menos sabe que existo.

Quizás debería dar las gracias de que se haya tomado la molestia de preguntar si quería alguna de sus cosas.

Seguramente se estará dando la cabeza contra la pared por haber mandado ese mensaje.

–Cuando esté lista.

Y corto la llamada.



## Capítulo 7

Si quieres, puedes buscar a mi madre en Internet. Si buscas “Zoe Thorne foto Siria”, vas a ver una de sus fotos más famosas. Un niño y una niña están en unas hamacas, riendo. Detrás de ellos hay un edificio destruido por una bomba y dos hombres con rifles de asalto. Todos tienen la ropa sucia, cubierta de sudor y polvo. Los hombres están transpirados, exhaustos y aterrorizados. Lo único que queda en pie son las hamacas.

Nunca pude decidir si la fotografía es deprimente o si transmite esperanza.

Quizás logra las dos cosas.

El equipo de mi madre ha estado guardado en un rincón del sótano desde que ella murió. Nadie lo ha tocado... hasta hoy. Esta tarde, mi padre estaba dispuesto a vendérselo todo al exeditor de mi madre.

No me lo tomé muy bien.

Es un equipo grande, y cuesta muchísimo dinero. Miles de dólares. Quizás cueste decenas de miles de dólares. No somos ricos, pero no estamos cortos de efectivo. Mi papá dijo que no le importaba el dinero, y por eso, tenía ganas de golpearlo. Si no le importaba el dinero, ¿entonces por qué lo iba a hacer? ¿Por qué iba a deshacerse de sus posesiones más preciadas? Pero no es de extrañar, viniendo de él. Le pregunté si vendería el anillo de bodas de ella con la misma indiferencia. Me dijo que la habían enterrado con el anillo. Y se puso a llorar.

Me sentí como una mierda basura. Sigo sintiéndome así.

---

Qué ridiculez haber tachado esa palabra. Será la costumbre. Mamá nunca toleró las malas palabras. Decía que gastaba mucho dinero para aprender a usar los vocablos y las imágenes con eficacia, y parecía un desperdicio decir una mala palabra.

La única razón por la que me enteré de que mi

papá se iba a deshacer de sus cosas fue porque me preguntó si me quería quedar con algo. No he tocado una cámara desde que ella murió. Se suponía que este año iba a tomar la clase de fotografía para estudiantes avanzados, pero la abandoné. El profesor me habrá dicho por lo menos seis veces que podía volver si cambiaba de opinión, pero hay tantas posibilidades de que pase eso como de que ella vuelva de la muerte. No puedo acercarme una cámara a la cara sin pensar en ella. Ni siquiera he querido tomar fotos.

No. Eso no es verdad.

La semana pasada vi a alguien con tanta emoción, tan atrapada en su mirada que quise tener una cámara en mis manos, justo en ese instante. Apenas lo conozco, y solo lo vi un minuto, pero es como si se hubiera disparado una cámara en mi cerebro. Mamá decía que una foto no valía nada si no producía una reacción, que capturar los sentimientos en una imagen requiere talento. Creo que nunca entendí bien lo que ella quería decir hasta ese momento.

Pero me faltaba una cámara, y no es que

pudiera tomar una foto de un extraño sin dar lugar a algunas preguntas.

Si puedes, busca la foto de Siria que tomó mi mamá. Me gustaría saber qué piensas de ella.

Mi mamá estaba allí cuando explotó la bomba. Tuvo suerte de salir con vida.

Sé que tuvo suerte porque mi padre se lo decía todo el tiempo. Por lo general, se lo oía un poco irritado cuando lo decía. “Tienes suerte de estar aquí, Zo. Un día se te va a acabar la suerte. ¿No puedes tomar fotos significativas en Washington, DC, o en el centro de Baltimore?”. Ella se reía y decía que tuvo suerte de poder tomar la fotografía.

Pero él tenía razón. Un día se le acabó la suerte. En el camino del aeropuerto a casa, murió en un accidente de tránsito en el que el otro conductor se escapó.

Solo se subió a un taxi porque yo le había rogado que llegara pronto a casa, y ella había tomado un vuelo más temprano, para sorprendernos.

A veces pienso que el destino conspira en contra de nosotros. O quizás el destino conspira con

nosotros.

Sé que sabes a qué me refiero. ¿No piensas lo mismo sobre lo que pasó con tu hermana?

Melones no está aquí. Hace media hora que estoy sentado en la entrada del galpón de las herramientas, y empiezo a preguntarme si llegará en algún momento. Ya sé la rutina ahora, y podría empezar a cortar el césped sin él, pero no tengo llave.

Saco mi teléfono y busco la fotografía que describió la chica del cementerio. Tiene razón: los niños muestran un rayo de esperanza. Tienen sonrisas brillantes, y se puede percibir el movimiento de las hamacas. Los tipos con las armas no parecen tener más esperanza. A uno le gotea sangre de una herida que tiene en la sien. Me pregunto por qué carajo alguien dejaría que unos niños jueguen en las hamacas después de que el pueblo quedó despedazado, pero me doy cuenta de que quizás sea porque ya no hay dónde esconderlos.

—¡Hola!

Levanto la vista. Una niñita con un vestido morado está corriendo por el césped. Tiene el pelo tan negro que brilla bajo el reflejo del sol. Las coletas enruladas rebotan con cada paso que da, y parece que estuviera encantada de estar viva.

—¡Hola!

¿A quién saluda tan entusiasmada? No hay nadie más aquí.

Después veo a Melones. La sigue a un paso más tranquilo. Debe ser su hija.

Me meto el teléfono en el bolsillo y me pongo de pie. Nunca sé cómo interpretar a este tipo, pero tengo la tentación de regañarlo por llegar tarde después de todo lo que me hizo la semana pasada.

Entonces la niña me agarra las piernas. Me sobresalto y tropiezo, retrocediendo un paso. Ella lanza una risita ante mi reacción, pero no me suelta.

–¡Hola! –exclama otra vez, enterrando los dedos en mis piernas, para dejar en claro que no las va a soltar. Me mira desde abajo con una sonrisa y la boca llena de dientes de leche.

–¡Marisol! –Melones recorre el último trecho al trote y levanta a la niña, la da vuelta sobre el brazo y la ataja con el hombro.

–¡Basta, papi! –dice ella entre carcajadas.

–Perdón, Murph –Melones saca un llavero del bolsillo. Tiene la voz cansada–. Abraza a todo el mundo.

Hay algo en todo esto que me recuerda la inocencia libre de preocupaciones que vi en la foto del pueblo bombardeado. Esta niña no me conoce. No ve lo que ven los demás.

Me dan ganas de advertirle que se aleje.

Y además, Melones se apresuró bastante a apartarla, como si yo le fuera a hacer algo.

Estoy allí parado, con el ceño fruncido, cuando él me llama desde el interior del galpón de las herramientas. Levanta el portón del garaje, para sacar las cortadoras.

–¿Y? ¿Vas a empezar a trabajar, nene?

–Hace media hora que quiero empezar a trabajar.

Espero a una respuesta arisca, pero no sucede. Melones me arroja un par de guantes de trabajo.

–Sí, perdón. Carmen tuvo que trabajar hasta tarde, así que alguien tenía que ir a buscar a Marisol. Pensé que iba a llegar a tiempo.

No esperaba una disculpa, y eso calma un poco mi irritación. Me pongo los guantes y tomo una bolsa de basura para recoger los recuerdos de hoy.

Melones se sube a una cortadora y llama a su hija.

–¿Quieres manejar, Cotorra?

–¡Sí! –la niña abandona la pared polvorienta donde había empezado a dibujar flores

o monstruos, o lo que fuesen esas figuras de palitos nada humanas. Se sube a la cortadora con un poco de ayuda y se acomoda en frente de él, con las pequeñas manos sostenidas al volante.

Por un segundo, vuelvo a la niñez, cuando veía a Kerry trepar con dificultad a la camioneta para “ayudar” a nuestro papá a conducir. Nos peleábamos por ver a quién le tocaba sentarse a su lado.

Tengo que hacer un esfuerzo para dejar de mirarlos. Me subo a mi cortadora. Quizás no sea buena idea esto de las cartas. Ya he dicho demasiado, y cada vez que apoyo el lápiz sobre el papel, es como desenterrar con una excavadora recuerdos que quiero dejar enterrados.

A Melones le cuesta arrancar el motor, pero lo logra. Un segundo después, el motor falla. Él murmura algo y lo vuelve a intentar. Esta vez el motor hace ruidos como si no fuera a arrancar, pero finalmente se enciende.

Y enseguida vuelve a fallar.

Melones intenta por tercera vez; y cuarta.

Una definición de la locura habla del acto de hacer algo una y otra vez, esperando que el resultado sea distinto.

–Ey –exclamo. No me hace caso y lo vuelve a intentar. Ahora el motor no hace nada de nada.

–¡Ey! –repito, después de apagar mi cortadora y bajarme.

–¿Qué? –responde Melones, soltando la llave y levantando la mirada, impaciente.

–Suen a que pasa algo con el conducto de combustible.

–Y tú, ¿qué sabes de eso?

Odio eso. Odio que la gente me trate como a un idiota que apenas sabe leer la hora.

–Sé que suena a que pasa algo con el conducto de combustible. ¿Cuándo fue la última vez que revisaste el filtro?

–Yo no me ocupo de las máquinas, Murph. Para eso se paga un servicio de

mantenimiento.

–Bueno, entonces, están pagando un servicio de mierda.

–Un zevizio de *merda* –dice Marisol. Salta en el asiento–. Vamos, papi. Vamos, tractor, vamos.

–Muchas gracias, nene –Melones parece ofendido. Levanta a la niña del frente de la cortadora y la apoya en el suelo–. Antes pensaba que solo había llegado tarde. Ahora soy *yo* el que va a tener que trabajar el sábado.

–¿Tienes herramientas? Quizás lo puedo arreglar.

–No creo que convenga que te metas con eso.

–Bueno. Como quieras.

Que se vaya a la mierda. Yo le ofrecí ayuda. Me vuelvo a subir a mi cortadora y la arranco.

Estoy saliendo del galpón cuando me llama a mis espaldas.

–¡Está bien! Inténtalo.

El tractor es un desastre. Tardo más en llegar al motor porque la bisagra está oxidada. No sé a quién le habrán estado pagando, pero a esta cosa no le han hecho nunca mantenimiento. Ya que estoy, reviso el cárter de aceite. El aceite está negro y espeso como una sopa. Le explico eso a Melones.

–¿Y cómo llegaste a ser un experto en tractores? –pregunta. Su hija está agachada en medio de nosotros, como si fuera una participante clave en la reparación. Mueve la vista de aquí para allá. Repite casi todo lo que digo.

–No dije que fuera un experto en tractores. Esto es algo básico –me paso el brazo por la frente antes de que me llegue el sudor a los ojos–. Un motor es un motor.

–¿Sabes de autos?

Me encojo de hombros y mantengo la vista en el motor, mientras deslizo el cárter y lo vuelvo a poner en su lugar. Estoy acostumbrado a que Melones hable y hable sin parar, pero generalmente no me habla *a mí*.



–Sé más del interior de los autos que de su exterior.

–¿Puedes arreglar el motor para que funcione hoy?

–Puede ser. Hay que cambiar el filtro de combustible, pero quizás lo puedo limpiar para que funcione –lo quito y lo soplo.

Marisol se inclina hacia delante y trata de hacer lo mismo. Se lo sostengo para que lo sople.

Melones ve esto, así que alejo el filtro de la niña al recordar cómo él la agarró para apartarla de mí.

–Es lindo de tu parte dejarla ayudar –señala.

Siento que me ruborizo y vuelvo a mirar el motor. Rev es mucho mejor con los niños. Yo no tengo mucha práctica.

–No es que ella pueda romperlo.

–¡Yo no dompo! –dice ella, indignada.

–Además, parece que estuviera tomando notas para armar un manual después –agrego con una sonrisa.

–Es mi cotorrita –dice Melones abrazando a la niña.

–¡Yo ayudo! –exclama, mientras se retuerce para liberarse del abrazo.

–Claro que sí –responde él.

Paso un trapo por el exterior del filtro y lo vuelvo a soplar.

–No puedo asegurar que vaya a aguantar hasta la noche, pero debería alcanzar para hacer una o dos secciones.

–¿Tu padre te enseñó a hacer esto?

–Sí.

–¿Es mecánico?

–Ya no.

Debe oír el tono de mi voz, porque lo oigo vacilar. Quiere preguntar. Me sorprende que la jueza no le haya contado toda mi historia; quizás solo le cuenta los detalles de

mis delitos, pero no los de mi padre.

Debe haber cambiado de opinión porque me dice:

–Gracias, Murph.

Empujo el filtro y después, lo miro a él. Trato de disimular mi irritación, pero un poco se cuela en mi voz.

–Me llamo Declan.

Impasible, Melones extiende la mano.

–Un gusto. Me llamo Frank.

–¿Frank? –pregunto, sorprendido.

–¿Te parecería mejor si te pido que me llames Francisco? –dice después de encogerse de hombros.

Miro para otro lado, casi avergonzado. No es que lo haya llamado Pedro o algo por el estilo.

Aunque quizás eso hubiera sido mejor que *Melones*.

–¿Tu papá no te enseñó a dar la mano? –me pregunta, dándome una palmada en el hombro.

Me quito el guante y le doy la mano.

–No está nada mal tenerte por aquí, Declan –me dice.

–Dices eso porque hace poco que me conoces –respondo, resoplando.



Mi padrastro está sentado en la sala de estar cuando paso por la puerta. Por lo general, me fijo antes de entrar, pero todo lo que quiero es beber un refresco, darme una ducha, encerrarme en mi habitación y no darle explicaciones a nadie. Hay un partido de fútbol americano en la televisión, el volumen está altísimo. Alan y mamá compraron el televisor grande para hacerse un regalo de casamiento a sí mismos. Mamá no soporta los ruidos fuertes, así que no me extraña que no esté sentada con él. Pero como su auto está estacionado en la entrada, sé que está en casa.

Tengo ganas de decirle a Alan que baje el bendito volumen, para que ella también pueda disfrutar el televisor. No lo hago.

Pero él me mira, como si estuviera esperando a que yo estalle de furia. Se puede palpar la tensión que hay en la sala.

–¿Dónde estuviste? –me pregunta.

Qué imbécil. Sabe dónde estuve. Paso junto al sillón dando zancadas y voy hacia la cocina.

–Te estoy hablando –casi grita debido al volumen del televisor–. No me ignores.

Lo ignoro.

Espero a que me siga hasta la cocina, pero no lo hace.

Alan vende seguros. Lo he visto en pleno modo de ventas, y las gansadas prácticamente le brotan por los poros. El resto del tiempo se hace pasar por un tipo rudo, loco por los deportes. De milagro no está sentado frente al televisor con la cara pintada con los colores de su equipo favorito y agitando un banderín.

No tengo idea de qué le ve mi mamá.

No, miento. Sé exactamente lo que ella ve: un tipo que le dice cosas lindas y que encontró la forma de acostarse con ella.

¿Saben qué veo yo? Otro infeliz que la va a decepcionar tanto que va a quedar más lastimada que si se cayera de un acantilado.

Igualmente, nadie anda por ahí pidiendo mi opinión.

El refrigerador me ofrece lasaña fría. Me sirvo un poco en un plato, pero no me molesto en calentarla. Tomo una Coca y un tenedor, y me preparo para aguantar una vez más el acoso de Alan.

–Te pregunté dónde estuviste –me dice.

Sigo caminando como si nada.

Se levanta. Me bloquea el paso.

Alan no es un tipo grande, pero tampoco es de contextura chica. No tengo idea de

qué pasaría si intentara golpearme. La única razón por la que no le pego yo a *él* es porque sé cuánto le afectaría a mi mamá.

Me pregunto si a él le pasa lo mismo.

Me enfrento a sus ojos. Tenemos exactamente la misma altura. La mayoría de la gente retrocede cuando hago eso, pero Alan no. Sabe lo que hice y lo que tengo que hacer, pero igual sigue siendo humillante tener que admitirlo en voz alta:

–Fui al servicio comunitario.

–Eso termina a las ocho. Son más de las nueve.

–Mi jefe llegó tarde. Tuvimos un problema con una de las cortadoras.

El plato que tengo en la mano empieza a sentirse pesado.

–Se supone que tienes que presentarte allí y volver a casa inmediatamente después.

–Eso hice.

–No me mientas.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para que la comida quede en mis manos y no tirarla al piso.

–No te miento.

–Si se hiciera lo que yo digo, tú directamente no conducirías el auto.

Tengo la mandíbula tensa. Lo empujo para pasarle por al lado antes de que me provoque para empezar a discutir.

–Entonces supongo que está bueno que no se haga lo que tú dices, ¿no?

Alan no me detiene, y no dice nada mientras subo la escalera. Estoy cerrando la puerta de la habitación cuando oigo su voz, llena de amargura y resignación.

–Vas a terminar igual que tu padre.

Se supone que el volumen del televisor no me habría dejado oírlo con claridad, pero él tampoco lo dijo en voz baja.

Apoyo la gaseosa de un golpe contra la cómoda y abro con tal impulso la puerta que rebota contra la pared. Respiro con fuerza y me tengo que obligar a detenerme en lo

alto de la escalera.

–¿Qué me acabaste de decir? –grito.

Ahora me ignora él.

Golpeo la pared con tanta fuerza que se sacuden los cuadros.

–¿Qué carajo me acabaste de decir, Alan?

–Me oíste.

Lo odio.

*Lo odio.*

Odio que esté aquí. Odio que no sea mi padre. Odio que le dé felicidad a mi madre. Odio que no le dé la felicidad suficiente.

Odio todo lo que tenga que ver con él.

Se abre la puerta que está al otro extremo del pasillo, y allí veo a mi madre. Tiene el pelo oscuro recogido en una coleta floja, y se aferra al marco de la puerta como si fuera a meterse adentro si lo que está pasando le da mucho miedo.

Eso absorbe parte de mi furia. Tengo una mano tan tensa que me estoy clavando las uñas en la palma, y la otra mano sujeta un plato de lasaña tembloroso. Mis hombros están encorvados, y estoy seguro de que mi mirada es feroz.

Tendría que disculparme, pero no puedo. Esa disculpa pesa demasiado. Le debo explicaciones por cosas mucho más importantes. La carta de la chica del cementerio tenía razón: parece que el destino conspirara en contra de nosotros. La culpa se instala en mis hombros y me aplasta contra el piso hasta que no me puedo mover.

Mi madre tampoco se mueve.

Me pregunto si oyó lo que dijo Alan. Me pregunto si está de acuerdo con él.

Le doy la espalda y entro a mi habitación. No cierro la puerta de un golpe, pero el silencio repentino suena fuerte, a pesar del ruido del partido de fútbol que viene de abajo.

Ella no va a entrar. No ha entrado en años.

Quizás...

No, no va a cambiar nada.

Me quedo en un rincón de mi cama. Ya no quiero la lasaña. No dejo de oír la voz de Alan en mi cabeza.

*Vas a terminar igual que tu padre.*

Tiene razón. Es probable que termine así.

## Capítulo 8

Mi padre está en la cárcel.

Nunca lo he visitado. Tampoco creo que lo haya visitado mi madre; no hablamos de eso, la verdad. Es un secreto familiar que en realidad no es para nada secreto.

El verdadero secreto es que a veces lo quiero ver. Es raro admitir eso, incluso ante ti. Nunca se lo he dicho a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo. Sería fácil odiar a mi padre, pero no lo hago.

Lo extraño. Pero no de la misma manera en que extraño a mi hermana. Nunca lo extraño así. Ella y yo podíamos pelear como si fuera el fin del mundo — después de todo, era mi hermana menor—, pero cuando hacía falta, éramos muy cercanos. La gente a veces dice que perder a un familiar es como perder un brazo o una pierna. Su muerte fue como perder la mitad de mí mismo. La extraño, pero sé que nunca la voy a recuperar.

No se puede deshacer.

Pero también lo extraño a él, aunque de otra forma.

Y la cárcel no es para siempre. Bueno, no en su caso.

Eso está mal, ¿no? ¿Estoy tan arruinado que extraño al tipo que la mató?

Casi uso una expresión distinta a “arruinado”, pero me acordé de lo que contaste sobre tu mamá. Mi mejor amigo es así también. Odia que diga malas

palabras, así que trato de no decirlas, por lo general.

Pero no estoy de acuerdo con tu mamá. Las palabras son palabras. Decir una mala palabra no me convierte en estúpido, así como decir “polisílaba” no hace que alguien sea inteligente.

Pero las dos palabras pueden hacer que alguien suene como un verdadero pendejo, sin dudas. Ahora siento que tendría que tachar “pendejo”. Seguramente yo no le caería muy bien a tu mamá.

Busqué la fotografía de tu madre. No creo que sea deprimente. Tampoco creo que transmita esperanza. Es la vida. Cuando todo se va a la mierda, lo único que puedes hacer es ir para adelante. Los chicos de la hamaca lo saben. Los tipos con las armas también.

¿Qué edad tienes? Mencionaste una clase de fotografía para estudiantes avanzados, así que supongo que irás a la secundaria. ¿Vas a Hamilton? O quizás sea mejor que no sepamos nada del otro. Tú decides.

—Necesito que me des tu opinión.

Rowan levanta una mano y se sopla las uñas. Se las está pintando de un rosado tan claro que es casi blanco, y las uñas de ese color combinadas con el cabello claro y la piel clara hacen que ella parezca incluso más etérea que de costumbre. Los muebles de su habitación son blancos, con molduras doradas, y la alfombra es de color lavanda. Solo le faltan alas.

—Te estás escondiendo —señala.

Me pongo derecha. Eso salió de la nada y no tiene que ver con lo que iba a preguntarle. Por otro lado, quizás haya dado en el clavo.

—¿Me estoy escondiendo?

—De tu padre.



Ah. Frunzo el ceño.

–No quiero hablar de él.

–Él no quería lastimarte, Juli –me dice, comenzando a pasar una segunda mano de esmalte.

No digo nada.

–Tú misma dijiste que el editor se ofreció a llevarse todo –continuó, levantando la mirada–. No es que tu papá lo desenterró y lo puso a la venta en Internet.

Tiene razón. Sé que tiene razón. Examino mis uñas: cortas, redondeadas, sin esmalte.

–Se siente como si él la estuviera castigando –digo en voz baja.

–Quizás –titubea–. La ira es una de las etapas del duelo.

Esta conversación me está poniendo nerviosa. No tengo la más mínima intención de hablar de papá. Ni de mamá.

–¿Eso lo aprendiste en la clase de Psicología?

Rowan apoya el esmalte sobre el escritorio y gira la silla para mirarme de frente.

–Anoche mi mamá me preguntó si ella debería llamar a tu papá.

–¿Qué? –digo con voz bien baja. Miro la puerta, lista para echarle el cerrojo–. ¿Por qué?

–Porque desde hace cuatro días que estás aquí hasta casi la medianoche.

–Está bien. Me voy.

–¡No! ¡Juli... espera! –me bloquea el paso antes de que pueda atravesar la puerta. Sus manos caen sobre mis hombros, con cuidado para no arruinar el esmalte–. Espera, ¿sí? Espera. Mamá también dijo que siempre eres bienvenida aquí. Siempre –hace una pausa–. Estamos preocupadas por ti.

Rowan y su madre podrían ser hermanas. En serio, la gente lo dice siempre. Mary Ann tenía veintidós cuando nació Rowan, y cuida su apariencia. Una pensaría que

Rowan se rebelaría tiñéndose el pelo de negro y cenando barras de caramelo, pero no. Se cuentan todo.

No me extraña que hayan estado hablando de mí.

*Sí* me extraña la envidia que siento. Caigo en la cuenta de todo al mismo tiempo.

–Ya sé que no quería lastimarme –le lanzo una mirada fulminante porque es la primera vez que me doy cuenta de que no entiende–. Ese es el problema. Ni siquiera sabía que me iba a lastimar.

Rowan vacila.

–Dilo –insisto con voz fría–. Lo que sea que estés pensando. Dilo, Ro.

–Quizás deberías dejar que mi mamá lo llame.

–¿Qué? ¿Por qué?

–Quizás necesita algo de... apoyo. Así te puede ayudar.

–Sí, claro –ni siquiera puedo ocultar el desdén en mi voz. Vuelvo a girar hacia la puerta.

–Vamos –me dice, siguiéndome por el pasillo–. Eres mi mejor amiga, Juli. Te quiero ayudar.

–Ya sé. Es que... no quiero que me ayudes en este momento.

–Por favor, detente.

Me detengo, en el vestíbulo. Las brillantes luces del techo hacen que el cabello de Rowan se torne dorado, y resaltan sus ojos azules. Mi pelo cae, oscuro y lacio, y tengo un poco de rubor y brillo en los labios solo porque me cansé de que la gente me diga que debería descansar.

–Siempre te ves tan enojada –observó con voz suave, cuidadosa.

–Estoy enojada.

Solté las palabras porque puedo considerar su impacto. Quizás ella tiene razón; quizás esta es una etapa del duelo. Pero siento que he estado estancada en la ira desde hace tiempo ya, y me hundí tanto en ella que no hay forma de escapar.

De hecho, si nos quedamos aquí paradas mucho tiempo más, tengo miedo de que la ira me haga perder la calma.

–Me tengo que ir –digo, y tomo la perilla de la puerta.

–Juli... –Rowan se para en seco y suspira–. No quise echarte.

–No lo hiciste.

–¿Qué me ibas a preguntar?

Iba a preguntarle sobre las cartas, pero ahora no puedo. No va a entender. Va a leer nuestras conversaciones sobre la muerte, el suicidio y la desesperanza, y va a entender todo lo contrario.

En ese caso *no hay duda* de que van a llamar a mi padre.

–No es nada. No tiene importancia. Te veo mañana, ¿sí? –le contesto, mirándola.

Rowan empieza a seguirme mientras atravieso la puerta, pero levanto las manos.

–Suficiente, Ro. Basta. Solo quiero dar unas vueltas con el auto. Voy a estar bien.

–¿Vas a ir al cementerio?

Es tarde, ya está muy oscuro, y si le digo que sí, se va a poner loca.

–No, esta noche no –bajo los escalones al trote. Rowan no me echó, pero su casa ya no se siente como un refugio. No con su madre ahí sentada, esperando para analizar mi dolor.

–Bueno, buenas noches –me dice.

–Buenas noches –respondo.

Me siento mala amiga, pero no lo puedo evitar. No puedo acomodar lo que siento entre los capítulos dos y seis de algún libro sobre cómo lidiar con la muerte de un ser querido.

Mi auto quedó casi en la esquina porque alguien estaba festejando su cumpleaños después de la escuela. Ahora la calle está desierta, y mi auto está solo, a la sombra de un olmo. En parte espero que Rowan venga a buscarme, pero no lo hace. La acera está oscura como boca de lobo, y mi calzado susurra cuando toca el pavimento en

cada paso. La noche le ha robado el calor al aire, y ahora una brisa me levanta el cabello y me refresca el cuello.

Inhalo, aspirando el aroma a césped cortado, corteza de árbol y humedad.

Un hombre tose en algún lugar cercano. Me sobresalto un poco, asustada. Miro a mi alrededor, pero no lo veo.

Se me erizan los pelos de la nuca. Mis manos tratan de abrir la puerta del auto con torpeza.

Se abre la cerradura, y me tiro en el asiento del conductor. El aire del interior del auto se aferra a mi piel, con olor a café algo rancio y con tapizados demasiado calientes. La ira entra en conflicto con el nerviosismo mientras introduzco la llave en el encendido y la giro.

No pasa nada.

Vuelvo a intentarlo.

Nada. Las luces de posición parpadean y se apagan.

–*Carajo* –exclamo, golpeando el tablero.

Mi voz se oye fuerte en los confines del auto, y hago una mueca. *Perdón, mamá.*

Si a alguien le interesa, creo que estoy de acuerdo con el chico de las cartas. Las palabras no son más que palabras.

Me ataca un poco de culpa, como si, de alguna manera, estuviera traicionando la memoria de mi madre.

Una mano golpea la ventanilla, y casi me muero del susto. Hay un tipo parado ahí, la cara ensombrecida y cubierta por una capucha oscura. Puedo divisar el borde de una mandíbula y un mechón de pelo algo largo, pero eso es todo.

–¡Fuera! –mi mano encuentra mi teléfono casi inconscientemente.

Tengo el dedo sobre el nueve, pero él levanta las manos y da un paso hacia atrás. No puedo verlo mucho mejor, pero el marco de un par de anteojos refleja la luz. Es

alto y tiene los hombros anchos. Se me viene a la mente la frase *grande como una puerta*. Creo que podría levantar mi Honda Civic como si fuera un par de pesas.

–Perdón –dice, después de volver a toser. Habla un poco más alto de lo necesario para que pueda oírlo a través de la ventanilla–. Quería ver si necesitabas ayuda.

–¡Estoy bien!

¿No había un e-mail de esas cadenas tontas con consejos de seguridad para chicas, que hablaba de un tipo de iniciación de las pandillas en la que te inutilizan el auto para atraparte? Vuelvo a girar la llave. *Luces que parpadean, parpadean... se apagan*.

–¿No eres Juliet Young?

Me detengo y vuelvo a mirarlo. ¿Es bueno o malo que sepa mi nombre?

–Creo que el año pasado cursamos Inglés juntos –me dice, quitándose la capucha del abrigo.

Por un momento, no puedo ubicarlo para nada. Después mi cerebro decide empezar a funcionar. Es ese chico raro, solitario, que se sienta en el fondo de todas las clases y nunca habla con nadie. Se llama Red o Razz, o algo por el estilo. Siempre lleva abrigos con capucha o camisetas de mangas largas, incluso en medio del calor sofocante del verano.

Parece un asesino serial.

–¿Necesitas que te lo arranque? –me pregunta.

Me quedo mirándolo demasiado tiempo.

–¿Que si necesito que me arranques *qué?*

–El auto –responde–. ¿Se te murió la batería?

–No sé. No necesito nada –podría volver a lo de Rowan, pero todavía no sé si me quiero bajar del auto. Él no ha hecho nada malo, pero estamos los dos solos en esta calle oscura. Esta es la parte de la película donde una le gritaría a la chica que se quede en el auto.

–Voy a llamar a mi papá para que me venga a buscar –digo, cual epifanía.

–Mi amigo tiene un juego de cables de arranque. Vive por allí –apunta a la calle de enfrente, saca un teléfono del bolsillo y empieza a mandar un mensaje de texto. Después de un segundo, me vuelve a mirar–. Abre el capó.

No puedo decidir si él está diciendo la verdad o si yo me estoy comportando como una tonta. Miro mi teléfono. *En realidad*, no quiero llamar a mi papá. Eso daría pie a una conversación, y desde que pasó lo de las cámaras, no estoy lista para conversar con él *ni por asomo*.

En lugar de eso, le mando un texto rápido a Rowan.

**JY: Mi auto no arranca y un chico de la escuela se ofreció a arrancarlo con unos cables. ¿Puedes venir?**

Me meto el teléfono en el bolsillo y jalo de la palanca para que se abra el capó.

Él no espera a que yo salga del auto. Va al frente del vehículo, levanta el capó y busca el brazo de metal para mantenerlo abierto. Oigo el clic cuando lo pone en su lugar.

El aire adentro del auto es agobiante, y quisiera tener la voluntad suficiente para bajar una ventanilla. El sol se puso hace mucho, pero aquí dentro hace tanto calor que aparecen gotas de sudor en mi frente.

Debajo del capó se oyen ruidos de metal que golpea contra metal y me pregunto qué estará haciendo el chico. Pienso en todas las veces en que mi padre se ofreció a enseñarme lo básico sobre el mantenimiento del auto... y la cantidad equivalente de veces en que le dije: “Después”.

Por otro lado, cambiar el aceite y revisar la presión de las llantas tampoco me hubiese ayudado a encender el motor.

A través de la ventanilla del lado del acompañante, veo a Rowan que camina por la acera en nuestra dirección, con el cabello que refleja la luz de la luna. Bien. No voy a

estar sola.

Presiono el botón para destrabar las puertas y abro la mía de golpe. Choca contra algo. Con fuerza.

—¡Epa! —exclama una voz de hombre.

Levanto la mirada. Allí, parado al lado de la puerta del auto, con un juego de cables de arranque en las manos, está el único compañero de la escuela que me asustaría más que el tipo proyecto de gótico que está husmeando debajo de mi capó: Declan Murphy.

Parece estar contentísimo de verme, como cuando el conserje de la escuela descubre un retrete tapado. La mano de Declan atajó el marco de la puerta, y no me deja espacio para salir del auto.

Necesito disculparme, pero me va a salir con rencor. Puedo sentir las palabras en la lengua. Una disculpa con aire sabihondo que tiene mucho que ver con protegerme y poco que ver con el hecho de que él terminó embestido por mi puerta.

Mis ojos se fijan en los cables de arranque que él tiene en las manos.

Debería disculparme y agradecerle.

Mientras me mira fijamente, su cara pierde parte de la irritación que se veía al principio, como pasó en el pasillo de la escuela la semana pasada. Una luz cruza su cara y forma una franja sobre los ojos que deja el resto de sus facciones bajo la sombra. Como la máscara de un superhéroe, pero al revés.

—¿Se te murió la batería? —me pregunta.

De pie al lado mío, se ve enorme. Trago saliva y pienso en el momento en que hizo ese movimiento rápido en el pasillo, cuando pensé que iba a hacer algo agresivo, pero solo iba a recoger su mochila.

—No sé.

—¿Qué hace?

—Eh —necesito aclararme la garganta. Miro el tablero—. Nada. No enciende.

–No creo que sea el encendido –exclama el chico que está debajo del capó.

–Gracias, Rev –Declan revolea los ojos y se inclina sobre el auto. Murmura en voz baja algo como: “Le enseñé tres cosas y ahora es el experto”.

Apenas oigo lo que dice porque está inclinado en frente de mí, metiendo el brazo en el auto. Me reclino contra el asiento, pero cuando gira la llave, veo que él luego no se mueve en mi dirección. Supongo que olerá horriblemente mal, a cigarrillos y sudor y jeans sucios.

Pero no. Huele a césped recién cortado y ropa limpia, y a alguna clase de jabón corporal deportivo para hombre. Las luces del tablero apenas parpadean cuando él gira la llave, y después sale de mi espacio personal.

–¿Todo bien por aquí?

Detrás de él, Rowan está en la acera, con el cabello rubio que brilla a la luz de un farol cercano. Declan se da vuelta. Parece que no se sorprende al verla.

–Hay que hacer un puente. ¿Tienes un auto para acercar hasta aquí?

Los ojos de Rowan miran a Declan, al chico que está debajo del capó –¿Rev?– y a mí.

–Sí –le cuesta decirlo–. ¿Quieres acompañarme, Juli?

Solo tenemos que ir a la otra esquina, pero es extraño dejar el auto con ellos, especialmente cuando Declan dice:

–Deja las llaves.

Pero por otro lado, la alternativa es quedarme aquí con ellos dos.

Tomo mi bolso y alcanzo a Rowan, que ya había empezado a caminar.

–Parece que son de fiar –comenta en voz baja–. Cuando llegué, pensé que Declan Murphy estaba tratando de hacerte algo.

–Ni siquiera me tocó –me ruborizo y siento escalofríos al mismo tiempo.

–Bien –dice con voz firme–. Me alegro de que me hayas avisado.

A mí también me alegra. Más o menos. En el fondo, me hubiera gustado que no



llegara justo en ese momento.

Vuelvo la mirada sobre mi hombro. Rev sigue inclinado sobre el frente del auto. Declan está unos pasos detrás de él. Está golpeteando algo contra la palma de una mano, después se lleva la mano a la cara. Un repentino destello rojo ilumina sus facciones.

Un cigarrillo. Odio a los fumadores.

–¿Conoces al otro chico? –pregunto.

–Rev Fletcher –contesta Rowan–. Vive en la esquina. Mamá lo llama *el vampiro*. Casi nunca lo vemos durante el día.

–Me dio un susto de aquellos.

–Me imagino. Solo a ti te puede pasar que los dos chicos más antisociales del mundo aparezcan para ayudarte a arrancar el auto –ahora ella vuelve la mirada sobre el hombro–. Quizás debería pedirle a mamá que vuelva con nosotras.

Pienso en lo que dijo antes, eso de que su madre quería llamar a mi padre para brindarle “apoyo”, y se me ponen los pelos de punta.

–No tenemos seis años, Ro.

Ya llegamos a la entrada de la casa de Rowan, ella saca las llaves del bolsillo y presiona el botón, para destrabar las puertas.

–No quiero salir en el noticiero.

Yo tampoco. Quizás sea bueno que la batería de mi auto no funcione, si no, a esta altura Declan Murphy podría estar a kilómetros de distancia, sumando robo de autos a su prontuario. Me alegro de haber tomado mi bolso antes de salir del auto.

Rowan tiene que hacer un giro metiéndose en la entrada del garaje de otra casa para que su auto quede enfrenteado con el mío. Sus faros iluminan a Declan y a Rev. Una fotografía de esto sería genial, toda sobreexpuesta y llena de alto contraste.

Rowan apaga el motor y las luces, y empezamos a salir del auto.

Declan hace un ademán con la mano y le da una pitada al cigarrillo.

–Deja el motor encendido –exclama–. Las luces también.

Rowan obedece, y diez segundos después, estamos en la acera, mirando unos cables que conectan nuestros vehículos. Él se sienta al volante de mi auto y enciende el motor. Se prende enseguida.

–¿Eso es todo? –pregunto.

–Eso es todo –espero que se baje del auto, pero le da otra pitada al cigarrillo y empieza a tocar los indicadores.

–¿Qué haces?

No me mira, y no responde mi pregunta.

–¿Dónde vives?

–¿Y a ti qué te importa? –le contesto.

Eso llama su atención. Sale inmediatamente del auto y se me viene encima. Todo su cuerpo grita: *No te metas conmigo*. Rápido, doy un paso hacia atrás sin poder evitarlo.

–¡Declan!

Me sobresalto. La voz masculina se oye fuerte, a mi izquierda. Un hombre de mediana edad con entradas en el pelo avanza a zancadas por la calle, con furia en la voz.

–¿Qué estás haciendo? Deja en paz a esas chicas.

Su tono da a entender que quizás yo haya hecho bien al ser prudente.

–Su auto no arrancaba –Declan no se ha apartado de mí. Su voz se oye crispada por la irritación–. La estaba ayudando.

–Sí, ya veo cómo la ayudas.

Declan gira las pinzas de los cables y las desengancha de la batería de mi auto. Los extremos se tocan y saltan chispas.

–¿Qué carajo piensas que son estos, Alan?

Rev se le acerca.

–Tranquilo, Dec –dice en voz baja.

Alan es más valiente que yo. Él no retrocede.

–Sabes que no puedes salir de la casa cuando se te ocurre. No puedes salir después de cierta hora. ¿Entiendes lo que significa?

¿No puede salir después de cierta hora? ¿A Declan Murphy le controlan el horario?

Declan jala los cables del auto y cierra el capó de un golpe.

–No salí después de hora. Estaba *ayudando*...

–Vuelve a la casa. No puedo creer que sigas haciéndole esto a tu madre.

La expresión entera de Declan se ensombrece. Deja caer los cables sobre el asfalto y arremete hacia delante.

Rev reacciona rápidamente. Se pone en frente de Declan y apoya una mano sobre su hombro.

–Oye. *Oye*. Piénsalo bien.

Declan se detiene. Está fulminando a Alan con la mirada y apretando la mandíbula. Ambas manos están cerradas en forma de puños.

Alan le devuelve la mirada fulminante. Su expresión dice: *Atrévete, pendejo*.

Ahora Rowan está a mi lado, y su respiración se oye fuerte en medio de la noche. Su repentina ansiedad quiere apoderarse de mí también. No le gustan los conflictos, y esto es peor que la confrontación que tuvimos en el pasillo de la escuela. Aquí no hay profesores que puedan venir a hacer de árbitro.

Parte de mí se quiere esconder. Parte de mí se arrepiente de no haber llamado a la mamá de Rowan.

Uno de ellos va a hacer un movimiento, y con eso va a empezar la pelea. La promesa de violencia se siente densa en el aire. Ninguno de los dos está dispuesto a ceder. Están tan enroscados en la tensión que no creo que ninguno se pueda liberar.

Mi madre una vez me contó en una carta sobre cómo se había salvado por un pelo de morir en África occidental. Había estado fotografiando las consecuencias de un grupo de extremistas que había arrasado algunas aldeas. Según contó en su carta, ella

había estado siguiendo a sus guías por la selva hasta que literalmente se toparon con un campamento de extremistas. Pensó que los iban a matar. Yo podía sentir el miedo en sus palabras. Le confiscaron los equipos y empezaron a destruir las cámaras, hasta que ella les dijo que estaba documentando sus victorias militares. No solo le perdonaron la vida, sino que la dejaron viajar con ellos durante un día. Sus fotos salieron en el periódico *New York Times*, pero su carta, las palabras que ella escribió para mí, tenían mucha más fuerza. Había descrito una imagen de sudor y armas y terror, pero después me había hecho reír.

*Los hombres a veces son como los niños, Juliet. Solo necesitas algo brillante para distraerlos.*

Me agacho para recoger los cables de arranque del pavimento. Se los alcanzo a Declan y trato de sonar lo más dulce posible.

–Te agradezco muchísimo por venir aquí. No fue mi intención causarte problemas – lo miro a Alan con ojos de disculpa, aunque por dentro tiemblo como una hoja–. Lo siento mucho. No sabía que él no podía salir a esta hora. Mi auto no arrancaba, y estaba muy angustiada por no poder ir a casa...

Alan parpadea, como si se hubiera olvidado de que yo estaba allí. Dirige la mirada a Declan, después a los autos, y por último a mí.

–No es nada, creo –vuelve los ojos a Declan–. La próxima que quieras ayudar a alguien, di algo antes de salir de casa. Si te vuelves a escapar a escondidas, llamo a la policía. Después puedes tratar de escapar de Cheltenham. ¿Me oíste?

Veo que tiembla un músculo de la mandíbula de Declan, y sé que él le va a decir algo, furioso. Extiendo rápidamente la mano para darle los cables.

–¿Te parece que necesito cambiar la batería? ¿O estará bien así?

Le lleva un segundo, pero rompe el contacto visual mortal y toma los cables de mi mano.

–Parece que está bastante gastada –tiene la voz áspera, pero debajo de la

agresividad, hay un tinte de algo más que no puedo identificar—. Nunca respondiste mi pregunta sobre hasta dónde tienes que ir.

¿Pregunta? No recuerdo que me haya hecho una pregunta.

¿Por eso me preguntó dónde vivo?

—Ah. A unos kilómetros nomás —me ruborizo de la vergüenza.

—Deja correr el motor un rato antes de apagarlo —me dice después de afirmar inclinando la cabeza—. Diría que cambies la batería en cuanto puedas.

Asiento con la cabeza.

Declan se da vuelta y se va caminando.

Alan no se mueve. Está mirando a Rev, que se apoya sobre el auto de Rowan.

—Tienes que dejarlo pelear sus propias batallas, Rev.

Rev no cambia su expresión. Tose, después se levanta la capucha. Su cara entera queda entre sombras.

—Quizás su padrastro debería dejar de darle batalla.

Alan se endereza, pero parece darse cuenta de que no vale la pena. Lanza una risa forzada y niega con la cabeza, después empieza a irse.

—Ustedes, chicos, siempre piensan que lo saben todo.

La calle queda sumida en el silencio una vez que él se va.

—Guau —susurra Rowan. Tiene los ojos como platos.

—Eso no es nada —dice Rev, mirándola.

—Gracias por evitar que Declan... —se detiene en la mitad de la frase—. Que hiciera lo que fuera que iba a hacer.

—Yo no lo evité. Él se detuvo solo.

No pareció así, pero no digo nada. Me gusta la voz tranquila de Rev, y el modo en que enfrentó al padrastro de Declan. Me siento mal por haber pensado que parecía un asesino serial. Especialmente cuando me mira y dice:

—Gracias a ti también por lo que hiciste. ¿Estás bien para volver a tu casa?

El corazón me sigue golpeando contra el pecho, pero asiento con la cabeza. Necesito aclararme la garganta.

–¿Qué es Cheltenham?

–¿Qué? –pregunta Rev, con el ceño fruncido.

–Ese tipo Alan. Le dijo a Declan que podría tratar de escapar de Cheltenham.

La expresión de Rev se oscurece y se cierra. Vuelve a toser y encorva un poco los hombros.

–Es un correccional de menores –se aleja del auto de Rowan–. Recuerda cambiar la batería. Si él dice que hace falta, hace falta.

Después se escabulle en la oscuridad, y quedamos solas.

## Capítulo 9

He empezado 35 cartas, y todas empiezan con “Tengo 17”, pero después no puedo escribir más. No quiero arruinar lo que tenemos. No quiero perderlo.

Sueno como una estúpida. Parece que estuviera aquí sentada escribiendo cartas a la oscuridad, esperando una respuesta.

Ni siquiera te conozco, pero siento que te entiendo.

Siento que me entiendes.

Y eso es lo que más me gusta de todo esto.

Ella tiene mi edad.

Tenía mis sospechas de que éramos más o menos de la misma edad, pero con esto se confirma. No sé por qué es importante, pero lo es.

A ella le gusta esto. *Le gusta.*

He leído la carta al menos sesenta y siete veces, y todavía me estremezco en secreto. Miro alrededor del salón de clases, para ver si la sensación es contagiosa,

como si el resto de los alumnos fueran capaces de sentir la emoción que me causa esta breve carta.

No hay necesidad de preocuparme. Estamos estudiando poesía en la clase de Inglés, y ni con una tonelada de café se podría despertar a la gente de este salón. Una chica sentada en la primera fila está leyendo un poema de Dylan Thomas en voz alta, pero le importa una mierda la “rabia contra la muerte de la luz”, porque parece que estuviera leyendo la lista de las compras. Se enrosca el pelo con el dedo y se deja caer en la silla cuando lee el último verso.

Paso los dedos por las palabras de la carta y la vuelvo a leer. La tengo guardada debajo de mi manual, cerca del borde.

*Siento que te entiendo. Siento que me entiendes.*

Una parte loca y atrevida de mí quiere encontrarla. Y decirle: *Sí, sí, te entiendo.*

Un silencio de aburrimiento se ha apoderado del salón. Juro que se puede oír a tres personas mandando mensajes de texto. La profesora Hillard tiene la esperanza de que todos estemos absorbiendo la fuerza del poema. Se reclina contra el escritorio, apoyando el manual contra el pecho.

—¿Quién me puede decir de qué trata el poema?

Quizás esto sea inesperado, pero nadie responde.

La profesora Hillard se endereza y camina entre las hileras de pupitres, tocando cada uno levemente con los dedos. En cada paso, se oye el roce de la seda de su larga falda. Lleva puesto uno de esos cárdigan estampados que solo usan las profesoras de secundaria, de mediana edad.

Deslizo la carta un poco más debajo del libro antes de que ella llegue a donde estoy.

—¿Contra qué siente rabia Dylan Thomas? —pregunta—. ¿Qué es “la muerte de la luz”?

—La oscuridad —dice Drew Kenney.

La profesora Hillard asiente con la cabeza, pero dice:



–A simple vista, quizás –sus tacones hacen ruido al pasar entre los pupitres–. ¿Sobre qué otra cosa podría estar hablando?

–¿La noche? –dice otra chica, subiendo la entonación de su voz hacia el final. Está adivinando.

Suena tan monótona, con tan poca inspiración. Pienso en las fotografías que analizamos con la chica del cementerio y me pregunto si ella también estaría tan aburrida en esta clase.

Un momento. ¿Estará en esta clase? Miro alrededor.

No tengo idea. No *creo*, pero no tengo idea. No es que uno pueda saber si con solo mirar a una chica pueda descubrir si su madre está muerta. Tampoco llevo un cartel de neón en la cabeza que diga HERMANA MUERTA.

–Vuelvan a leerlo en silencio –indica la profesora Hillard. Da un golpecito al manual de Elijah Walker y susurra–: Guarda el teléfono.

Él lanza un fuerte suspiro y mete el teléfono en la mochila.

–Vuelvan a leerlo –la profesora se detiene al lado de mi pupitre, pero apenas me mira, solo golpetea distraídamente el manual con los dedos antes de seguir caminando. Los profesores nunca esperan mucho de mí–. Vuelvan a leerlo y díganme de qué trata en realidad este poema.

Alguien tose. Alguien cambia de posición en la silla.

Silencio.

La profesora gira en dirección al fondo del salón, y por vez primera, pierde la compostura.

–Alguien tiene que tener alguna idea. Alguien. Cualquiera. Aquí no hay respuestas incorrectas.

Dice la mujer que acaba de decir a dos personas que estaban equivocadas.

–¿Sobre qué es el poema? –pregunta.

Mis ojos saltan a la página para ver a qué se debe tanta insistencia. “No entres

mansamente en esa buena noche”.

Antes de darme cuenta, leí el poema completo. No tiene nada que ver con la noche ni con la oscuridad.

La profesora Hillard sigue caminando entre los pupitres.

–Él dice: “Rabia, rabia contra la muerte de la luz”. ¿Qué *siente* Dylan Thomas?

–Desesperación.

La palabra sale de mi boca antes de poder evitarlo. Tengo la voz ronca de no haberla usado; no hablé con nadie más desde que compartí esa rosquilla con Rev en la cafetería hace tres horas. También he llamado la atención. Es probable que la mitad de estas personas nunca me haya oído hablar.

La profesora Hillard camina por el pasillo y se detiene al lado de mi pupitre.

No la miro. Creo que no tendría que haber abierto la boca. Hago un garabato en mi cuaderno, haciendo de cuenta de que lo dijo alguien más, pero ella no es estúpida.

–Desesperación –dice en voz baja–. ¿Por qué?

–Adiviné.

–No adivinaste. ¿Por qué desesperación?

Mi mano se detiene, y ahora la miro, enojado. Se podría oír la caída de un alfiler en el salón. No me gusta ser el centro de atención, y quiero que ella pase a otra cosa.

–*Dije* que adiviné.

–Bueno, vuelve a adivinar –dice con serenidad–. ¿*Por qué* desesperación?

Cierro el libro de un golpe, y dos chicos que están cerca de mí saltan del susto.

–Quizás le da miedo la bendita oscuridad.

–Quizás –dice ella, inmutable–. ¿Qué tipo de oscuridad?

*De la mala.* Una emoción repentina me da en la cabeza. Se me tensionan los hombros, y quiero hacer trizas este libro. Mi respiración se oye tan fuerte que sueno como un caballo salvaje que está atrapado.

–Inténtalo –dice la profesora–. ¿Qué tipo de oscuridad?

Su voz intenta alentarme. Estoy a punto de perder la calma, pero ella piensa que de alguna manera va a poder conectarse conmigo, que va a descubrir el brillo de una pieza de plata ennegrecida. Ya he visto esa mirada: en trabajadores sociales, en psicólogos escolares, en otros profesores.

Lo que no logran entender es que no tiene sentido intentarlo.

A unas filas de distancia, Keith Mason resopla entre dientes.

—Seguramente no leerán mucha poesía en la cárcel.

Corro la silla con tanta fuerza que raya el piso.

La profesora Hillard es más rápida de lo que creía. Y más valiente. Le llevo quince centímetros, pero ella me bloquea el paso.

—Demuéstrale que se equivoca —dice rápidamente—. Responde mi pregunta. ¿Qué tipo de oscuridad?

Tardo un momento en filtrar ideas inteligentes. Despego mis ojos de Keith y bajo la mirada hacia la profesora. La cabeza me da vueltas por la emoción que me causó la carta de la chica del cementerio, los recuerdos que evocó el poema y la humillación que siento por otro recordatorio de lo que soy. De cómo me ve esta gente.

—Él no se equivoca —respondo, y mi voz se vuelve ronca otra vez. Me dejo caer en la silla y fijo la mirada en el libro. Busco mi lápiz y retomo el mismo garabato.

La profesora toma aire para decir algo más, y mis dedos amenazan con partir el lápiz. Sin querer, empiezo a agujerear el papel.

Suena el timbre, y los alumnos que me rodean entran en un frenesí de actividad. La profesora empieza a gritar las instrucciones para la tarea, algo sobre un párrafo que probablemente escribiré entre clases.

Deslizo la carta de la chica del cementerio entre las páginas del manual y lo meto en mi mochila. Tengo libre el camino hacia la puerta. Todos me esquivan.

Todos, menos la profesora Hillard. Se vuelve a poner delante de mí.

—¿Tienes un minuto?

Tengo ganas de ignorarla. Los alumnos están saliendo del salón en tropel, y sería fácil mirar hacia otro lado y escabullirme entre ellos. Si pareciera que me fuera a dejar castigado después de clase o fastidiarme de alguna manera, ni lo dudo.

No parece que vaya a hacer eso, así que me detengo.

–¿Vas a llegar tarde a la clase siguiente? –me pregunta.

–Es mi hora del almuerzo –contesto, después de negar con la cabeza. Me doy cuenta de que podría haber mentido y escapado de aquí sin mayores problemas.

Ella hace un gesto con la cabeza para señalar un pupitre de la primera fila.

–Siéntate un minuto.

Respiro hondo y dudo, pero después largo el aire en forma de suspiro y me deslizo en el asiento. Es la primera vez que me siento en la primera fila de un salón de esta escuela.

–Te quiero hablar sobre lo que dijiste –empieza a decir con aire solemne.

Ah. Ah. Qué estúpido soy. Empiezo a levantarme de la silla, y una amargura conocida se instala en mi pecho.

–Como quiera. Castígueme así me puedo ir al carajo.

Ella parpadea, sorprendida.

–No te quiero castigar.

–¿Entonces, qué quiere? –digo con el ceño fruncido.

–Quiero saber por qué dijiste *desesperación*.

–¡Fue una suposición nomás! Quizás usted debería haber preguntado...

–¿Tanto miedo te da parecer inteligente? –se reclina contra su escritorio y se cruza de brazos.

Tuerzo el gesto, pero no digo nada.

Ella tampoco dice nada.

El peso de sus palabras me atornilla al asiento. Mi orgullo las disecciona. *Miedo*.  
*¿Tanto miedo te da? ¿Parecer inteligente?*

No soy mal alumno: esa es una buena razón para que te molesten, y no quiero que esta gente tenga más motivos para darme problemas. En algún momento fui un *buen* alumno, y mi madre exhibía mis boletines de calificaciones, fijándolos en el refrigerador. Ahora solo hago lo mínimo indispensable y apruebo todo raspando.

Las palabras de la profesora son una provocación.

Nos quedamos allí sentados un rato larguísimo.

–Me voy a perder el almuerzo –digo finalmente.

Sus hombros caen. Un poco. Lo suficiente.

–Bueno –suspira, y señala la puerta con la cabeza–. Adelante.

Ya recorrí la mitad del pasillo cuando oigo su voz.

–Declan. Espera. Tu tarea.

Me doy vuelta. Ella viene por el pasillo, con un papelito doblado entre los dedos.

–La oí en clase.

–No, quiero que me escribas otra cosa –extiende la mano con el papel–. Escribe lo que quieras, mucho o poco.

Tomo el papel, y sus ojos se iluminan.

Después lo hago un bollo con la mano y me voy.

Me salteo la fila de la cafetería porque Rev seguramente tendrá comida para un batallón. Kristin siempre incluye algo más para mí.

No recuerdo cuándo fue la última vez que mi madre me preparó el almuerzo. Tampoco lo merezco mucho.

Tiro el papelito arrugado sobre la mesa, después me deslizo sobre el banco que está en frente de Rev. Tenemos la mesa para nosotros solos. La lluvia golpea contra las ventanas y el lugar está repleto, pero nadie nos molesta.

–Pareces la Parca –le digo a Rev, porque eso parece. Su abrigo tiene la serigrafía de un esqueleto en el pecho y en los brazos, y como siempre, tiene levantada la capucha.

–Creo que esa es la idea –abre el bollo de papel y lee–. “¿Por qué está desesperado

Dylan Thomas?”. ¿Qué es esto?

–Tarea de Inglés. Eso no es lo que te quiero mostrar.

Rev saca de su lonchera una bolsa con su almuerzo, y la desliza por la mesa.

–¿Otra carta de tu chica?

*Mi chica.* No debería gustarme eso. Pero me gusta.

Rev sabe que seguimos escribiéndonos, pero no le he mostrado más cartas desde la noche en que le conté sobre ella. Nuestras conversaciones pasaron a ser muy personales, y no me gusta la idea de compartir mis secretos con otros. Esta carta es breve y poco clara, y se lo tengo que contar.

Él se queda mirando las palabras mientras quito de la bolsa dos rebanadas de pan de banana. Cada rebanada está untada con queso crema y tiene pasas y nueces encima. De repente me muero de hambre. Quiero meterme todo en la boca de una vez.

–Tiene nuestra edad –dice Rev.

–Sí.

Rev mira a nuestro alrededor, como si ella nos pudiera estar viendo. En lugar de sentir la misma alegría que yo sentí, pone expresión seria.

–¿Estás seguro de que nadie te está tomando el pelo?

–¿Tomándome el pelo cómo?

–No te quiere conocer. No sabes con certeza que tiene diecisiete. Podría ser un tipo de cincuenta años que se está dando un banquete con todo esto.

Le quito la carta de las manos y la meto rápidamente en mi mochila.

–Cierra la boca, Rev.

Me mira comer por un momento.

–Déjame verla otra vez.

–No.

–Bueno –toma de su mochila una lata de agua gasificada y la abre.

A veces me dan ganas de golpearlo. Busco la carta y la deslizo por la mesa.

Él la vuelve a leer. Por dentro siento cosquillas de los nervios.

Rev levanta la mirada de golpe.

–Le gustas.

Me encojo de hombros y le robo la bebida. Sabe a agua mineral con gas en la que alguien sumergió una naranja; toso.

–Ella te gusta –dice Rev, con una sonrisa.

–¿Cómo puedes tomar esta porquería?

–¿Te está volviendo loco que no revele quién es? –pregunta, con una sonrisa más grande.

–En serio, Rev, ¿tienes agua normal?

–¿Qué quieres hacer? –pregunta. No es ningún tonto.

Respiro hondo y exhalo. Me paso la mano por el pelo.

–No sé.

–Sí que sabes.

–Quiero quedarme vigilando la tumba. Esto de esperar las cartas me está matando.

–Sugierele usar e-mails.

–No quiere decirme nada más que su edad. No me va a dar su dirección de e-mail.

–Quizás no quiera darte su *verdadero* e-mail. Pero podrías abrir una cuenta privada y darle la dirección. A ver si te escribe.

La idea es tan simple que me parece brillante. Odio que no se me haya ocurrido.

–Rev, te podría dar un beso.

–Primero lávate los dientes –me reclama su extraña lata de agua.

–¿Y si no me escribe?

Rev apoya la carta sobre la mesa y señala las palabras: *Y eso es lo que más me gusta de todo esto.*

–Te va a escribir, Dec. Te lo aseguro.

# Capítulo 10

Yo tampoco quiero perder lo que tenemos.

Pero ¿quizás podemos hacer esto por vía digital, así no quedamos a merced de los elementos? Abrí una cuenta anónima.

LaOscuridad@freemail.com

Ahora tú, chica del cementerio.

Guau.

La brisa matutina me da un poco de frío y agita el papel. Lo vuelvo a leer.

Guau. *Guau.*

Siento la repentina necesidad de moverme.

Me beso la palma de la mano y la apoyo contra la lápida.

–Perdón, mamá. Me tengo que ir.



# Capítulo 11

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>  
Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>  
Fecha: Miércoles 2 de octubre 7:17:00 a. m.  
Asunto: Vía digital  
¿La Oscuridad? ¿No te parece un poco morboso?

Me acaba de mandar un e-mail.

Me mandó un *e-mail*.

Estoy sentado en la biblioteca de la escuela y sonriendo como un idiota. Todavía no sincronicé esta cuenta en mi teléfono porque la verdad es que no pensé que respondería. Anoche casi no dejé la carta. Melones –Frank– me preguntaba a cada rato por qué estaba tan inquieto.

Le dije que era por culpa de tanta droga, y me dio un empujón y me dijo que no debería hacer bromas con eso.

Mis ojos suben rápidamente para ver la fecha. Miércoles. Hoy.

No solo hoy, sino hace veinte minutos. Mi corazón late el doble de rápido. Ella podría estar aquí. Podría estar en la biblioteca en este mismísimo instante. Doy una mirada furtiva a mi alrededor, tratando de ser discreto. La mayoría de las computadoras están ocupadas, pero no tengo forma de saber lo que la gente está haciendo. Los monitores tienen esos protectores que solo permiten que alguien lea la pantalla si la miran de frente. Los alumnos cubren toda la gama: desde el chico de

primer año con la cara llena de acné virulento, hasta una chica de rasgos asiáticos y mechones de pelo rosa que parece estar vestida con un pijama.

La voz de Rev me resuena en la cabeza. *Podría ser un tipo de cincuenta años que se está dando un banquete con todo esto.*

Vuelo esa idea de mi mente y otra vez miro a mi alrededor. Todos parecen estar haciendo algo: escribiendo, cliqueando o leyendo. Nadie está mirando disimuladamente hacia donde estoy yo.

Qué estúpido soy. ¿Por qué razón *ella* estaría mirando con disimulo? Puede haber mandado el e-mail desde su casa. No es que el e-mail tenga una leyenda que dice: *Enviado desde la biblioteca de la Escuela Secundaria Hamilton.*

La bibliotecaria camina hacia el sector de computadoras. No tengo idea de cómo se llama, pero parece rondar los setenta.

–En tres minutos suena el timbre. Empiecen a guardar su trabajo si no lo han hecho todavía.

No puedo redactar una respuesta en tres minutos. Y menos una respuesta a algo que critica mi dirección de e-mail.

Apago la computadora y me cuelgo la mochila del hombro. Los pasillos están repletos de alumnos que van a clase, y me dejo llevar por la corriente. Saco mi teléfono y empiezo a sincronizar la dirección de e-mail para recibir una notificación cuando ella vuelva a escribir.

Después me detengo. No me gusta la idea de que sus e-mails caigan en la misma casilla a la que llegan avisos de comparecencias ante el tribunal y castigos escolares. Me recuerdan demasiado a quién y qué soy en realidad.

Me fijo si Freemail tiene su propia aplicación.

*Bingo.* No solo el servidor tiene su propia aplicación, sino también tiene un chat y puedo personalizar las notificaciones.

No tendría que entusiasmarme tanto por un chat. Ni siquiera la *conozco* a esta

chica.

Eso no impide que me fije si está conectada. No está. Quizás no tiene la aplicación.

Cuando entro en el salón, la profesora está tratando de que todos se sienten. Hay más ruido que en un partido de fútbol.

Todos me esquivan. No me importa. Me siento despatarrado en mi silla, en el fondo del salón, y empiezo a escribir.

## Capítulo 12

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Miércoles 2 de octubre 8:16:00 a. m.

Asunto: Morboso

Nos conocimos escribiéndonos cartas en un cementerio. Me parece que ninguno de los dos tiene derecho a decir que el otro es morboso.

Estuve pensando mucho en eso que me contaste que hizo tu padre, en cómo se iba a deshacer de los equipos de tu madre. Cuando murió mi hermana, mi madre no quería deshacerse de nada. Se negaba a tocar todo lo que hubiera tocado Kerry. Antes de salir de casa, Kerry se había comido un sándwich de queso tostado, y había dejado un plato al lado del fregadero con las cortezas del pan. Le encantaban los sándwiches de queso y se hacía uno cada día, es decir, dejaba un bendito plato sucio todos los días. Mi mamá la regañaba por eso. “¡El lavaplatos está ahí nomás, Kerry! ¡No vas a tener a alguien que limpie todo lo que ensucias por el resto de tu vida!”.

Después de que Kerry murió, mamá no podía tocar el plato. Quedó ahí sucio varias semanas, hasta que crecieron hongos en las cortezas de pan. Se llenó de hormigas. Era un asco. Un día traté de limpiarlo. Pensé que así ayudaría a mi madre, supongo, para que no tuviera que encargarse de eso.

Me gritó y me dijo que no se me ocurriera tocar algo de Kerry nunca más. Estaba tan enojada que casi no la entendí.

Salí corriendo. Me escondí.

Me dio vergüenza escribir esto. Casi lo borré. Pero por eso estamos hablando bajo un manto de misterio, ¿no?

Nunca le había tenido verdadero miedo a mi madre, pero ese día sí. No tenía miedo de que me lastimara, aunque en parte lo sentía. No es una mujer de contextura grande, pero ese día se veía enorme.

Le tenía miedo a su dolor. Parecía mucho más intenso que el mío, y me preocupaba que se apoderara de mí. Mi padre estaba en la cárcel, mi hermana había muerto y mi madre era presa de su propio dolor.

Yo era responsable de todo eso. Tenía miedo de que ella hiciera algo irreparable. Tenía miedo de perderla.

No pude esconderme mucho tiempo. Fue a buscarme, y yo la verdad es que no tenía a dónde ir. Tenía trece. Me encontró dentro del armario. Ella tenía los ojos enrojecidos, pero no estaba llorando, y su voz era suave, muy suave. Cuando salí del armario, apoyó las manos en mis mejillas y se disculpó. Me acariciaba el pelo constantemente mientras me decía que ahora estábamos los dos solos y que teníamos que cuidarnos entre nosotros. Después dijo que lo primero que podía hacer era ayudarla con algo en la cocina.

El plato con las cortezas de pan ya no estaba, y la mesa tenía olor a lavandina. Mamá quería que la ayudara a embalar todos los platos. Dijo que ya no los podía tocar. Recuerdo que puse cada plato en una caja, con mucho cuidado, porque no quería hacer nada que la volviera a enojar.

No me tendría que haber tomado la molestia. Los tiramos todos en el basurero.

Me pidió que los arrojara en el basurero mientras ella se quedó parada, fumando un cigarrillo. Nunca había visto a mi madre fumar, pero ahí estaba, con la vista fija en la caja de

platos rotos, un cigarrillo temblando entre los dedos.

Nunca había visto a nadie hacer algo semejante. Pensé que se estaba volviendo loca. Parte de mí quería escapar otra vez, pero una parte más grande de mí tenía miedo de dejarla sola.

Luego de dos pitadas, apagó el cigarrillo y dijo: “Vamos a comprar platos. Tú puedes elegirlos”.

No sé a dónde voy con esta historia, salvo quizás decir que a veces uno llega a un punto en que el dolor es tan intenso que se es capaz de hacer cualquier cosa para dejar de sentirlo.

Incluso si eso significa hacer algo que lastime a otro.

Me parece que necesito fumar *yo* un cigarrillo.

No. Mentira. Odio el cigarrillo. Es asqueroso.

Pero igual. Necesito *algo*.

Me encanta el estilo con el que escribe. Se supone que tengo que encontrarme con Rowan para almorzar, pero voy a paso lento. El pasillo está repleto de gente desesperada por hacer algo que no sea estar en clase, así que me llevan a los empujones. No tengo ningún destino en mente; mi mente está atrapada en el tiempo, con un niño de trece años que mira cómo su madre pierde la cordura.

—¡Juliet! Justo a tiempo.

El profesor Gerardi está parado delante de mí, apoyado contra la puerta de su salón.

No sé qué hago aquí. No he pasado por el pasillo de arte desde que ella murió. En la pared opuesta al profesor se ven unas fotografías en blanco y negro, enmarcadas en cartulina. Una es magnífica: la imagen de un hombre sentado en un banco de un parque, la piel curtida, los ojos escondidos bajo un sombrero. La imagen emana desesperación. Otras dos son decentes, pero no tienen nada de especial. Las demás son una porquería.

Un tazón de frutas, ¿en serio?

Vuelvo la mirada al profesor Gerardi.

–Estaba yendo a almorzar. No tenía la intención de pasar por aquí.

–¿Estás segura? –me pregunta, extrañado.

El sector de arte se construyó después de la escuela original, así que en realidad no está “camino” a nada. Gracias a esa ubicación, pude esquivar fácilmente todo lo relacionado con la fotografía después de que ella murió. Más fácil todavía fue esquivar los intentos del profesor Gerardi de volver a inscribirme en la clase de fotografía.

–Todavía hay tiempo para cambiar tu horario, ¿sabes? –me dice–. Pero no mucho.

¿Ven?

–No. Estoy bien –digo, negando rápidamente con la cabeza.

–¿Estás segura? Brandon ya no tiene mucha competencia.

Brandon Cho. Seguramente él tomó la fotografía del hombre sentado en el parque. Solíamos competir amistosamente para ver a quién le dedicaban más espacio en el periódico escolar y en el anuario. Rowan siempre decía que habríamos sido una bonita pareja, con el tema de las cámaras y todo eso, pero él tiene un ego un poco alto para mí.

–Estoy casi segura de que a Brandon le está yendo lo más bien –respondo, después de estar a punto de revolear los ojos. Me doy cuenta de lo que el profesor había dicho cuando me acerqué–. ¿Justo a tiempo para qué?

–Necesito un favor, y tú eres la persona perfecta para hacerlo.

El profesor Gerardi es el único que enseña fotografía en la escuela, y cuando necesita un favor, por lo general tiene que ver con tomar una foto de algo.

–No –le digo.

–Ni siquiera me dejaste explicar lo que necesitaba –respondió con el ceño fruncido.

–¿Hay que usar una cámara?

–Sí –responde, después de vacilar un momento.

–Entonces no –me doy vuelta y me voy–. No fue mi intención pasar por aquí.

Estaba distraída.

–Quizás te haga bien volver a tomar una cámara –me dijo–. Nunca lo sabrás si no lo intentas.

Sigo caminando. Él me sigue hablando:

–Solo te va llevar una hora. Y te va a dar un crédito por voluntariado.

Sigo caminando. Apenas lo oigo. Como si a esta altura me importaran los créditos por voluntariado.

–Puedes usar mi Leica –grita.

No puedo evitarlo. Mis pies se detienen, solo por un segundo. Es una reacción automática. El profesor Gerardi tiene una cámara digital Leica M que es increíble. A todos se nos caía la baba por ella. Casi nunca deja que un alumno la use, aunque el año pasado me dejó ayudarlo a fotografiar el baile de graduación, así que la conozco. Es tan bonita como la cámara de trabajo de mamá, que nunca me dejaba *tocar*. Casi la tenía en un altar.

En este momento, esa cámara está en un rincón de mi cuarto, dentro de un bolso manchado.

De pronto me sudan las palmas de las manos. No puedo hacerlo. Empiezo a caminar otra vez y doblo la esquina lo más rápido que puedo.

Llegué tarde a almorzar, y la fila es espantosamente larga. De todos modos, no tengo hambre. Veo a Rowan en nuestro rincón del fondo, sentada al final de la mesa.

Meto la mochila debajo de la mesa y casi colapso en frente de Rowan.

Ella deja de masticar su sándwich y levanta una ceja.

–¿No vas a comer?

–No –pero busco mi botella de agua debajo de la mesa.

–¿Por qué no?

–No importa –le digo, sin mirarla a los ojos.

–Parece que sí importa.



Exhalo un suspiro que me deja la lengua filosa.

–Ro... –pero me detengo.

*A veces uno llega a un punto en que el dolor es tan intenso que se es capaz de hacer cualquier cosa para dejar de sentirlo. Incluso si eso significa hacer algo que lastime a otro.*

Él habla de mi padre, pero me hace pensar en Rowan. ¿Le he estado haciendo eso? Juego un poco con la botella de agua y pienso en esa idea. No es una linda sensación.

–¿Tiene algo que ver con el profesor Gerardi? –pregunta Rowan, abriendo una bolsa de papas fritas.

–¿Qué? –pregunto, mirándola instantáneamente.

–Porque está viniendo para aquí –me dice, señalando con la cabeza hacia el pasillo.

Casi me caigo del banco por lo rápido que giré para ver de qué hablaba Rowan. ¿El profesor me siguió?

Por un instante, me aferro a la ingenua esperanza de que ha venido aquí a buscar una soda o acosar a alguien más. Pero no, el profesor Gerardi viene directo hacia mí y me mira.

–Al menos, déjame pedirte el favor.

Mi cerebro ya está todo revuelto, pensando en cómo estuve tratando a Rowan. Siento cómo una respuesta filosa muere en mi garganta. Me encojo de hombros y toco con el dedo una mancha del mantel.

–Necesito fotos del Festival de Otoño para el anuario –explica–. Tomas fotos durante una hora y listo.

–Eso es mañana.

–Ya sé.

Parece ridículo hacer un Festival de Otoño cuando todavía hace veinticinco grados afuera. Apenas estamos en octubre. Pero es una tradición de la escuela: el jueves se

celebra el Festival de Otoño y el partido en honor a los exalumnos, y el viernes se hace un gran baile.

–No iba a ir –respondo. No iba a ir a nada de eso.

Rowan le da un sorbo a su soda y no dice nada.

El profesor Gerardi se sienta a caballo en el banco que está al lado mío.

–Este es tu último año –me dice con voz calma–. No vas a tener otra oportunidad de estar en el último año de la secundaria.

–¿Usted cree que me voy a arrepentir de no tomar fotos del momento en que les lancen crema batida en la cara a los jugadores de fútbol? –respondo, después de dar un resoplido.

–Quizás –el profesor vacila–. No puedes decirme que no has pensado en volver a levantar una cámara.

Se me viene a la mente Declan Murphy. La franja de luz que le cruzaba los ojos mientras él revisaba mi auto, y que le daba un aspecto de superhéroe al revés. Su expresión en el pasillo después de que derramé el café, toda la agresión y la furia... y algo que se acercaba a la vulnerabilidad.

–Lo pensaste –dice el profesor Gerardi–. Sé que lo pensaste. Tienes demasiado talento para no aprovecharlo nunca más, Juliet.

No respondo.

–¿Crees que tu mamá hubiera querido eso para ti?

–*No hable* de mi madre –golpeo la mesa con la mano, tan fuerte que la gente que está alrededor se calla y empieza a oír nuestra conversación.

–¿Lo crees? –pregunta, inmutable.

No. Ella no querría esto. Probablemente estaría avergonzada de mí.

*Ay, Juliet*, me diría, negando con la cabeza. *¿No te crie para que tengas un poco de valor?*

Las palabras no me inspiran. Al contrario, hacen que quiera esconderme más.

–Quizás pueda pedirle a alguien de primer año que lo haga –sugiere Rowan.

–Es para el anuario –respondo bruscamente, sin pensar–. No para Instagram.

Ella sonríe y bebe un sorbo de su soda.

–Entonces hazlo tú.

Me vuelven a sudar las manos, y giro la botella de agua entre ellas. No s  que problema tengo. Es una cámara nomás. Es solo una hora. Unas fotos insignificantes que no le van a importar a nadie una vez que las hayan visto un par de veces.

Pienso en los platos que quedaron rotos en el fondo de un basurero.

El profesor Gerardi sigue esperando, paciente. Lo miro.

– Puedo usar su cámara? –porque sin dudas no puedo usar la de mi madre.

–Sí –su expresión no cambia. Me gusta eso de él.

– Solo tengo que tomar fotos durante una hora?

–S . Casuales. De lo que quieras.

Respiro hondo. Siento que estoy en el borde de un precipicio, y todos insisten en que salte, incluida mi madre. Todos me dicen que no me va a pasar nada, pero lo único que veo es un enorme abismo.

–Lo voy a pensar –respondo.

Espero que el profesor me presione un poco más, pero no lo hace. Se levanta del banco.

–Cons ltalo con la almohada –me dice–. Ven a verme antes de tu primera clase para decirme qué has decidido.

*Cons ltalo con la almohada.*

Eso sí lo puedo hacer.



Mi padre trae a casa la cena de Kentucky Fried Chicken. La verdad es que no me gusta mucho la comida rápida, pero no almorcé y el estómago me está pidiendo a

gritos que solucione esa cuestión. El pollo frito huele tan bien que saco los platos del armario antes de que mi padre apoye la bolsa sobre la mesa.

Empiezo a romper la bolsa de plástico, metiéndome un panecillo en la boca mientras separo los lados. Puré de papas. Salsa. Macarrones con queso. Todo está dentro de la gama del beige. Nada tiene verdadero color, ni siquiera las verduras.

No me importa en lo más mínimo. Rompo la caja de papas fritas y tiro un poco en cada plato.

Después me doy cuenta de que mi padre me está mirando.

–¿Qué? –pregunto, con el panecillo en la boca.

–Uno, estás en casa –se aclara la garganta–. Y dos, estás comiendo.

–Siempre como.

–No, Juliet. No comes siempre.

Lo miro. Es tan perfectamente común que me pregunto qué le vio mi madre. Ella era radiante en todos los aspectos. Cuando entraba en una habitación, su luz tocaba a todos inevitablemente.

Él no llama la atención en absoluto. Su piel es común, pelo y ojos castaños, fornido. Como la comida, está en la gama del beige. Supongo que es un tipo que está bien, punto. Cuando era pequeña éramos unidos, pero creo que quedó desconcertado con mi primera regla y los consiguientes cambios de humor, y decidió mantener distancia después de eso.

–¿Qué cambió? –pregunta.

–No cambió nada –digo serenamente–. No almorcé. Tengo hambre.

–Bueno –vacila–. ¿Quieres que traiga las bebidas?

–Sí, claro.

Se sirve una cerveza y pone un vaso de leche en frente de mí; revoleo los ojos. Leche. Como si tuviera seis años. Me sorprende que no haya puesto una pajita.

Tengo ganas de darle un sorbo a la cerveza, solo para ver qué haría él. Pero ya

agoté todo mi valor por hoy.

Nos sentamos y comemos en silencio por un ratito. Me había entusiasmado el olor del pollo, pero siento la piel viscosa entre los dedos, así que la quito toda. Corto la carne.

–¿Terminaste toda la tarea? –me pregunta.

No me ha preguntado sobre la tarea desde el día en que empecé a ir a la escuela. Levanto la mirada hacia él.

–Me queda un poco.

–¿Hay algo que te esté costando?

–La escuela va bien –digo, cortando otro trozo de pollo.

Vuelve a quedarse en silencio, pero siento su atención. Me dan ganas de tomar mi plato y llevarlo arriba, pero pienso en el día en que se iba a deshacer de todos los equipos de mi madre y en cómo lo traté. Quizás le hace mal tener todo eso aquí.

Quizás me hace mal a mí y no me doy cuenta.

Me aclaro la garganta y fijo los ojos en la comida. Mi voz sale más apagada de lo que me hubiera gustado.

–Puedes vender sus cosas.

–No necesito hacer eso, Juliet...

–Está bien. Reaccioné mal. Es una estupidez tener todo aquí.

Él extiende su mano sobre la mesa y la apoya sobre la mía.

–No es una estupidez.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me tocó. Se me llenan los ojos de lágrimas antes de darme cuenta. Me gusta la sensación de su mano, la conexión, la calidez. No me había percatado de lo alejados que estábamos hasta que me sujetó la mano.

Necesito quitar la mano. Él me suelta, pero su mano queda en el mismo lugar.

Me presiono los ojos con las yemas de los dedos.

–Una estupidez fue como actué yo. Probablemente pensaste que era una hija odiosa.

–Nunca –me dice con calma.

Me tiemblan los hombros. No puedo mirarlo a los ojos, si no, voy a perder el control. Me estoy encogiendo tanto que los codos se están clavando en mi estómago.

Su brazo me abraza, y debe ser como aferrarse a una roca. Ni siquiera lo oí dar la vuelta a la mesa.

Mi respiración se entrecorta y sale de mí en forma de pequeñas ráfagas.

–No eres odiosa –dice mi padre, acariciándome el pelo.

–La extraño tanto –digo, y se me quiebra la voz en la última palabra–. Solo quería que llegara a casa.

–Yo también.

Quiero echarme sobre él. Quiero que otro cargue con este peso, incluso si es solo por un ratito. Pero ya ha pasado demasiado tiempo. Él ha estado muy distante. Si me echara sobre él, él retrocedería y me dejaría caer sobre la tierra.

Me quedo allí sentada. Él se sienta y me acaricia el pelo. Cuando ya puedo hablar de corrido, me quito un mechón de pelo húmedo de la cara.

–Lo digo en serio. Puedes volver a Ian y venderle las cosas de mamá.

–Bueno –se sienta, pero no muy lejos–. Quizás podemos esperar un poco antes de tomar esa decisión.

–Solo están ocupando espacio en mi habitación.

–No están dañando nada.

No digo ni una palabra. Un momento después, él agrega:

–Si no quieres tener los equipos en tu habitación, puedes ponerlos en el... –su voz titubea, un poquito– en mi habitación –termina diciendo–. No más en el sótano. Yo los puedo cuidar.

Él no quiere tenerlos allí. Lo noto en su voz. Nunca le gustó la profesión de mi

madre mientras estaba viva; no hay razón para que le encante ahora.

Me enderezo y me aparto de él por completo.

–No. Yo me los quedo.

De pronto, ya no tengo más hambre. No puedo conciliar el padre cariñoso con el ausente.

Mi plato se desliza por la mesa. Solo comí la mitad del pollo y apenas toqué el puré de papas.

–Ya terminé.

–¿Estás segura...?

–Estoy segura –salgo disparada hacia la escalera, convencida de que él va a intentar seguirme.

Pero no lo hace. Mi puerta se cierra con un suspiro, y quedo sola en la habitación.

Las cosas de ella están en el rincón, una pila de bolsos y equipos. No los quiero tocar, pero una pequeña parte de mí se alegra de que él tampoco quiera deshacerse de ellos aún.

Como en la carta de La Oscuridad, mi padre estaba listo para romper los platos, pero ahora no.

Me pregunto qué pasó. Qué cambió.

Y qué tiene que ver eso conmigo.

## Capítulo 13

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 3:28:00 a. m.

Asunto: No puedo dormir

Le dije a mi padre que podía vender las cosas de mi madre.

No las va a vender, pero le dije que podía hacerlo.

No me había dado cuenta de que las cámaras y el resto del equipo podrían ser su versión del plato lleno de cortezas de pan con queso y hormigas.

Quizás sean mi versión del plato. No estoy lista para arrojarlos al consabido basurero.

Todavía.

¿Crees en el destino? A veces quiero creer en eso. Quiero creer que todos vamos camino a... algo, y que nuestros caminos se entrecruzan por una razón. Como nos pasó a nosotros, por cómo nos encontramos. Por el modo en que me contaste la historia adecuada cuando más lo necesitaba.

Pero si creo en eso, entonces el camino de mi madre estaba predestinado a terminar en el taxi que la traía a casa desde el aeropuerto. O el camino de tu hermana estaba predestinado a terminar con tu padre. Un pequeño cambio de dirección podría haberlas llevado por un camino totalmente distinto.

O quizás un pequeño cambio de dirección las llevó por el camino que siguieron.

Le rogué a mi madre que se apresurara para volver a casa.



Eso hizo. Sé que no choqué el auto, pero ella no se habría subido a él si yo no se lo hubiera pedido.

Yo la puse en ese camino. Yo.

Si no puedo culpar al destino, ¿quién tiene la culpa?

Pestañeo para terminar de despertarme, y me lleva un minuto darme cuenta de que ese es el final de su mensaje. Me quedo ahí, estúpidamente, deslizando el dedo por la pantalla, con la esperanza de que baje un poco más, pero eso es todo lo que ella escribió.

*Si no puedo culpar al destino, ¿quién tiene la culpa?*

Sé muy bien lo que es culparse a uno mismo.

Sé lo que hice en mayo cuando ya no lo podía soportar.

Levanto las piernas de la cama como si tuviera que ir a algún lado. No sé cómo se llama. No la puedo llamar por teléfono. Ni siquiera sé dónde encontrarla, al menos dentro de los próximos noventa minutos. Pero aun si estuviera leyendo esto en la escuela, tendría que encontrarla entre más de dos mil alumnos. Como sea, recién son las seis y diez.

Conozco esa desesperación. Me aterra ver que ella la esté sintiendo.

Ella habla sobre cómo el destino arranca a las personas de nuestro lado, e inevitablemente pienso si el destino estará haciendo precisamente eso.

Golpeteo el teléfono hasta que vuelvo a la parte principal de la aplicación.

Hay un circulito verde al lado de su nombre. Está conectada. Está *viva*.

Vuelvo a respirar, y me echo otra vez sobre las almohadas.

Después giro y empiezo a escribir.

# Capítulo 14

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 6:16:48 a. m.

Asunto: No hagas eso

Si vas a escribirme a las 3:30 a. m., no termines así el mensaje.

No estoy listo para que el destino destruya esto que tenemos, ¿está bien?

Ahora respóndeme y dime que estás bien.

El corazón me late con rapidez, unas palpitaciones ligeras, no usuales, tan extrañas que casi duelen. No me había dado cuenta de lo pesado que se había puesto mi e-mail de traspasar.

No puedo dejar de mirar la última línea.

*Ahora respóndeme y dime que estás bien.*

Está preocupado. Por mí.

Mi corazón sigue palpitando, como una mariposa atrapada entre dos manos. Ahora que lo pienso, no me molesta para nada.

De hecho, me gusta bastante ese cambio.

## Capítulo 15

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 6:20:10 a. m.

Asunto: Estoy bien

No fue mi intención asustarte. No estaba bien anoche. Siento que todo el mundo está esperando a que supere su muerte. Incluso la semana pasada mi mejor amiga empezó a citar un libro sobre las etapas del duelo, como si yo tuviera que cumplir con algún plazo.

En cierto modo, sé que ella tiene razón. Estoy atrapada en un pozo de ira y dolor y pérdida, pero cuanto más tratan de sacarme de él, más ganas tengo de enterrar mis pies en el suelo y aferrarme a las paredes de tierra.

Nunca respondiste mi pregunta sobre el destino. A veces me planteo si estamos viendo esto desde puntos de vista distintos. Podrías haber evitado la muerte de tu hermana, mientras que yo tuve algo que ver con el hecho de que mi madre muriera.

No dejo de pensar en cuál será peor.

Sus palabras son como una patada en el estómago. Arrojo el teléfono contra la almohada y entro en el baño como un huracán. Empujo el grifo de la ducha con tanta fuerza que lanza un chirrido, y por una milésima de segundo pienso que rompí algo y que está por salir agua para todos lados.

No rompí nada, y el agua sale con normalidad. El baño se llena de vapor casi instantáneamente.

Aprieto el tubo del dentífrico con todas mis fuerzas y me ataco los dientes, pero duele, así que aflojo un poco con la furia.

Me cuesta. ¿No deja de pensar en cuál será *peor*? ¿Como si fuera una competencia?

Apoyo el cepillo de dientes con fuerza en el lavabo, escupo y me seco la cara con una toalla. Mis ojos se ven oscuros y furiosos en el espejo. Casi quisiera dar un puñetazo al vidrio.

Sus palabras me hacen sentir un fracasado.

*Podrías haber evitado la muerte de tu hermana.*

Desde hace cuatro años que me digo lo mismo. Las palabras ya no tendrían que afectarme tanto. Ya no. Pero dichas por *ella*... De pronto, algo que me daba tanta seguridad parece haberse convertido en otra posible decepción.

El agua me quema la piel cuando entro a la ducha, pero dejo que el dolor me corra por la espalda cual torrente. El agua sigue así durante un buen rato, y me obligo a aguantarla. El calor sobre la piel alivia un poco mi furia.

Cuando finalmente salgo del baño, siento olor a tocino, pero eso no puede ser. Por lo general, para cuando yo bajo Alan ya se fue, y mamá siempre duerme hasta tarde. Debe ser algún vecino.

El aroma me despierta el estómago, y de pronto me muero de hambre. Eso no ayuda a exorcizar mi ira. De pie a los pies de la cama, miro el teléfono.

Primero, comida.

Dejo el teléfono y me muevo por la casa como un ninja, experto en no hacer ruido por las mañanas, para no molestar a mi madre. Me deslizo por la cocina para tomar una barra de cereales.

Mamá está sentada en la mesa con Alan. Me detengo de repente.

Si estaban hablando, lo hacían en voz baja. Se callan y me miran sorprendidos.

Ambos están en bata.

La poca furia que logró purgar la ducha acaba de volver con todo.

En la mesa, frente a ellos, hay unas tazas de café. Se ven unas sartenes usadas sobre la cocina y unos platos con restos de comida apilados en el fregadero. Siento olor a huevos y veo unos trozos de tocino sobre una toalla de papel.

Tomaron el desayuno. Sin mí.

No les digo nada. Saco una taza térmica del armario que está sobre la cafetera y me sirvo café.

Mi madre es la primera en hablar. Tiene la voz calma.

–Buenos días, Declan.

–Hola –respondo, echando azúcar en la taza.

Alan me mira, pero lo ignoro.

–¿Tienes hambre? –dice mi madre un momento después–. Te puedo preparar un plato.

Lo dice como si se le acabara de ocurrir la idea, como si se hubiera olvidado por completo de que yo vivo aquí hasta que me vio en la entrada.

–No.

Mi cuchara golpea contra las paredes de la taza cuando agrego crema al café y lo revuelvo un poco. Siento que el silencio que hay detrás de mí me presiona la espalda.

Me muero de hambre, y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no tomar los restos de tocino y metérmelos en la boca.

Cuando me doy vuelta, Alan le está susurrando algo a mi madre. No tengo idea de lo que dice, pero la hace reír.

La parte racional de mi cerebro sabe que no se están riendo de mí, pero la parte insegura quiere que le dé un puñetazo a Alan. Me conformo con mirarlo odiosamente por encima de mi taza.

–¿Qué haces en casa?

–Se me ocurrió sorprender a tu madre y tomarme un día libre –responde, mirándome a los ojos.

–Vamos a ocuparnos de algunas cosas que hay que hacer en la casa –dice mamá–. Después pasaremos la tarde juntos. Quizás veamos una película.

Me quedo allí parado, jugando con la tapa de la taza. Debería subir y prepararme para ir a la escuela, pero toda esta interacción me está dejando sin fundamentos, como si al irme de la cocina ellos me fueran a olvidar por completo.

–¿De qué cosas?

–Voy a limpiar la terraza con la hidrolavadora –explica Alan.

Yo podría hacer eso. Lo *haría*, si ella me lo hubiera pedido. Ya no me pide que haga nada. Alan hace todo en la casa, y ni loco le voy a ofrecer ayuda. Siempre que lo intento, reacciona como si yo fuera un delincuente que no puede ni sostener un destornillador.

–Qué romántico –digo, con expresión seria.

–Si eso te parece romántico –agrega mamá–, te imaginarás lo contenta que me pone que lleve el auto al mecánico.

–¿Qué le pasa a tu auto? –pregunto, sosteniendo la taza con más fuerza.

–A mi auto –interviene Alan–, hay que cambiarle el aceite –su voz tiene un tinte desafiante.

Él *sabe* que yo lo podría hacer. Es una de las cosas que siempre hice. De hecho, lo hice en mayo, justo antes de su boda.

Justo antes de destruir la camioneta de mi padre y tomar por este sinuoso camino del fracaso y la decepción. No me necesitan. Alan lo está confirmando en este momento.

Quiero borrarle esa mirada engreída de la cara.

No voy a empezar una pelea frente a mi madre.

Puedo hacer ese esfuerzo, especialmente si es todo lo que me queda.

## Capítulo 16

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 6:48:57 a. m.

Asunto: Destino

¿Quieres saber en qué creo? Creo en el destino, pero creo también en el libre albedrío. Es decir, existe un camino, pero somos libres de desviarnos y tomar otro. El único problema es que no hay manera de saber de quién es el camino que estamos siguiendo. ¿El nuestro? ¿O el del destino? Las demás personas también siguen sus propios caminos. ¿Qué pasa cuando nos cruzamos? ¿Qué pasa cuando otra persona nos borra el camino y nos quedamos sin sendero que seguir? ¿Es ese el destino? ¿O es ahí cuando empieza a actuar el libre albedrío? ¿Sigue el camino ahí, pero no lo podemos ver?

¿Quién carajo sabe?

No estoy de humor para hablar de esto. O quizás estoy cansado. Debería estar prohibido hablar sobre el existencialismo antes de las 7 a. m.

Pero sí quiero decirte una cosa: tú no pusiste a tu madre en ese auto, chica del cementerio. Ella tomó esa decisión. O quizás el destino lo decidió por ella.

Lo importante es que no fuiste tú.

Sé que eso no es muy reconfortante. Conozco bien la ira y sé muy bien lo que es culparse a uno mismo. Podríamos tratar de reconfortarnos hasta que se nos caigan los dedos.



No importa. Ambos sabemos lo que hicimos.  
La culpa no es una competencia. O al menos no debería serlo.

El profesor Gerardi enseña una asignatura que es opcional. En general, por experiencia, sé que puedo encontrarlo en su aula antes de que suene el primer timbre. La mayoría de los alumnos están en los pasillos principales, golpeando las puertas de los lockers y saludándose a los gritos, pero este pasillo es más tranquilo.

Hace mil años que no llego a la escuela tan temprano. Por lo general atravieso la puerta de entrada justo antes de que suene el timbre, pero hoy tengo una misión, así que me recogí el pelo húmedo con unas torzadas y salí corriendo.

Cualquier otro día iría a buscar la silenciosa soledad que ofrece el sector de arte, pero hoy quisiera estar en medio de la ruidosa algarabía de los demás alumnos. En el silencio, mis pensamientos deambulan libremente, y no van a lugares felices. Las palabras de su e-mail hacen ruido en mi cabeza.

¿Se enojó conmigo? Parecía enojado. Pasé media hora tratando de descifrar su tono. No creía posible que alguien pudiera sonar alentador, empático y enojado en un solo e-mail, pero de alguna manera él lo logró.

La puerta del salón está abierta, y entro silenciosamente sin tocar. Me tengo que apresurar antes de que me tropiece con mi ansiedad y me caiga.

El profesor Gerardi levanta la mirada, sorprendido. Hay una alumna parada a su lado, mostrándole algo en un cuaderno. Parece ser de primero o segundo año. No la conozco.

Me ruborizo. No había pensado en la posibilidad de que alguien más estuviera aquí. Esto está mal. No puedo hacerlo.

–Perdón –me voy acercando a la puerta–. Voy a... Vuelvo más tarde.

El profesor Gerardi se levanta de su asiento.

–Juliet. Espera.

–No, fue una mala idea. Voy a llegar tarde a la primera hora.

–Te escribo una justificación. Espera.

No espero. Atravieso la puerta y me voy dando zancadas hacia el pandemónium.

La voz de mi madre me avergüenza. *Ten un poco de valor, Juliet.*

Ese es el problema. No tengo el valor que tenía ella. Nunca lo tuve. Si ella era un fuego artificial que iluminaba el cielo, yo soy un fosforito encendido que se apaga sin haber hecho gran cosa.

Una idea me hace caminar más despacio. ¿Estoy siguiendo algún camino predeterminado? ¿O me estoy escondiendo detrás de mi dolor por elección propia?

No me gusta ninguna de las dos opciones. Doy la vuelta.

El profesor Gerardi está en la entrada de su salón. Me pregunto si estaba a punto de seguirme... o a punto de darse por vencido. No puedo descifrar su expresión. Es una mezcla de decepción y esperanza.

Refleja cómo me siento conmigo misma. Mis dedos juegan con la correa de mi mochila, y digo con un hilo de voz:

–¿Solo una hora?

Él asiente con la cabeza, como si nuestra conversación sobre las fotografías del Festival de Otoño hubiera sucedido hace unos minutos en lugar de ayer. No va a hacerme entrar en los detalles.

–¿Y puedo usar su Leica? –pregunto, después de aclararme la garganta.

–Ya la estoy cargando.

Asiento con la cabeza, después me muerdo el interior de la mejilla. El dolor me ayuda a concentrarme.

–Vuelvo cuando suene el último timbre.

## Capítulo 17

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 8:23:05 a. m.

Asunto: Elegir otro camino

No fue mi intención ofenderte esta mañana. Se te lee como alguien que sabe lo que dice, y yo me expreso como un desastre que apenas puede ponerse los zapatos por la mañana. Pero tienes razón: la culpa no es una competencia. No quise decir eso en absoluto. En realidad me preguntaba si esta culpa podría parecer más definida si yo hubiera participado más activamente, pero por otro lado, no sé cómo hubiera sido eso. No es que la hubiera puesto frente al auto de un empujón. Y tampoco pasó eso con tu hermana, ¿no?

Si te ofendí, te pido disculpas.

Pero sí quería contarte que lo que dijiste sobre el destino me inspiró. Hice algo inesperado. No algo inesperado para la gente que me rodea nomás –creo que a esta altura el solo hecho de ir a la escuela es inesperado–, sino algo inesperado para mí. Todos los demás van a ver esto como un punto de quiebre, seguro. Ah, miren, volvió a ser la de antes.

Lo que no saben es que estoy aterrada.

Eso querrá decir que me estoy desviando del camino impuesto por el destino, ¿no? Que estoy siguiendo mi propio camino. Porque el otro me daba muchísimo menos miedo.

La profesora Hillard está pidiendo a algunos voluntarios que lean su tarea del martes. Cada uno escribió un párrafo sobre la interpretación del poema de Dylan Thomas: que trata de la oscuridad, que trata de la noche, que trata del Alzheimer.

Que traten de pensar un poco, por favor.

Garabateo en mi cuaderno y dejo de escucharlos.

*Lo que dijiste sobre el destino me inspiró.*

Las palabras encienden una lucecita en mi pecho.

–Declan, ¿te gustaría compartir tus ideas?

La ignoro y sigo garabateando. La profesora Hillard me mira ansiosa; la veo con mi vista periférica.

–¿Declan? –repite. No se oye ninguna advertencia en su voz. Me está dando el beneficio de la duda y actúa como si existiera la posibilidad de que no la haya oído.

–No hice la tarea –respondo, obligado. Mi voz sale baja y ronca. Es la primera profesora que me pide participar en toda la mañana.

–Entonces quizás puedas responder ahora mi pregunta del martes. ¿Por qué está desesperado Dylan Thomas?

Su tono es desafiante, y me hace levantar la vista. Me recuerda a Alan porque me está retando. Mi lápiz se detiene sobre el papel. Su expresión no cambia, y sus ojos están fijos en los míos.

No digo nada. Puedo jugar a esto todo el día.

El salón se sume en el silencio cuando los demás detectan la tensión.

Después de que pasó un minuto completo, me doy cuenta de que ella también sabe jugar. Por mí, no hay problema: podemos seguir todos sentados en silencio. Nadie va a sufrir por no tener la oportunidad de oír a Andy Sachs contarnos que Dylan Thomas se lamentaba por los ciegos que no podían ver los relámpagos.

A mi izquierda, alguien suspira exasperado. Es un chico, pero no puedo ver quién es. A mi derecha, una chica cambia de posición en su silla, incómoda, y también

suspira.

Empiezo a notar enojo en la mirada de la gente. La tensión en el salón se está transformando en hostilidad.

Hacia mí.

Nada nuevo.

La profesora Hillard vuelve a su escritorio y toma un bloc de notas autoadhesivas. Escribe una notita, después va hacia mi pupitre y la pega sobre mi garabato.

Dice: *¿Por qué no les das algo distinto para pensar de ti?*

Me quedo mirándola, y se me acelera el pulso. Pienso en los caminos que elegimos. La chica del cementerio tiene razón: esto es aterrador.

Ya no puedo seguir viendo a la profesora Hillard. Quito la nota de mi cuaderno y la hago un bollo minúsculo con el puño. Sin embargo, no puedo tirarla. Toco los bordes puntiagudos. Siento el pecho como si estuviera hecho un nudo. La lengua se rehúsa a funcionar.

Un momento después, la profesora Hillard regresa al frente del salón. Lanza un breve suspiro y pone la planificación sobre el escritorio. Ya no me mira, y el salón sigue en silencio, todos esperan a que alguno de los dos finalmente ceda.

Va a ceder ella. Lo presiento.

—Tiene miedo —mi voz casi se quiebra. Mi puño sigue apretando ese bollo minúsculo de papel y mis ojos están fijos en el cuaderno—. Tiene miedo. Por eso está desesperado.

La profesora no hace ningún tipo de movimiento repentino. Simplemente da la vuelta, y su voz tiene el mismo tono que cuando me hizo la primera pregunta.

—¿A qué le tiene miedo?

—Tiene miedo de perder a su padre —me sudan las manos, y sigo mirando el garabato—. No quiere que su padre muera. Quiere...

Me da un breve momento y después dice, con tranquilidad:

–¿Qué quiere?

–Quiere que él luche contra la muerte.

–¿Él piensa que la muerte de su padre es inevitable o piensa que se puede evitar?

Finalmente la miro. Me tiemblan las manos, pero su expresión es tan firme que es como un salvavidas. Es como si fuéramos las únicas dos personas en el salón.

–Inevitable –titubeo.

Ella espera, pero no estoy seguro de lo que iba a decir después de eso.

Suena el timbre, y me levanto de la silla como una bala. Apenas me detengo a meter el cuaderno en la mochila.

La profesora Hillard me llama antes de que logre salir por la puerta, pero tengo los nervios destrozados. Dejo que la marea de alumnos me lleve al pasillo, poniéndome de vuelta en un camino conocido.

## Capítulo 18

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Jueves 3 de octubre 2:38:17 p. m.

Asunto: Inesperado

No tienes que disculparte. Tendría que agradecerte.

Te seguí y también hice algo inesperado.

Tienes razón: fue aterrador.

Hagámoslo otra vez.

La cámara del profesor Gerardi es más pequeña y liviana que mi Nikon, y se siente extraña en mis manos. A mamá no le gustaban las Leica; era devota de las Nikon, y yo heredé su devoción. Igualmente, son unas cámaras increíbles. Mamá siempre me dijo que me compraría una si llegaba a ganar el premio Pulitzer.

Pero bueno, eso no va a suceder.

La música llena el patio, los tonos graves retumban y hacen que el suelo tiemble. Los alumnos están por todos lados, bailando en grupos pequeños, bebiendo ponche con soda en vasos de plástico rojos. Hay mesitas distribuidas por el patio, y en ellas se ofrecen juegos y actividades con espíritu escolar. Maquillaje de fantasía. Degustación de pasteles. Decoración de galletas. Es como si tuviéramos seis años, pero todos los demás parecen estar pasándola bien.

Me mantengo a la sombra que está debajo de los árboles, los dedos sudan sobre la funda de plástico de la cámara.

Todavía no tomé ninguna fotografía.

Rowan aparece detrás de mí, con remolinos azules y blancos en las mejillas. Alguien le hizo dos trenzas en el pelo y las ató con pompones azules en los extremos. Le brillan los ojos: está encantada de que yo haga esto. Como le dije al chico del cementerio, probablemente espera que alguien haya tocado un interruptor para que yo vuelva a ser la mejor amiga que recuerda.

–Déjame ver qué hiciste hasta ahora.

–Nada –tengo la voz ronca, y me aclaro la garganta–. Todavía no he tomado ninguna fotografía.

–¿Nada? –su sonrisa se desvanece–. El festival empezó hace veinte minutos.

–Ya sé –respondo, cambiando un poco de posición.

–¿Qué pasa?

–No sé.

–¿Quieres que busque al profesor Gerardi? –pregunta, acercándose a mí–. Le puedo decir que no puedes hacerlo.

–No. Quiero hacerlo –respondo, después de tragar saliva.

–¿Necesitas inspiración? –pone una cara espantosa, con los ojos en blanco y sacando la lengua por el costado–. ¿Quieres tomar una fotografía de esto?

Se me escapa una risa antes de poder evitarlo.

Cuando la atrapo, se convierte en un sollozo. Presiono los dedos contra mis ojos.

–Juli –susurra Rowan. Sus dedos, ligeros como plumas, me acarician los brazos.

–Ya no sé cómo se hace –le digo.

–Sí que sabes.

–No –me tomo un momento para respirar, porque no quiero llorar. Aquí no. Ahora no–. Todo parece mal. Nada de esto tiene sentido.

Rowan me estudia por un momento y después me quita la cámara de las manos. Levanta suavemente la correa que me rodea el cuello, y de pronto puedo respirar con



más libertad.

Después, para mi sorpresa, se pone la correa alrededor de su cuello.

–Di *whisky*.

–¡No! Ro...

–Demasiado tarde –levanta la cámara para ver la pantalla, pero frunce el ceño cuando ve un montón de códigos, en lugar de la imagen que mostraría una cámara convencional–. ¿Dónde está la foto?

–En la cámara. ¿Me la puedes devolver?

–Claro que no –se escapa furtivamente, levantando la cámara otra vez para apuntarla hacia un grupo de chicas del último año que no paran de reír mientras bailan una al lado de la otra dando patadas al aire. Apenas oigo el clic del obturador.

–Ro.

Toma otra fotografía, esta vez de un chico que está enterrando la cara en un plato lleno de crema batida. Mis dedos quieren sacarle la cámara, porque la composición de las imágenes está terriblemente mal. Sé que me está cebando, pero estoy segura de que espera que alguna de estas fotografías termine en el anuario. Lo que no sabe es que está haciendo un desastre, enorme y borroso.

–El profesor Gerardi se va a poner como loco si te ve usando esa cámara –le digo–. Cuesta diez mil dólares.

–Cállate –toma una fotografía de unas chicas que se están pintando la cara.

–En serio.

Rowan baja la cámara y me mira con los ojos bien abiertos.

–¿Te está dejando usar una cámara que cuesta más dinero que mi auto?

–Sí –extendiendo una mano–. Así que deja de hacer tonterías.

–No te la voy a devolver hasta que prometas tomar una fotografía de algo –me dice, dando un paso hacia atrás.

–Está bien, lo voy a hacer.

Se quita la correa de alrededor del cuello y extiende la cámara con cuidado. Cuando la vuelvo a tener en mis manos, se siente más pesada que antes.

Empiezo a meterme otra vez bajo la sombra, pero Rowan se cruza de brazos.

–Lo prometiste.

–Ya sé –tengo la boca seca de nuevo, y trato de humedecerme los labios–. Estoy pensando –hago un gesto con la mano–. Ve a divertirte. No hace falta que hagas esto.

Se me queda mirando, después levanta las manos.

–¡Es una cámara nomás, Juli! ¡Aprieta el botón!

Va más allá de la cámara. Se trata de poder hacer esto sin mi madre. La respiración entra y sale con fuerza de mis pulmones, y durante un instante aterrador, temo que me vaya a desmayar. Levanto la cámara y pongo el ojo en el visor. La imagen se llena con unas porristas que están poniendo más glaseado azul a unas galletas.

No, esa no puede ser mi primera foto desde que ella murió. Mantengo el dedo en el botón y giro.

Hay unos chicos jugando al básquetbol contra la pared del fondo. Dudo sobre la escena. Me gustan los colores, el juego polvoriento en una zona vieja donde el pavimento está roto y agrietado.

No, esa toma tampoco está bien.

Esto es lo que hice durante los primeros veinte minutos.

Mi cámara se detiene sobre dos chicos que están sentados, un poco alejados de la fiesta. Uno tiene puesto un abrigo con capucha azul oscuro y está apoyado contra una de las barreras de cemento que evitan que los autos entren al patio. Tiene la capucha puesta, y no puedo ver mucho más que el contorno de su perfil.

Después veo al chico que está junto a él, y me da un vuelco el corazón. Declan Murphy.

No lo pienso. Giro la lente para poder enfocar la toma y presiono el botón.

La cámara susurra con un zumbido y un clic, y listo. He tomado una fotografía.

Siento como si hubiera corrido una carrera. Tengo los dedos cubiertos de sudor, y parece que estoy temblando.

Presiono algunos botones de la cámara para ver la fotografía en la pantalla. Usé un plano general, con Declan y su amigo Rev aislados a la izquierda, y la fiesta a la derecha.

Parece una fotografía para un folleto sobre los peligros de los adolescentes aislados o algo por el estilo. Puedo tomar una mejor. Hago zoom para buscar detalles: el contorno de la mandíbula que sale de la capucha, las mochilas apoyadas en la tierra, Declan dándose vuelta para hacerle una pregunta a Rev.

Me gusta esa última fotografía. Sostengo la cámara para verla en la pantalla: se puede percibir la confianza en la expresión de Declan. Después de ver cómo interactuó con su padrastro, me da la sensación de que no confía en mucha gente.

–Quizás deberías tomar fotografías del festival en sí –sugiere Rowan.

–Ya sé –respondo rápidamente. Ajusto la cámara y la vuelvo a apuntar a Declan y Rev–. Ya lo voy a hacer.

La luz del sol está a la izquierda de ellos. Salgo de la sombra del árbol hasta que la luz queda detrás. La técnica se llama *contraluz*. Muchos buscarían una silueta, pero yo igual quiero incluir algunos detalles.

Levanto la cámara. La luz del sol brilla detrás como un halo infinito, que contrasta con la postura rebelde de ellos dos. El obturador hace clic, bajo la vista y hago unos ajustes para ver cómo quedó.

–Eh –dice Rowan–, Juli.

–Espera –presiono unos botones para ampliar el ángulo y levanto la cámara. La cara de Declan llena el visor.

Doy un salto y contengo un grito. Está en frente de mí, junto con Rev, su sombra.

Declan frunce el ceño, está estudiándome con demasiado detenimiento.

–¿Me estás tomando fotos?

–Sí. Perdón –gracias a Dios, tengo la correa alrededor del cuello, porque estuve a punto de dejar caer la cámara–. Estoy tomando fotografías del Festival de Otoño.

–¿Eres fotógrafa?

El tono de su voz suena peligroso, casi acusatorio. Niego rápidamente con la cabeza y balbuceo.

–N-no. Es que... la chica que iba a hacer esto no pudo. El profesor Gerardi me pidió que la reemplazara.

–Ah –sus facciones se relajan.

–¿Puedo ver? –pregunta Rev con voz calma.

Dudo un poco, después presiono unos botones para poner la última fotografía en la pantalla. Giro hasta quedar al lado de Rev.

–Aquí tienes.

Él baja la mirada y se queda en silencio por un largo rato. Muy largo. No estoy segura de cómo interpretarlo. Después dice:

–Está buena. Con el sol.

–Gracias –estoy falta de práctica, pero yo también pienso que salió bien. El cabello de Declan se ve dorado por la luz del sol, su perfil está despejado y apenas expuesto. Las facciones de Rev apenas se ven bajo la capucha del abrigo azul, que se volvió negro con toda la luz que tiene detrás. Es como si alguien hubiera puesto un ángel bueno y un ángel malo en medio del patio de la escuela.

*Un ángel malo.* Bajo la cámara y miro en serio a Rev por un momento.

–¿Por qué siempre usas capucha? –pregunta Rowan.

Rev la mira sin cambiar su expresión. No puedo ver si le molesta la pregunta.

–Son cómodas.

–Hace veinticinco grados.

Él encoge los hombros. Su hombro roza el mío, y puedo sentir que debajo del abrigo hay mucho músculo.

Declan se inclina y mira la fotografía al revés.

–Bórrala.

–No –respondo, apretando la cámara contra el pecho.

–¿Por qué? –pregunta Rowan.

–Porque yo digo –Declan camina hacia mí y extiende una mano.

Doy un paso hacia atrás. Si tenía mis dudas sobre dejar que la use Rowan, ni loca voy a dejar que la toque Declan Murphy.

–Bórrala –repite bruscamente.

–Está tomando fotografías para el anuario. No tiene por qué borrarlas –dice Rowan, acercándose a mí. Su voz se oye un poco más alta de lo necesario, y estoy segura de que espera que algún profesor la oiga e intervenga.

–Pero soy *yo* el que está en la foto –dice Declan con ferocidad–, y si le digo que la borre, la tiene que borrar.

–¿Qué pasa aquí?

No es la voz de un profesor. Es Brandon Cho, mi antiguo némesis de la fotografía. Desde que dejé la clase de fotografía, apenas lo he visto este año, pero las vacaciones de verano le han venido bien. Ha crecido por lo menos diez centímetros y sus hombros están más anchos. Antes era un poco delgado, escuálido, el típico hipster que toma fotografías, pero parece que lo alcanzaron las hormonas. Las facciones suaves fueron reemplazadas por mejillas definidas y una mandíbula marcada, y tiene el pelo más corto con las puntas algo despeinadas.

Lleva su cámara fiel colgada al cuello, con unos pines irónicos que adornan la correa. Mi preferido era uno con el dibujo de un espermatozoide que decía “Esta es una foto muy vieja de mí”, pero un profesor lo obligó a quitarlo.

–¿Te está molestando? –me pregunta Brandon.

–Esto no tiene nada que ver contigo, pendejo –dice Declan.

Brandon no se acobarda y se detiene a mi lado.

–¿Por qué no te vas a molestar a otro?

–Ella es la que tomó la bendita fotografía...

–Dec –Rev habla despacio–, está todo bien. Ya está.

–No está todo bien.

–Más vale que esté bien –agrega Brandon–. O voy a buscar a un profesor para que todo esté bien.

–Bueno, bueno, qué tipo duro –dice Declan levantando un dedo.

–¿No tienes que ir a algún tribunal o hacer servicio comunitario en alguna parte? – pregunta Brandon, entrecerrando los ojos.

Declan empieza a avanzar, pero Rev lo toma de la manga y lo arrastra para alejarlo.

–Hasta acá llegamos. Vamos.

–Rev, te juro por Dios...

–No digas eso –Rev lo sigue arrastrando–. Y lo triste es que sí vas a llegar tarde al servicio comunitario. Vamos.

Declan se deja arrastrar, pero me mira por encima del hombro y dice:

–Bórrala. ¿Me oíste? Bórrala.

Veo cómo se va.

No la borro.

No puedo entender por qué le molestó tanto.

Brandon se da vuelta y me mira.

–¿Estás bien?

Tengo la boca seca y el corazón se me sale del pecho, pero toda esta adrenalina no tiene mucho sentido.

–Sí, sí, estoy bien –me pregunto si debería agradecerle.

Brandon me estudia, y veo que sus ojos se posan en la cámara.

–Pensé que ya no lo hacías más.

–El profesor Gerardi me pidió un favor –respondo, encogiendo un poco los

hombros.

–¿Y aceptaste hacerlo?

–Me sobornó –digo, levantando la cámara.

A Brandon se le iluminan los ojos:

–Qué suerte.

Antes siempre me pareció que Brandon era molesto, pero solo porque era tan bueno como yo... quizás mejor. Su abuelo *sí* ganó un premio Pulitzer por su cobertura de la guerra de Vietnam, y gracias a eso, Brandon pudo conseguir una pasantía de élite en el periódico *Washington Post* el verano pasado. Yo le había pedido a mamá si podía influir de algún modo para conseguirme algo, pero no quiso hacerlo: me dijo que sería más valioso si adquiriría experiencia por mérito propio.

Ahora me alegro de no haber hecho ninguna pasantía. Pasé el verano esquivando todo lo relacionado con las cámaras; preferí pasarlo inclinada frente a una tumba, escribiendo cartas.

Fuera de toda competición, ahora me doy cuenta de que Brandon en realidad es un chico agradable.

–Gracias –levanto la mirada para verlo–. No hacía falta que hicieras eso.

–Él no tendría que haberte molestado.

–¿Por qué estaba tan molesto? –pregunta Rowan.

Me encojo de hombros y vuelvo a mirar la fotografía. No veo nada en ella que alguien pudiera querer objetar. Ni que hubiera trucado una foto del vestuario.

–No sé.

–¿Quién sabe? –agrega Brandon.

Algo en su voz hace que lo estudie con detenimiento.

–¿Lo conoces?

Brandon me mira como si estuviera loca.

–¿A Declan Murphy? No. Sé cosas de él, como todo el mundo –hace una pausa y

se encoge de hombros—. Quizás sé un poco más. Mi papá lee en voz alta los partes policiales durante la cena.

—¿Es verdad que robó un auto? —pregunta Rowan, bajando un poco la voz.

—Sí. Se emborrachó, robó un auto y lo chocó contra un edificio de oficinas.

Guau. Ninguno dice nada más después de eso.

Brandon finalmente hace un gesto hacia mi cámara.

—¿Ya tomaste fotografías de algo más?

—No —admito, y vacilo un momento—. En realidad, acabo de empezar.

—Me alegra verlas salir otra vez, chicas —se le sonrojan un poco las mejillas, y aparta la mirada—. Digo, me alegro de que no hayas perdido tu habilidad.

—Solo hago un favor.

—Si tú lo dices —señala Brandon, volviendo la mirada hacia mí, y hace una pausa—.

¿También vas a cubrir el baile mañana a la noche?

—No, solo esto.

—Yo sí.

—Ah —no sé bien qué más decir.

—¿Vas a ir? —pregunta.

—¿Al baile? —lo miro entrecerrando los ojos—. No creo.

—Ah —duda un momento y juega un poco con su cámara—. Si quieres puedes venir a pasar el rato conmigo.

Juro que Rowan deja de respirar. Me da un golpecito con la cadera.

—¿Me estás invitando a salir? —pregunto, frunciendo el ceño.

—Bueno —levanta la mirada hacia mí—, algo así. Digo, en realidad, yo estaría trabajando, pero por ahí la pasamos bien —sus ojos se posan en Rowan—. No tiene que ser una cita. Pueden venir las dos, si quieren.

Doy un paso hacia atrás. No estoy nada preparada para esto. La emoción de tener la cámara en mis manos, más lo que pasó con Declan y la intervención repentina de



Brandon... no sé qué decir.

*No*, obviamente. Él ni siquiera espera que acepte, me doy cuenta por la forma en que ya está tomando más fotografías.

¿Un *baile*? ¿Qué voy a hacer yo en un baile, por favor?

Abro la boca para rechazar la invitación, pero después recuerdo el e-mail de La Oscuridad.

*Te seguí y también hice algo inesperado.*

*Tienes razón: fue aterrador.*

*Hagámoslo otra vez.*

–Sí, está bien –digo.

Brandon baja la cámara y me mira.

–¿En serio?

–En serio –trago saliva–. Pero solo si también viene Rowan.

Rowan me toma de la cintura y lanza un gritito. La señalo con el dedo.

–Por lo que veo, vamos las dos.

Pero para ser honesta, yo también tengo ganas de gritar.

No mucho.

Un poquito nomás.

## Capítulo 19

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Viernes 4 de octubre 10:23:05 a. m.

Asunto: Inesperado

¿Vas a ir esta noche al baile en honor a los exalumnos?

Yo sí.

Espero que te sorprenda. A mí sí me sorprende, y eso que soy la que aceptó ir. Alguien me invitó y dije que sí.

La culpa es tuya. Ni siquiera hubiera aceptado si no hubiese sido por ti y tu desafío de hacer algo inesperado. Ahora tengo que ir a buscar un vestido después de salir de la escuela, y ni siquiera estoy segura de que me gusta el chico con el que voy a ir. Estoy desconcertada con esto de hacer tantas cosas inesperadas.

Cuando le conté a mi padre que iba a ir al baile, parecía que le iba a dar un ataque. Después me dio su tarjeta de crédito y me dijo que comprara lo que quisiera. Creo que sus exactas palabras fueron: “No midas gastos”, y no es que estemos forrados de dinero.

Parecía estar aliviado al ver que yo estaba haciendo algo normal para una adolescente. Pero siento que estoy fingiendo. Soy un globo, esperando que alguien me clave un alfiler para hacerme explotar, y así dejar una pila de trozos de látex en el suelo. Me debería entusiasmar la oportunidad de ir a comprar un vestido y arreglarme el pelo, pero la verdad es que no me

importa. Mi mejor amiga me preguntó si me siento mal porque mi madre no está para ir de compras con nosotras (porque voy a ir con ella y su madre), pero no es eso. Mi madre nunca haría algo así, incluso si estuviera en casa. Cuando fue el baile de tercer año, mi madre vio mi vestido por primera vez una semana después, cuando recibió la fotografía que yo le había enviado por e-mail. Incluso en ese momento, nunca lo mencionó.

Cuando pienso en su vida, preocuparme por estas cosas insignificantes parece una trivialidad. Mamá documentaba algo real. Le mostraba los efectos de la guerra a gente que está contenta dando vuelta la página para ver qué hay de nuevo en Hollywood. Ella estaba marcando la diferencia.

Y yo, ¿qué estoy haciendo? ¿Comprando un vestido?

Siempre pienso que ella estaría decepcionada de mí. Tengo miedo de llegar al baile y sufrir un ataque de nervios.

Por favor, dime que estarás allí. Sé que no nos conocemos, pero me sentiría un poco mejor si no soy la única persona en la pista de baile que está totalmente arruinada por dentro.

En especial porque tú fuiste el que me mostró que yo podía ser normal.

Al menos por un rato.

Tengo la boca hecha un fuego. A Kristin, la madre de Rev, le gusta experimentar con comidas de distintas culturas, y este mes se le ha dado por la comida tailandesa. En la mesa hay una fuente de fideos con salsa picante de maníes, un tazón de estofado de carne al curry, un plato de curry massaman de pollo y distintas verduras asadas con varias especias. Quiero repetir una porción de cada cosa, pero también quiero que me quede algo de sensación en las papilas gustativas.

Ceno aquí todos los viernes. Empecé cuando Alan decidió que los viernes a la noche tendrían que ser de cena en familia, y yo no quería saber nada con eso. Ahora los viernes son noches de mamá y Alan comen en casa mientras yo como aquí.

Todos ganan, en mi opinión.

No le he contado a Rev sobre el e-mail de la chica del cementerio.

Lo he leído tantas veces que podría recitarlo palabra por palabra. No le he respondido, todavía.

*Tú fuiste el que me mostró que yo podía ser normal.* Como pasó esta mañana, sus palabras encienden una lucecita dentro de mí.

Hace mucho tiempo que alguien no me hacía sentir que yo servía para algo más que ocupar espacio hasta terminar en la celda de una cárcel.

Los padres de Rev siguen cuidando a una bebé, y la niñita está sentada en una silla alta al lado de la mesa, jugueteando con pollo desmenuzado y fideos cortados en pedacitos. Se llama *Babydoll*... sí, en serio. Sé muy bien que no tengo que hacer ningún comentario sobre su nombre. Kristin dice que los niños no pueden evitar tener el nombre que tienen, y nunca deja que alguien diga algo negativo sobre los niños que cuida, incluso cuando la niña en cuestión no tiene ni idea de lo que decimos.

–Estás callado hoy, Declan –dice Kristin.

–Estoy pensando.

Estoy luchando con la idea de ir al baile de los exalumnos. No he ido a ninguno desde que empecé la escuela, y hasta hoy a las 10:23 de la mañana, no tenía ninguna intención de cambiar ese plan.

–¿Estás pensando en algo interesante?

Me encojo de hombros y obligo a mi cerebro a tratar temas menos riesgosos.

–No sabía que se le podía dar comida tailandesa a un bebé.

Babydoll se mete un puñado de comida desmenuzada en la boca y balancea contenta las piernas. Dice algo con la boca llena y se le cae la mitad.

–A da dadadada –tiene un fideo en el pelo, y Kristin se estira para liberarlo.

Geoff se sirve un poco de arroz con coco en el plato y le echa encima una tercera porción de carne.

–¿Qué crees que les dan de comer a los bebés en Tailandia?

–Claro –respondo, apuntando un palillo en su dirección.

–Seguramente algún chico en Bangkok estará viendo a su mamá cortando una hamburguesa y dirá: “No sabía que se le podía dar comida estadounidense a un bebé”

–dice Rev, sonriendo.

–Bueno –comenta Geoff–, desde un punto de vista cultural...

–Era un *chiste* –Rev me mira y revolea los ojos. Geoff es profesor en una universidad, pero uno creería que nació con una enciclopedia bajo el brazo. Una vez, Kristin comentó que había visto un tordo a principios de la primavera, y tuvimos que oír a Geoff hablar durante media hora sobre los patrones migratorios de las aves.

–Bájate del atril, querido –bromea Kristin–. Estamos comiendo.

–¿No podemos comer y aprender?

–¿Cómo se siente tu mamá? –me pregunta Kristin, sin hacerle caso a Geoff y desmenuzando más pollo para la bebé.

–Bien, creo –respondo, después de pestañear sorprendido.

–El fin de semana pasado me encontré con ella en la tienda, y me dijo que no se sentía bien. Pensaba que quizás estaba incubando algo.

–No –tomo un poco de arroz con los palillos y me lo meto en la boca–. Ella y Alan la pasaron genial ayer limpiando la terraza con una hidrolavadora.

–Ah, bien –dice Kristin.

–Nosotros tendríamos que limpiar la terraza con una hidrolavadora –dice Geoff, pensativo–. Podría alquilar...

–¿Quieres ir al baile esta noche? –le pregunto a Rev.

Kristin y Geoff se paran en seco y se quedan mirándome.

Rev toma un trozo de pollo con los palillos.

–Solo si te pones ese vestidito rojo con lentejuelas que me gusta.

–Cállate. Lo digo en serio.

–¿Quieres ir al baile de los exalumnos? –pregunta Rev, mirándome de reojo.

–¿Con Rev? –dice Geoff. Su comida sigue suspendida entre el plato y la boca. Puedo ver que está tratando de entender qué pasa; es casi cómico. No es homofóbico para nada; al contrario, estará tratando de determinar si se perdió alguna señal.

–No quise decir *con* Rev –toso para disimular la risa y clavo los palillos en el plato, empujando la comida–. Una chica que conozco me preguntó si voy a estar allí.

–¿Quién? –pregunta Rev, levantando una ceja.

Vacilo un poco, después decido tomar mi teléfono del bolsillo. Desbloqueo la pantalla y se lo doy.

Él lee durante un minuto, después me lo devuelve.

–Está bien.

No dudó un segundo. Esta es una de las razones por las que lo quiero.

–¿De qué me estoy perdiendo? –pregunta Kristin. Pone una cucharada de arroz en la bandeja de la silla alta, y Babydoll toma inmediatamente un puñado y se lo mete en la boca.

–¿Tienes permiso para ir a un baile? –dice Geoff.

Lo dice sin juzgarme, pero es otro recordatorio de lo sinuoso que es mi camino.

–Sí –respondo. Vuelvo la mirada a mi plato y pincho un trozo de pollo–. Si es una actividad escolar.

–¿Quién es la chica? –pregunta Kristin.

Dudo un momento, y después, horrorizado, me doy cuenta de que me estoy ruborizando.

–Es solo una chica con la que estuve hablando –sigo lo que hace la bebé y me meto más comida en la boca–. No es nada.

–Sí –dice Rev, revoleando los ojos–. Si será nada que me está arrastrando al primer baile de toda mi vida en la escuela secundaria.

Lo estudio, y me pregunto si no estoy notando un dejo de ansiedad entre las bromas. Digo con voz seria:

–Rev, no tienes la obligación de ir.

Mastica la comida, pensativo, y después la traga.

–Quiero ir –mira mi teléfono y sonrío–. Quizás yo también quiera hacer algo inesperado.

## Capítulo 20

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Viernes 4 de octubre 6:36:47 p. m.

Asunto: Baile

No te preocupes, chica del cementerio. Voy a estar allí.

En el gimnasio de la escuela explotó una bomba de variadas decoraciones azules y plateadas. En todas partes hay colgados ramos de globos, junto con rosetas de papel crepé y serpentinas entrecruzadas en todas direcciones. No recuerdo haber visto una bola de espejos aquí, pero quizás la ponen solo para los bailes. Es de tan mal gusto, pero por dentro me gusta cómo los espejitos reflejan puntos de luz por la oscuridad del gimnasio.

Brandon se las va a ver difícil para tratar de tomar alguna fotografía rescatable aquí.

No vinimos juntos. Él se deshizo en disculpas, pero ya había quedado en tomar fotografías del comité de planificación del baile mientras terminaban de armar todo, así que tenía que estar aquí noventa minutos antes. Me preguntó si quería venir con él, pero eso ya era demasiado intenso para mi gusto.

Igualmente, tenía que conseguir un vestido.

Todavía no he visto a Brandon, así que estoy colgada de Rowan.

Bueno, estoy caminando a su lado; pero en mi mente, la estoy sujetando del brazo.

Mis ojos estudian la multitud. La música me aplastó cuando entré, pero ahora los oídos ya se acostumbraron. Los tonos graves junto con las luces resplandecientes



constituyen una experiencia sensorial que no deja lugar para mi ansiedad de siempre. Los destellos de luz forman un arco sobre rostros desconocidos, y termino buscando a La Oscuridad entre la multitud. Podría ser cualquiera.

–¿Estás buscando a Brandon? –me pregunta intrigada Rowan, acercándose.

En absoluto.

–Sí. ¿Ya lo viste?

–No. Vayamos a las mesas de comida para que te vea.

*Las mesas de comida. Genial.*

Contra la pared del fondo, pusieron seis mesas largas. Están cubiertas con manteles azules y blancos intercalados, con más serpentinas que realzan el frente. Alguien encendió una hilera de luces detrás de las mesas, para poder ver lo que se come, pero no mucho más. Una mesa tiene dos tazones de ponche vigilados por un profesor, y tres fuentes enormes de galletas.

Las demás mesas tienen botellas de agua, barras de caramelo y bolsas de papas fritas, pero hay que pagar por ellas, así que tomo un vaso de ponche. Me lo llevo a los labios y giro, preparada para volver a estudiar la multitud.

Me atraganto con el ponche y casi lo escupo todo sobre Declan Murphy.

Mi pulso va de estado sedentario a cinta listo para correr en un segundo. Todavía estoy nerviosa por lo que hizo ayer con la fotografía, y eso es todo lo que puedo hacer para evitar gritarle en la cara.

O salir corriendo.

Ojalá pudiera decir que no sabe arreglarse, pero sí sabe. Es obvio que pasó tiempo con un jabón y una afeitadora, porque huele limpio, y nunca vi su rostro tan bien afeitado. Hay que seguir ciertas reglas de vestimenta para ir al baile, y hubiera pensado que él no respetaría algo tan convencional, pero lo hizo. Tiene puestos una camisa blanca, pantalones caqui y una corbata a rayas azules y verdes. Ya tiene las mangas arremangadas sobre los antebrazos y se desabrochó el último botón; el pelo está un

poco largo para verse elegante, pero se lo ha peinado. Parece un niño descarriado cuya mamá lo vistió bien para tomarse unas fotografías, pero él no quería saber nada con eso.

Hago todo lo posible para controlar mis latidos.

–¿Me estás persiguiendo?

–Sí –responde, con la voz ronca, baja y llena de sarcasmo–. Te vine a perseguir a la mesa de la comida –se mueve para pasarme.

–¿Estás tratando de echar alcohol en el ponche? –pregunto.

Se queda inmóvil, como un perro antes de morder. No gruñe, pero tiene los labios retraídos y los músculos tensionados, listo para atacar.

No tendría que haber dicho nada; especialmente eso. Ya me estoy arrepintiendo. Él me desconcierta tanto: es como si necesitara atacarlo primero antes de que él me llene de agujeros.

Declan se da vuelta para mirarme con ojos de hielo; su voz no cambia.

–¿Y si quiero hacer eso, qué? ¿No me vas a dejar?

–No –interviene Rowan alzando la voz desde mi lado–. Le vamos a decir a un profesor.

–Adelante –después vuelve a pasarme por al lado, arroja dos billetes de un dólar en la mesa de la izquierda y se va con dos botellas de agua.

Rowan se me acerca, y vemos a Declan irse, ofendido.

–¿Qué le pasa? –pregunta ella, totalmente desconcertada–. ¿Por qué siempre tiene que comportarse como un imbécil?

Bebo otro sorbo de mi ponche. Está demasiado dulce, o quizás yo estoy demasiado amargada.

–Yo no lo traté muy bien que digamos, Ro.

–¿Después de como él te trató ayer? ¿Te parece que lo merece?

Sigo viendo cómo se va Declan. Se detiene en un rincón sombrío. Lo veo darle la

botella a alguien más, pero tardo un momento en descifrar quién es.

–Su amigo no tiene capucha –comento, levantando las cejas.

–Bueno, pero quién diría –dice Rowan–. Rev Fletcher puede verse normal –hace una pausa, y se oye cierta apreciación en su voz–. Mejor que normal. De hecho, se ve bastante bien. ¿Por qué piensas que prefiere andar encapuchado?

–¿Quién anda encapuchado? –dice una voz detrás de ella.

Me doy vuelta. Brandon está parado detrás de Rowan, con la cámara lista en las manos. Tiene puestos el chaleco y los pantalones de un traje de tres piezas gris marengo, con unas Converse azul fluorescente, una camisa negra y una corbata de moño roja. En cualquier otro, se vería ridículo, pero él la sabe llevar. Extravagante pero atractivo, diría yo.

Nos evalúa con la mirada y sus ojos se iluminan con aprecio.

–Se ven bien, chicas.

Me ruborizo; no puedo evitarlo. Casi me da vergüenza. Mi vestido no tiene nada de especial: es solo un vestido tubo negro sin tirantes que termina arriba de las rodillas, pero viendo el conjunto colorido que eligió él, me alegro de haber optado por algo básico.

–Tú también –respondo.

–¿Tienes un reloj de bolsillo? –pregunta Rowan.

–Bueno, sí, de hecho tengo uno –Brandon se lleva la cámara a la cara–. Júntense un poco más.

–Ni loca –trato de quedar fuera de su alcance, pero Rowan me toma del brazo y me arrastra de vuelta para la fotografía.

–Tenemos que conmemorar esto –me dice.

–¿Conmemorar qué? –pregunto–. ¿La mesa de la comida?

–El último año de la secundaria –dice Brandon–. Recuerda que es tu último baile de exalumnos de la secundaria. ¿No quieres una fotografía con tu mejor amiga?

–Yo sí –dice Rowan.

Y con eso me alcanza. Puedo hacer esto por ella, así que me obligo a sonreír.

–Trata de no parecer que alguien te está matando, Juliet –dice Brandon, después de retroceder un poco.

Tengo ganas de hacerle un gesto grosero, pero se nota que lo dice en broma. Todos aquí se están divirtiendo. Yo también tendría que divertirme.

Quizás pueda fingir. Pongo un brazo alrededor de la cintura de Rowan y me inclino sobre ella. Ella apoya su cabeza contra la mía.

–Estoy orgullosa de ti –murmura–. Sé que no quieres estar aquí.

Una oleada de emoción me pega con fuerza, y se me llenan los ojos de lágrimas antes de darme cuenta.

–¿Estás bien? –pregunta Brandon, bajando la cámara.

Se me escapa una lágrima. Tomo una servilleta para detenerla antes de que más lágrimas me arruinen el maquillaje.

–Estoy bien. Soy una tonta.

–No eres tonta –dice Rowan, tomando también una servilleta para secar con cuidado algo que pasé por alto–. Eres increíble y valiente y...

Corro su mano de mi rostro y me arrojo sobre ella para abrazarla.

–Basta –tengo la voz quebrada–. Basta, Ro. No soy nada de eso. Y perdón por haber sido mala amiga.

–No has sido mala amiga –me dice–. Ni una vez.

Siento el destello del flash de una cámara y retrocedo, tratando de no llorar.

–Genial –le digo a Brandon–. Ese sí que es un momento que quiero recordar para siempre. Cuando se me corrió todo el maquillaje en el baile de exalumnos.

Él presiona algunos botones de la cámara y la gira para mostrarme.

–¿Y si piensas que es el momento en que dos amigas se brindaron apoyo?

Rowan y yo miramos la imagen de la pantalla. Brandon nos capturó con los ojos

cerrados, en pleno abrazo, y apenas se ve una delgada línea de lágrimas que teníamos en las pestañas. Incluso en la pantallita de la cámara, la fotografía emana emoción. Es buenísima.

–Eres muy talentoso –le digo, en serio. El año pasado era muy bueno, pero esto es muchísimo mejor que las fotografías que tomaba la primavera pasada–. Es casi un desperdicio que trabajes para el anuario.

–Gracias –agrega él–. Y tienes razón. La mitad de los chicos de nuestra clase solo van a ver que sus senos se están tocando.

–¿Y tú? –pregunto–. ¿Ves algo más que eso?

–Quizás –responde, haciendo una mueca.

Está coqueteando conmigo. Ojalá pudiera hacer lo mismo con él. Sonrío, pero probablemente esta sonrisa sea igual a la que tenía antes, cuando me dijo que dejara de parecer como si me estuvieran matando. Me siento tan vacía por dentro.

Me pregunto: si sigo fingiendo, ¿en algún momento creeré que es de verdad? En parte, me preocupa que si sigo fingiendo termine olvidando por completo lo que es real.

–¿Tienes que tomar fotografías toda la noche? –le pregunto a Brandon.

–Puedo tomarme algún descanso.

–¿Quieres bailar? –las palabras salen de mi boca antes de siquiera darme cuenta de lo que estoy diciendo. Buscaba hacer algo que no fuera ni hablar ni tomar más fotografías.

Brandon abre los ojos, y después sonrío.

–Claro.

–Ro tiene que venir con nosotros –digo, tomando la mano de Rowan.

–No, no tengo que hacer eso –me advierte ella entre dientes–. Estás en una *cita*, Juli...

Pero después ve la expresión en mi rostro y se deja arrastrar.

–Espero que te gusten los tríos –le dice a Brandon en broma.

–¡No me quejo!

Nos zambullimos en la multitud. El tema del baile es *Música de todos los tiempos*, y las canciones van desde éxitos actuales hasta pegadizos temas pop de los sesenta. Pero consiguieron un buen DJ, porque incluso las canciones viejas tienen tonos más graves y un tempo distinto que las moderniza un poco. En este momento, estamos bailando al ritmo de *It's My Party*.

No soy excelente bailando ni nada por el estilo, pero creo que me defiendo. Me alegro de que no estén pasando lentos, así no tenemos que bailar apretados con Brandon. Me recogí el pelo con horquillas, pero parece que no me puse las suficientes porque se me soltaron unos mechones. No me importa: ahora el pelo combina con el maquillaje.

La música fuerte tiene un efecto catártico, y empiezo a perderme en el ritmo. Brandon me ha tomado la mano un par de veces, pero yo se la quitó. Él no insiste, y se lo agradezco. También le presta la misma atención a Rowan, pero ella no evita tomar su mano. Él la hace dar vueltas hasta que ella se ríe. Tiene un vestido blanco sin tirantes con cuentas plateadas que decoran la parte superior. La falda es de chiffon y cae por debajo de las rodillas, pero genera un vuelo cuando Rowan se mueve.

Brandon es buen chico. Ojalá yo sintiera algo.

Bueno, sí siento algo: gratitud. Me invitó a salir y me dio la oportunidad de aceptar.

Aunque no fue el que me dio las *fuerzas* para aceptar.

Mis ojos vuelven a recorrer la multitud. Él dijo que iba a estar. Estoy rodeada de gente –cientos de personas–, pero de algún modo estoy atrapada dentro de una esfera de soledad. Saber que La Oscuridad está aquí evita que todo se venga abajo.

¿Estará bailando? No creo, aunque no estoy segura. Siento que lo conozco muy bien en algunos aspectos, pero en realidad, no lo conozco para nada.

Se está acabando la canción. Esta es más moderna, con un ritmo bien movido.

Rowan y Brandon están haciendo un pasito gracioso, y cuando termina la canción, ella se muere de risa y casi se choca con él. Brandon sonrío mientras la ataja y la ayuda a enderezarse.

Viéndolos a los dos, me parece que él invitó a la chica equivocada al baile.

Muevo una mano frente a la cara para apantallarme.

–Voy a buscar un poco de ponche. Ustedes sigan divirtiéndose.

–¿Estás bien? –pregunta Brandon, ya sin sonrisa.

–¡Sí! Tengo sed nomás.

–Perdón –dice Rowan, caminando conmigo–. Me dejé llevar. Estoy invadiendo tu cita.

–¡No! –apoyo las manos sobre sus brazos–. Me parece que le gustas mucho. Quiero salir del alcance de la fuerza gravitacional por unos minutos.

–Pero él te invitó a *ti*...

–Ro, en serio, no me gusta Brandon. Te lo dije durante todo el año pasado, cuando tú insistías en que tendría que salir... –me paro en seco–. Ay, no, Ro, ¿te gustaba a ti? ¿Te gusta?

A ella se le sonrojan las mejillas, y las luces que dan vueltas le hacen brillar los ojos.

–¡Ah! No. Bueno, puede ser. Es que... la estamos pasando bien. Es muy gracioso.

La giro y la empujo con firmeza.

–Ve. Baila con él. De hecho, se ven lindos juntos.

Rowan se va, y me mira con preocupación por encima del hombro.

*¡Ve!* le digo, moviendo los labios en silencio y haciendo un gesto con las manos para que siga caminando. Me quedo mirando y veo que Brandon parece estar preocupado, después oye lo que sea que le dice Rowan y su expresión cambia por una de cierta aceptación.

Abandono la pista de baile y me voy hacia las sombras al costado de las tribunas. En esta parte hay un hueco contra las salidas de emergencia. Es uno de los pocos

rincones del gimnasio adonde no llegan las luces. Me parece estar escondida en una cueva, asomándome para ver el mundo real.

–No te quiero asustar... –dice una voz detrás de mí.

Inspiro fuerte y me doy vuelta.

Alguien se acerca desde las sombras. Por el tamaño y la falta de brillos, es un chico, pero apenas puedo ver algo en este rincón. Él se ríe calmadamente.

–Bueno, mejor dicho, no fue mi intención asustarte –hace una pausa y después se acerca lo suficiente para que algo de luz ilumine sus facciones. Es Rev, el amigo de Declan–. No quería que pensaras que eras la única en medio de la oscuridad.

–Está bien –trago saliva, alertando a mi adrenalina que tiene que bajar un cambio. Vuelvo a pensar en ese momento en el patio, donde él y Declan parecían ángeles opuestos–. ¿De qué te escondes?

–No me escondo –Rev mira a la multitud y luego a mí–. Necesito alejarme del ruido y de las luces por un momento.

–Yo también.

–¿Sí?

–Sí –siento una corriente de aire y me da un escalofrío.

–¿Tienes frío? –pregunta Rev, con el ceño fruncido.

–Un poco –hago una pausa–. Es una noche rara.

–Ni me lo digas –responde Rev, haciendo una mueca.

Tiene un modo tan calmo, tan paciente, y pienso en lo que mencionó Rowan antes sobre por qué siempre estará encapuchado. Me dijo que no se había escondido aquí en la oscuridad, pero quizás se esconde todos los días, solo que de otra manera. El pelo demasiado largo le cubre medio rostro, pero brilla. A diferencia de Declan, no se ha afeitado, por lo que le quedó una sombra en el mentón. Tiene la camisa abotonada hasta arriba; el nudo de la corbata, bien hecho. Parece una estrella de rock que tuvo que ir a una entrevista de trabajo.



Sé que el comentario de Rev no era literal, así que igualmente le cuento sobre lo que pasó esta noche.

–Le dije a mi mejor amiga que bailara con el chico que me invitó a salir. Creo que mis palabras exactas fueron que harían una linda pareja.

Lo digo sin rencor, y la sonrisa de Rev se vuelve más amplia.

–¿Cómo se lo tomó el chico?

–Bastante bien, creo. O sea, sigue bailando con ella –hago una pausa–. ¿No viniste con nadie?

–La verdad es que no soy de salir con nadie –responde, después de dudar un momento. Mira hacia las sombras oscuras que están detrás de él–. Estoy acompañando a alguien.

–¿A quién? ¿A la oscuridad?

–No –ahora su sonrisa es más pequeña–. Acompaño a Dec. Está afuera, fumando un cigarrillo.

Vuelvo a mirar detrás de él. Con razón se siente una corriente de aire por aquí: algo sostiene la puerta de la salida de emergencia para que quede un poco abierta. Se ve una rendija de luz alrededor del marco.

–¿Salió a escondidas? –pregunto, volviendo la mirada a Rev.

–¿Piensas que los profesores lo van a dejar fumar en el patio?

Me horroriza esta total rebeldía ante las reglas.

También la envidia.

Paso por al lado de Rev, voy hacia la puerta y la empujo. Declan está de pie pasando la luz de emergencia y da un salto tremendo. Apaga el cigarrillo con el pie antes de darse cuenta de que soy yo nomás.

–¿Me estás persiguiendo? –otra vez tiene esos ojos de hielo.

Me está echando mis palabras en la cara. Ordeno a mis mejillas que no se sonrojen, pero no me hacen caso.

–¿Alguna vez te dijeron que fumar te mata?

–No me digas. Tendrían que poner un aviso en los paquetes –toma otro cigarrillo y lo pone entre sus labios.

–¿Cómo lograste salir por aquí? ¿No suena una alarma cuando se intenta abrir la puerta?

–No. Ricky Allaverde desconectó esta puerta hace tres años y nunca nadie se molestó en arreglarla –le da una pitada al cigarrillo y lanza una columna de humo hacia el cielo–. Si se te ocurre decir algo sobre esto, sabré que fuiste tú.

Las palabras no son de por sí amenazantes, pero la frialdad de su voz me da otro escalofrío que me recorre la espalda. Cruzo los brazos sobre el estómago.

–No voy a decir nada. No soy así.

–Sí, claro que eres así –se ríe, pero sin gracia.

Todavía tengo el rostro al rojo vivo. No estoy muy segura de por qué atravesé la puerta. Después del volumen aplastante de la música que sonaba dentro del gimnasio, nos envuelve la tranquilidad del fondo de la escuela, lo que hace que esta conversación sea mucho más íntima de lo que debería ser.

–¿Qué haces aquí? –me pregunta.

–Necesitaba alejarme del ruido.

Declan da otra pitada y hace que el cigarrillo se ponga rojo.

–¿Dónde está tu amiga?

–Bailando.

–¿Con ese imbécil de la cámara?

–Brandon no es ningún imbécil –respondo, enojada.

–Sí, claro –Declan se ríe.

–Mira quién habla.

Él echa humo entre los dientes, y la intensidad de su mirada me atrapa. Repentinamente, está más cerca, su voz baja y áspera.

–No sabes nada de mí.

Tengo la boca seca, pero el hecho de que él esté tan cerca enciende algo en mí, y hablo sin pensar.

–Sé que eres un fracasado y un delincuente.

El poco humor que había en su expresión se evapora. Me arrepiento inmediatamente de mis palabras. Él arroja el cigarrillo al suelo y lo apaga con el pie. Sin siquiera mirarme, se va hacia la puerta.

¿Cómo puede hacerme sentir tan culpable sin decir nada? ¿Cómo lo hace?

Atraviesa la puerta con tanta rapidez que me doy cuenta de que está por dejar que me dé en la cara. Me apresuro para atajarla, y termino bruscamente en medio de las luces que giran y la música ensordecedora, apenas quebradas por nuestro círculo de oscuridad. La canción cambia a una balada heavy metal de los ochenta, y cada rasgueo de la guitarra me crispera los sentidos. Declan y Rev se están yendo.

–Detente –grito.

No se detiene.

–Espera –digo, sin aliento, dudando–. Quiero explicarte...

–¿Qué? –gira, su expresión es feroz.

Eso se roba todo mi valor. La disculpa se me queda atrapada en la garganta.

–Será mejor que vuelvas a bailar, princesa –las palabras de Declan están llenas de un desdén glacial–. No querrás que nadie te vea rebajándote con los fracasados.

Me arden los ojos. Qué mal salió todo esto.

Nunca tendría que haber venido.

Doy la vuelta y salgo disparada por la puerta de emergencia, y corro hacia la noche.

# Capítulo 21

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>  
Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>  
Fecha: Viernes 4 de octubre 10:06:47 p. m.  
Asunto: Me debes una, chica del cementerio  
Espero que esta noche la estés pasando mejor que yo.

El cementerio es como un pozo sumido en el silencio. Gracias al cielo nublado, la oscuridad se acumula en los valles que están entre las tumbas. Hace una hora que llegué a la lápida de mi madre en medio de la oscuridad. No me costó nada: vengo tan seguido que podría encontrarla con los ojos vendados.

Primero pensé que podría soportar el aire frío, pero me estoy congelando. Hay una humedad fresca en el aire, y la lluvia está por llegar.

Mataría por un abrigo.

La ironía me dibuja una sonrisa en el rostro, considerando que estoy en medio de un cementerio y que todas las personas que me rodean están *muertas*.

Después pierdo esa sonrisa. De hecho, la verdad es que no es muy gracioso.

La mayoría de la gente sentiría pavor de estar en el cementerio tan tarde a la noche. Hay chicas del último año de la escuela que todavía no quieren entrar en un baño a oscuras por miedo a encontrar un fantasma.

Yo he pasado tanto tiempo aquí que ya no me despierta ningún temor. No va a salir nada del suelo, ni siquiera insectos, especialmente a esta altura del año. Lo más probable es que el suelo amanezca con escarcha.

Si me quedo sentada aquí mucho tiempo más, *yo voy a terminar con escarcha.*

No puedo irme.

Tampoco puedo hablar con mamá. Todo lo que tengo en mi bolso es el teléfono, la licencia de conducir y las llaves, así que no puedo escribirle una carta. Siento una oleada de culpa al darme cuenta de que hace semanas que no le escribo una carta... desde que empecé a escribirle a La Oscuridad.

Le ordeno a la culpa que no me moleste. Ni que mamá estuviera por aquí y extrañara ver mi letra.

No sé muy bien qué hago aquí. Empecé a manejar, y aquí terminé. Le mandé un mensaje a Rowan cuando llegué porque no quería que se preocupara. Una Rowan preocupada puede terminar fácilmente en avisos a padres y llamadas a la policía. Le dije que no me sentía bien y le pregunté si le podía pedir a Brandon que la llevara a su casa.

Cuando me preguntó si estaba en casa, le dije que sí.

O sea, en algún momento voy a llegar a mi casa.

Paso los dedos por la lápida, siguiendo las letras que forman el nombre de mi madre: *Zoe Rebecca Thorne*. Sé que para ella su nombre era importante, pero ahora que ya no está, desearía que tuviéramos eso en común. Nadie podría relacionarla conmigo si ve esta tumba.

Tampoco nos hubieran podido relacionar en vida. Me sentía afortunada de haber captado pizcas de su talento.

Un dolor repentino se apodera de mi garganta, y me ahogo. La extraño tanto. Daría cualquier cosa por una conversación más con ella, por un momento más con ella.

Pienso en el e-mail que acabo de leer: *Espero que esta noche la estés pasando mejor que yo.*

Bueno, no sé cómo irá la noche de La Oscuridad, pero yo estoy a punto de convertirme en un desastre, llorando encima de una tumba, en un cementerio desierto.

Debería darle la oportunidad de ver cómo va su noche en comparación con la mía.

Me aguanto las lágrimas y tomo el teléfono del bolso. Abro su e-mail y empiezo a escribir.

Aparecen unas gotas de lluvia en la pantalla, y hacen que las letras se vean torcidas. Caen más gotas sobre mis hombros desnudos. Me vuelve a dar otro escalofrío, froto el teléfono contra el vestido y lo intento otra vez.

Se oyen truenos, y el cielo se viene abajo. Cae una copiosa y fría lluvia desde la oscuridad.

Pego un chillido y salgo corriendo, sosteniendo el bolso sobre la cabeza como si fuera a servir para algo. Tomo nerviosa las llaves, pero caen en el césped. Por supuesto. Para cuando las logro encontrar, el vestido está completamente empapado. Tengo el pelo pegado al cuello.

Y pensar que antes me parecía que me estaba congelando. Estoy temblando con tanta violencia que me lleva tres intentos poder meter las llaves en el encendido.

Y entonces el auto no quiere arrancar.

Pienso en cuando Declan Murphy me dijo que tenía que cambiar la batería, cosa que nunca hice. Odio que tuviera razón. Lo *odio*. Una nueva tanda de lágrimas se asoma en mis ojos. Si llamo a mi padre para decirle que estoy varada en el cementerio cuando debería estar durmiendo en la casa de Rowan, es probable que le dé un ACV.

Estaba tan contento de que yo iba a ir al baile. Me imagino destrozarse esa alegría.

Mi respiración se estremece.

“Tranquilízate, Juliet”, me digo a mí misma. “Piensa”.

Declan apagó todo antes de encender el motor con los cables. Quizás eso sirva de algo. Desactivo lo que encuentro y apago todo. Después meto la llave en el encendido y lo vuelvo a intentar.

El auto emite un patético *run, run, run*, pero después cobra vida. ¡Éxito!

Me causa dolor físico tener que dejar la calefacción apagada, pero necesito los faros

y los limpiaparabrisas, y no quiero arriesgarme a que alguna cosa más termine agotando la batería. Pongo el auto en primera y entro en la calle principal.

La gente sensata se habrá quedado en su casa por la lluvia, porque las calles están casi vacías. Me meto en la autopista de dos carriles que atraviesa la ciudad, acelerando enérgicamente porque necesito envolverme en una manta antes de que se me termine saliendo el vestido de tanto temblar. Mantengo ambas manos en el volante y miro con dificultad hacia la oscuridad.

Se oye un fuerte sonido metálico de debajo del auto. El vehículo se tambalea.

Freno instintivamente. El auto empieza a dar vueltas. El chirrido del metal sobre el asfalto corta el silencio. Solo veo oscuridad; los faros iluminan una franja de brillantes gotas de lluvia. Por alguna razón, me muevo a la velocidad de la luz, pero el tiempo va más lento.

No puedo pensar. No puedo pensar. No puedo pensar.

*Ayúdame, mamá.*

De la nada, la voz de mi instructor de manejo intercepta mis pensamientos. *Gira el volante en la misma dirección en que derrapan las ruedas traseras.* Hago todo lo posible para no girar abruptamente el volante hacia la derecha y, por el contrario, lo hago despacio. El auto vira bruscamente, se bambolea y llega al otro lado de la autopista. Voy soltando los frenos hasta que el auto se detiene.

De milagro no me hice pis en los pantalones. En el vestido. Lo que sea. El corazón nunca me latió tan fuerte. Mis manos siguen aferradas al volante, y apoyo la frente contra el cuero. El olor a goma quemada se siente bien fuerte. Respiro como si hubiera corrido una maratón.

La adrenalina es la aliada perfecta: no tengo frío *para nada.*

¿Choqué contra algo? ¿Un ciervo?

¿Algo peor?

Me lleva un rato despegar los dedos del volante. Me aterra salir del auto y meterme

en la oscuridad para ver contra qué choqué.

Finalmente, salgo. Apago el motor y salgo con dificultad para inspeccionar los daños.

Para mi sorpresa, el frente del auto está bien.

Pero desapareció el neumático izquierdo por completo. La llanta de acero brillante descansa sobre el pavimento.

¿Cómo puede ser que haya perdido un neumático entero? ¿Puede pasar eso?

Vuelvo a entrar al auto y busco mi teléfono. Incluso si supiera cómo cambiar un neumático –cosa que no sé–, no puedo hacerlo usando un vestido sin tirantes al costado de la autopista en medio de una tormenta. Al menos ya me alejé del cementerio y puedo decirle a mi padre que estaba volviendo a casa después del baile.

Bueno, le podría decir eso si respondiera mis llamadas. El teléfono suena y suena, y me atiende el contestador. Dos veces.

Vuelvo a ver el reloj. Son más de las diez, y él supone que me fui a dormir a lo de Rowan. Probablemente ya esté dormido.

Pruebo una vez más. No responde.

Intento con Rowan. Me atiende el contestador. Le mando un mensaje, pero no me responde de inmediato. Es probable que esté bailando otra vez, coqueteando con Brandon.

Quizás pueda volver a encender el motor y esta vez sí activar la calefacción. No necesito limpiaparabrisas ni faros si estoy aquí varada.

El auto otra vez no quiere arrancar, haga lo que haga.

Qué desastre.

Después vuelvo a ver mi teléfono. Hago clic en la aplicación de Freemail.

Veó su mensaje.

Pienso: “¿Crees que la estás pasando mal esta noche? Yo te gané”.



## Capítulo 22

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Viernes 4 de octubre 10:22:03 p. m.

Asunto: Te subo la apuesta

Te resumo mi noche:

Empezó con un encuentro cara a cara con la persona más grosera, brusca y desagradable que conozco, y por alguna razón salí sintiéndome como que la mala era yo.

Después me lloré todo frente a mi mejor amiga porque pensé que mi madre podría estar decepcionada por el hecho de que yo estaba haciendo algo tan tonto y frívolo como ir a un baile, cuando hay cosas más importantes en el mundo.

Un poco después, me di cuenta de que el chico que me invitó al baile estaba más interesado en mi mejor amiga que en mí (lo cual no importa porque yo estaba tan interesada en salir con él como en salir con una tabla de madera, pero igual), así que los dejé bailando y me metí entre las sombras, molesta y decepcionada.

¿Y ahora? Estoy a un costado de la calle, sentada en un auto que no arranca.

Estoy empapada.

Me estoy congelando.

A mi auto le falta una rueda.

Mi papá no responde mis llamadas.

Y no sé qué hacer.

Supera eso, Oscuridad.

*A la mierda.* Casi se me cae el teléfono.

Miro la hora del e-mail: lo envié hace cinco minutos.

Vuelvo a la pantalla principal de la aplicación: el puntito verde está encendido al lado de su nombre.

Ni lo pienso. Empiezo a chatear con ella.

La Oscuridad: ¿Estás bien?

Chica del cementerio: Depende de lo que entiendas por estar bien.

La Oscuridad: En serio. ¿Estás en un lugar seguro? ¿No estás sobre la ruta, no?

Chica del cementerio: Estoy al costado de la autopista Generals. Está lloviendo mucho, pero tengo los faros encendidos.

La Oscuridad: ¿Estás sentada en el auto? Por favor, dime que no estás parada al lado de la autopista.

Chica del cementerio: Estoy en el auto. Las puertas están trabadas.

—¿A quién le escribes?

Levanto la mirada hacia Rev. Hace media hora que me está recordando que tengo que estar en casa antes de las once. Vivimos a menos de diez minutos de distancia, así que no es que corremos el riesgo de llegar tarde. Pero Rev es raro con las reglas. Se pone ansioso si no las puede cumplir.

—A la chica del cementerio —le digo.

—¿Sigue aquí? ¿Por eso todavía no nos fuimos?

—No —le muestro su mensaje. Rev lo lee completo.

–¿Llamamos a alguien?

–¿A quién? Ni siquiera sé dónde está.

–Le podrías preguntar.

Mis dedos rondan dudosos sobre los botones. No le *quiero* preguntar.

Me gusta este anonimato. Una vez que nos conozcamos, va a desaparecer.

Rev me mira, quizás nota que estoy dudando.

–Pregúntale si necesita tu ayuda –sugiere con calma.

**La Oscuridad: Yo sigo en la escuela. ¿Necesitas ayuda? Puedo ir adonde estás.**

No pasa nada durante un rato larguísimo. No hay respuesta, ni siquiera aparece el mensaje que avisa que ella está escribiendo.

Quizás alguien ya se detuvo para ayudarla. Quizás la llamó su padre.

Entonces se enciende la pantalla del teléfono.

**Chica del cementerio: Sí, ayúdame, por favor. No sé qué hacer.**



Cae una cortina de lluvia afuera. Rev y yo nos mojamos bastante al entrar al auto, y las gotas parecían estar hechas de hielo. Puse la calefacción en cuanto arrancó el motor. Estos cambios de clima son una de las peores cosas de Maryland: después de un día caluroso puede haber una tormenta y después, puede hacer un frío helado.

–¿Quieres llamar a Alan? –pregunta Rev.

–¿Por qué carajo voy a querer llamar a Alan? –prefiero pegarme un tiro en el pie.

–Porque te espera para las once.

–Ay, por Dios, Rev. Basta con eso. No voy a llegar tarde. Apenas son las diez y media.

–¿Crees que exista alguna posibilidad de que esto sea una trampa?

Dejo de mirar la calle y me vuelvo hacia él. En la oscuridad, se ve ceñudo y serio.

–No sé –digo sinceramente. Lo pienso durante un largo minuto, rotando el pensamiento para estudiarlo desde todos los ángulos. Nunca nadie diría que soy popular, pero nadie me odia. Al menos eso creo.

Un momento después, me encojo de hombros.

–No sé quién haría algo así, ni por qué.

–La gente a veces no tiene razones lógicas para hacer lo que hace –se detiene un momento–. Deberías saber eso mejor que nadie.

No sé cómo responder a eso.

Tiene razón, por supuesto.

–¿Asustado? –le digo algo burlón, para suavizar el tono de la conversación.

Rev no muerde el anzuelo.

–Preparado –dice con seriedad.

Doblamos en la autopista Generals, una ruta de dos carriles que recorre varios kilómetros hasta llegar a Annapolis. Por aquí, hay pocas casas y están alejadas entre sí, y el límite de velocidad es alto. En su e-mail, ella dijo que le faltaba una rueda. ¿Habrá querido decir que se le reventó o que alguien se la robó?

Doblamos en una curva, y veo un auto bastante más adelante, estacionado al costado de la autopista. Hay pedacitos de goma desparramados por el pavimento, y se sienten como bacheitos cuando les paso por encima con el auto. Quito el pie del acelerador y me preparo para detenerme detrás de ella. El latido de mi corazón ahora se parece al redoble de un tambor. Estoy emocionado. Estoy aterrado. Quiero arrojarme del auto, entrar en el de ella y decir: “Tú. Tú me entiendes”.

Y después de eso, me quiero quedar sentado con ella en el auto, respirando el mismo aire, solo teniendo al lado a alguien que me entiende.

Después mis ojos registran el color del vehículo que está al costado de la autopista.

El amarillo brillante del panel lateral parece una señal luminosa que se interpone en la luz de mis faros.

Se me para el corazón. Se congela.

Vacilo, solo por un momento, aunque sigo dejando que mi auto se acerque al costado de la autopista.

Después le doy un giro brusco al volante, vuelvo a entrar en la ruta y bajo a tercera para acelerar y pasar por al lado de su auto averiado.

–¿Qué haces? –pregunta Rev, mirándome con los ojos bien abiertos.

Apenas puedo hablar con el bloque de hielo que se está formando en mi pecho.

–Nos vamos a casa.

–¿Por qué? ¿Qué pasó?

–Tenías razón. Era una trampa.

–¿Qué? ¿Quién? ¿Cómo lo sabes?

No le respondo. Necesito concentrarme en la ruta, en el hecho de que tengo a mi mejor amigo sentado al lado, porque si no, podría terminar arrojándome con el auto por un precipicio.

–Dec –dice Rev, con la voz tranquila–. Dime algo.

–Ese es el auto de ella.

–¿Sí...? –asiente Rev, titubeando.

–El auto de Juliet Young –le digo, mirándolo–. ¿No te acuerdas? La ayudamos a arrancar el auto.

–Sí, pero... ¿qué tan seguro estás de que ese es su auto?

–Porque lo vi.

–¿En serio piensas que te tendió una trampa? –Rev otra vez está calmado, estudiándome.

–Sí. No –me paso una mano por el pelo, después golpeo el volante. Estoy a punto de gritar, y sé que necesito controlar mis emociones, especialmente si voy a enfrentar

a Alan en cualquier momento. Aprieto los dientes y digo:

– No sé, Rev. Es que... no sé. Olvídalo.

*Sé que eres un fracasado y un delincuente.*

Todo lo que he sentido hasta ahora ha sido una ilusión. Todo. Juliet Young no me conoce para nada. Ve lo mismo que ven los demás: un tipo que está haciendo tiempo hasta que llegue el momento de hacerle gastar plata al gobierno mientras le dicen cuándo puede dormir y cuándo comer.

Tengo la garganta tan tensa que no creo poder tragar nada. Se me está acumulando un fuego en el pecho, que derrite el bloque de hielo. Parece furia. Parece traición.

No puedo creer que le conté sobre mi padre. No puedo creer que le conté sobre Kerry.

Gracias a Dios, todo fue anónimo.

Me detengo bruscamente en frente de la casa de Rev, como un taxista impaciente. No lo miro. Ni siquiera me muevo. Tengo los ojos fijos en el parabrisas.

–Podríamos volver –dice él.

–No –tengo la voz áspera.

–Dec. Está varada allí. Cualquiera podría...

–Bien por ella.

–Pero deberíamos llamar a...

–Rev –giro la cabeza para mirarlo, furioso—. ¿Vas a salir o qué?

Me mira fijamente. La forma en que me juzga con la mirada me está matando.

Vuelvo los ojos hacia la oscuridad. Tengo los dedos enroscados en el volante.

–Sal, Rev.

Él sale del auto, pero se queda parado mirándome.

–¿A dónde vas? –me pregunta.

–A casa –respondo secamente. Me estiro, tomo su puerta y la cierro con un golpe.

Después pongo el auto en primera y arranco.

# Capítulo 23

## BANDEJA DE ENTRADA: CHICA DEL CEMENTERIO

No hay mensajes nuevos.

He actualizado mi bandeja de entrada por lo menos cien veces. Quizás doscientas.

Hace veinte minutos que él me dijo que estaba en camino. Quizás podría haberme ido *caminando* a la escuela en veinte minutos. La lluvia ha amainado y ahora se oye un tac, tac, tac constante en el techo del auto. Hace unos minutos, las luces de los faros bajaron su intensidad, así que me imagino que la batería estará a punto de dejar de funcionar. Apago los faros, pero dejo encendidas las balizas. Lo último que me falta es que un chico medio borracho se estrelle contra mi auto por no verme aquí sentada. Ya estuve al borde de un ataque de pánico cuando un auto viró hacia donde yo estaba, pero después me esquivó y aceleró como un bólido.

El vestido se empezó a secar, y por alguna razón eso me da más frío. Tiemblo a cada rato.

Intento llamar a papá otra vez. No responde.

Intento llamar a Rowan otra vez. Me atiende el contestador. Se debe haber quedado sin batería.

Me quedo mirando la pantalla, deseando con todas mis fuerzas que La Oscuridad me mande un mensaje. Algo. En cualquier momento voy a tener que llamar al 911; ya no sé qué hacer.

Hace media hora que estoy sentada en el auto, sin hacer nada para salir de esto. Trato de imaginar qué haría mamá en esta situación. Habría salido en medio de la lluvia y detenido algún auto. Habría terminado en el auto del embajador de Australia, su esposa le habría ofrecido una pañoleta y la habrían invitado a cenar en la embajada.

Si yo salgo y empiezo a hacer señas, terminaría arrollada por el auto de algún idiota.

En contra de mi voluntad, los ojos se me llenan de lágrimas. Antes de darme cuenta, estoy llorando, sosteniéndome el rostro con las manos. La emoción me da calor, pero no del bueno. Se me estremecen los hombros por su fuerza, y no intento detener las lágrimas. ¿Para qué? Aquí no me ve nadie.

Se oye el golpe de unos nudillos contra la ventanilla.

Inhalo fuerte del susto y me quito las manos del rostro bruscamente. Hay un hombre parado al lado de mi auto, bajo la lluvia.

“¡Vino! ¡Ay, vino!”. Me doy palmadas en el rostro. Mi corazón retoza, brinca y salta.

Pero después mis ojos procesan lo que están viendo. Detrás de nosotros brillan los faros, que iluminan su rostro y llenan mi auto de luz.

No es La Oscuridad, sino Declan Murphy.

Porque la noche podía ponerse peor.

–¿Se te rompió el auto? –pregunta con voz fuerte.

“No, estoy bien”, quiero responderle a los gritos. “Sigue tu camino y déjame sola”.

Presiono el botón para bajar la ventanilla, pero el motor hace un ruidito triste, y después no pasa nada. Tengo que destrabar la puerta manualmente para abrirla.

Él retrocede para dejarme espacio, después ataja la puerta con la mano. El aire frío sopla dentro del auto.

–¿Se te reventó una rueda? –pregunta–. Vi los trozos de goma en la ruta.

–Ya lla-lla-llamé a alguien –digo, odiando el hecho de no poder controlar los temblores. Me rodeo el estómago con los brazos–. Va a lle-llegar en cualquier mi-



minuto.

Sus ojos están oscuros, inescrutables.

–¿Así que no necesitas ayuda?

–No –inhalo temblorosa entre dientes–. Estoy bien.

Me estudia durante un largo rato, parado bajo la lluvia, los mismos ojos de hielo que tenía en el fondo de la escuela.

–Como quieras –dice finalmente. Me cierra la puerta y se va.

No puedo creer que mis alternativas sean quedarme aquí toda la noche o pedir a Declan que me ayude.

Está a punto de entrar a su auto. Lo veo en mi espejo retrovisor.

*Carajo.*

–¡Espera! –exclamo, abriendo la puerta y saliendo del auto.

Él se detiene y me mira a través de metros de lluvia y oscuridad. Al final, su puerta no está abierta, y él ya estaba dado vuelta hacia mí. ¿Estaba regresando a mi auto? La idea me deja desconcertada.

Nos quedamos allí parados, mirándonos. La lluvia cae finamente sobre mi vestido.

–¿Se te murió la batería? –me dice al fin.

–Sí –respondo, asintiendo con la cabeza, y vacilo un poco–. No la cambié.

–Qué sorpresa –hace un gesto brusco con la cabeza, señalando su auto–. Ven a sentarte en el mío así entras en calor.

Estoy a mitad de camino, yendo para su auto, cuando me doy cuenta de que esto podría ser una trampa. *Así entras en calor* parece una de las peores frases con doble sentido. Mi paso se hace más lento a medida que se activa mi instinto, pero hace tanto frío que al resto de mi ser le importan tres carajos las indirectas.

Su auto es negro... o gris. No puedo ver bien. No brilla para nada, lo que me hace pensar que quizás está pintado de alguna especie de color mate, o necesita desesperadamente una mano de pintura. Por lo que puedo ver de la carrocería, es un

vehículo viejo. Un capó largo y chato es seguido por dos puertas y una cajuela corta. Al sentarme en el asiento del acompañante, confirmo la antigüedad del auto, aunque el interior está en mejor estado. Los asientos de cuero son demasiado anchos para ser modernos; no tienen reposacabezas. Tiene caja de cambios manual. La radio es vieja, con diales plateados y números blancos y grandes. Las ventanillas funcionan con manivelas.

Pensé que el auto iba a tener olor a humedad, a relleno de espuma podrido y a demasiados cigarrillos, pero él no debe fumar aquí dentro. Huele a cuero gastado con un dejo de colonia para hombres.

Declan se sube al asiento del conductor y enciende el motor. Este cobra vida con un rugido, y Declan gira algunos controles. Las rejillas de ventilación centrales enseguida disparan calor en mi dirección.

Me senté lo más cerca posible de la puerta, pero en cuanto siento el calor, me muevo hacia delante y presiono las manos contra las rejillas.

Declan se mueve hacia mí, su mano se estira para tomar la mía. Me muevo repentinamente hacia atrás, pongo mis manos alrededor del estómago y me hundo otra vez en el asiento.

Él me mira, después termina su movimiento, girando un control para abrir la rejilla que está más cerca de la puerta.

–Esa se atasca –aclara.

*Ah.*

Igualmente espero a que él regrese a su lugar antes de volver a poner mis manos frente a las rejillas. Nos quedamos sentados en silencio durante un rato larguísimo, oyendo el sonido vibrante del motor, algo tapado por el fuerte zumbido del aire que atraviesa las salidas de aire.

–¿Me tienes miedo? –me pregunta de repente.

No puedo descifrar su voz, y no sé muy bien cómo responder. Su pregunta me hace

sentir como una ridícula, pero suena como si él realmente quisiera saber, no suena insolente.

Me arriesgo a mirarlo. No se ha movido desde que abrió las rejillas de ventilación, y ahora está despatarrado en el asiento del conductor, iluminado solamente por las luces del tablero. Me aclaro la garganta:

–Si digo que sí, ¿lo vas a usar en mi contra?

–No –su voz no cambia. Es casi un desafío.

–Entonces sí, un poco –respondo, mirándolo.

La luz de unos faros llena el auto; un vehículo se acerca desde atrás. Giro en el asiento para verlo. El auto ni siquiera aminora la marcha y pasa de largo por la autopista Generals.

Lanzo un suspiro, me froto los brazos y vuelvo a poner las manos frente a las rejillas de ventilación.

Declan gira el control de la calefacción un poco más hacia la derecha.

–¿Cuánto tiempo estuviste aquí esperando?

–No sé, un rato.

–¿Por qué estás toda mojada? ¿Trataste de cambiar la rueda?

–No sé cómo hacer eso –resoplo–. Nada más estaba tratando de entender qué había pasado.

–Por cómo quedaron tus ruedas, tienes suerte de que no se te hayan reventado las cuatro.

–No me quieras engañar. Estuve ocupadísima leyendo una revista sobre autos antes de ir al baile de los exalumnos.

–Hablo de mantenimiento básico –dice, aunque parece que le causó gracia mi comentario–. Tú eres la que está varada a un costado de la ruta. No quiero ni preguntar si alguna vez te tomaste la molestia de cambiarle el aceite a esa cosa.

Frunzo el ceño, pero tiene razón. Creo que nunca le cambié el aceite. Otra vez el

auto se llena con la luz de unos faros, y estiro el cuello para ver hacia atrás. Otro auto pasa de largo a toda velocidad.

Declan se queda mirando por la ventanilla.

–¿Qué tipo de auto estamos esperando?

–Es un amigo de la escuela –respondo, titubeando–. No sé qué auto tiene.

Me imagino que Declan me regañará por eso, pero no lo hace. Tiene la mandíbula tensa, y no deja de mirar por la ventanilla.

Deslizo el dedo por la pantalla de mi teléfono, con la esperanza de que La Oscuridad me haya enviado un mensaje.

Nada. Suspiro.

–¿Por qué me tienes miedo?

Miro a Declan, pero él sigue con la vista puesta en la lluvia. Su voz se ha calmado, y no suena ni la mitad de amenazante que sonaba antes.

–No sé –respondo.

–Mentirosa –me dice, con una mirada que apenas revela que me está juzgando con toda frialdad.

Esto es tan extraño. No está tan furioso como en la escuela, pero no sé bien qué hacer con esta clase de preguntas. Quito mis manos de las rejillas de ventilación y cruzo los brazos sobre el estómago.

–Tu reputación no es la mejor. No puede ser que no lo sepas.

–¿Ah, sí? Dime qué *reputación* tengo.

Dudo por un momento. No sé qué decir. Sé lo que me contó Brandon, y conozco los rumores, pero no sé qué de todo eso es verdad; la verdad que no.

–Tienes antecedentes penales.

–¿Y qué? –me mira–. Eso no tiene nada que ver contigo.

–Brandon dijo que te drogaste y robaste un auto, y después lo destrozaste –respondo, después de tragar saliva. Hago una pausa–. Te has metido en peleas en la

escuela –otra pausa, y lo veo a los ojos–. Eres bastante hostil.

–¿Que soy *hostil*?

No se altera en absoluto ante las acusaciones de robo de un auto y violencia física, pero reacciona cuando alguien le dice que es *hostil*.

–Quizás ya te olvidaste de que te me viniste encima y me ordenaste que borrara una fotografía estúpida.

–Quizás ya te olvidaste de que me acusaste de echar alcohol en el ponche – responde él, alzando las cejas.

Las mejillas se me ponen al rojo vivo, y tengo que apartar la mirada.

–Tienes razón, perdón. No tendría que haber dicho eso.

–Ni que hayas sido la primera –su voz sigue en el mismo tono, pero movió con bastante fuerza una palanca del tablero–. ¿Sabes qué es lo peor? Si en la escuela uno se mete con alguien débil, te suspenden.

–¿Y eso es malo?

–No, pero la gente puede decir lo que quiera a un chico que tiene una *mala reputación*, y a nadie le importa. De hecho, a la gente le *gusta* que eso pase.

Tiene razón. Como en el gimnasio, me remuerde la conciencia.

–Tú tampoco haces mucho a tu favor. ¿En algún momento se te ocurrió *pedirme si podía* borrar la fotografía? ¿O se te ocurrió no decir que Brandon es un imbécil?

–¿Crees que él lo pensó dos veces antes de decir lo que dijo sobre mí? –pregunta Declan, con ojos furiosos.

No, probablemente no. No sé qué decir.

Nos quedamos sentados en silencio, oyendo el ruido de la lluvia golpeando contra el techo. Finalmente, Declan aparta la mirada.

–¿Eso piensan todos? –pregunta al fin–. ¿Que me drogué y robé un auto?

–¿No lo hiciste?

Declan niega con la cabeza; ya no me mira.

–Estaba borracho, no drogado.

Lo dice como si eso hiciera la gran diferencia.

–¿Nada más?

–No –hace una pausa–. En realidad, no robé el auto, pero el idiota de mi padraastro igualmente me denunció.

–¿El auto era de él?

–No, era la camioneta de mi padre.

–¿Por qué...?

–¿Qué importa? –Declan mira por la ventanilla trasera, nervioso–. ¿Cuánto tiempo más vas a esperar a este tipo?

–Eh... no sé –ese cambio repentino me confundió.

–Dame tus llaves.

–¿Qué?

–Dame tus llaves. Mejor, te voy a cambiar la rueda mientras esperamos.

Revuelvo mi bolso y tomo un manojito de llaves.

–¿Vas a...?

–Quédate en el auto –él toma las llaves y prácticamente me las arranca de los dedos. Después me cierra la puerta en la cara con un golpe.

Lo veo a la luz de los faros, perpleja. Abre la cajuela de mi auto y, poco después, sale con una rueda de repuesto. La apoya al costado del auto y después toma algo más del espacio oscuro. Nunca he cambiado una rueda, así que no tengo idea de lo que está haciendo. Eso sí, sus movimientos son rápidos y eficientes.

No debería quedarme aquí sentada, mirando y nada más, pero no puedo evitarlo. Tiene algo que lo hace muy persuasivo. Han pasado docenas de autos, pero él fue el único que se detuvo. Y me está ayudando, a pesar de que no fui nada amable con él en toda la noche.

Se arrodilla sobre el pavimento –el pavimento mojado, bajo la lluvia– y desliza algo

debajo del auto. Se corre el pelo mojado del rostro con la mano.

No puedo quedarme aquí sentada mirando.

No me mira cuando me acerco.

–Te dije que esperaras en el auto.

–¿Así que eres uno de esos? ¿De los que piensan que la “pobre dama” debe esperar en el auto?

–¿Cuando la pobre dama no sabe que sus neumáticos están lisos y su batería apenas alcanza para un cronómetro? –conecta una barra de acero a... algo... y empieza a darle vueltas–. Sí, pienso eso.

–¿Qué quieres decir entonces? –pregunto, totalmente inexpresiva, pero con el orgullo tocado–. ¿No quieres que te ayude?

–Puedes ser un poco graciosa cuando no estás tan ocupada juzgando a la gente – responde él, reconociendo su error con una sonrisa.

–Tienes suerte de que no te esté pateando mientras estás allí abajo.

–A ver, inténtalo –pierde la sonrisa, pero mantiene la mirada en lo que sea que está haciendo.

Me tienta la idea. De algún modo, esta discusión es muy excitante. Es la primera vez en meses que he interactuado con alguien y que no parece que estuviéramos inmersos en un banco de niebla.

–¿Por qué querías que borrara la fotografía? –pregunto, cambiando de idea.

Lo que sea que está girando Declan golpea el auto con un *clang* metálico, y él se detiene. Levanta la mirada hacia mí.

–¿Tienes puesto el freno de mano?

–Eh...

–Ve y fíjate.

Voy, me fijo, no está puesto. Jalo de la palanca, después vuelvo a salir en medio de la lluvia. Declan está aflojando con la barra los tornillos que sostienen la rueda al auto.

–Gracias –me dice. Su voz se oye tensa.

Espero a que me diga algo más, pero eso es todo. No responde mi pregunta.

–¿No me respondiste a propósito?

Él asiente con la cabeza.

–¿No tienes que levantar el auto antes de quitar la rueda?

–Primero hay que aflojar los tornillos. Si lo hago con el auto levantado, el auto se puede salir del gato.

–Y eso es malo.

–Sí, eso es malo –los músculos de los antebrazos resaltan por el esfuerzo. Otra vez se aparta el pelo mojado del rostro. Pone la barra en el objeto de metal que está debajo del auto y sigue girando.

–¿Eso es un gato? –pregunto, sintiéndome como una tonta.

Levanta la mirada hacia mí, y por su expresión me arrepiento de no haberme quedado en el auto. Espero y pregunto:

–¿Qué hacemos con la batería?

–Voy a ver si puedo hacer un puente otra vez. Después te voy a acompañar a tu casa. Y después vas a comprar una nueva, mañana –me mira–. ¿Correcto?

–Correcto –respondo, asintiendo rápidamente.

Todo en él es tan inesperado. Es tan irritable, y después me sorprende con frases que se acercan a una preocupación por mí.

Lo veo en silencio, hasta que quita la rueda rota y la reemplaza con la de repuesto. Hace rato que no pasan autos, y está todo muy quieto, con el susurro débil de la llovizna entre los árboles.

–¿Al final la borraste? –pregunta Declan, en voz más baja.

–No –respondo, después de vacilar un momento. No quise mentirle, pero me da miedo cómo puede llegar a reaccionar.

–¿Por qué no? –responde, sin apartar la mirada de lo que está haciendo.



–Porque me lo pediste como un pendejo.

Se ríe para sus adentros, después se pone serio.

–No era por mí.

–¿Qué quieres decir?

Declan toma una tuerca o un tornillo o algo del pavimento y alza la mirada hacia mí.

–No te pedí que la borraras por mí. Te lo pedí por Rev.

–¿Entonces por qué no me lo pidió él?

–Rev no hace esas cosas.

No, no hace esas cosas. Apenas conozco a Rev Fletcher, pero ya sé que no es la clase de persona que pretende mucho de los demás. Declan Murphy tampoco, ahora que lo pienso. Saber esto me remuerde la conciencia; quiero volver a la escuela en este mismísimo instante y borrar las fotografías de la tarjeta de memoria del profesor Gerardi.

–¿A Rev no le gusta que le tomen fotografías?

–No. Si te fijas en los anuarios anteriores, vas a ver que no hay retratos de él en ninguno.

–¿En serio? –pregunto, pestañeando sorprendida.

–Sí, en serio.

–¿Por qué?

Las manos de Declan se quedan quietas, pero mantiene la vista en el volante.

–Porque su padre lo lastimaba y después le tomaba fotografías.

Eso está tan alejado de lo que yo pensaba que casi tardo en reaccionar. Ni siquiera sé si lo que me imagino es mejor o peor de lo que realmente le pasó a su amigo. Quiero saber más... pero no. No sé bien qué decir.

–¿Por qué? –susurro.

–Porque era un sádico de mierda. Si le preguntas a Rev, te va a decir que se alegra de que su padre haya fotografiado eso, porque quedó un registro de todo lo que le

había hecho.

Se oye el estruendo de los truenos en el cielo, y espero que la lluvia se ponga más intensa, pero no.

–¿Eso lo... alegraba?

–No quiero decir que tenga un álbum de fotos –responde Declan, negando con la cabeza–. Cuando a Rev se lo llevaron, no había posibilidad alguna de que fuera a volver allí –empieza a ajustar los tornillos en su lugar–. Todavía no le gusta que le tomen fotografías.

Trago saliva; tengo la garganta tensionada. Estoy entre las garras de la vergüenza, y no creo que me vayan a soltar pronto.

–¿Qué pensaría él de que me cuentes esto?

–Le parecería bien –Declan me mira a los ojos–. Rev sabría que te lo cuento por algo.

–No voy a contarle a nadie –me da un escalofrío.

–Ya sé que no –su voz ya no tiene ni un dejo de tono amenazante. Empieza a bajar el gato, y lo miro.

*Ya sé que no.* Noto confianza en esas palabras, y no es algo que esperaba oír de él.

–Bueno –vacilo un poco, con los dedos que sostienen las llaves con fuerza hasta que los dientes de ellas se me clavan en las palmas de las manos–. Gracias.

Mi auto se enciende otra vez al conectarlo a la batería de Declan. Él está sentado en su vehículo y yo, en el mío; me sorprende ver que una pequeña parte de mí desearía que nuestra conversación no hubiera terminado en ese momento. Siento que hay tanto más que decir... lo cual es ridículo porque no lo conozco en absoluto.

Después de unos minutos, él desconecta los cables y viene a mi ventanilla.

–¿Puedes conducir? –pregunta.

Asiento con la cabeza.

–Lo que dije de la batería va en serio –me recuerda.

–Ya sé –respondo, con la boca seca.

–Bueno. Te sigo hasta tu casa –no espera a que le responda; se da vuelta y va a su auto.

Conduzco con cuidado, contenta de que los faros de él se vean por mi ventanilla trasera. Hace rato que ya dieron las once. No tengo idea de lo que pasó en la última media hora, pero me siento totalmente desorientada. Repaso nuestra conversación sobre la fotografía. Ahora tiene sentido por qué dudó Rev. También tiene sentido que Declan haya insistido con tanta vehemencia en que yo la borrara.

Todo eso hace que los insultos de Brandon parezcan todavía más hirientes. Declan tenía razón: decir algunas cosas merece el peor de los castigos, pero uno puede destrozar a alguien como él sin necesidad de preocuparse por las repercusiones. Vuelvo a pensar en ese primer momento en el pasillo, cuando me choqué con él y le volqué el café, pero él terminó en la oficina del director. Incluso los profesores esperan que él haga lo peor. Yo esperaba eso. Si me hubieran preguntado qué chicos de la escuela se echarían al suelo en medio de la lluvia para cambiar la rueda del auto de una chica, Declan no hubiese estado en la lista.

Y esta noche fue el único que se detuvo.

Siento una repentina necesidad de disculparme por cómo se dieron todos nuestros encuentros. Los malentendidos no fueron del todo por mi culpa, pero creo que él también lo sabe. Es cauto, como yo. Puedo quitar algunos eslabones de mi armadura, especialmente porque me ofreció un poquito de confianza, sin pedir nada a cambio. Eso es tan inesperado.

Recuerdo que se supone que yo también tengo que hacer algo inesperado. “Perdón”, le voy a decir cuando llegemos a mi casa. “Quizás podemos volver a empezar”.

Estaciono en la entrada de auto de mi casa y miro por el espejo retrovisor, esperando que él se detenga y espere a que yo salga.

Pero no lo hace. Ni siquiera aminora la marcha. Declan se aleja hacia la noche a toda velocidad.

## Capítulo 24

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Viernes 4 de octubre 11:32:53 p. m.

Asunto: En casa

Te quería avisar que llegué bien a casa. Espero que estés bien.

Mi casa está casi toda a oscuras, y me sorprende. En parte espero que Alan salga como una tromba, vociferando amenazas porque yo haya llegado tarde, diciéndome que voy a terminar en Cheltenham y que soy un pendejo bueno para nada.

Pero no sale nadie. Apago el auto y me quedo sentado en silencio por un minuto, releiendo el e-mail de ella.

Se lo tendría que haber dicho.

Ahora no tengo idea de cómo desembrollar esto.

Cuando golpeé la ventanilla del auto de Juliet, pensé que se iba a dar cuenta de inmediato. Esperaba que explotara de furia, como me sentí yo cuando descubrí que ella era la chica del cementerio.

No esperaba encontrarla llorando, tapándose el rostro con las manos.

Incluso ahora, todo eso toca algo dentro de mí, y mi cerebro está luchando para reconciliar a la chica de mis cartas e e-mails con la chica que se burló de mí sobre el cigarrillo y me acusó de echarle algo al ponche.

*Será mejor que vuelvas a bailar, princesa. No querrás que nadie te vea rebajándote con los fracasados.*

Recuerdo mis palabras y hago un gesto de dolor. Ir a este baile era importante para ella. Y yo me cagué en todo.

Suena mi teléfono, y doy un salto, esperando que sea un mensaje de la chica del cementerio.

“Juliet”, pienso. Necesito recordar que ya no es una chica anónima. Se llama *Juliet*. Como sea, no es ella. Es un mensaje de Rev.

RF: ¿Volviste a ayudarla?

DM: Sí.

RF: Lo sabía.

Apago el teléfono y me lo meto en el bolsillo. Rev me va a mandar más mensajes hasta sacarme la historia completa a la fuerza, pero primero necesito un tiempo para analizarla yo.

La casa se ve tan tranquila que me pregunto si Alan estará esperando adentro para atacarme con todo. La ansiedad me tiene encadenado al volante. Si él quisiera meterse conmigo, si quisiera *pelear*, no lo dudaría. Pero Alan no pelea con puños y furia; pelea con citaciones judiciales y policías.

Las aterradoras noches que pasé en la cárcel en mayo fueron más que suficientes. No quiero volver a pasar por eso, sobre todo cuando es posible que no terminen nunca.

Finalmente, la intranquilidad que siento por tener que confrontar a Alan queda eclipsada por el miedo a no hacer nada, a que me encuentre en la entrada, paralizado por la indecisión. Me bajo del auto y camino hacia la puerta del frente.

La llave susurra dentro de la cerradura; el vestíbulo está oscuro. Me pregunto si el destino me ha dado el primer golpe de suerte en años. La única luz encendida es la de una pequeña lámpara que está al pie de la escalera, sumada a otra que está en el

pasillo del piso de arriba. Me quedo parado sin emitir sonido durante todo un minuto. La casa está en silencio: deben estar durmiendo.

La tensión me abandona y me deja un poco aturdido. Sonrío en la oscuridad. Esto es *genial*.

Después oigo la tos. Dos veces. Después viene el sonido inconfundible de alguien que está vomitando. No sé por qué suena a que viene de una mujer, pero estoy seguro de que no es Alan.

Sigo el sonido hasta el baño del fondo, el que está en el cuartito detrás de la cocina. La puerta ni siquiera está cerrada, pero mi madre está allí, arrodillada en el suelo, largando la cena en el retrete. Está vestida con una de las camisetas de Alan y unos pantalones elastizados. Su mano sostiene con fuerza un pañuelo de papel.

—¿Mamá? —sueno asustado. No puedo evitarlo. En un santiamén, vuelvo a ser un niño de diez años, viendo a mi padre hacer lo mismo. Pero esta vez es distinto: ella no se está cayendo del retrete, y el aire no apesta a alcohol—. ¿Mamá, estás bien?

Ella asiente con la cabeza, los ojos cerrados. Después se limpia la boca; se queda arrodillada y respira contra el retrete por un rato largo.

Está pálida como la porcelana que toca su rostro. Me detengo a su lado, pero no sé bien qué hacer.

—¿Quieres que vaya a buscar a Alan?

—No —su tono es cortante—. No, está bien. Creo que no me cayó bien la cena.

—¿Quieres más pañuelos?

Primero niega con la cabeza, pero después asiente. Tomo la caja que está al lado del fregadero de la cocina y la pongo al lado de ella. Después lleno un vaso con agua y se lo llevo.

Ella jala la cadena, después se levanta y se sienta sobre la tapa del retrete.

—¿Agua? —le ofrezco el vaso.

Se retuerce como si le estuviera ofreciendo veneno.

–¿Para enjuagarte la boca? –sugiero.

–Bueno –se enjuaga la boca y después escupe en el lavabo. Respira hondo otra vez, y se lava la cara y las manos.

Me quedo en la puerta, sintiéndome totalmente inútil.

–¿Quieres que te ayude a subir?

Niega con la cabeza.

–Creo que me voy a sentar en el sillón hasta que se me pase.

–Bueno –eso suena a que quiere que me vaya, pero no sé si debería dejarla sola.

Se endereza y me ve mejor. Se le abren los ojos.

–Qué bien te ves, Declan. No sabía que era un baile formal –me estira la camisa a la altura de los hombros y me endereza la corbata, como si importara.

Me congelo ante el contacto de sus manos.

–¿Te agarró la lluvia? –pregunta, levantando la mirada hacia mí.

–Ayudé a una amiga a cambiar una rueda –vacilo un momento–. Por eso llegué un poco tarde.

–¿Es tarde? Me quedé dormida mientras te esperaba, y después... –hace una mueca y mira hacia el retrete–. Vamos a sentarnos en el sillón. Necesito sentarme.

Vamos al sillón y nos sentamos. No quiere que encienda las luces, así que nos quedamos casi a oscuras.

–¿Alan ya se fue a dormir? –pregunto.

–Sí. Tiene que ir a la oficina por la mañana, y ya sabes que a mí no me molesta quemarme las pestañas.

Me alegro de que ella haya sido la que se quedó despierta, a pesar de que haberla encontrado vomitando en el fondo de la casa todavía me tiene inquieto.

–¿Estás segura de que te sientes bien?

–Sí, sí –pone una mano sobre mi brazo y lo aprieta–. Compramos camarones ahumados en el mercado, y viste lo que pasa si saben aunque sea un poquito agrios.



No recuerdo cuándo fue la última vez que me ha tocado, y ya lo hizo dos veces en tres minutos. Es como si estuviera en la dimensión desconocida.

–Kristin me dijo que la semana pasada también te sentías mal.

–¡Ah! –mamá parece sorprendida–. Eso fue un resfriado de verano.

–Estamos en otoño.

–Declan –me dice, con ojos exasperados.

–¿Qué? –respondo, malhumorado como un niño–. Pregunto nomás.

–Cuéntame del baile. ¿La pasaste bien?

–No.

Ella suspira. Mamá y yo ya hemos pasado por muchas cosas como para hacerle una autopsia al baile de los exalumnos.

–No la pasé bien.

Apoya sus manos en mi rostro y me corre hacia atrás el pelo que me cubre la frente. Pienso que va a decir algo sobre mi corte de pelo, pero no: su mano se detiene allí, y me acaricia la sien con el pulgar. Tiene los ojos fijos en los míos.

No me muevo.

–Me estás asustando un poco –susurro.

No sonrío.

–Siento que estás creciendo y que yo lo veo desde afuera.

No la corrijo. Yo siento exactamente lo mismo.

Aparto la mirada de golpe y corro su mano de mi frente.

–Me voy a quitar esta ropa mojada.

Me deja ir sin protestar.

Pero una ínfima parte de mí quiere que me siga sosteniendo entre sus manos. Sin embargo, ya estoy a la mitad de la escalera antes de arriesgarme a mirarla.

Pensé que ella iba a estar tocando los botones de los controles remotos, pero me está mirando.

Me aclaro la garganta y hablo en voz baja, porque lo último que quiero es despertar a Alan.

–¿Quieres que te traiga una manta?

Sonríe, y veo algo incierto en esa sonrisa.

–Sí, me vendría muy bien. Gracias.

Para cuando vuelvo a la planta baja con el cubrecama de lana blanca del cuarto de huéspedes, ella está recostada en el sillón, mirando un programa sobre decoración.

–¿Te acuerdas de esto? –me dice–. Antes veíamos juntos todos los programas de decoración durante tus vacaciones de verano.

Sí, me acuerdo. Siempre hacíamos eso mientras doblábamos la ropa recién lavada.

Era la peor de las torturas.

Pienso en su mano sobre mi frente. Bueno, quizás no era la *peor* de las torturas.

Estiro la manta para tapar a mi madre.

–¿Necesitas algo más?

–No, gracias, Declan.

Titubeo un poco, y ella alza la mirada hacia mí.

–Estoy bien –estira su pequeña mano y toma la mía, después la sacude un poco–.

No te preocupes por mí.

## Capítulo 25

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Sábado, 5 de octubre 01:06:47 a. m.

Asunto: Esta noche

Perdón por haber llegado tarde.

Primero tuve que llevar a un amigo a su casa. Se estaba poniendo como loco porque le controlan el horario y no quería llegar después de hora.

Para cuando llegué a tu auto, vi que ya se había detenido alguien más.

No quise meterme.

Quise evitar que pasáramos un momento incómodo.

Me alegro de que estés bien.

Y la verdad, para serte sincero, me alegro de que todavía no nos hayamos conocido.

A la mañana ya no llueve, pero hace más frío que anoche. Tomo un abrigo del fondo del armario y me pongo unas botas altas hasta las rodillas por encima de los jeans.

Ropa reconfortante, muy necesaria después de la noche que pasé con Declan Murphy.

Todavía estoy un poco sensible.

Mi padre me encuentra comiendo cereales en la cocina, y se para en seco en la puerta.

–Te levantaste... temprano.

Siempre me levanto antes que él, pero no suelo estar en casa los sábados a la mañana. Levanto la mirada desde la revista que estaba hojeando.

–¿Y eso está bien?

–Claro que sí –va hacia la mesa y se detiene otra vez–. ¿También hiciste café?

–Necesitaba tomar un poco.

Saca una taza de la alacena y se sirve café. Yo doy vuelta otra página de la revista.

–¿Cómo estuvo el baile? –me pregunta–. Me hubiese quedado levantado si sabía que ibas a volver aquí.

Me llevo una cucharada de cereales a la boca y me encojo de hombros.

–Estuvo bien. Rowan se estaba divirtiendo con Brandon Cho, así que no quise estar de más.

Rowan me había enviado una oleada de mensajes preocupados alrededor de la medianoche, cuando debe haber enchufado el teléfono. Le dije que alguien se había detenido a ayudar y que yo había llegado a casa sin problemas.

Todavía no le he dicho nada sobre Declan Murphy. Aún estoy tratando de entender eso por mi cuenta.

Papá se sienta en la silla de enfrente. Acaba de darse una ducha y se ha afeitado, tiene puestos una camiseta tipo polo y unos jeans. Se lo ve más despierto de lo que lo he visto en semanas.

–¿Vas a algún lado? –le pregunto.

–Iba a ir a comprar fundas para los muebles del jardín. Después iba a ponerme con las hojas secas –hace una pausa–. ¿Tienes ganas de ayudarme?

–¿Ayudarte a rastrillar las hojas?

–Lo tomo como un no –dice con una sonrisa vacilante.

Niego con la cabeza y tomo otra cucharada de cereales.

–Te ayudo. No deberías hacer eso solo.

–Bueno.

–Bueno.

Nos quedamos sentados en silencio por un rato larguísimo. Él abre el periódico y empieza a leer la sección de negocios. Lo veo mirar en mi dirección varias veces, pero no dice ni una palabra. Los avisos de perfumes de la revista me están haciendo doler la cabeza, pero si la cierro, voy a tener que hablar con él, y no tengo idea de qué decir.

Cuando papá se levanta a servirse más café, se aclara la garganta. Su tono es muy cauteloso.

–¿No quisiste ir al cementerio esta mañana?

–No puedo –más cereal–. Le tengo que cambiar la batería al auto.

–¿Desde cuándo? –me pregunta, volteándose para mirarme.

–Desde... no sé, desde hace unas semanas. El auto se averió anoche.

–¿Se averió el auto? –parece horrorizado–. ¿Y por qué no me llamaste?

–Te llamé, pero ya estabas dormido.

–Juli, perdón –se vuelve a sentar a la mesa–. Ojalá me hubieras dicho algo.

No me ha llamado por mi sobrenombre desde antes de que muriera mamá. Eso me desconcierta por un segundo, y se me congela la boca antes de decir nada. Tengo que tragar saliva antes de hablar.

–No pasó nada. Un amigo de la escuela hizo un puente y me acompañó a casa. Es que no quiero arriesgarme a que se vuelva a parar en otro lado.

–Voy a llamar al taller mecánico para ver si te lo pueden arreglar hoy. ¿Estás segura de que es la batería?

–Eh... no –siento que me ruborizo, pero no sé por qué–. Mi amigo dijo que además los neumáticos están lisos. Tuvo que cambiar uno.

–Voy a llamar ahora. Las fundas pueden esperar.

Papá llama al taller y concierta una cita para más tarde, esta misma mañana. Me siento incómoda en el asiento. Cuando me dieron el auto, acordamos que yo pagaría todos los arreglos y el combustible. Eso fue cuando yo pensaba trabajar durante el verano, en lugar de gastar todos mis modestos ahorros en ir y venir del cementerio y de la escuela.

–¿Sabes cuánto costará todo esto? –pregunto cuando él corta la comunicación.

–¿Una batería y cuatro neumáticos nuevos? Muchísimo –responde papá, después de dudar un momento.

Se me cae el alma a los pies.

–Quizás podemos preguntarles si realmente hace falta reemplazar los neumáticos.

–Si hace falta, hace falta. No quiero que conduzcas ese auto si no es seguro.

–Bueno –hago algunas cuentas en mi cabeza, tratando de recordar cuánto me queda en la caja de ahorros; no es mucho–. ¿Puedes darme un aproximado de cuánto podría costar?

–Por lo menos, una tarde rastrillando hojas. Quizás también tengas que cortar el césped.

–Pero anoche pagaste mi vestido –lo miro para ver si habla en serio.

–Está bien –dice con calma–. Te puedo dar una mano –hace una pausa–. ¿Te parece bien?

–Sí –estoy por empezar a sollozar, así que me meto cereal en la boca antes de que la emoción se apodere de mí–. Gracias.

–De nada –papá revuelve el café distraídamente, después da vuelta otra página del periódico–. Ian me volvió a llamar.

El editor de mamá. Me quedo helada.

–¿Por qué?

–Me dijo que sabía de alguien que estaba buscando una Nikon F6 y quería confirmar si nos interesaba vender esa.

La F6 era la cámara de rollo de mamá. El cuerpo solo cuesta un par de miles de dólares, así que no es una oferta despreciable. Mamá generalmente usaba sus cámaras digitales en el trabajo de campo porque así podía subir todo rápidamente desde cualquier lugar, y no tenía que preocuparse por que se le dañara la película. Le encantaba la permanencia de las películas, el hecho de que no se podía borrar una imagen e intentar tomar otra.

“Una toma”, me decía ella. “A veces no tienes más que eso”.

–No –mi voz se oye ronca, así que lo vuelvo a intentar–. Todavía prefiero que no.

–Eso le dije –responde papá, asintiendo con la cabeza.

–Gracias, papá –impulsivamente, me levanto de la silla y lo abrazo. No recuerdo cuándo fue la última vez que hice esto, pero en este momento necesito esa conexión.

Si él se sorprendió, no lo demuestra. Me devuelve el abrazo, como si siempre hubiésemos sido de esas familias que viven abrazándose.

–Sabes que no hay problema si no quieres hacerlo nunca –murmura él.

–¿Qué? –pregunto, retrocediendo un poco.

–Dijiste “todavía no” –me mira–. Eso lo dejo para que lo decidas tú. Pero “nunca” también está bien, Juli. No hay problema si no quieres hacerlo nunca.



Rowan y yo estamos tumbadas despatarradas en las hamacas que están en los extremos de la galería en el frente de su casa. La calle se ve dorada bajo la luz del atardecer, y la intensidad de la brisa hace que me alegre de haberme puesto un abrigo.

Mi hamaca está quieta, y tengo los pies sobre el apoyabrazos. Estoy cansada por haber estado rastrillando hojas con papá, pero contenta por la batería nueva y los cuatro neumáticos relucientes. Rowan tiene un pie apoyado en el suelo, y a cada ratito se da un buen empujón. La hamaca rechina por el esfuerzo.

Le salen corazoncitos y flores de cada poro del cuerpo, como en los dibujos animados. No ha dejado de hablar sobre Brandon desde que llegué. Igualmente, estoy

feliz por ella. La última vez que vi a Ro tan enamorada de un chico fue... nunca.

–Cuéntame otra vez cómo te besó –le digo–. Seguramente te olvidaste de contarme *algún* detalle.

–Ay, basta –responde Rowan, lanzando una risita y arrojándome uno de los cojines.

Atajo el cojín y lo presiono contra el pecho, deleitándome con su calor. He visto a Rowan casi todos los días desde que murió mamá, pero es como si su muerte hubiera creado un muro invisible entre mi mejor amiga y yo. Hemos luchado para encontrar la manera de atravesarlo. Lo que pasó anoche no derribó el muro, pero sí tiró algunos ladrillos.

Ojalá pudiera encontrar la manera de derribarlo del todo. Este pequeño agujero apenas alcanza para que nos tomemos de la mano a través de él, pero quizás eso sea suficiente.

–Tengo que contarte algo –le digo, de la nada.

Parece que mi voz sonó más seria de lo que quería porque ella se sienta derecha en su hamaca.

–Cuéntame.

–No es la gran cosa –aclaro mientras giro la cabeza para observarla.

–Sí que es la gran cosa. Sabía que había algo. Lárgalo todo.

–¿Sabías que había algo? –frunzo el ceño–. ¿Algo como qué?

–¡Ay, Juli, por Dios! ¡Cuéntame de una vez!

Ahora me siento cohibida. La confianza que tenía acaba de desaparecer.

–Es una tontería. Nada importante.

–¿Tiene que ver con Brandon?

–Sí que estás obsesionada, eh –digo riéndome, y después hago una pausa–. No, no tiene nada que ver con Brandon. Es sobre otro chico.

–Soy toda oídos.

–No sé cómo se llama. Nos estuvimos escribiendo por e-mail –explico, tomando el



teléfono de mi bolsillo. Tendría que haberlo planeado mejor—. Esto te va a parecer absurdo.

—¿Lo conociste en Internet? —a Rowan se le dibuja un frunce entre las cejas.

—No, en realidad, no —vacilo un momento—. Lo conocí en el cementerio... digamos. Él respondió una de mis cartas.

—¿Una de tus cartas? —el frunce se hace más profundo.

Siento las mejillas acaloradas, y aparto la mirada.

—Yo le escribía cartas a mamá. Él respondió una de esas cartas. Primero me enojé, así que le respondí. Pero después... pasó algo —me encojo un poco de hombros—. Él también ha perdido a alguien. Creo que... Me parece que nos entendemos... un poco. Anoche, cuando quedé varada al costado de la ruta, él ofreció su ayuda, pero otra persona llegó antes que él.

—¿Cómo se llama?

—No sé —abro la aplicación y busco su último e-mail, en el que se disculpa por haber tardado demasiado en ir a ayudarme—. En su dirección de e-mail, se hace llamar La Oscuridad, así que yo lo llamo así.

Rowan lee el e-mail rápidamente.

—No sé si esto es lo más romántico que he oído en mi vida o si es lo más escalofriante.

—¡No es *escalofriante*! —exclamo, quitándole el teléfono.

—¿Estás decepcionada o aliviada porque anoche no apareció? —me pregunta, con una mirada de aquellas.

Bueno, qué pregunta más directa.

—Las dos cosas... creo —hago una pausa para pensar—. Pero estoy más aliviada porque si supiera quién es él, se arruinaría parte de la... franqueza —jugueteo con el teléfono, frotando los bordes—. Le he contado muchas cosas sobre mamá. Él me ha

contado muchas cosas de su familia. Su hermana murió hace unos años. Tuvo algo que ver con su papá... todavía no me contó todos los detalles.

Rowan me mira con ojos penetrantes.

–Cuando te encuentres con este chico, por favor, hazlo en un lugar público, ¿sí?

–No soy tonta, Ro.

–Juli, le pediste ayuda a un tipo completamente desconocido cuando se te rompió el auto al costado de la ruta.

Claro, sí hice eso. Hago una mueca.

–Tienes razón. No lo pensé bien.

–¿Y quién te ayudó al final? Nunca me lo contaste.

Me pregunto si mi respuesta será mejor o peor que el hecho de que le pedí ayuda a un tipo completamente desconocido estando en una ruta desierta, oscura, en plena noche.

–Declan Murphy.

–Vamos, no bromees.

–No bromeo.

Rowan se echa hacia atrás en la hamaca, que empieza a mecerse con violencia.

–Nunca más te vuelvo a dejar sola.

Pienso en Declan, en cómo pareció tomarse prácticamente como una afrenta el hecho de que yo le tuviera miedo. Me vuelve el calor a las mejillas.

–Estuvo... bien.

–Me alegro de que estés aquí para contarlo en lugar de estar echada en una zanja al costado de la ruta –Rowan voltea la vista hacia la calle y hace una mueca–. Mira. Allí está su amigo, el raro.

Sigo la dirección de su mirada y veo a Rev Fletcher, caminando por la acera de enfrente, empujando un carrito de bebé en tonos rosa y blanco. Otra vez tiene puesto un abrigo con capucha, lo que deja su rostro entre sombras; pero a la luz del día, su

altura y el ancho de sus hombros quedan al descubierto. Es una pena que pase tanto tiempo escondido, porque tiene la contextura de un jugador de fútbol americano, y cuando una logra verle el rostro, la verdad es que es bastante agradable a la vista.

Recuerdo lo que dijo Declan sobre la fotografía.

–No es raro –digo en voz baja.

–¿Qué? –pregunta Rowan.

–Dije que no es raro. De hecho, es un chico bastante amigable –Rowan se queda con la boca tan abierta que casi toca el suelo; mientras, yo levanto la mano y lo llamo–: ¡Hola, Rev!

Él levanta la mirada, sorprendido, y casi parece retraerse hasta que ubica que soy yo quien lo está saludando con la mano. Se relaja por completo y cambia de dirección, empujando el carrito para cruzar la calle y meterse en la entrada de auto de Rowan.

–Hola –nos saluda.

La bebé que está en el carrito lanza un chillido y balancea las piernas. Tiene una galleta en la mano, pero le ha quedado pegoteada en los dedos regordetes, que están cubiertos de pedacitos de masa.

–¿Estás de niñero? –le pregunto. Por alguna razón, es algo inesperado pero, al mismo tiempo, no me sorprende.

–Algo así. Mamá tenía que tratar con un cliente y Babydoll no quería dormirse la siesta, así que se me ocurrió sacarla media hora de la casa.

–¿Se llama... Babydoll? –pregunta Rowan.

–Sí –responde él, como si fuera de lo más común.

Rowan levanta las cejas, pero no dice nada más. Mis ojos van de Rev a la bebé de piel oscura.

–¿Ella es tu... hermana?

–No precisamente –responde con una sonrisa–. Mis papás la cuidan porque no puede estar con sus propios padres.

–¿Y tu mamá tenía un *cliente*? –pregunta Rowan. Lo dice con un tono que da a entender que la madre está metida en algo sucio, y pienso en lo que dijo Declan sobre el hecho de que algunas personas parecen ser blanco fácil de la hostilidad.

–Sí, mi mamá es contadora –responde Rev, pestañeando con cierta sorpresa.

–Ah –Rowan parece quedar algo perpleja.

Quiero golpearla con el codo para que deje de ser tan descortés. ¿Es así como me vieron ellos la semana pasada?

–¿La puedo cargar? –le pregunto a Rev.

–Claro –él se mueve con rapidez y eficacia, y levanta a la bebé del carrito con aire experimentado. Al principio ella se retuerce un poco, pero parece quedar fascinada con el cuello de mi camisa. Toca la tela con los dedos de la mano que tiene libre, mientras se lleva la galleta a la boca con la otra. Tiene los ojos grandes, oscuros, sin malicia alguna.

–Qué linda es –comento.

–Le gustas –dice él.

–No me conoce.

–Es buena juzgando la personalidad de las personas –Rev hace una pausa y después pregunta–: ¿Cómo está tu auto?

Declan le debe haber contado.

–Está bien. Mi papá me pidió que le hiciera algunas cosas en el jardín a cambio de una batería y neumáticos nuevos.

–Se ve que tu papá es un tipo muy bueno –dice Rev.

“La verdad que sí”, me doy cuenta. Quizás eso ha quedado sepultado durante unos meses, pero en esencia, papá es atento y amable. Compasivo. Por alguna razón, yo me había olvidado.

–Me alegro de haberte encontrado –digo yo. Rowan está a mi lado, en silencio pero inquieta.

–¿Sí?

–Sí, quería decirte que... –titubeo un momento, pero Rev es paciente. No hay ninguna señal de apuro en su expresión. Me encojo un poco de hombros—. Voy a borrar la fotografía del lunes, la que tomé en el Festival de Otoño.

Su expresión queda repentinamente inmóvil, algo que entiendo solo en parte. No quiero ponerlo incómodo.

–¿Le puedes avisar a Declan? –agrego rápidamente—. Sé que era importante para él. Él asiente con la cabeza, pero después vacila.

–No creo que a él le importe tanto. No tienes que borrarla.

–¿No?

–No, está... bien.

La bebé debe sentir la tensión que hay en el aire, porque empieza a ponerse molesta. La hago saltar un poquito y se calma.

–¿Estás seguro?

–Sí –Rev se estira para tomar a Babydoll de mis brazos—. Mejor sigo paseándola. No quiero que se eche a llorar.

Lo veo ponerla en el carrito y ajustarle el cinturón de seguridad. La bebé no protesta ni un poquito. De hecho, creo que él debe estar haciéndole muecas porque ella lanza una risita.

–La verdad que te manejas muy bien con los bebés –comento.

Rev sonrío, pero su expresión está algo vacía, como si hubiera quedado atrapado en lo que dijimos hace treinta segundos.

–Tengo mucha práctica.

–A ver, en serio –dice Rowan—. ¿Qué tienes con las capuchas?

–¿Qué? –pregunta él, enderezándose.

–¿Estás tratando de demostrar algo?

No puedo descifrar el tono de Rowan. No lo dijo con maldad; parece haberlo

preguntado por mera curiosidad. Y yo también quiero saber, la verdad sea dicha.

–Sí, quiero demostrar que hace frío –Rev empieza a empujar el carrito para volver a la acera. Un momento después, vuelve a mirarnos–. Me alegro de que hayas arreglado tu auto. Dec dijo que estaba en muy malas condiciones.

–Sí, estaba muy mal –dudo un poco–. Dale las gracias, si lo ves. Nadie más se detuvo a ayudarme, ¿sabes?

Parte de la tensión abandona su rostro. Rev asiente una vez con la cabeza.

–Le voy a decir.

Después no dice nada más... y yo tampoco sé bien qué decir. Los dos tenemos una tragedia secreta en nuestro pasado, y ya va más de una vez que La Oscuridad y Rev ocupan el mismo espacio en mis pensamientos.

–No quise ponerte incómodo –le digo a Rev.

–No me pusiste incómodo –él titubea un momento, como si quisiera decir algo más.

–Vamos, Juli –dice Rowan–. Tenemos que entrar a casa para cenar.

–Un segundo –respondo.

Pero cuando vuelvo la mirada, Rev ya está en la acera, alejándose, yendo hacia su casa.

## Capítulo 26

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Domingo 6 de octubre 11:22:03 a. m.

Asunto: El chico que se detuvo

Bueno... ¿recuerdas lo que te conté sobre el chico que me trató mal en el baile? ¿Ese que se comportó como un perfecto imbécil y que por eso me fui?

Es el mismo que me ayudó con el auto. Ese es el chico que viste.

Se llama Declan Murphy. ¿Lo conoces? No me respondas. Quizás con eso terminemos develando quiénes somos. Pero incluso si no lo conoces, seguramente habrás oído de él.

Tiene bastante mala fama.

Cuando me golpeó la ventanilla en medio del diluvio, quedé aterrorizada. Pensé que iba a robarme el auto o que iba a asesinarme o usarme para contrabandear drogas, o algo que ni me quiero imaginar.

Bueno, casi borro esa última oración porque me siento tremendamente culpable de haber pensado esas cosas. Ahora, en retrospectiva, esas suposiciones parecen absurdas. ¿Sabes qué delito atroz cometió después de golpearme la ventanilla? Me dejó sentarme en su auto para entrar en calor mientras él se echaba al suelo en medio de la lluvia y me arreglaba el auto. Después me acompañó hasta casa para asegurarse de que llegara bien.

Mamá me decía que su objetivo con la fotografía era contar una historia completa con una sola imagen. No sé si mamá pensó que alguna vez lo logró. Estuvo cerca: sé que estaba orgullosa de gran parte de su trabajo, y en muchas de sus fotografías sí se pueden ver realmente las distintas capas de lo que está ocurriendo. Todo está en los detalles, como en su fotografía de Siria: la alegría de los niños, el miedo de los hombres; el sudor y la sangre, el balanceo de las hamacas. Ha ocurrido algo terrible, pero igualmente los niños pueden estar contentos. Aun así, ¿esa es la historia completa? Claro que no.

Cuanto más lo pienso, me pregunto si ese objetivo era una locura. ¿Puede una imagen realmente contar la historia completa?

Cuando estaba sentada con Declan, él dijo algo sobre lo que me quedé pensando todo el fin de semana. Habló del hecho de que las personas vulnerables están protegidas por las reglas, pero que personas como él pueden ser atacadas sin ningún miramiento, porque la gente supone que se lo merecen.

¿Crees que eso puede ser verdad? Si un chico rico se burla de un chico pobre por estar vestido con ropa usada, no hay dudas de que eso es cruel. Si un chico pobre se mofa de un chico rico por haber desaprobado un examen, ¿es menos cruel por la clase social a la que pertenece cada uno? ¿De alguna manera somos todos blancos unidimensionales?

Y si lo somos, ¿hay forma de mostrar más aspectos de nuestra vida? ¿O estamos todos atrapados en una sola fotografía que no cuenta la historia completa?



*Mala fama.* Sus palabras me tocan el orgullo y me estrujan el corazón al mismo tiempo.

Le tendría que haber dicho.

Me alegro de no haberlo hecho... quizás.

Ahora que uno de los dos sabe, este espacio se siente incómodo. No me gusta ocultarle un secreto. Se siente mal, como si ahora la estuviera engañando. Antes estábamos en igualdad de condiciones. Ahora ya no sé qué tenemos.

No sé qué tengo *yo*.

La recuerdo sentada en medio de la lluvia, llorando detrás del volante de su auto averiado. En el baile, la había visto como otra chica linda y malcriada que no tiene nada mejor que hacer que burlarse de mí, el delincuente que podría opacar su luz. En las cartas, conozco a una chica que se asoma desde detrás de una capa de purpurina, con la que oculta su tormento. Es difícil reconciliar las dos imágenes. Es difícil de entender.

Sé lo que es sentir la necesidad de dar el primer golpe. Ojalá me hubiese dado cuenta de eso en medio de sus bravuconadas mientras estábamos al lado del ponche. Ojalá hubiera sabido que era solo una fachada.

A Rev le gusta un proverbio que dice algo de que la lengua blanda quebranta los huesos. Sabiendo cómo es él, viene de la Biblia. Esta es la primera vez en que realmente entiendo lo que significa.

¿Qué me dijo ella anoche en el auto? *Eres bastante hostil.*

Tendría que haberle tenido más paciencia a Juliet. ¿Cómo pude pasar por alto la tremenda confusión que yacía justo debajo de su superficie?

¿Cómo pudo ella haber pasado por alto la mía?

Alan está solo en la cocina cuando bajo alrededor de la hora del almuerzo. Está leyendo algo en su tableta mientras come un sándwich. La luz del sol entra por la

ventana que tiene detrás, y si no fuera él, diría que parece un papá del área suburbana, común y corriente.

Ambos nos quedamos quietos y nos miramos. Si fuéramos lobos, cada vez que interactuáramos tendríamos el pelo del lomo erizado y caminaríamos cautelosos dando círculos; pero tenemos que comportarnos como humanos, así que nos miramos con odio.

Alan es el primero en apartar la mirada, como suele suceder. Pero no es porque yo lo intimide. Eso sería demasiado fácil. Por el contrario, mira para otro lado para demostrar que no vale la pena perder tiempo conmigo.

No siempre fuimos así. Si ese hubiese sido el caso, no me imagino a mamá casándose con él. Al principio él intentó hacer de padre algunas veces, pero debemos haber estado en frecuencias distintas porque yo no registré las señales. Lo más probable es que yo no les haya prestado atención. Él intentaba tener charlas de hombre a hombre sobre la escuela y las responsabilidades y... bueno, la verdad es que no tengo idea. Yo me ponía los auriculares y dejaba de escucharlo. En resumidas cuentas, pensaba que él era otro novio pasajero al que tarde o temprano mi madre mandaría a freír espárragos, así que ¿para qué molestarme?

Ahora pienso que Alan se saltó el rol de padrastro y pasó directamente al de guardián.

La verdad es que no sé qué me molesta más: que se haga el pesado o que mi mamá lo deje comportarse así.

Voy a la alacena y revuelvo un poco, buscando cereales. A mamá se le dio por lo saludable, así que todo es orgánico y está lleno de fibras, quizás también proteínas. Mataría por unos cereales bien azucarados, pero en lugar de eso, tomo una caja de los de fresa libres de gluten.

Cuando abro el refrigerador para buscar la leche, me doy cuenta de que Alan todavía me está mirando.

No me gusta que me mire.

Pienso en lo que dijo la chica del cementerio –*Juliet*, recuerdo– sobre el hecho de quedar atrapado en una sola fotografía. Así me siento ahora. Alan vio un costado de mí, un momento de mi vida, y ahora quedé reducido a eso. Eso es todo lo que ven los demás: Declan Murphy, el que conduce borracho, el que arruina familias. Esa es mi fotografía, imborrable y eterna.

La idea me deprime, y se me baja el pelo del lomo.

–¿Dónde está mamá?

–Durmiendo la siesta.

Titubeo un poco, con la leche a punto de caer en el tazón.

–¿En pleno día?

–Generalmente las siestas se toman en pleno día –el tono de Alan es más ácido de lo necesario, más mordaz.

Se me vuelve a erizar el pelo del lomo, pero todavía tengo fresca la imagen de mi madre vomitando en el baño del fondo. ¿Alan se habrá enterado? *Él* tendría que haberla atendido. *Él* tendría que estar ahora preocupado por ella.

–No hace falta que me trates como a un pendejo, Alan.

–Cuidado con lo que dices –me señala con el dedo.

Pongo la leche de vuelta en el refrigerador con un golpe, después me doy vuelta rápidamente, listo para empezar a pelear.

Él ni siquiera me mira. Otra vez está hojeando el periódico.

Quiero revolear la mesa y que todo vuele por los aires. Quiero gritarle directo a la cara: “¡Mírame! ¡Vamos! ¡MÍRAME DE UNA VEZ!”.

Siento que el celular vibra contra mi muslo, y lo tomo del bolsillo con fuerza. Lo pongo contra la oreja sin ver la pantalla: el único que siempre me llama es Rev.

–Hola –digo.

–Hola, Murph.

La voz tiene un acento fuerte, y tardo un momento en ubicar de quién es. Melones. No he podido separarlo del sobrenombre, pero he descubierto que prefiero “Murph” en lugar del “Declan” mal pronunciado que terminó siendo la alternativa. Melones nunca me ha llamado. Por un momento, entro en pánico pensando que tendría que estar haciendo servicio comunitario, pero después me acuerdo de que es domingo. Mi corazón petardea como un motor viejo y después vuelve a entrar en un ritmo normal.

–¿Qué pasa? –sigo sin tener idea de por qué me llama.

–Quería saber si tenías algo que hacer esta tarde porque me vendría bien tu ayuda. Bueno, le vendría bien a un vecino.

Estoy muy confundido, y solo puedo pensar en el trabajo que hacemos los martes y jueves.

–¿Quieres que vaya a cortar el césped hoy o algo por el estilo?

Melones se ríe como si hubiera dicho algo realmente divertido.

–No, mi amigo necesita ayuda con su auto. ¿Me dijiste que sabías de motores, no?

–A veces –respondo con el ceño fruncido–. Digo... si es un auto moderno, lo mejor será que lo lleve al taller. Los más nuevos tienen computadoras...

–No es nuevo. Lo está restaurando. Es un... –hace una pausa y debe poner la mano sobre el teléfono para hablar con alguien más, pero lo oigo decir: “¿Qué es esto?”, se oye el ladrido de un perro en el fondo. Después de otra pausa, Melones vuelve al teléfono–:... un Chevelle de 1972. Mi amigo piensa que es el carburador.

Lanzo un gruñido, sin ánimos de comprometerme, y tomo una cucharada de cereales.

La gente *siempre* piensa que es el carburador.

–¿Sabes de carburadores? –pregunta Frank.

–Un poco.

–¿Bueno, y? ¿Quieres venir a ver si nos puedes ayudar o no?

Hace meses que no arreglo nada más complicado que el viejo Honda de Juliet, pero

mis manos piden a gritos una oportunidad para trabajar con algo más desafiante. Lo miro a Alan al otro lado de la cocina. Si me voy de aquí sin su permiso, estoy seguro de que va a llamar a la policía y que voy a terminar esposado quince minutos después.

Alan sigue sentado, con la vista fija en el periódico, haciendo que no me presta atención, pero escuchando todo lo que digo. La tensión sigue en la cocina y se ha convertido en una bruma que se ha instalado entre los dos.

Ojalá le pudiera pedir permiso a mamá.

*Está durmiendo la siesta.*

El miedo me da puntadas por dentro. No quiero pensarlo mucho, y no quiero molestarla si necesita descansar. Pongo la mano sobre el teléfono.

–Oye, Alan. Mi supervisor del servicio comunitario quiere saber si lo puedo ayudar con algo hoy.

Alan levanta la vista rápidamente. Durante un momento que dura una eternidad, me contempla con una expresión imposible de interpretar, y estoy seguro de que va a decir que no, solo para molestarme.

Después da vuelta una página de su periódico.

–Sí, ve. Pero vuelve a casa antes de la cena.

Casi se me cae la cuchara.



Frank Meléndez no vive lejos, pero me sorprende lo mucho que su barrio se parece al mío: otro suburbio viejo de clase media con entradas de auto cortas, algunas aceras y patios con cercas. Por alguna razón, pensé que viviría en un barrio construido por el gobierno. Siento como si el e-mail de Juliet me diera un codazo, recordándome que yo también soy culpable de juzgar a las personas por una sola imagen de su vida.

Es fácil encontrar el lugar porque puedo ver el Chevelle anaranjado brillando más adelante. Este tipo habrá pagado una fortuna por la pintura porque ese tono de anaranjado parece estar mezclado por encargo. Hay dos hombres de pie en la entrada

de auto, mirando el bloque del motor. Un ovejero alemán enorme está echado sobre el pavimento, en medio de ellos, con las orejas paradas y alerta. Cuando estaciono, el perro se acerca al trote, moviendo la cola.

Asomo la mano por la ventanilla y la dejo ahí, con la esperanza de no estar a punto de perderla.

–No te preocupes –exclama el hombre que está al lado de Melones–. A Skye le encantan las visitas.

La perra lo confirma presionando su cara contra mi mano. La froto detrás de las orejas y camino por la entrada de auto.

–Hola, Murph –dice Melones–. Este es mi vecino, John King.

El hombre será de unos cincuenta años y tiene el pelo canoso. Lleva una camiseta tipo polo de color verde lima, y parece ser la clase de persona que iría a jugar al golf con Alan. Ya me empieza a caer mal por eso, pero él me sonrío con calidez y me da la mano... distinto de la forma en que la gente suele reaccionar ante mí.

–Murph, ¿no? Frank dice que eres un experto en motores.

–Declan Murphy –le estrecho la mano. Él la aprieta con fuerza, pero no demasiado–. Y no sé si seré experto. Frank solo me vio arreglar una cortadora de césped.

Su sonrisa decae un poquito, pero después mira mi auto.

–¿Tuviste algo que ver con la reconstrucción de ese Charger?

–Yo hice la mayor parte.

John silba bajito. Su sonrisa volvió a ser completa.

–Tienes suerte. Sé de tipos que matarían por tener uno de esos.

Sí, lo sé. Me encojo de hombros.

–Mi papá tuvo un golpe de suerte y encontró la carrocería y medio motor en un depósito de chatarra. Lo empezó cuando yo era chico. Yo lo terminé –hago una mueca, pensando en la carrocería limpiada con aire a presión–. Bueno, todavía me

falta la pintura.

–¿Estás ahorrando para mezclarla por encargo?

–Algo así –estuve ahorrando, sí, hasta que Alan le dijo a mi madre que hasta el último centavo de mis ahorros debería usarse para pagar a mi abogado. No me gusta dónde vamos a terminar con estas preguntas, así que señalo con la cabeza el Chevelle de John—. Es una belleza. ¿Qué le pasa?

John se frota la nuca y suspira.

–Le puse un carburador Holley nuevo, pero no logro ajustarlo.

Me inclino para poder ver mejor. El motor está impecable. Me juego la cabeza que este tipo cuida mejor el auto que a su propia esposa.

–¿Sí? ¿Qué hace?

–Cuando hago correr el motor con el auto detenido, no se siente nada bien. Y yo apuntaba a obtener velocidad, pero ahora se puso lento. Hace dos semanas que estoy tratando de ajustarlo, y le contaba a Frank que estaba a punto de darme por vencido y llevarlo a un taller, pero siento como si estuviera haciendo trampa –los hombres se ríen.

Ya puedo ver el problema, pero necesito oírlo para estar seguro.

–¿Lo puedo encender?

John duda un momento, y puedo ver que está tratando de decidir si será buena idea dejarme dar vuelta la llave.

–Sí, claro. Las llaves están puestas.

Por dentro el auto es tan impresionante como por fuera. Se huele el cuero de los asientos. El motor ruge cuando lo enciendo, y me quedo escuchando, aislando cada uno de los sonidos que salen desde debajo del capó. Tiene razón sobre lo que pasa cuando el auto está quieto. Pasado un minuto, siento olor a combustible quemado, así que lo apago.

John me mira expectante, y hay un destello de desafío en sus ojos.

–¿Qué te parece?

–Me parece que el Holley es muy grande.

John se vuelve a reír, pero parece una risa forzada.

–¿Qué quieres decir?

–Ese es un siete cincuenta, ¿no? Me parece que es muy grande. Cuando me contabas lo que pasaba, pensé que quizás era el estrangulador, pero después lo pude escuchar. Seguramente te irá mejor con un seis cincuenta. Yo quizás puedo lograr que funcione un *poquito* mejor, pero...

–Un momento –se le borró la sonrisa por completo–. Lo acabo de poner. Solo hay que ajustarlo un poco.

Cada vez me recuerda más a Alan.

–Tú querías saber mi opinión y yo te la acabo de dar.

–¿Me estás diciendo que tengo que comprar otro carburador nuevo? –parece que le hubiera dicho que comiera un puñado de arena.

–Bueno, sí. Estás ahogando el motor. Como dije, puedo intentar ajustarlo...

–No, está bien –se ve molesto, pero no puedo distinguir si está molesto consigo mismo o conmigo–. Mañana lo voy a llevar al mecánico.

Se me ponen los pelos de punta. Puedo sentir esa tensión que reconozco trepándome por los hombros, subiendo por el cuello y asentándose en la mandíbula.

Frank mira la interacción; también ha perdido el buen humor de su expresión.

–¿No pasa nada si quiere una segunda opinión, no, Murph?

–No, claro –me encojo de hombros, pero se siente forzado.

Se oye la voz de una niñita, suena metálica: “¿Papi? ¿Papi? ¿Me puedo levantar?”.

Melones toma del bolsillo un monitor de bebé.

–Tengo que entrar, John –le da una palmada en el hombro a su amigo–. Al menos tienes algunas ideas para cuando llames al mecánico mañana, ¿no?

–Sí, sí –la mandíbula de John también parece estar tensa–. Gracias por tu ayuda,



chico.

Es lo mismo que diga: *Gracias por nada*.

Antes de poder abrir la boca, Melones me lleva con un ademán.

–Vamos a buscar limonada, Murph.

Es raro estar dentro de su casa. El frente de ladrillos vetustos y el revestimiento beige se parecen a los de cualquier otra casa de esta calle, pero el interior es amplio, con pocas paredes, y muy limpio y ordenado.

–Voy a buscar a Marisol y vengo –me dice, y me deja en la sala de estar.

El hogar no tiene repisa, pero está rodeado de lajas en distintos tonos de gris. Arriba del hogar cuelga un collage de fotografías en marcos plateados. La mayoría de las fotos son de una bebé que debe ser Marisol cuando era más pequeña, pero en una de las fotografías se ve a Melones, más joven, con una hermosa mujer que tiene los brazos alrededor de su cuello.

Por las expresiones que se ven en la fotografía, se nota que el tiempo se detiene cuando ellos se miran a los ojos.

–¡Declan! –chilla una niñita emocionada que después me sorprende casi por completo al taclearme las piernas–. ¡Viniste a jugar conmigo!

Ojalá las chicas de mi edad reaccionaran así cuando entro a algún lugar.

–Sí, claro –respondo–. Podemos jugar al juego de la limonada.

–¿El juego de la limonada? –pregunta con la nariz fruncida.

–Sí. Yo bebo un poco, después tú bebes un poco y entonces ganas.

–Me gusta ese juego –dice Marisol con una risita.

–Eres muy bueno con ella –señala Melones, mirándonos.

–Supongo que ella no se va a cabrear si le digo que gastó quinientos dólares en una pieza que no sirve para nada.

–¿“Cabrear”? –repite Marisol–. ¿Qué es “cabrear”?

La cara de su padre se ensombrece, y yo hago una mueca de desazón.

–Perdón.

–Está bien. Ven, siéntate.

Marisol se queda dibujando con unos crayones y nosotros nos sentamos con los vasos sudorosos apoyados sobre la mesa. Melones me mira con ojos penetrantes.

–¿En serio piensas que él tiene que comprar otro carburador?

Me encojo de hombros y bebo un sorbo del vaso.

–Estoy seguro.

Melones asiente con la cabeza.

–Antes de que llegaras, dijo que quizás había cometido un error. Me parece que esperaba que le dijeras que se había equivocado.

–¿Entonces ya lo sabía? –pregunto, levantando las cejas.

–Me parece que no lo quería reconocer. Todos los fines de semana juega un poco con esa cosa, pero no es más que un pasatiempo –hace una pausa–. ¿En serio pudiste oír el problema?

Dibujo algunas líneas entre las gotas que se formaron en el exterior del vaso.

–No es la gran cosa cuando uno está acostumbrado. Estoy fuera de práctica, pero esto era bastante obvio.

–¿Dijiste que tu papá era mecánico?

–Sí, y muy bueno –respondo, asintiendo con la cabeza–. Antes tenía un taller en el que se dedicaba a restaurar autos, a hacer mejoras en autos modificados, y ese tipo de cosas. Yo estaba con él en el taller casi todos los días. Prácticamente ya podía reconstruir una transmisión antes de aprender a caminar –no quiero pensar en mi padre, pero a mi mente se le dio por devolverme recuerdos. Me acuerdo de cuando tuve una acalorada discusión con uno de los tipos del taller sobre cuál era la puesta a punto correcta del encendido de un Chevy Impala, y papá se reía tanto que apenas llegó a decirle al tipo que yo tenía razón. Tenía ocho años–. Me enseñó a conducir

apenas pude alcanzar el embrague y ver por encima del volante al mismo tiempo. Yo entraba y sacaba los autos del taller como si nada.

También se cuelean algunos recuerdos más oscuros. Las veces que tuve que conducir distancias mucho más largas de la que había entre el fondo y el frente del taller. Las veces en que me ponía una gorra de béisbol y me estiraba, para parecer lo más alto posible porque no quería que los policías me vieran y se dieran cuenta de que quien conducía era un niño.

En retrospectiva, ojalá nos hubiera descubierto un policía. Quizás Kerry seguiría con nosotros.

—¿Cómo está ahora tu papá? —pregunta Melones.

Su voz tiene un dejo de cautela, y por lo general yo esquivaría la pregunta porque hay mucho dolor y culpa asociados con estos recuerdos. Pero Melones no me juzga: si lo hiciera, no me hubiera pedido que ayudara a su vecino. No me dejaría estar cerca de su hija. Esta sensación de que he encontrado un refugio es casi desconocida para mí, y es una sensación que generalmente solo tengo en lo de Rev.

—Está preso —digo con voz apagada, los ojos clavados en el vaso—. Estaba borracho y destrozó el auto. Mi hermana murió.

—Ay, Murph, lo siento —me dice Melones, poniendo una mano sobre la mía.

El contacto de su mano me toma por sorpresa; me resulta tan extraño que casi me incomoda. Quito la mano y me rasco la nuca.

—Está bien. Pasó hace mucho tiempo.

—¿Lo visitas alguna vez?

—Mamá no va nunca —respondo, negando con la cabeza—, así que yo tampoco.

—¿Tu mamá se volvió a casar, no?

—Sí.

—¿Y cómo va eso?

Lo miro y le dedico una sonrisa a medias.

–¿Qué pasa? ¿Ahora eres el terapeuta que me asignó la jueza?

–No, solo estoy tratando de entenderte.

Bebo un sorbo de limonada.

–No hay mucho que entender.

–Trabajas mucho. No me das grandes problemas. Eres inteligente. Los del programa no me suelen mandar muchachos como tú.

–Es que no quiero que me molesten, nada más.

–No creo que sea solo por eso –hace una pausa–. ¿Tienes problemas con el alcohol, Murph?

–Obviamente –resoplo y bebo más limonada–. O sea, ¿ya sabes lo que hice, no?

–Sí, lo sé. ¿Tienes problemas con el alcohol, Murph?

Me encojo de hombros, después niego con la cabeza. Recuerdo el ardor del whisky como si hubiera sido ayer. No recuerdo mucho más después de eso, pero todavía tengo muy presente el ardor.

–No.

–¿Tuviste problemas alguna vez?

Vuelvo a negar con la cabeza.

–Pasó solo ese día. Un mísero día –el segundo peor día de mi vida, por más de una razón.

–¿Quieres hablar sobre lo que pasó?

La cocina se encoge cada vez más, y se me ha empezado a acumular el sudor entre los omóplatos. Melones no me va a presionar, y yo estoy a punto de salir disparado como un rayo, haciendo un agujero en la pared con forma de Declan.

–No, la verdad que no.

–Oye –Melones apoya una mano sobre mi hombro y me sacude suavemente–. Tranquilízate. No quise ponerte mal.

Respiro y suelto el vaso. No me había dado cuenta de lo fuerte que lo estaba

sosteniendo hasta que lo solté.

–Perdón.

Marisol entra en la cocina con unas hojas de papel en las manos.

–¡Declan! ¡Te dibujé!

Pone el dibujo en frente de mí. Es una colorida figura de palitos de un hombre con pelo color café.

–Esto está genial –le digo. De algún modo, tengo la voz calmada–. ¿Me haces otro dibujo?

–¡Sí! –sale corriendo.

La cocina vuelve a quedar en silencio. Fijo los ojos en el vaso.

–¿Te puedo decir algo? –dice Melones.

–Sí, claro –respondo, después de tragar saliva.

–Un día no equivale a toda tu vida, Murph –espera a que lo mire–. Un día es un día, y nada más.

–¿Qué quieres decir, entonces? ¿Que la gente no debería juzgarme por un solo error? Dile eso a la jueza Ororos.

Melones se inclina contra la mesa.

–No, muchacho. Digo que no deberías juzgarte tú por eso –hace una pausa–. La jueza, ¿te asignó algún terapeuta?

–No –le doy una mirada de aquellas. Me tendrían que llevar a la rastra y esposado.

–¿Crees que hay algún problema con tener a alguien con quien hablar? –pregunta, levantando las cejas.

–No necesito a nadie con quien hablar. Estoy bien.

–Todos necesitamos a alguien con quien hablar, muchacho –vacila un momento–. ¿Tienes a alguna persona aunque sea?

Vuelvo a pasar el dedo por las gotas del exterior del vaso, después levanto la mirada para encontrarme con la de él.

–Sí, tengo a alguien.

## Capítulo 27

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Domingo 6 de octubre 11:58:35 p. m.

Asunto: La historia completa

Con tu mamá, ¿sientes que has podido sepultar todo tipo de recuerdos en una caja, pero que cuando alguien jala de uno, se escapan todos los demás? Eso me pasó hoy. Alguien empezó a hacer preguntas sobre mi padre, y ahora no puedo dejar de pensar en él.

Mi mamá pensaba que mi papá era perfecto. No era la única. A mis ojos, él era incapaz de hacer nada malo. Él era así a los ojos de muchos. Era simpático, siempre tenía una sonrisa. Se llevaba bien con todos. Podía hablar de deportes, de política, y hacer reír a mi hermana mientras cenábamos, incluso cuando ella estaba de mal humor. Mi padre galopaba por el patio con mi hermana o conmigo montados en su espalda, persiguiendo a quien hubiera quedado en el suelo. Tenía su propio negocio y ganaba bien. Todos pensaban que éramos la familia perfecta.

No sabían que él bebía alcohol como si fuera agua.

Muchas personas asocian el alcoholismo con la ira y la violencia. No se dan cuenta de que los alcohólicos felices pueden ser igual de peligrosos que los locos y violentos. De hecho, ahora que lo pienso, son más peligrosos. La gente le pregunta a mamá por qué no lo dejó antes, como si él la

hubiera molido a golpes los fines de semana o algo por el estilo. Él nunca le puso una mano encima. No era ese tipo de alcohólico. Amaba a mi madre. Nos amaba a nosotros, sus hijos. Nunca tuvimos problema.

Y todos lo amábamos a él. Quizás ese era el problema.

Cuando yo era muy pequeño, pensé que como papá era feliz, todos eran felices. Me llevó un tiempo entender el aspecto tenso del rostro de mi madre cuando él llegaba entonado a casa. Más o menos para cuando cumplí nueve años, empecé a darme cuenta. Le cambiaba el tono de voz. Se ponía demasiado permisivo, muy olvidadizo. Perdí la cuenta de la cantidad de veces que se olvidó de ir a buscarme a la escuela; empecé a volver caminando a casa, solo para que los maestros dejaran de hacerme preguntas. Los fines de semana iba con él a su trabajo, y a veces se olvidaba de llevarme cuando se volvía a casa. Mamá me iba a buscar más tarde, haciendo comentarios a los demás muchachos sobre el “despistado” de su esposo.

Todos sabían, estoy seguro, pero nunca hicieron nada. Ella tampoco.

Como dije, un alcohólico feliz. Todos lo amaban. Inofensivo, ¿no?

Seguramente sabrás cómo termina todo esto. Te conté que él mató a mi hermana.

Cuando yo tenía trece años, empecé a llevarlo a casa en el auto los fines de semana. Sé que parece una locura, pero él me enseñó a conducir cuando yo era pequeño. Es como pasa con los chicos que crecen en una granja, que saben arar un campo a los siete años, o los chicos que crecen cazando animales y saben disparar un rifle en cuanto pueden sostener uno. Siempre éramos los últimos en irnos del taller, para cerrar todo, así que era fácil.



Siempre tenía mucho miedo de que alguien me descubriera, pero no tenía opción. Mi papá conducía el auto en zigzag, y yo sabía que eso no era un juego, sino un peligro. Una vez, chocó con algo y siguió de largo. Todavía no tengo idea de qué habrá sido, pero a veces tengo pesadillas pensando en que chocamos contra una persona. Recuerdo haberle preguntado una y otra vez si deberíamos volver a ver qué era, pero él ni siquiera era consciente de que habíamos golpeado algo. Le conté a mamá, y ella negó con la cabeza y me dijo que yo estaba exagerando.

Así que un domingo por la tarde, tomé una decisión. Escondí las llaves.

Él se tambaleaba por la oficina, golpeando puertas y revisando bolsillos, poniéndose cada vez más nervioso. Yo me quedé en un rincón, con las llaves atrapadas en mi bolsillo, casi temblando por la tensión, pensando en qué podría suceder.

—¿Y si llamamos a mamá? —sugerí.

—Tu madre está trabajando —dijo él con un gruñido.

—¿Qué vas a hacer si no puedes encontrar las llaves?

Esperaba que dijera que íbamos a pedir un taxi, o que llamaría a alguno de los muchachos para que nos viniera a buscar.

No, arrojó al suelo todo lo que había en su escritorio —todo, hizo un desastre— y gritó:

—Desgraciados. Le voy a romper el culo al que me haya robado las llaves.

Fue la primera vez que lo vi pasarse al bando de los alcohólicos malos.

Lo empecé a “ayudar”. “Encontré” las llaves bien rápido. Yo temblaba y no quería que él condujera el auto, especialmente en ese momento. Usé un tono desenfadado, casi como si

estuviera haciendo un chiste, y dije:

–Yo podría conducir hasta casa. A ver si alguien nos descubre.

Por medio segundo, pensé que me iba a arrebatar las llaves de la mano. Pero no. Se rio, me palmeó en la espalda y dijo:

–Buen chico.

Así empezó.

En esa época nunca se lo conté a nadie, ni siquiera a mi mejor amigo. Yo amaba a mi padre y sabía que esta era la única manera de evitar que se metiera en problemas. Yo era alto para mi edad, y me ponía una gorra de béisbol, así que nadie nos miraba dos veces. Es increíble la cantidad de gente que mira para otro lado cuando piensa que algo no es tan grave.

Mi hermana no tenía ni idea de lo que pasaba, y así lo dejamos. Igualmente, ella no se hubiese dado cuenta. Hacía rato que papá había dejado de intentar enseñarle a Kerry cualquier cosa relacionada con la mecánica. Ella era una niña hecha y derecha. Era pequeña; a mis ojos, una bebé. Yo estaba en el octavo año, y como un tonto pensaba que yo era especial. ¡No estaba violando la ley! Era un hombre que cuidaba a su familia. Estaba ayudando.

Creo que mamá empezó a contar con el hecho de que yo condujera el auto.

Estoy seguro.

Ella me pidió que cuidara a mi padre el día en que luego murió mi hermana. Ese era nuestro código. *Cuidalo* quería decir “llévalo en el auto adonde necesite ir”.

Ese fin de semana yo iba a ir a una excursión con los niños exploradores, que incluía que todos pasáramos la noche en un campamento. Varias semanas estuve esperando esto ansiosamente, pero mamá tuvo que ir a trabajar. Papá ya se había tomado tres latas de cerveza para las 9 a. m. Mamá no

quería que nadie viera que papá iba conmigo al campamento oliendo a bar, así que me cancelaron la excursión.

Me pasé horas enfurruñado en casa, golpeando puertas y suspirando con fuerza, decepcionado. Seguramente te podrás imaginar. Cuando papá me pidió que lo llevara al taller, le cerré la puerta en la cara y le dije que fuera solo si tanto quería ir.

Pensé que se quedaría en casa. En tan poco tiempo, yo ya me había acostumbrado a ser su chofer y supuse que si yo no conducía, él se quedaría en casa.

Pero me equivoqué. Salió.

Se llevó a Kerry.

Solo uno regresó a casa.

El tiempo tormentoso del viernes a la noche está de vuelta y obligó a todos a quedarse en la cafetería antes de que empiecen las clases. El desayuno del día es crêpes con croquetas de papa y cebolla, así que el lugar está repleto. Rowan dejó pasar las crêpes y optó por una taza de frutas. No recuerdo cuándo fue la última vez que tuvimos la oportunidad de sentarnos y de hecho *comer* antes de entrar a clase. El desayuno no es algo rápido cuando hay cientos de personas con la misma idea.

La lluvia me impidió ir al cementerio esta mañana, así que necesito una comida reconfortante. Hay una pila de crêpes en mi bandeja, intactas.

Ahora que las tengo frente a mí, no he podido probar bocado.

–¿Qué te pasa hoy? –pregunta Rowan, metiéndose un arándano en la boca.

No puedo dejar de pensar en la carta de La Oscuridad. No puedo decirle ni una palabra sobre ella a Rowan. Él no me dijo que lo que me contó es un secreto, pero no hacía falta.

Pincho las crêpes, pero parecen un gran revoltijo pegajoso.

–Estoy pensando nomás.

–¿En tu chico misterioso?

–No te burles –le digo con el ceño fruncido.

–No me burlo –responde ella, encogiendo los hombros con serenidad–. ¿Por qué no tratas de averiguar quién es?

–Lo he pensado –dudo un poco, pensando en su carta–. No creo que nuestra relación sea así. Me parece que solo funciona porque precisamente no sabemos quién es el otro.

–¿De qué hablan?

Aparto la mirada y vuelvo a pinchar las crêpes. Sería mentira si digo que él no me despierta una tremenda curiosidad. Me pregunto qué habría pasado si Declan Murphy no hubiera aparecido el viernes a la noche. Nunca había podido hablar con alguien con tanta franqueza. Con La Oscuridad, no soy una chica que tenía toda la vida arreglada hasta que descarrió. Solo soy... yo. Él es solo... él.

Rowan sigue esperando una respuesta. Me meto un tenedor lleno de crêpes en la boca.

–De nada... cosas...

–Ay, por Dios, Juli, ¡te estás ruborizando!

Qué vergüenza. Tiene razón, lo puedo sentir.

–¡Que no!

–¿Te doy un espejo? –me pregunta en tono burlón, inclinándose hacia mí–. Estás roja como un tomate.

–Basta. No es así. Hablamos de... cosas pesadas –no quiero decir “muerte”. Me parece que con solo decir eso ya estoy contando un secreto–. No estamos coqueteando.

–¿Entonces todavía no te ha mandado una fotografía de su hombría?

Suelto una carcajada.

–¿Brandon te ha enviado una fotografía de la suya?

–¡No! –ahora se ruboriza ella.

–Conociéndolo, la composición de la fotografía sería muy ingeniosa, con una iluminación perfecta y sombras estratégicamente ubicadas...

–¡Ay, basta! –pero se está riendo.

He extrañado tanto esto. No sabía cuánto lo extrañé hasta que lo volvimos a hacer.

La risa de Rowan se detiene, sus ojos se fijan en alguien que está detrás de mí.

–Me parece que el profesor Gerardi te busca otra vez.

Espero a que se apodere de mí la necesidad instintiva de esconderme, pero esta mañana no aparece. Giro en el asiento y busco a mi exprofesor de fotografía. Cuando él me ve, se le enciende el rostro, y se abre camino por la cafetería para llegar adonde estamos sentadas.

–Juliet –dice el profesor Gerardi–, me alegro de verte esta mañana. Pude bajar las fotografías del jueves a la tarde, y tomaste algunas fotos increíbles. Usaste muy bien la iluminación.

–La mayoría deben ser las que tomé yo –dice Rowan.

–¿Qué? –pregunta él, frunciendo el ceño.

–Está bromeando –vacilo un momento; es raro que me feliciten por unas fotografías después de tanto tiempo–. Gracias.

–Quería saber si tendrías un rato para ayudarme a editar algunas que van a ir en el anuario.

Me quedo helada.

Él habla en medio del silencio; su voz es suave, complaciente.

–Solo si tienes un rato. No quiero interferir en tu trabajo innecesariamente.

Una tensión conocida me empieza a apretar el pecho, y aparto la mirada. Estoy contenta de haber tomado las fotografías, pero volver al laboratorio significa estar un paso más cerca de volver a entrar en ese mundo.

–No sé –lo miro de reojo–. ¿Lo puedo pensar?

–Claro –él empieza a dar la vuelta, pero se detiene–. Hay una en particular de la que me gustaría que te encargaras, si no te molesta. Creo que sería perfecta para la imagen que da vuelta la cubierta.

El corazón se me detiene y vuelve a la vida con una especie de tartamudeo. Todos los años, toman una fotografía que da la vuelta, desde la contracubierta del anuario hasta la cubierta. Es algo muy importante, y por lo general, planeado. No sé si alguna vez se ha usado una fotografía tomada por un alumno.

–¿En serio?

–En serio –responde él, asintiendo con la cabeza. Suena el primer timbre, y él mira su reloj–. Tengo que volver al salón. Avísame, ¿sí?

–Bueno –mi voz se pierde mientras lo veo abrirse camino con dificultad entre la multitud de alumnos.

–¡Juli! –Rowan me da un golpe en el brazo–. ¡Es genial!

Un año atrás, esto hubiese sido un sueño hecho realidad. Ahora no sé bien qué pensar. Me alejé de la fotografía por una razón. Nunca tendré el talento que tenía ella. Mi emoción ante los elogios del profesor Gerardi es tan insignificante comparada con lo que mamá podría haber capturado con una cámara.

–Tengo que ir a clase –digo–. No quiero volver a quedar castigada después de clase.

–¿Estás bien? –Rowan se debe haber dado cuenta de mi cambio de humor.

–Sí, estoy bien –paso al lado de ella como un vendaval y arrojo a la basura las crêpes sin terminar, después giro y salgo disparada hacia el salón de clases.

Termino cruzándome con Declan Murphy. Tiene un recipiente vacío en las manos, así que también debe estar por arrojarlo a la basura. Pienso en la posibilidad de inclinar la cabeza y perderme en la marea de alumnos, pero me doy cuenta de que él parece estar pensando en hacer lo mismo.

Por un momento, los dos nos quedamos helados, pero él después completa su movimiento y arroja el recipiente a la basura antes de detenerse en frente de mí. Es

tan alto e imponente como siempre, pero después de cómo me ayudó bajo la lluvia, me asusta muchísimo menos. No dejo de pensar en lo que hablamos, en el hecho de que se juzga a la gente por una sola fotografía de su vida, y me obligo a levantar la vista y mirarlo.

–Hola –digo.

–Hola –su voz se oye más calma de lo que esperaba, y su presencia ha creado un espacio libre entre nosotros. Voy a llegar tarde a clase, pero por un segundo, no me quiero mover.

–Tengo neumáticos nuevos –anuncio–. Y cambié la batería.

–Me di cuenta.

–¿Te diste cuenta? –pregunto, sorprendida.

–Bueno, me di cuenta de que los neumáticos son nuevos –levanta un hombro–. Tu auto resalta bastante.

–Ah –¿Me está insultando? No sé qué decir, y no puedo descifrar su expresión.

Él se acerca un poco, y por primera vez, parece menos cauteloso. Casi parece dudar.

–Oye, te quería preguntar algo.

Lo miro a los ojos. Esto es tan distinto de cuando estábamos en el auto, cuando yo estaba prácticamente pegada a la puerta para quedar lejos de él. El tumulto de alumnos también hace que me acerque un poco, para salir del camino. Nunca pensé que estaría tan cerca de él, conversando como si no estuviéramos en los extremos opuestos de un espectro.

Rowan, sin aliento, me toma del brazo.

–Juli, ¿qué haces? –sus ojos echan una mirada desdeñosa a Declan–. Pensé que no querías llegar tarde.

–Un segundito –le digo mientras suena el segundo timbre. Nos quedan tres minutos para llegar a nuestro asiento, pero el subconsciente me pide que llegue al final de esto.

Vuelvo la mirada hacia Declan, pero ya veo que le está cambiando la expresión, se está cerrando—. ¿Qué me querías preguntar?

—Nada. No te preocupes —responde, bajando la mirada hacia nosotras. Se aleja y se desliza entre la muchedumbre que intenta llegar a la puerta.

—¡Espera! —exclamo, pero él ya se fue.



## Capítulo 28

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Lunes 7 de octubre 09:12:53 a. m.

Asunto: Pensamientos furiosos

Estuve pensando en tu e-mail desde que me desperté.

Hemos pasado mucho tiempo hablando sobre la culpa y los caminos que se entrecruzan y los momentos únicos que nos terminan definiendo, pero en este momento quiero golpear a alguien. Es obvio que te sientes responsable por lo que pasó con tu hermana, y eso me enoja muchísimo. Quiero ir a buscar a tus padres y molerlos a golpes. Espero que no me odies por decir esto, pero me alegro de que tu padre esté preso. Creo que tu madre también debería estar presa. ¿Quién deja que un chico de trece años conduzca un auto por toda la ciudad para proteger a un borracho? ¿QUIÉN HACE ALGO ASÍ?

Le acabo de contestar mal a una profesora que me pidió que guardara el teléfono. Estoy tan enojada que voy a terminar castigada después de clase.

No puedo creer que tus padres te hayan puesto en esa situación.

No puedo creer que tu madre haya dejado que continuara.

No puedo creer que no sé quién eres, porque en este momento quiero recorrer los pasillos de la escuela hasta encontrarte, así puedo sujetarte y sacudirte y decirte que ESO

NO PASÓ POR TU CULPA. ¿Me entiendes? ESO NO PASÓ POR TU CULPA.

¿Alguien más sabe esto que me contaste?

*Sí que sabes quién soy. Búscame. Sujétame. Sacúdeme. Por favor.*

Tengo tantas ganas de escribir esas palabras. Prácticamente me estoy sacudiendo solo. Ni siquiera Rev sabe toda la verdad, y ahora se lo conté todo a una chica que quizás sigue pensando que mi verdadero yo es un pobre desperdicio de espacio. Casi le conté esta mañana, pero me alegro de no haberlo hecho. ¿Igualmente se sentiría así si supiera que soy yo?

Pero su dolor por mi alter ego emana de la pantalla, y se me hincha el pecho por la presión. No recuerdo cuándo fue la última vez que me defendió alguien, además de Rev. La emoción se intensifica. Sí, tengo que apagarlo. Cierro la aplicación y meto el teléfono en el fondo de la mochila.

Inmediatamente después, quiero volver a tomarlo y leer sus palabras.

Sé que mis padres hicieron mal en dejarme seguir conduciendo el auto. Lo sé.

Pero yo también tenía otras alternativas. Le podría haber contado a alguien. Podría haber pedido un taxi la primera vez. Nunca tendría que haberme ofrecido a conducir en primer lugar.

Podría haber sido yo el que condujera el auto el día en que murió Kerry. Fui tonto y egoísta, y lo podría haber evitado.

También fui tonto y egoísta en mayo, cuando choqué la camioneta de mi padre contra ese edificio. Tampoco nadie me obligó a hacer eso. Me pregunto qué pensaría la chica del cementerio si conectara esos dos sucesos.

—Declan, ¿podrías leer los primeros dos versos?

La expectativa pesa en el aire. Levanto la mirada y me doy cuenta de que todos los demás tienen los libros abiertos, y los cuadernos y bolígrafos listos. Yo sigo aquí

sentado con el libro cerrado, ni bolígrafo ni papel a la vista.

La profesora Hillard me mira. Su voz no cambia, y no detecto ni una pizca de impaciencia.

–En la página setenta y cuatro. Los primeros dos versos.

Yo podría resoplar y suspirar fuerte, y actuar como si esto fuera una tremenda imposición, pero ella no me está hostigando, así que le puedo devolver el favor. Abro el libro y busco la página, después leo sin prestar verdadera atención a las palabras. Mi mente sigue atrapada en ese e-mail, en el enojo de Juliet en mi favor.

–“El mundo no puede dar alegrías tan grandes como las que quita, cuando el brillo de las ideas primeras se apaga con el deterioro del sentir”.

Las palabras hacen un clic en mi cabeza, como si mi cerebro las estuviera esperando. Se oye el crujido de una hoja de papel detrás de mí, pero más allá de eso, el salón está en silencio.

–¿Qué piensas que quiere decir? –pregunta la profesora Hillard.

Las palabras del poema resuenan en mi mente, una y otra vez, aunque ahora se transformaron en un recuerdo. Me acuerdo de este mismo poema, leído en otro momento. La cabeza me da vueltas mientras oigo la voz de mi madre, leyendo ese mismo verso.

La profesora Hillard me estudia, esperando oír lo que tengo para decir.

–Vuelve a leerlo en silencio –sugiere–. Todos, léanlo otra vez. Denle un momento para asimilarlo.

Mis ojos vuelven a leer el verso como si la tinta de la página los estuviera arrastrando.

El tiempo se detiene, solo por un segundo. Tengo una maraña de muerte y culpa en la cabeza, y no puedo leer ni una palabra más de este poema. Me va a explotar el pecho, o quizás la cabeza. La sangre ruge en mis oídos y no me deja oír.

Cierro el libro con un golpe y lo meto en la mochila. Nunca me había ido en medio

de una clase, pero lo estoy haciendo ahora.

–¡Declan! –la profesora Hillard me persigue.

–Iré a la oficina –tengo la voz áspera y quebrada, y no me importa en absoluto.

–Espera. Cuéntame qué acaba de pasar.

–¡Odio esto! –alzo la voz, furioso, y me descargo contra la profesora en el pasillo–.

¿Por qué no me deja en paz?

Ella no reacciona ante mi ira y no trata de calmarme.

–¿Por qué?

Se abre una puerta más adelante y otro profesor asoma la cabeza. Me ve en el pasillo, con los puños apretados y los hombros levantados, y vuelve la mirada hacia la profesora Hillard.

–¿Quieres que llame a los de seguridad? –dice él. Por supuesto.

–No, nadie necesita que vengan los de seguridad –la profesora Hillard da un paso para alejarse de la entrada, hasta quedar justo en frente de mí. El otro profesor no se mueve, pero ella no le presta atención.

–Ve a la oficina –me dice–. ¿Me podrías esperar allí?

Mi cuerpo está listo para explotar, lo único que lo contiene es la forma en que mis dedos se clavan en la palma de mis manos, pero me las arreglo para asentir con la cabeza.

–Bien –dice ella–. Pasaré por allí después de clase.



La Escuela Secundaria Hamilton fue construida hace treinta años, y se pueden ver los años en las partes donde no se han hecho muchas mejoras. La oficina principal es una de ellas. Los mostradores son de un tono anaranjado brillante, con algunas partes despegadas, y los paneles de las paredes parecen haber sido pintados tantas veces con esmalte blanco que se ven como si siguieran húmedas. La administración trató de hacer que la oficina resulte atractiva para los alumnos, así que hicieron un trabajo

bastante bueno al armar un pequeño espacio al costado con sillones de felpa, una mesa redonda, y estantes con folletos de universidades y guías.

Cuando atravieso la entrada principal, quiero pedir que me dejen ir a la sala de enfermos, pero lo único que podría ser peor que esperar a una profesora sería esperar a mi madre. Una de las secretarias levanta la mirada hacia mí. Se llama Beverly Sanders. Este año se ha teñido el pelo de rubio platinado, y tiene predilección por los conjuntos de chaqueta y jersey con motivos florales. Se está divorciando.

Se podría decir que vengo muy seguido a la oficina.

El aire acondicionado funciona a toda máquina, y me estoy congelando. Siento que el cuerpo se está encogiendo en sí mismo. Todo lo que me rodea parece gigante. Mi respiración se oye fuerte en mis propios oídos.

La secretaria Sanders no deja de escribir en la computadora.

–Ya le aviso al señor Diviglio que estás aquí.

El señor Diviglio es el vicedirector. Se ocupa de los problemas de los alumnos. Somos grandes amigos.

Con eso quiero decir que preferiría aplastarme la mano con una puerta antes que sentarme en una oficina con él. Especialmente ahora.

Me aclaro la garganta, pero todavía tengo la voz ronca.

–No necesito verlo. La profesora Hillard me pidió que aquí la esperase.

Los dedos de la secretaria Sanders se quedan quietos, y de inmediato ella me observa más en detalle, después mira el reloj que está sobre la puerta.

–Faltan veinte minutos para que suene el timbre.

–Ya sé.

–Toma asiento.

Me dejo caer en uno de los sillones y trato de calmar mis pensamientos. Pero se rehúsan a hacerlo. Vuelvo a leer el e-mail de Juliet. Me pregunto cómo sería oírla decir esas cosas personalmente.

Ojalá pudiera hablar con ella ahora.

“Por favor”, le quiero decir. “Por favor, descubre quién soy”.

“¿Eres tú?”, diría ella. “Ay, no. Qué trastornado”.

–No puedes usar el teléfono en clase –dice la secretaria Sanders.

–No estoy en clase –respondo, levantando la mirada.

–Por favor, guárdalo –dice ella con los labios fruncidos.

Doy un suspiro y lo meto en la mochila.

Para cuando suena el timbre, mi ira se ha consumido sola, pero me dejó ansioso e intranquilo. Es el primer timbre del almuerzo, y entran varios alumnos a la oficina por distintas razones. Ninguno me mira. Espero, con los codos apoyados en las rodillas.

Cuento cada minuto, hasta que empiezo a preguntarme si la profesora se habrá olvidado. Ella entra ajetreada cinco minutos después de que sonó el timbre, con un bolso colgado del hombro y una expresión de agobio en el rostro.

Cuando me encuentra sentado en uno de los sillones, da un largo suspiro.

–Me esperaste.

–Usted me pidió que la esperara –y me siento un tonto por haber esperado.

–Me alegro –ella señala hacia la izquierda con la cabeza, apuntando a una de las puertas–. Vamos a una de las salas de conferencia.

Las salas de conferencia son adonde te llevan cuando quieren llamar a tus padres, o cuando alguien quiere hablar *seriamente* contigo, lo que por lo general significa que eso quedará anotado en el registro de conducta. Pero no fue a buscar a nadie de la administración, así que la sigo, y nos sentamos.

La profesora tiene la voz calma, pero no pierde el tiempo.

–¿Qué pasó en clase?

Toco una mancha de la mesa con el dedo. La luz de la sala es muy brillante, y me recuerda a la celda en la que me pusieron en la comisaría. Ahora que ya tomé un poco de distancia, no puedo recrear la furia que me forzó a irme del salón.

–No sé.

–¿Qué te puso tan mal?

Todo.

–Nada.

–¿Lord Byron te hace estallar y punto?

Su tono es mordaz, algo que me toma por sorpresa. Afortunadamente, domino el sarcasmo con fluidez.

–Algo así, sí.

Ella se reclina contra el respaldo de la silla y toma un libro del bolso.

–¿Lo podrías leer ahora y decirme qué te parece?

Otra vez se me acumula el sudor entre los omóplatos.

–Es un poema tonto.

–Entonces no debería ser difícil –dice ella, levantando las cejas.

Tiene razón. No son más que palabras. No tienen ningún poder sobre mí. Puedo hacerlo. Me acerco el libro y vuelvo a leer el primer verso.

*El mundo no puede dar alegrías tan grandes como las que quita.*

Cierro el libro de un golpe. El aire entra y sale de mis pulmones violentamente, como si acabara de ganar una carrera.

La profesora Hillard no dice ni una palabra. Es paciente y no reacciona.

Me quedo sentado, inmóvil, por un rato larguísimo. Tengo las manos apoyadas en el borde de la mesa, resbaladizas.

Ella espera.

Finalmente, mi respiración se hace más lenta, pero no puedo mirar a la profesora. Hablo con voz tan baja que ella me oye de milagro.

–Mi madre leyó eso en el funeral de mi hermana. No... no quiero leerlo otra vez.

–Está bien –ella se queda callada por un momento y quita el libro de enfrente de mí. Después acerca la silla y apoya la mano sobre la mía–. Eres inteligente, Declan, así

que te voy a decir algo que va a sonar bastante obvio.

Me quedo helado, atrapado por sus palabras. *Eres inteligente, Declan.*

Y no me hizo hablar de Kerry.

–La próxima vez –me dice–, si tienes un problema, dímelo y listo.

Resoplo y quito mi mano. Pensar que supuse que me diría algo importante.

–Sí, está bien.

–¿Te parece que no puedes hacer eso? –tiene una expresión desafiante–. Recién acaba de funcionar, ¿no?

Bueno, sí.

Pienso en Juliet, cuando estábamos en el auto y ella me dijo que sencillamente podría haberle pedido que borrara la fotografía.

La profesora Hillard sigue sentada, paciente, pero la intensidad que hay en la sala casi se puede tocar. Ella no va a dejar este asunto en paz.

–No tienes que darme los detalles, pero tampoco tienes que salir corriendo del salón. Si hay un problema, puedes decirme y punto.

No digo nada después de eso. No tengo idea de qué decir.

–¿Confías en mí? –me pregunta.

No. Sí. Quizás.

–No sé.

–Bueno, está bien –ella gira otra vez para tomar una carpeta de su bolso y empieza a revolver hojas de ejercicios y composiciones de los alumnos–. Si no quieres saber nada con Lord Byron, te voy a dar algo más para hacer.

Me quedo quieto. Si vuelve a sacar de ese bolso otro poema sobre la muerte, me largo.

La profesora planta una hoja fotocopiada sobre la mesa, en frente de mí.

“Invictus”, dice. *De William Ernest Henley.*

–Lo están leyendo mis alumnos de la clase avanzada para ingresar en la universidad



–señala la profesora–, pero creo que lo puedes trabajar tú también.

Me da miedo leer la primera estrofa. Quiero hacer un bollo con la hoja y salir disparado.

Qué cobarde soy. Miro una esquina del papel, para evitar leer más.

–¿Quiere que lo lea ahora?

–No, llévatelo a casa. Escríbeme dos párrafos sobre lo que le está pasando al autor

–hace una pausa–. Creo que te vas a sentir identificado con este poema.

–Bueno –lo meto en la mochila–. Como usted diga.

–Declan.

Mi nombre se oye cargado, pero no en tono amenazante. Me hace dudar.

–¿Qué?

–Dame una oportunidad, ¿sí?

–Bueno –después levanto rápidamente la cremallera de la mochila, la lanzo sobre mi hombro y salgo de la sala.

## Capítulo 29

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Lunes 7 de octubre 2:15:44 p. m.

Asunto: Poesía

¿Alguna vez leíste “Juventud y vejez” de Lord Byron? Es el poema más horrible del mundo. Solo habla del deterioro y la muerte.

Mi madre lo leyó en el funeral de mi hermana.

Se lo quería arrancar de las manos. O sea, ¿quién lee algo así en un funeral? Yo hubiera preferido que leyera algún pasaje de la Biblia, y si me conoces, eso es mucho decir.

Esta mañana leímos el poema en la clase de Inglés. Bueno, yo no lo leí. Me fui de la clase.

Así que también escapé raspando de quedar castigado después de clase.

Me preguntaste si alguien más sabe toda la verdad de lo que pasó con mi familia. Mi mejor amigo conoce la mayor parte. Creo que no sabe cuánto tiempo duró todo, pero eso ya no importa realmente, ¿no?

Te agradezco que me defendieras con tanta vehemencia, pero te equivocas. No habría pasado todo por mi culpa, pero una parte sí.

La verdad es que me está matando no saber quién es. Estoy en la clase de Inglés avanzado para entrar a la universidad, pero no estamos leyendo a Byron, así que con eso solo, descarto a unos quince chicos.

Trato de pensar en qué chico del último año podría usar una palabra como *vehemencia*, pero que igualmente todavía sea tan rebelde como para irse en medio de una clase. La respuesta es obvia: le podría preguntar y punto. Pero si lo hago, esto se terminaría. No sé si estoy lista para eso. Quizás el misterio es parte de lo que lo hace tan atractivo. Quizás si lo conozco, me termina pareciendo un chico horrible.

No sería horrible. Lo sé. Pero igual...

Una vez me dijo que probablemente no le caería muy bien a mamá, pero se equivoca. Creo que a ella le caería más que bien. Le parecería fascinante.

A *mí* me parece fascinante.

Después de que sonó el último timbre, fui a ver al profesor Gerardi. Está con un grupo de alumnos en su escritorio. Me quedo dando vueltas en el fondo del salón, mirando las fotos que están engrampadas a la pared. Deben ser de la clase opcional de fotografía para principiantes, porque recuerdo esta actividad. Todas las fotos son tomas sencillas de escenas de la naturaleza, pero algunas resaltan por su uso creativo de la iluminación. Una en particular me llama la atención: la de una hormiga que camina a través de cristales de azúcar desparramados sobre una placa de madera. Me encanta cómo está compuesta la foto, con un paquete de azúcar rasgado que se ve borroso en el fondo.

—A mí también me encanta esa —dice el profesor Gerardi.

—¿Es de primer año? —pregunto.

—Segundo. Es una chica que tomó la clase para cumplir con el requisito de las opcionales, y descubrió que tiene facilidad para la fotografía —hace una pausa, y dejo los ojos fijos en las fotos exhibidas. No quiero mirarlo porque todavía no sé qué hago

aquí. Él le habla a mi hombro—: ¿Quieres ver la foto que tengo en mente para la cubierta del anuario?

Estar aquí después de tanto tiempo se siente como si de alguna manera estuviera traicionando la memoria de mi madre, pero la curiosidad me empuja. Me humedezco los labios.

—Sí, claro.

Luego gira el monitor para que pueda ver la fotografía.

Se me para el corazón. Allí, en la pantalla, veo la primera foto que tomé el jueves. Declan y Rev sentados en un lado del patio, las porristas practicando una rutina en el otro.

Lo sabía. En un rinconcito dentro de mí, sabía que sería esa.

—Me encanta —dice el profesor Gerardi, apurado—. Creo que es perfecta para la cubierta, por el espacio negativo que hay en el medio. Las porristas simbolizan el espíritu escolar y la unidad, y esa mitad de la foto podría estar adelante, mientras que los chicos podrían estar atrás, un símbolo de la amistad, del aislamiento que todos sienten en algún momento cuando están en la secundaria...

—No sé —la voz me sale como un graznido.

—¿No sabes?

—Les voy a tener que preguntar.

—¿A las chicas? ¿Las conoces? Los padres firman un descargo de responsabilidad al principio de cada año escolar. No necesitamos pedirles permiso individualmente para las fotografías del anuario...

—No —otra vez se me quiebra la voz. Rev dijo que no hacía falta que borrara la fotografía, pero eso no quiere decir que le parezca bien que la planten en la cubierta del anuario para nuestra graduación. No tengo idea de cuántos anuarios se producen al año, pero nada más los alumnos del último año ya son más de ochocientos—. No, a los chicos.

–Bueno –el profesor parece desconcertado–. ¿Te parece que puede ser un problema?

No dejo de pensar en mis conversaciones con La Oscuridad sobre los caminos que seguimos en la vida y si están predestinados. Parece que el destino está decidido a enviarme a toda velocidad a cruzarme con Declan Murphy y Rev Fletcher.

–No... No tengo idea.

El profesor Gerardi duda un momento.

–¿Hay algo que no me estás contando?

Dice las palabras con cautela y quito los ojos de la pantalla.

–¿Qué?

–Suena a que es algo complicado. Estoy tratando de entender por qué.

–Es que... quiero estar segura de que les parece bien.

El profesor me estudia y pregunta:

–¿Quieres que les pregunte *yo*?

Me imagino la situación: un profesor desconocido les pregunta si, para ilustrar la cubierta del anuario, se puede usar una foto que ellos no querían que les tomaran.

Me imagino la reacción de Declan después de cómo actuó el jueves a la tarde.

–No –respondo rápidamente–. Yo les pregunto.

El profesor Gerardi me da una mirada de aliento.

–¿Y después te encargas de editar la fotografía?

–Sí, claro –tengo la repentina necesidad de irme de aquí–. Más adelante en la semana, ¿sí?

Ni siquiera espero a la respuesta. Salgo volando del salón como si estuviera a punto de explotar una bomba.

Solo está la mitad de los autos en el estacionamiento para cuando logro salir de la escuela. Los únicos que quedan son los de los alumnos que practican deportes o participan en algún club, ninguno de los dos es mi caso. Ah, y Rev y Declan.

Están parados detrás del auto de Declan. Un auto que se ve exactamente como lo recuerdo, aunque ahora que lo veo a la luz del día, parece necesitar desesperadamente una mano de pintura. Están apoyados contra la puerta trasera, y Declan tiene un cigarrillo entre los dedos.

Me detengo debajo de un pequeño conjunto de árboles, en el medio del estacionamiento. No había pensado en que me los encontraría *ya mismo*, pero no me sorprende que sigan aquí, como también *segúan aquí* el jueves pasado, cuando tomé la fotografía en cuestión. Tengo que pasar por al lado de ellos para llegar a mi auto, y la mirada de Declan me recuerda su temperamento, tan distinto de la actitud que tuvo cuando se me acercó esta mañana en la cafetería.

*Oye, te quería preguntar algo.*

¿Qué?

–¿Me estás persiguiendo? –exclama Declan.

Pero no lo dice con crueldad. ¿Lo dice en broma?

Salgo tímidamente de debajo del árbol, pero me detengo en el medio del estacionamiento, a unos cuatro metros de donde están ellos.

–No quería interrumpir... lo que sea que estén haciendo.

–¿Lo que sea que estemos haciendo? –Declan le da una pitada al cigarrillo–. Estamos haciendo tiempo.

–Sabes que no está permitido fumar en la escuela.

Él le da otra pitada al cigarrillo y hace anillos de humo con la boca.

–Parece que te preocupa terriblemente el hecho de que fume.

–Lo odio. Es un asco.

Las palabras salen de mi boca antes de llegar a pensarlas bien, y me preparo para que él me trate con maldad... o que me revolee el cigarrillo.

No hace ninguna de las dos cosas. De hecho, se queda perplejo, arroja el cigarrillo al suelo y lo apaga con un pisotón.

–Perdón. No sabía.

Ni aunque le salieran alas en este momento yo estaría más estupefacta de lo que ya estoy. Hago que doy un grito ahogado para disimular mi sorpresa.

–Pero ¿cómo vas a seguir dando la imagen de chico renegado?

–Me las voy a arreglar.

Rev empieza a aplaudir lentamente, después inclina la cabeza hacia mí.

–Gracias. Yo también los odio.

Declan lo mira con ojos furiosos.

–Cierra la boca, Rev –vuelve los ojos hacia mí y me mira de arriba abajo–.  
¿Todavía me tienes miedo?

–No.

–¿Entonces por qué estás parada por allá?

No sé si esa es una invitación para unirme a ellos o qué, pero doy unos pasos para acercarme.

–¿Por qué están haciendo tiempo?

Declan se encoge de hombros y se vuelve a reclinar sobre el auto.

–Habrá unos tres lugares en los que me permiten estar. Este no está cerca de mi padrastro para que me pueda gritar.

No puedo dejar de mirarlo y estoy llegando al punto en el que ni siquiera puedo oír lo que dice. Se lo ve bien a la luz del sol, porque la luz le resalta lo cobrizo del cabello y le ilumina el rostro, independientemente de su expresión. Lo podría estudiar todo el día sin aburrirme.

–Y yo que pensé que estabas posando con tu Mustang *vintage*.

El rostro de Declan se queda inmóvil, y me doy cuenta de que lo que dije no estuvo bien. Rev silba bajito y dice:

–Esta chica quiere pelea.

–Este no es un Mustang –dice Declan. Parece estar más ofendido por lo del auto

que por lo del cigarrillo.

–Bueno, está bien. ¿Entonces qué es?

–Es un Dodge Charger –resopla Declan–. No sé por qué no me sorprende.

–Para mí son todos iguales.

Declan señala mi viejo Honda estacionado más adelante.

–*Ese* no es igual a *este* –sacude un pulgar señalando su propio auto–. Lo mismo con esos dos autos: tampoco son iguales –señala dos autos de la mano de enfrente, uno es una miniván y el otro es un sedán de cuatro puertas.

–Si tú lo dices.

Declan toma su teléfono del bolsillo y lo desbloquea.

–A ver. Te voy a mostrar cómo es un Mustang.

–No, no vamos a empezar con esto –dice Rev, tomando el teléfono. Después mira la pantalla y parece que nota la hora porque agrega–: Además, nos tenemos que ir.

–¿A dónde van? –pregunto, dando otro paso hacia adelante.

No sé por qué pregunté eso, pero sé que no quiero que él se vaya. Como todas las veces en que la vida nos puso juntos, parece que este momento está destinado a terminar antes de que yo esté lista.

Rev se mira con Declan, después me sonrío desde debajo de la capucha.

–Tengo que hacer de niñero. ¿Quieres venir?

–¿Cuidas a Babydoll?

Rev asiente con la cabeza.

–¿Tienes miedo? –pregunta Declan con tono burlón y los ojos desafiantes.

–No, para nada –miento–. Vamos.



La casa de Rev es el reflejo exacto de la casa de Rowan: un dúplex modificado que tiene una extensa planta baja y un tramo largo de césped que llega hasta la calle. La casa de Rev tiene un revestimiento azul con molduras blancas, en lugar de beige con



molduras marrones, pero es un barrio de clase media bastante común. Podría entrar a la mitad de las casas de esta calle y moverme sin problemas. No hay nada que me sorprenda de la casa de Rev.

No, lo que me descoloca es ver a su madre y darme cuenta de que Rev debe ser adoptado.

Varias cosas de Rev van cobrando sentido rápidamente, una tras otra, como si mi cerebro necesitara unir todos los puntos antes de poder decir algo coherente. Declan comentó que a Rev lo habían alejado de su padre. Yo no lo había entendido del todo.

Rev dijo que su madre iba a trabajar durante la tarde, y eso, combinado con el hecho de que es contadora, me hizo pensar que se vería agobiada y que usaría faldas de tubo. No me imaginé una mujer con cabello muy corto y curvas voluptuosas, vestida con una camiseta roja manchada de harina y jeans. Tiene una sonrisa brillante y acogedora que irradia tanta calidez que me siento afortunada de que me invite a pasar.

Nos saluda en voz baja y abraza a cada uno de nosotros como si hace años que los tres viniéramos aquí después de clase. Es un poco raro, pero también es lindo que te den la bienvenida tan abiertamente. La mujer huele a vainilla, azúcar y a talco para bebés. Cuando me saluda, susurra:

–Qué gusto conocerte. Llámame Kristin –y me lleva al interior de la casa.

Me confunden tantos susurros, pero yo también respondo en voz baja, sintiéndome una tonta.

–Hola, soy Juliet.

Declan se acerca a mí para que lo escuche decir en voz baja:

–La bebé debe estar durmiendo.

–Ah –su aliento me roza la oreja, y el calor me invade las mejillas–. No voy a hacer ruido –digo.

–No digas tonterías –susurra Kristin–. Nada más vayan abajo si van a hacer ruido –

pone un monitor de bebé en la mano de Rev—. Les voy a bajar unas galletas, pero después tengo que ir a la oficina.

—Gracias, mamá —Rev me mira, y dice con tono mordaz—: ¿Quieres bajar a hacer ruido?

Sé que lo dice en broma, pero las mejillas casi se me prenden fuego porque suena *muy* sugerente.

—Vayan abajo, vamos. Tengo que trabajar —dice Kristin, dándole un manotazo a Rev.

Es todo tan normal, tan sencillo. Mi madre nunca fue así; no estaba en casa lo suficiente para recibir seguido a mis amigos. Una sensación de pesar se cuele en mi pecho, pero los chicos están bajando la escalera, así que los sigo.

El sótano tiene pisos de madera, y el espacio es completamente abierto. En un rincón hay un televisor colgado de la pared y un sofá desmontable. En otro rincón hay dos puertas que probablemente lleven a un lavadero y a un baño. El tercer rincón tiene colchonetas de colores, una pizarra de juguete y cajas de juguetes apiladas ordenadamente contra la pared. En el último rincón, en parte cubierto por la escalera, hay colchonetas negras gruesas en el piso, un banco de pesas y una especie de saco de arena colgado del techo. También hay mancuernas apoyadas en estantes contra la pared, debajo de una hilera de espejos.

Rev mira a Declan, y se pasan entre ellos una especie de mensaje en silencio, pero no puedo identificar qué es antes de que Rev vuelve la mirada hacia mí.

—¿Quieres algo de beber?

Tomo aire para responder, pero se me enreda la garganta. Estar ante la presencia de una madre amorosa me recuerda lo que he perdido. Mi cerebro se cierra, enmarañado por el dolor.

Tendría que estar en el cementerio... hace *días* que no la visito. La última vez fue cuando salí corriendo del baile. Y ahora estoy... ¿qué? ¿Escondiéndome?

Sí, estoy escondiéndome. Estoy escondiéndome detrás de la normalidad de ellos, de su falta de dolor.

Ni siquiera son mis *amigos*.

La culpa se siente como un puñetazo en el pecho. Fuerte. Siento que me encorvo por la fuerza del golpe.

¿Qué le voy a decir? “Perdón, mamá. Me intrigaba un chico”.

Kristin baja la escalera, y me explota la presión del pecho. Me tomo un momento para girar hacia otro lado, respirando profundamente, pestañeando para alejar las lágrimas. Ella apoya un plato sobre una mesa que está detrás del sillón y vuelve a subir la escalera casi de puntillas.

Gracias a Dios. No creo que pudiera lidiar con la atención de una madre justo en este momento. Siento como si mi cuerpo estuviera en un gatillo.

Necesito recuperar la compostura. Por eso la gente me evita: alguien me pregunta si quiero algo de beber y me da un ataque de pánico.

–Estás bien –Declan está a mi lado, y me habla en voz baja y suave, como lo hizo en el vestíbulo. Siempre es tan recio, y esa suavidad me toma de sorpresa. Levanto la mirada, extrañada.

–Estás bien –me vuelve a decir.

Me gusta eso, el hecho de que lo diga con tanta seguridad. No pregunta *¿Estás bien?* No hay ninguna duda.

*Estás bien.*

Declan levanta un hombro, encogiéndolo a medias, y agrega:

–Pero si vas a perder la compostura, este es un lugar bastante seguro para desmoronarse –toma dos galletas del plato y me da una–. Toma. Trágate tus sentimientos.

Estoy a punto de rechazar la galleta, pero después la miro. Esperaba algo básico, como galletas de azúcar o chispas de chocolate. Esto parece un pastel en miniatura,

cubierto con azúcar resplandeciente.

–¿Qué... es esto?

–Tartaletas de nueces pecanas –dice Rev. Ha tomado unas cinco, y creo que ya se ha metido dos en la boca a la vez–. Podría comer solo esto durante días.

Tomo la que me ofreció Declan y mordisqueo el costado. De verdad es *increíble*.

–¿Cómo te diste cuenta? –le pregunto, mirándolo de reojo.

Él duda un momento, pero no me pregunta a qué me refiero.

–Conozco las señales.

–Voy a buscar unos refrescos –dice Rev lentamente, a propósito–. Te voy a traer uno. Pestañea una vez si te parece bien.

Sonrío, pero todavía siento que las lágrimas están queriendo salir. Rev me está tomando el pelo, pero con cariño. Amistosamente. Pestañeo una vez.

Esto está bien. Yo estoy bien. Declan tenía razón.

–Descárgate con el saco de arena –exclama Rev–. Eso hago yo.

–¿En serio? –pregunto, con los ojos como platos.

–Haz lo que quieras –dice Declan–. En cuanto hagamos algo significativo, se va a despertar la bebé.

–Ya estamos haciendo algo significativo –señala Rev, cargando tres refrescos en las manos.

–¿Sí? –pregunto.

–Todos los momentos son significativos –me dice, mirándome a los ojos.

La frase podría sonar muy trillada –*debería* sonar trillada, de hecho–, pero el peso con el que la expresa da cuenta de que lo dice en serio. Pienso en La Oscuridad y en todo lo que hablamos sobre los caminos, las pérdidas y la culpa.

Declan lanza un suspiro y destapa su refresco.

–Aquí es cuando Rev empieza a asustar a la gente.

–No –digo, pensando que esta tarde no puede ponerse más extraña. Hay algo en lo

que dijo Rev que borra parte de la culpa que yo sentía antes, el hecho de pensar que solo estar aquí podría ser tan significativo como visitar la tumba de mi madre. Ojalá pudiera saber si yo realmente debería estar en este camino—. No, me gusta. ¿En serio puedo golpear el saco?

Rev se encoge de hombros y bebe un sorbo de su refresco.

—Las opciones son eso o jugar con plastilina.

Vamos hacia ese rincón del sótano. Rev se sienta con las piernas a ambos lados del banco de pesas mientras que Declan se sienta en una pelota de yoga y se reclina en el rincón. Lo hacen con tanta naturalidad que me pregunto si este será *su* espacio, como Rowan y yo cuando nos adueñamos de la habitación de ella o del sillón de felpa que está en el sótano de mi casa.

No soy una persona violenta, pero golpear algo suena muy bien.

Echo una mano hacia atrás e intento pegarle al saco, tomando envión con todo el cuerpo.

Ay. Ay. El saco se balancea apenas, pero el sacudón me retumba por todo el brazo. Creo que me disloqué las articulaciones de todos y cada uno de los dedos, pero lo puedo *sentir*, y esto es lo primero que realmente he sentido desde hace semanas. Se siente fantástico. Necesito una de estas cosas en mi sótano.

Aprieto los dientes y echo el brazo hacia atrás para hacerlo otra vez.

—Epa —una mano me sujeta del brazo cuando estoy intentando golpear el saco.

Estoy ahí parada, jadeando, y Declan me sujeta el hombro. Tiene las cejas muy levantadas.

—Bueno... —me dice—. No quiero sonar sexista, pero después de oírte hablar de autos, no esperaba que dieras semejante golpe.

—Perdón —digo, retrocediendo un poco y enderezándome, sintiéndome como una tonta.

—¿Por qué te disculpas? —me mira como si estuviera loca—. Es que no quiero

quedarme mirando mientras te quiebras una muñeca.

–Toma –Rev se para a medias, sosteniendo un par de guantes negros reforzados. Se ha quitado la capucha, y me pregunto si se sentirá más cómodo cuando está conmigo... o si tiene calor nomás–. Si quieres pegarle bien fuerte, ponte los guantes.

Sale un chillido del monitor de bebé, y Rev se endereza.

–Se despertó. Enseguida vuelvo.

Cuando él se va, el sótano queda en absoluto silencio, y Declan y yo estamos solos. Me quedo sosteniendo el par de guantes, sintiéndome un poco tonta, un poco avergonzada, y un poco renegada.

–¿Te los vas a poner o no? –me dice en un tono que suena más amenazador y desafiante que nunca.

Me lleva un segundo descifrar cómo funcionan las tiras de velcro que están en la muñeca, pero rápidamente las deslizo sobre los dedos. Son una especie de mezcla entre guantes de boxeo y guantes sin dedos, reforzados con almohadillas gruesas alrededor de la mano.

Si lo pienso mucho, voy a salir disparada por la puerta, así que cierro los ojos y lanzo un golpe.

Vuelvo a sentir el sacudón, pero me alegro de tener puestos los guantes. Los huesos de la mano no parecen estar astillándose debajo de la piel, y las tiras me sostienen las muñecas. Doy otro golpe, más fuerte. Y otro, y otro más. El sacudón me recorre todo el cuerpo, siento calor en el estómago. Pierdo la cuenta.

–Abre los ojos.

Los abro, y él está allí, del otro lado, sosteniendo el saco para que no se sacuda. Me pregunto cuánto tiempo hará que está allí.

–Acércate –me dice.

Me acerco, con la vista fija en sus ojos de mirada intensa.

–Más cerca –vuelve a decir.

Me acerco lo suficiente para abrazar el saco. Estoy sin aliento, pero no creo que sea solo por el esfuerzo.

–¿Así de cerca? –digo en voz baja.

–No debes estirarte para alcanzar el saco –me dice, sus ojos estudian los míos.

No quiero parecer tímida, pero la voz me sale seria.

–¿Soy más fuerte de lo que pensabas?

–Eres precisamente tan fuerte como yo pensaba.

Las palabras tienen más peso de lo que deberían, y no estoy muy segura de por qué. Quizás cada momento es significativo, pero este parece serlo aún más.

Doy saltitos y amago unos golpes al saco, como si fuera Muhammad Ali o alguien por el estilo. Seguramente parezco una ridícula.

–Vamos, golpea –dice él, inclinando la cabeza.

Asesto otro golpe, pero ahora tengo los ojos clavados en los de él. El golpe es muchísimo menos fuerte. Siento que estoy entre medio de los dos, como si el hecho de sentirme atraída por Declan fuera una especie de traición a La Oscuridad. Pero... no lo puedo evitar. Declan es irritable, explosivo y mordaz, pero debajo de ese ser, hay un chico que se preocupa por los demás, protector, leal.

Quiero ver más de ese lado suyo.

Suena el teléfono celular de Declan, y él lo toma rápidamente de su bolsillo. Después de mirar la pantalla, se le ensombrece el rostro y lo vuelve a guardar.

–Mi padrastro –me dice al ver que lo miro con ojos intrigados.

–¿No tienes que responder?

–Le voy a decir que lo tenía en modo silencioso.

El teléfono vuelve a sonar casi de inmediato. Esta vez, ni siquiera se molesta en sacarlo del bolsillo.

–En algún momento se dará por vencido –me dice.

Recuerdo cuando vi a su padrastro en la calle y cómo provocó a Declan... aunque

sin dudas Declan también lo provocó a él.

–No se llevan bien.

–¿Alguna vez oíste hablar de esos animales salvajes machos que matan a las crías de una pareja nueva porque no son suyos? –responde él, con un resoplido–. A Alan probablemente le parecería bien eso.

Le vuelve a sonar el teléfono, con insistencia.

–Parece que realmente quiere hablar contigo –señalo.

Ahora Declan de verdad pone el teléfono en modo silencioso.

Nos quedamos callados un momento, respirando mientras nos miramos.

–¿Me buscabas? –pregunta él–. ¿Cuándo saliste de la escuela?

Su voz suena calmada, sonora, íntegra, dulce; no deja ver nada de su temperamento. Tiene algo que es muy tranquilizador, quizás porque he visto la ferocidad que hay del otro lado. Quiero apoyar la frente contra el saco de arena, cerrar los ojos y pedirle que por favor me hable durante cinco minutos.

Miro el saco y doy un golpe firme, solo para darme un momento para pensar en cómo responder.

–¿Recuerdas esa fotografía que les tomé a ti y a Rev?

–¿Esa que te “tendría que haber pedido” que borraras?

Me detengo y lo miro:

–¿Te estás burlando de mí?

–No –se ve arrepentido–. Tenías razón. Te lo tendría que haber pedido primero.

*Ah.* Me acuerdo de que tengo que respirar. Doy otro golpe.

–Rev dijo que no hacía falta que la borrara.

–¿Ah, sí?

Vacilo un momento y lo miro por encima de los guantes. Se me ha soltado parte del pelo, y ha quedado colgando por encima de mis ojos.

–Sí, me dijo eso.



–Y entonces, ¿qué hiciste con la fotografía?

Necesito dar otro golpe al saco.

–El profesor Gerardi quiere ponerla en la cubierta del anuario.

–No, en serio.

–Lo digo en serio –titubeo un poco–. Parece estar muy entusiasmado con la idea. Le dije que les quería preguntar a ustedes si les parecía bien.

Declan parece incrédulo, pero no en el buen sentido. La calma y la dulzura desaparecieron.

–Quiere poner una fotografía de Rev y yo en la cubierta del anuario.

–Bueno, algo sí. Ustedes estarían en la parte de atrás –su expresión se ensombrece mientras yo balbuceo, pero no puedo detenerme. Hablo, tratando de adelantarme al temperamento de Declan antes de que se me vaya el tren–. La fotografía ocupa la cubierta y la parte de atrás, entonces las porristas quedarían en el frente y la imagen daría la vuelta al lomo y se podría ver la amistad y, al mismo tiempo, el aislamiento de...

–¿Estás loca? –las palabras salen de entre sus dientes en un bramido. Su mirada es feroz.

Me tengo que obligar a no retroceder.

–No sé qué te molesta tanto...

–No tengo que estar en esa cubierta. No necesito un eterno recordatorio de este año, y de ninguna manera necesito que todos los demás lo vean en el anuario –golpea el saco con tanta fuerza que rebota contra mis guantes, pero me rehúso a dar un paso atrás–. Este es el peor año de mi vida. ¿Lo entiendes?

El saco se balancea, y uso ese impulso para arrojarlo de vuelta hacia él.

–¿Cómo crees que me siento yo? –se me quiebra la voz, pero no me importa–. Yo soy la que tomó la fotografía.

Él se queda helado, atajando el saco.

Mi respiración se oye fuerte en medio del silencio repentino, y no puedo descifrar su expresión. Sigue furioso, pero hay algo más. Sorpresa. ¿Vergüenza? Quizás está arrepentido.

–¿Qué? –no lo puedo soportar. Mis palabras suenan resquebrajadas. Unas lágrimas tibias se posan en mis mejillas–. ¿Piensas que eres el único que está teniendo un año horrible? No sabes nada de mí, Declan Murphy. Supéralo.

–Oye, Dec –Rev baja al trote la escalera del sótano, cargando a la bebé y un teléfono inalámbrico. Su tono de voz es apremiante, no tanto un intento de que dejemos de discutir–. Es Alan.

Me seco las lágrimas de las mejillas.

Declan toma el teléfono y se lo lleva a la oreja.

–¿Qué?

Un momento después, su expresión queda inmóvil.

–¿Qué pasó? –otra pausa–. Ya salgo para allá –otra pausa, esta vez más corta–. No me importa, Alan. Voy para allá –después presiona el botón para apagar el teléfono.

Su ojos se vuelven hacia los míos, y cualquier dejo de amabilidad o empatía ya se ha esfumado.

–Haz lo que quieras, Juliet. No me importa –después toma las llaves de su bolsillo y se va.

–¿Qué pasó? –pregunta Rev–. Dec, espera. ¿A dónde vas?

–Al hospital. Mamá sufrió un colapso mientras estaba haciendo la cena. Alan llamó a una ambulancia –Declan no espera, empieza a subir la escalera.

–Espera –dice Rev–. Espera, Dec. Déjame hablar con mamá. Voy contigo.

–No puedo esperar.

Ahora lo oigo: el miedo en su voz.

Lo recuerdo bien.

Declan atraviesa la puerta.

–Dame a la bebé –le digo a Rev–. Ve. Ve con él.

# Capítulo 30

## BANDEJA DE ENTRADA: CHICA DEL CEMENTERIO

No hay mensajes nuevos.

No sé por qué sigo actualizando la aplicación. Hace una hora que dejé a Juliet, y Rev dejó a la bebé con ella. Juliet no se va a sentar a escribirme un e-mail mientras una bebé destruye todo, especialmente cuando no sabe que Declan Murphy y La Oscuridad son la misma persona.

Pero también me gustaría que lo supiera.

Me froto la parte de atrás del cuello. El área de espera de la sala de emergencias está repleta y la atmósfera es agobiante. No he visto a Alan, y él no ha respondido ninguno de mis mensajes y llamadas.

No puedo dejar de pensar en las tres veces que me llamó en la casa de Rev, en cómo lo pasé por alto.

A mi lado cínico le parece que lo hace para molestarme.

A mi lado aterrado le preocupa que mamá esté tan mal que él ni siquiera pueda ver su teléfono.

¿Ella le habrá contado lo mal que se sentía el viernes a la noche? Él quizás nunca lo supo. Yo quizás tendría que haber dicho algo.

Mamá sufrió un colapso. ¿Qué quiere decir eso? ¿Un ataque al corazón? ¿No me habría dicho Alan que le dio un ataque al corazón? Quizás se desmayó nomás.

¿Pero por qué habría de desmayarse en medio de la cocina?

Estaba haciendo la cena. ¿Se habrá lastimado? ¿Qué pasó?

Me froto las manos contra la cara y largo un suspiro. Se oye música que sale de un altoparlante, pero es una radio que a nadie en sus cabales se le ocurriría escuchar. Están pasando una especie de música melosa de viejo, y cada vez que el cantante canta una nota larga, el altoparlante cruje por la estática. No puedo dejar de sacudir la pierna. Tengo los nervios destrozados.

Cuando levanto la vista, mis ojos se posan sobre un cartel al otro lado de la sala, que habla sobre los indicios del cáncer de mama.

¿Alguien se podría desmayar por eso? No tengo idea. Miro para otro lado. Mis ojos se posan en otro cartel que habla de las enfermedades cardíacas.

Me levanto repentinamente de la silla.

—Voy a preguntar otra vez.

—Dec —la voz de Rev se oye segura, tranquilizadora—. Ya preguntaste hace diez minutos.

Él tiene razón. He preguntado cada diez minutos. Siempre me dicen que solo se permite a un miembro de la familia a la vez, y tengo que esperar a que salga Alan.

Todavía no ha salido.

La mujer que está detrás del mostrador me mira a cada rato, y reconozco que también la estoy empezando a fastidiar. Si me echan de aquí, no sé lo que voy a hacer.

Me vuelvo a sentar con fuerza. Siento el rugido de mi pulso en los oídos, consciente de cada latido de mi corazón. Me paso las manos por el pelo. Tengo los hombros tan tensos que necesito golpear algo para liberar la presión.

Rev apoya una mano sobre mi hombro, y me quedo helado. Por un minuto, me preocupa que vaya a decir algo bíblico sobre la voluntad de Dios, y no me va a quedar otra que golpearlo. O va a decir algo vacío y sin sentido, como, “Va a estar bien” o “Seguro que le bajó el azúcar nomás. Le deben estar dando un refresco”.

Pero él es Rev y es mi mejor amigo, y no dice ninguna de esas cosas. Se queda

sentado en silencio, con la mano apoyada en mi hombro.

De algún modo, me tranquiliza, sé que no estoy solo. Pero hace tanto tiempo que estamos aquí sentados que me empiezo a sentir presionado por el miedo.

Vuelvo a mandarle un mensaje a Alan.

No responde.

Lo llamo, pero me atiende el contestador.

Apagó el teléfono.

Se me estruja el pecho. Me cuesta respirar y creo que la garganta no quiere funcionar bien. Ya no puedo quedarme aquí en silencio.

–Creo que está enferma.

–¿Por qué? –me pregunta Rev con un tono de voz bajo como el mío e inclinándose hacia mí.

–La encontré vomitando cuando volví del baile de los exalumnos –casi me tiembla la voz. Siento los pies húmedos, y los tengo trabados sobre la alfombra.

Rev se queda en silencio un momento. Después dice:

–Eso pasó el viernes nomás. Quizás tiene un virus estomacal.

–No parecía eso –digo, negando con la cabeza–. Y ayer ya estaba bien –me quedo helado, y una lágrima me rueda por la mejilla; la seco apresuradamente–. No, ayer no estaba bien. Estaba durmiendo, en pleno día.

Después me acuerdo de algo más. El comentario de Kristin mientras cenábamos antes del baile, cuando me preguntó si mamá se sentía mejor.

–Kristin dijo que mamá tampoco se sentía bien el fin de semana pasado.

Rev no dice nada después de eso. Recuerda el comentario.

Quizás mamá ha estado enferma desde hace tiempo.

*Todos los momentos son significativos.* A veces, Rev dice cosas que parecen una premonición cuando las repito en mi mente.

Cada momento que estoy aquí afuera, no estoy con ella.

El teléfono de Rev vibra, y estoy sentado tan cerca de él que lo puedo oír. Él lo toma de su bolsillo y mira la pantalla.

–Mamá está por llegar. Juliet se va a quedar con Babydoll hasta que papá llegue a casa.

Viene Kristin. No sé por qué, pero eso hace que todo esto parezca más serio.

No puedo detener la otra lágrima que me rueda por el rostro. Me paso la manga por la mejilla e inhalo, entrecortadamente.

Quizás estuvo muriendo todo este tiempo. Podría estar muriendo en este instante, y yo ni siquiera lo sé porque Alan ha apagado su teléfono.

Ahora siento que la ira me estruja el pecho, pero la prefiero antes que el miedo. A la ira la entiendo y le doy la bienvenida con los brazos abiertos, incluso cuando la siento subir por la espalda y clavar sus garras en mis hombros.

Lo quiero matar.

Y justo en ese momento, como si lo hubieran llamado mis pensamientos asesinos, Alan atraviesa la puerta de dos hojas y aparece en la sala de espera. Se lo ve tenso, exhausto y asustado.

Como yo, la verdad. Eso debería aliviar mi ira, pero no.

Lo quiero reventar contra la pared.

–Alan –mi tono de voz es cortante como un hacha, y ya llegué a la mitad de la sala para cuando él registra que me estoy acercando a toda velocidad–. ¿Dónde está? ¿Qué pasa?

–Baja la voz –nos mira a Rev y a mí, y parece sorprenderse de que estamos aquí.

–¿Dónde está? –tengo los puños tan apretados que las uñas marcan las palmas de mis manos–. La quiero ver.

–Tranquilo –murmura Rev, a mi lado.

–No puedes –Alan me mira con ojos cansados–. Está...

–Estuviste dos horas con ella –gruño–. La quiero ver.

–Te dije que no vinieras, Declan –me dice él, con expresión frustrada–. Esto es muy personal, y es entre tu madre y yo...

Lo empujo.

No, *empujar* no alcanza para describir el movimiento. Alan tiene suerte de que haya una pared detrás de él, porque se choca contra eso en lugar de caer redondo en el piso.

Rev me sujeta, así no puedo ir a buscarlo.

Alan aprieta sus puños y él sí viene a buscarme. Estoy listo. Que *venga* de una vez. Se ve el fuego en sus ojos, y sé que hace *meses* que quiere darme un puñetazo.

Pero no se mueve. Se queda parado, respirando fuerte, mirándome con odio. El hecho de que Rev tenga su hombro apoyado contra mí ahora parece una exageración.

Todos los ojos de la sala de espera nos miran. Hay una enfermera detrás del mostrador que está hablando por teléfono, y la oigo decir apresurada: “Parece que tenemos un incidente en la sala de espera de emergencias”.

Las palabras de Juliet me dan una bofetada. *Eres bastante hostil.*

–Rev –sueno como si hubiera estado masticando grava. Tengo los ojos clavados en Alan–. Suéltame.

No me suelta.

–Sigues en libertad condicional.

–Ya sé –digo entre dientes–. Estoy bien.

–Deja de actuar como un niño –dice Alan con un tono grave–. Tu madre no necesita esto. Ahora no.

Por alguna razón, se me fueron las ganas de pelear, y me suelto de Rev. Estoy a punto de reventar las puertas y de pasar por mi cuenta, y que los de seguridad me vengan a buscar si quieren. O quizás estoy a punto de hacerme un bollo en el suelo.

–Rev –aparece Kristin al lado de nosotros, con ojos preocupados que van de Alan a mí–. ¿Qué pasa?



–No sé –dice Rev. Él también mira a Alan con odio–. No logramos que nadie nos diga nada.

Alan ve a Kristin y parece estar aliviado de que haya llegado otro adulto para ayudarlo con los delincuentes.

–¿Puedes llevarlos a casa? Yo voy a pasar la noche con Abby.

–Sí, claro –dice ella, mirándonos a Rev y a mí, y después volviendo la mirada a Alan–. ¿Está todo bien?

Hago un esfuerzo enorme para quedarme quieto. Ahora hay un guardia de seguridad junto al mostrador y, si bien no se acercó a nosotros, es bastante obvio que está aquí para asegurarse de que nadie haga ningún escándalo.

–No me voy a ir a casa hasta que me digas qué pasa, Alan.

Una enfermera atraviesa las puertas que están detrás de él, cargando una iPad con una funda gruesa.

–Señor Bradford, la estamos llevando arriba. Una enfermera de obstetricia lo va a ver en el séptimo piso...

–Alan –dice Kristin, después de dar un grito ahogado y ponerse la mano sobre la boca.

Rev y yo la miramos. No sé qué significa ese grito ahogado, pero es algo importante. Siento como si desapareciera el suelo que estoy pisando.

–¿Qué? –exijo saber, ya sin poder disimular el miedo–. ¿Qué es una enfermera de obstetricia? ¿Tiene cáncer? –se me quiebra la voz–. ¿Está enferma? ¿La puedo ver?

–No, Declan, cariño –Kristin me toma la mano y le da palmaditas como si yo tuviera seis años–. La obstetricia es para las embarazadas –no me suelta la mano, pero le pregunta a Alan–: Abby, ¿está bien?

No me puedo mover. No puedo respirar. La mano se me pone resbaladiza mientras Kristin la sostiene.

*Embarazadas.*

–Está muy deshidratada –responde Alan, asintiendo con la cabeza–. Le pusieron una vía. El bebé está bien.

El bebé.

*El bebé.*

*Mi madre va a tener un bebé.*

# Capítulo 31

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Lunes 7 de octubre 10:22:44 p. m.

Asunto: La historia completa, parte 2

Las leyes que regulan el matrimonio son raras. Si decides casarte, puedes ir al juzgado, firmar unos papeles y casarte en menos de quince minutos. Si te quieres divorciar, debes esperar un año. Incluso cuando tu esposo está preso.

A mi padre lo sentenciaron a diez años en prisión, y una parte ingenua de mí pensaba que mi madre lo iba a esperar. Como si el día en que él saliera de prisión, los viejos y queridos Jim y Abby retomarían la relación donde la habían dejado. Como si él no hubiera matado a mi hermana y no nos hubiera hecho vivir un infierno.

Hasta donde yo sé, mi madre nunca ha visitado a mi padre en la cárcel. Yo seguro que no lo hice. Una vez pedí ir a verlo, cuando ya no estábamos aturcidos y en estado de shock, y nuestra vida estaba empezando a retomar una especie de regularidad. Mamá reaccionó como si yo hubiera dicho la cosa más indecente y repugnante que pudiera llegar a salir de la boca de alguien. Parecía que me quería dar una bofetada. Me dijo: “Declan, no lo vamos a volver a ver nunca más”.

Y después se fue a la cocina y se fumó un cigarrillo, de pie al lado del fregadero.

Yo sentía que tenía que estar en la cárcel con él.

Un año después, ella empezó a salir con otros hombres. Yo recién había empezado el segundo año de la secundaria, así que al principio no me enteraba de mucho. Ella no empezó a salir como loca ni nada por el estilo. La verdad es que nunca supe que estaba saliendo con otros hombres hasta que los empezó a traer a casa.

Al principio me pareció una idea genial. Después de la muerte de Kerry, mamá no me dejaba en paz. Quería saber a dónde iba, con quién estaba, qué pasaba en la escuela. Te imaginarás cómo reaccionaba yo ante todo eso. Con novio nuevo, ella iba a adorar a alguien más.

Lo que me sorprendió fue que mi madre tenía un *pésimo* gusto para los hombres.

Después de que mi papá resultó ser semejante joya, me lo tendría que haber imaginado.

El primero no duró mucho después de conocerme. Quizás le parecía bien la idea de tener un hijastro, pero solo en teoría; o quizás pensaba que a los hijos deberían tratarse como a los perros y encerrarlos en una jaula cuando no se quisiera lidiar con ellos. Como fuera, a él no le gustaba la idea de que yo no fuera un caniche entrenado. Cuando venía a cenar, siempre parecía molestarle que yo me atreviera a comer en la mesa con ellos.

Finalmente, mamá se dio cuenta, y no lo vi más.

El segundo duró un poco más, pero no mucho, y solo porque no venía muy seguido a casa. Era súper estricto, súper religioso, y me miraba de una forma que me ponía nervioso. Mi mejor amigo no venía a casa cuando estaba él. No sé qué pasó que se separaron, pero la oí a mamá hablar por teléfono con una amiga, y lo llamó un “accidente en potencia”.

El tercero era gay, algo que yo noté apenas lo conocí, pero por alguna razón mamá tardó unas semanas en darse cuenta.

El cuarto ocultó el hecho de que no tenía trabajo. La relación terminó cuando él le pidió prestada una tarjeta de crédito por un tiempito. Pero no terminó porque él se la hubiera pedido... porque ella se la *dio*, y él acumuló deudas por siete mil dólares antes de abandonar la ciudad.

Quizás ya estarás observando cierta tendencia.

El quinto seguía casado. Mamá se enteró cuando trató de sorprenderlo en su casa y se encontró con su esposa. Estuvo días llorando, diciéndome que se sentía una estúpida.

Solía traer a estos hombres a nuestra vida, y todos tenían algo malo. Cualquiera podía darse cuenta de eso. A veces me pregunto si le fallará algo en la cabeza, por cómo confía en personas que están destinadas a decepcionarla.

Pero bueno, confió en mí, y mira dónde terminamos.

Para cuando me presentó al sexto, yo ya estaba preparado para odiarlos a todos.

Por desgracia, mamá estaba locamente enamorada, como siempre. Él era empresario, así que se alejaba bastante de las uñas sucias y las manos ampolladas de un tipo que trabaja con autos todo el día. De hecho, el sexto se hacía pedicura, aunque no lo creas. Yo me burlaba de él en su propia cara, con la esperanza de acelerar la separación inevitable. Pero a mamá le encantaba. Él la llevaba a cenar a lugares elegantes, usaba zapatos lustrados, y ella se enamoró perdidamente.

Al principio, él trato de ganarme. Me daba un golpecito en el hombro y me decía algo como: “Oye, amigo, tengo unos palcos preferenciales para el partido de béisbol de esta noche. Se me ocurrió que quizás querrías ir conmigo”.

Claro, porque si me ven, se nota a la legua que me gusta el béisbol.

Yo le decía que no. Siempre le decía que no.

Cuando eso no funcionó, intentó hacer de padre. Si un

profesor llamaba a casa, *él* trataba de manejar el problema. Me acusaba de comportarme mal, de lastimar a propósito a mi madre para fastidiarlo a él. Me empezó a odiar. Yo lo sentía. Tampoco era algo que me importara. Era solo una cuestión de tiempo: ya íbamos a saber la verdad. Quizás este tipo terminaría siendo un drogadicto. En fin, sabía que no iba a durar.

Por desgracia, siguieron. Se comprometieron. Pusieron fecha. Él me pidió que fuera su padrino de bodas. Yo me negué. Y me dijo: “Pendejo desgraciado. Era de esperar”.

Era de esperar.

Estoy enojadísimo ahora, recordando eso. El desdén que se oía en su voz, la total falta de consideración. Me alegro de que esté activado el autocorrector del teléfono porque mis dedos están marcando cualquier cosa. Pendejo desgraciado. Era de esperar.

¿Se suponía que tenía que estar agradecido de que otro tipo más se metiera a arruinar la vida de mi madre? Así parece. Yo no me la pasaba haciéndole fiestas como ella, así que él me descartó. Se había formado esa idea de mí en su cabeza y ya está. Así me veía. Y así me ve.

Después de eso, yo no podía hacer nada bien. Antes cortaba el césped, pero él empezó a hacerlo mientras yo estaba en la escuela, y lo cortaba con unas benditas formas de diamantes que a ella la volvían loca. Él sacaba la basura sin que se lo pidieran, y ella comentaba lo lindo que era tener a un hombre que se ocupara de la casa. Antes mamá me llevaba con ella a distintos lugares, pero ahora va a todos lados con él. Después de lo que pasó cuando él me pidió ser su padrino, yo no quería ir a ningún lado con él... pero igualmente, ellos nunca me preguntaron si los quería acompañar.

A veces quisiera haber muerto en el auto con Kerry. Creo que

hubiera sido más fácil para mi madre. Ella tenía la posibilidad de empezar de nuevo, pero yo seguía ahí, en el medio.

Se casaron en mayo.

Yo lo celebré tratando de matarme después de la ceremonia.

No lo logré. Obviamente.

Pero ahora, después de lo que me enteré sobre mi madre, quisiera haberlo logrado.

Estoy sentada con la luz apagada y la vista fija en su e-mail. Hace cinco minutos, estaba echada a oscuras, esperando que el sueño se llevara mis pensamientos sobre Declan y Rev, y lo que estaría pasándoles esta noche, y entonces se encendió la pantalla de mi teléfono.

Ahora el corazón me late con fuerza y estoy totalmente despierta.

El punto verde sigue encendido al lado de su nombre. Él ya me habló por chat una vez. ¿Y si yo hago lo mismo?

CC: ¿Quieres hablar de eso?

Espero, pero no me responde.

La adrenalina todavía corre por mis venas. No sé qué hacer.

“Vamos”, susurro.

Ojalá tuviera forma de llamarlo. Ojalá supiera de otra forma de contactarlo.

CC: Veo que sigues conectado. Por favor, dime que estás bien.

Nada.

CC: Me estás preocupando, en serio. No tenemos que hablar,

pero por favor, dime que estás allí.

*Que estás allí. Porque no puedo escribir: Por favor, dime que estás vivo.*

Nada.

Miro mi reloj. Son las diez y media, y papá está durmiendo, pero no sé qué otra cosa puedo hacer. Lo voy a tener que despertar.

Corro las sábanas, y se enciende la pantalla.

LO: Aquí estoy. Perdón, me estaba cepillando los dientes.

CC: Te golpearía.

LO: ???

CC: Estaba muy preocupada.

LO: No estoy teniendo una buena noche.

CC: ¿Quieres hablar?

LO: No.

No sé qué hacer con eso. Se enciende la pantalla.

LO: Mi mamá está embarazada.

CC: Supongo que no estará bien decirte “Felicidades”.

LO: Está embarazada de cuatro meses. Hace cuatro meses que lo saben y no me contaron.

CC: Quizás no hace tanto. No te das cuenta enseguida.

LO: Bueno. Pero no se enteraron hoy.

CC: ¿Ella está contenta?

LO: No tengo idea. Me enteré de casualidad. Ni siquiera me lo iban a decir.

CC: En algún momento te lo iban a tener que contar.

LO: ¿Se supone que con eso me tengo que sentir mejor?

CC: Perdón. Yo tuve una tarde rara también.



LO: ¿Por qué? ¿Y a ti que te pasa?

CC: No tenemos que hablar sobre mí. Solo quería asegurarme de que estuvieras bien.

LO: Estoy bien. No quiero hablar de eso. ¿Por qué tuviste una tarde rara?

CC: Tampoco sé si quiero hablar de eso.

LO: ¿Por qué no?

Porque se siente raro hablar con él sobre Declan. Aunque eso es una ridiculez. Pero al mismo tiempo, no lo es. Siento que estoy hablando con un chico que me gusta sobre otro chico que me gusta, y eso parece estar al borde de la traición. Pero por otro lado, La Oscuridad es anónimo, y siento que me entiende como nadie más lo ha hecho. Sería raro que *no* le contara sobre Declan.

Todo esto es raro.

Raro y adictivo. Me muerdo el labio y escribo lentamente.

CC: ¿Te acuerdas de la vez que te conté de Declan Murphy?

LO: Sí.

Dudo un momento, los ojos clavados en la pantalla. Estuve pensando en la posibilidad de que Rev fuera La Oscuridad, pero cuando conocí a sus padres, me di cuenta de que eso no tenía sentido. Pero Declan...

Se enciende la pantalla de mi teléfono.

LO: ¿Estás ahí?

CC: Nunca me dijiste si conoces a Declan o no. Me estoy dando cuenta de que ustedes dos tienen muchas cosas en común.

LO: ¿Qué cosas?

CC: Los dos tienen padrastros con los que no se llevan bien.  
Tú sabes de autos, y él también.

LO: Sí que sabes resolver un caso, Sherlock. La mitad de los chicos de la escuela tienen padrastros con los que no se llevan bien, y debe haber al menos sesenta chicos del último año que toman alguna clase de reparación de autos.

CC: Veo que también tienen el mismo carácter.

LO: Deja de dar vueltas. ¿Quieres que te diga quién soy?

Se me para el corazón. *¿Quiero que me diga?*

Intento volver a analizar todas las conversaciones que tuve con Declan desde este nuevo punto de vista. No hay nada que encaje perfectamente. Es como tratar de meter fichas cuadradas en un tablero con agujeros redondos. Él vino después del baile de los exalumnos, así que eso quizás tenga sentido... pero ¿por qué no quiso admitir quién era? ¿Por qué quiso mantener esta farsa?

Y La Oscuridad sabe lo difícil que es para mí tomar fotografías. Esta tarde, en el sótano de Rev, Declan parecía estar realmente sorprendido cuando le dije que a mí también me afectó tomar la foto del anuario. La Oscuridad nunca mencionó haber tenido problemas con la ley ni que estaba bajo libertad condicional ni que tenía que hacer ningún tipo de trabajo comunitario, pero sé que, después de lo que hizo en primavera, Declan tiene que hacer *algo* por orden de un juez. Me doy cuenta de que ni siquiera conozco todos los detalles de su caso: solo lo que él me contó en el auto. Y nunca oí a Declan hablar de alguna hermana, ni a Rev tampoco. Las palabras de La Oscuridad demuestran suficiente dolor para darse cuenta de que está muy angustiado por ella.

Pero también, creo que nunca le hablé a Declan sobre mi madre.

Dejando todo eso de lado, *¿realmente* quiero saber quién es La Oscuridad?

Si es Declan Murphy, ¿es algo bueno? No puedo negar las chispas de atracción que volaron hoy en el sótano de Rev... y las chispas de rabia, irritación, exasperación y preocupación que volaron después.

Aún puedo oír el tono áspero de su voz. *Estás bien.*

Apoyo la cabeza en la almohada. Ay, y si es Declan Murphy, ¿qué querría decir eso? El corazón me palpita como loco, y ni me molesto en intentar contenerlo.

Después, otro pensamiento lo contiene por mí.

Si *no es* Declan Murphy, ¿qué querría decir *eso*?

Se enciende la pantalla de mi teléfono.

LO: Percibo que hay dudas.

Lanzo una risita. Ya pasaron casi cinco minutos desde el último mensaje.

CC: Parece que fueras adivino. Podríamos dejar de usar los teléfonos.

LO: En realidad, pensé que te habías quedado dormida.

CC: Sigo aquí.

LO: No respondiste mi pregunta.

CC: No sé. No sé si quiero saber quién eres.

LO: Está bien.

CC: ¿Quieres hablar de tu mamá?

LO: No.

CC: ¿Quieres irte a dormir?

LO: No.

CC: ¿Quieres seguir hablando?

LO: Sí.

Sonrío y me sonrojo, y me acurruco bajo las sábanas.

Él envía otro mensaje.

LO: Cuéntame de tu tarde con Declan Murphy.

Vacilo un momento. ¿Estoy hablando con Declan *sobre* Declan?

Me duele la cabeza. Y escribo.

CC: No hay mucho que contar. La semana pasada el profesor Gerardi me pidió que tomara fotografías del Festival de Otoño, así que lo hice. En una de las fotos, se ve a Declan y a su amigo en un lado de la imagen y a unas porristas haciendo una rutina en el otro lado.

LO: Continúa.

CC: El profesor Gerardi quiere ponerla en la cubierta del anuario. Les conté a Declan y a su amigo, Rev, y Declan se puso como loco.

LO: ¿Por qué?

CC: No sé. Se me vino encima y me dijo que no quería un recuerdo de este año.

LO: Qué imbécil. No sé si debería estar ofendido porque pienses que soy él.

CC: A veces es un imbécil. Pero a mí tampoco me cayó bien lo de la fotografía.

LO: Por lo de tu madre.

CC: Sí.

LO: ¿No te parece que ella se sentiría orgullosa de que una de tus fotografías esté en la cubierta del anuario?

CC: No. Ella se sentiría orgullosa si yo hubiera tomado una foto de los disturbios de Baltimore, que hubiera terminado en la revista *Time* o algo por el estilo. Ella decía que la fotografía era una manera de mostrar cómo era el mundo en

realidad.

LO: Sí, pero en imágenes, ¿no?

CC: ¿Sí...?

LO: Una imagen es un momento. Cuando estaba buscando las fotografías de tu madre, hice clic en algunas otras. Encontré una de la guerra de Vietnam en la que un hombre le está disparando a un prisionero en la cabeza. ¿La conoces?

CC: Sí, es una fotografía famosa. Realmente es reconocida en todos los sitios del mundo.

LO: ¿Cuál de los dos es el malo?

Pestañeo sorprendida y me vuelvo a sentar. Sé exactamente de qué fotografía habla porque es bastante gráfica. La imagen captura la *muerte* de un hombre. Me da vergüenza admitir que no conozco la historia que rodea la foto, solo sé que fue fundamental para cambiar la opinión pública, que pasó a estar en contra de la guerra de Vietnam. Siempre supuse que el “malo” era el tipo con el arma, porque... bueno, porque estaba matando a alguien. Pero no sé nada más allá de ese punto en el tiempo.

CC: Siempre pensé que el malo era el tipo con el arma, pero ahora no estoy tan segura.

LO: El hombre con el arma era el jefe de policía. Estaba ejecutando al otro tipo porque había matado a más de treinta personas en la calle, incluidos niños.

CC: La verdad es que no sé qué decir. Lo tendría que haber sabido.

LO: No te sientas muy mal. Lo estoy leyendo ahora mismo en Wikipedia.

CC: No entiendo qué tiene que ver todo esto con una bendita foto en un anuario.

LO: Quiero decir que una fotografía no es más que eso: un

punto en el tiempo. No sabemos qué les pasa realmente a las personas de la foto. Ni tampoco sabemos qué le pasa al fotógrafo. Lo que hace que la foto sea importante es lo que le aportamos nosotros: quién suponemos que es el malo y quién suponemos que es el bueno. Creo que la hace importante cómo nos sentimos cuando la vemos. Y para generar un efecto, una fotografía no tiene que ser sobre disturbios, muerte, hambruna o niños jugando en una zona de guerra.

CC: Entonces dices que no debería molestarme que va a estar en el anuario.

LO: Sí, eso digo.

CC: Bueno, está bien.

LO: Y digo que deberías estar orgullosa.

CC: No la has visto.

LO: Envíamela.

CC: No puedo. Está en la escuela.

LO: Bueno, debe ser bastante buena si eligieron tu foto en lugar de hacer que todos los alumnos del último año se paren en filas para formar las iniciales de la escuela.

CC: Gracias.

LO: Está bien tener éxito en algo que tu madre hacía bien. Incluso si es de otra forma.

Esas palabras me llegan con tanta intensidad que caigo sobre la almohada. Quiero llorar. *Estoy llorando.*

*Estás bien.*

Lloriqueo un momento, pero mantengo la compostura.

CC: Está bien que estés enojado porque tu mamá está embarazada.

LO: No estoy enojado. Me siento... afuera.

CC: No estás afuera.

LO: Sí. Ella se cambió el apellido por el de este idiota cuando se casaron. Ahora no hay nada que me relacione con ella, solo queda algo que me relaciona con un hombre metido en la cárcel.

CC: A mí tampoco me relaciona ningún apellido con mi madre, pero sigo conectada con ella. Lo siento todos los días.

Él no dice nada después de eso. Espero un rato, hasta que siento que el suspenso me está matando.

CC: ¿Dije algo malo?

LO: No.

CC: ¿Estás bien?

LO: No sé.

CC: ¿Ella sabe cómo te sientes?

LO: ¿Mi madre?

CC: Sí.

LO: No.

CC: Quizás deberías decírselo.

LO: No creo.

CC: Te lo dice alguien que ya no puede contarle nada a su madre. Deberías contarle todo lo que puedas.

## Capítulo 32

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 06:22:23 a. m.

Asunto: Madres

Mi mamá siempre estaba en algún lado cumpliendo un encargo de trabajo, así que nunca tuvimos mucha oportunidad para hablar de “cosas de mujeres”. Mi mejor amiga tiene una relación muy cercana con su madre, y hablan todo el tiempo. Las envidio.

Mamá y yo podríamos haber hablado por e-mail, y a veces lo hacíamos, pero cuando yo era chica y estaba aprendiendo a escribir, ella me alentaba a enviarle cartas. Yo las enviaba, y ella las respondía. Cuando tenía nueve años, recibir una carta con un montón de estampillas extranjeras era lo mejor que me podía pasar en la semana. En quinto grado me propuse un proyecto en el que intenté coleccionar estampillas de todos los países posibles, solo porque ya tenía dos docenas en el escritorio de mi casa.

Incluso teniendo en cuenta el e-mail y el teléfono, seguí escribiendo cartas. Empecé a escribir varias veces por semana. Le contaba todo.

Ahora te voy a contar algo que nunca le conté a nadie.

Es muy difícil para mí escribir esto. Quiero borrar el e-mail entero.

En mis cartas, a veces mentía.



Sé que no vas a poder apreciar el efecto completo, pero borré esa oración y la volví a escribir siete veces.

Ahora ocho.

Me estoy obligando a continuar.

Le mentía a mi madre.

Sus cartas estaban llenas de aventuras magníficas. Me contaba historias de caudillos, tratados de paz, misiles balísticos o roces con la muerte. Todo lo que contaba era verdad: ella podía probarlo con sus fotos. Me decía: “Ian me va a mandar a Malasia esta semana” o “Me voy a quedar unos días más en Irán. Ian quiere ver si puedo tomar algunas fotos de los protestantes”.

Ian es su editor, y a veces quería responder la carta y pedir que Ian la mandara a pasar unas semanas en casa.

Así que yo mentía. Le contaba que una de mis fotos estaba nominada a un premio del ayuntamiento. O le contaba que había escrito un artículo para el periódico de la escuela que había desencadenado alguna investigación. Lo que fuera, con tal de llamar su atención.

Ella decía lo que correspondía, pero yo podía leer entre líneas.

Eran todas trivialidades.

En retrospectiva, ahora es todo aún más trivial. Ni siquiera eran mentiras *interesantes*.

Ojalá le hubiera dicho la verdad.

Ojalá hubiera podido hablar con ella en el momento, en lugar de escribir cartas que tardaban semanas en llegar.

Ojalá le hubiera contado cómo me sentía, y lo mucho que la extrañaba, y que el hecho de que ella estuviera en casa, aunque fuera un ratito, era más importante que todos los premios Pulitzer del mundo.

Creo que por eso escribí tantas cartas después de que murió.

Darí­a lo que fuera por poder contarle ahora mismo algo que haya pasado de verdad, cualquier cosa.  
Así que habla con tu madre. Dile cómo te sientes.  
Cuéntale.

Ojalá pudiera. Mamá seguía en el hospital cuando me fui a la escuela.

Tuve que pasar la noche en lo de Rev. No es que haya pasado penurias, pero tengo diecisiete años. Me podría haber quedado solo en casa. No necesito dormir en el sofá de Rev porque nadie tiene la confianza en que no vaya a agarrar los fósforos.

Por otro lado, considerando el estado mental con el que me fui del hospital, quizás fue bueno que me quedara en lo de Rev.

El sueño no quiso venir anoche, por distintas razones.

Chatear con Juliet: valió la pena.

Tramar con Rev, medio dormido, cómo puedo desconectar el circuito de combustible del auto de Alan: valió la pena.

Escuchar los gritos de Babydoll a las 4 a. m.: no valió la pena.

Preocuparme por cómo mi madre está formando otra familia sin mí: no valió la pena.

Hoy estoy prácticamente arrastrándome de una clase a la otra.

Cuando llego a la clase de Inglés, la profesora Hillard está recogiendo trabajos de los estudiantes a medida que ellos pasan por la puerta. No hice la tarea, porque no estuve cuando la profesora la dio, pero tampoco vi el otro poema que ella me dio en la sala de conferencias.

Paso por al lado sin mirarla y me dejo caer en mi asiento.

–Declan –me dice la profesora–, ¿qué te pareció “Invictus”?

No necesito que me molesten en este momento. No lo necesito.

–No lo leí –respondo, clavando el lápiz en el cuaderno.

Los alumnos siguen pasando a su lado, y ella sigue recogiendo sus trabajos, pero tiene la mirada fija en mí.

–¿Por qué no?

*Porque estoy afuera. No necesito estar aquí.*

No puedo decir eso. No puedo decir nada de eso.

Bajo la mirada a mi cuaderno y empiezo a hacer un garabato en el margen. El movimiento parece ser hecho al pasar, pero la tensión empieza a enroscarse en mi estómago, y sé que es solo cuestión de tiempo para que explote, me vaya a toda velocidad por el pasillo y deje estelas de ira detrás de mí.

La profesora pega una nota autoadhesiva en mi cuaderno, y yo me sobresalto. No la vi venir.

–Dime por qué –dice ella.

Tomo mi lápiz, pero me detengo cuando la punta toca el papel.

No le puedo contar. Apenas le pude contar a Juliet, y ahí no tenía a nadie mirándome en el medio de un salón de clases repleto.

La profesora Hillard no se mueve.

Ojalá me dejara en paz. Como si un poema de porquería fuera a hacer alguna diferencia en mi vida.

Todavía no ha dicho ni una palabra, pero siento que está esperando. Carajo, a esta altura, toda la clase está esperando.

Ella me pidió que le diera una oportunidad. ¿Qué me costaría esto?

Escribo algo rápidamente, doblo el papel por la mitad y se lo doy.

Siento pánico por un instante porque no pensé en la posibilidad de que lo leyera en voz alta.

Pero no lo hace. Lee lo que escribí –*Mi mamá estuvo en el hospital anoche*– y da golpecitos con los dedos en mi cuaderno.

–Ya veo. Gracias. Vamos a trabajar con otro poema en clase, pero me gustaría que

termines la tarea de ayer por tu cuenta, si te parece bien.

La tensión se desenrosca un poquito, y quedo desconcertado. Me aclaro la garganta.

–Sí, claro.

–Bien –dice ella. Después se aleja y pide silencio a la clase.

Tomo la fotocopia de mi mochila. “Invictus”. La hoja tiene los bordes un poco arrugados, pero igualmente puedo leer el poema.

Suspiro fuerte. Puedo escribir dos párrafos sin problemas. Al menos es corto. Diez minutos después, leí el poema tres veces.

Siento que *no* puedo dejar de leerlo. Parece que hubiese sido escrito para mí. Un verso en particular no deja de llamarme la atención.

“Ante los aporreos del azar, mi cabeza sangra pero no baja”.

En otras palabras, la vida tiene un gancho derecho terrible, pero no me va a derribar.

Pero los últimos versos me llegan de verdad:

“Soy el amo de mi destino, el capitán de mi alma”.

No recuerdo cuándo fue la última vez que me sentí amo de mi propio destino.

Sí que me acuerdo. En mayo, cuando me subí al volante de la camioneta de papá, cuando esa botella de whisky marcó a fuego su camino por mi garganta.

Nunca antes me había importado una tarea, pero de pronto, necesito escribir.

Revuelvo la mochila y encuentro un bolígrafo. Empiezo a escribir, y es como si le escribiera a Juliet. Los pensamientos fluyen de mí con facilidad.

Termino escribiendo mucho más que dos párrafos.

## Capítulo 33

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 11:42:44 a. m.

Asunto: RE: Madres

Me parece que la relación que tenías con tu madre es muy distinta de la que yo tengo con la mía.

Pero lo voy a pensar.

Leí su e-mail mientras iba a almorzar, y es tan corto que no estoy segura de qué transmite.

¿Está enojado?

¿Realmente pensativo? ¿Frustrado? ¿Cerrado?

Me pregunto cuánto le podré contar a Rowan acerca de esto. Necesito el análisis de otra chica.

Mi teléfono hace tin: es ella.

RF: Me tengo que saltar el almuerzo. Me reúno con la profe de Francés por un proyecto. Tú, ¿bien?

Bueno, descartada la idea. Le respondo que estoy bien.

Para almorzar hay sándwich de queso tostado, habichuelas y papas fritas. Ya siento cómo se me tapan los poros, pero no traje nada, y la alternativa es una paleta de helado.

Voy al fondo de la cafetería, con la intención de salir y sentarme en el patio para obsesionarme con los e-mails de La Oscuridad, pero veo que Rev y Declan están sentados en una mesa del rincón. Bueno, supongo que es Rev. Podría ser algún otro chico de hombros anchos con capucha, pero lo dudo.

Los dos metros de mesa que sobran están desocupados.

Las últimas palabras que me dijo Declan todavía retumban en mi cabeza.

*Haz lo que quieras, Juliet. No me importa.*

Voy hasta la mesa, apoyo mi bandeja haciendo ruido y me dejo caer sobre la banca, al lado de Rev y en frente de Declan.

–Hola, Juliet –dice Declan, con un tono mordaz como nunca–. ¿Quieres sentarte con nosotros?

–Sí, gracias –estudio el despliegue de comida que hay entre ellos. Debe haber diez recipientes de plástico distintos, cada uno con un tipo de comida diferente. Veo de todo: desde fruta cortada hasta rollos de fiambre–. ¿Qué es todo esto?

–La obsesión de mi mamá –responde Rev. Toma una frambuesa de uno de los recipientes y después lo empuja en mi dirección–. Sírrete.

Descubro tomates y mozzarella, y pregunto:

–¿Eso es ensalada caprese?

Rev asiente con la cabeza y la desliza hacia mí.

–Mamá siempre manda comida para un batallón.

Vuelco un poco en mi plato, pero Rev niega con la cabeza.

–Cómetela toda.

Muevo el sándwich y vacío el recipiente en mi plato, muy consciente de la presencia de Declan. No ha dicho nada desde que me senté, pero sus ojos sombríos siguen todos mis movimientos. Se ve cansado.

–¿Cómo está tu mamá? –pregunto, pinchando un tomate.

–Esta tarde vuelve a casa –responde Declan, abriendo una botella de agua en la

mesa que está en frente de él.

–¿Estaba deshidratada nomás?

–Eso es lo que me dicen.

No sé bien cómo tomar eso, así que levanto la mirada. Al igual que anoche, trato de alinear lo que sé de La Oscuridad con lo que sé de Declan Murphy, pero no todo encaja. Él se encuentra con mis ojos y se queda mirándome. No puedo descifrar su expresión: es una mezcla de desafío, frustración e intriga.

No tengo idea de qué cara tengo yo, pero se me acelera el pulso, lo suficiente. Me aclaro la garganta y digo:

–Entonces la vas a ver cuando llegues a casa.

–Quizás. Tengo servicio comunitario los jueves a la noche.

Sigo sin poder descifrar su humor, pero es obvio que no quiere hablar de su madre.

–¿Cómo es eso? ¿Tienes que fabricar matrículas de autos o algo por el estilo?

–No –parece que la pregunta le molesta, pero no quiere que se note–. Me subo a una cortadora de césped. A veces, si me porto muy bien, me dejan usar una bordeadora de jardín.

–¿Durante cuánto tiempo debes hacerlo?

–Hasta... siempre –dice con un resoplido.

–Noventa horas –aclara Rev.

–Podrían haber sido cien –agrega Declan–, pero me dieron crédito por tiempo servido.

–No sé qué es...

–Mejor te pongo en contacto con mi oficial de libertad condicional –me dice él, lanzándome una clara indirecta–. Él te puede responder todas tus dudas.

*Ah.* Bajo el tenedor.

–Perdón.

–No, perdóname a mí –me dice, frunciendo el ceño y apartando su comida. Se frota

los ojos—. No dormí mucho. Me estoy comportando como un pendejo. Me puedes preguntar.

Ensarto un cubo de queso mozzarella y me pregunto qué tan sincero será en medio de la cafetería.

—¿Te pusieron en la cárcel?

—Sí.

—¿Te dio miedo?

—No —hace una pausa, después bebe un sorbo de su botella de agua. Niega con la cabeza, baja el tono de su voz, que suena áspero—. Sí. Especialmente cuando se me pasó la borrachera y me di cuenta de que nadie se iba a tomar la molestia de sacarme.

A mi lado, Rev se pone tieso, pero no dice nada. Está tomando pasas de un recipiente, en silencio, lentamente.

—¿Cuánto tiempo estuviste allí? —pregunto, volviendo la mirada hacia Declan.

—Dos noches. Tuve que esperar a la audiencia de fianza. Me iban a tratar como a un adulto.

—¿Tu mamá te dejó allí? —digo, con las cejas bien levantadas.

—Sí —Declan encoge un poco los hombros—. Quizás Alan la obligó. No lo sé, y no sé qué me caería mejor: que ella haya decidido dejarme allí o que haya permitido que alguien decidiera por ella.

No tengo nada para decir después de eso. Los ojos intensos de Declan siguen puestos en mí.

—Así que podrás ver por qué no quiero un recuerdo permanente de este año.

Se refiere a la fotografía.

—Le voy a decir al profesor Gerardi que no quieres que aparezca en la cubierta.

—No me eches toda la culpa —dice Declan—. Tú tampoco quieres que la foto aparezca allí.

—No —conuerdo—, no quiero.



–Bien.

–Bien.

–Yo sí quiero que aparezca allí –dice Rev.

Ambos lo miramos.

–¿Qué? –dice él. Es la primera vez que lo oigo irritado–. ¿Yo no puedo opinar? –se pone de pie y arroja los recipientes en su lonchera de neopreno, incluido el recipiente del que Declan estaba comiendo.

–¿Rev? –dice Declan, enderezándose, perplejo.

Rev parece estar a punto de revolver la mesa.

–¿Nadie se tomó la molestia de sacarte?

–¿Qué?

–¿Puedes escuchar lo que dices a veces? –Rev se inclina hacia él–. Yo te hubiera sacado. Kristin te hubiera sacado. Geoff. Pero no puedes quedarte sentado en una celda, sintiendo pena por ti mismo, sin llamar a nadie, y después hacerte el mártir.

Las manos de Declan se tensan sobre el borde de la mesa.

–¿Qué te pasa?

–Tú fuiste el que tomó las decisiones que te llevaron allí –dice Rev–. Deja de hacerte la *víctima*, carajo. ¿Quieres odiar el año entero? Bien. Pero el veinticinco de mayo fue un solo día. Hay otros trescientos sesenta y cuatro más.

Rev gira para irse de la mesa, furioso.

–¿Yo soy la víctima? –exclama Declan con cara de pocos amigos–. ¿Quién se esconde con capuchas incluso cuando hace como treinta grados?

Rev no se detiene. Declan lo mira con odio, pero no lo sigue. Respira con rapidez.

Yo quedo helada en el lugar, con el corazón que late a ritmo apresurado. Mi mente se queda varada en las tres oraciones anteriores.

Tardo un momento en recuperar la voz, y cuando lo hago, sale como un susurro ronco:

–¿Qué pasó el veinticinco de mayo?

–Juliet... –la atención de Declan vuelve hacia mí.

–¿Qué pasó el veinticinco de mayo? –exijo saber.

No me parece que esté hablando en voz tan alta, pero ya hemos llamado la atención de los alumnos que nos rodean y se va extendiendo el silencio. Declan traga saliva.

–Fue el día en que choqué la camioneta de mi padre.

–¿El día en que te emborrachaste? ¿El día en que quedaste inconsciente y chocaste contra un edificio? –estoy gritando, pero igualmente me quedo sin aliento—. ¿El día que apenas recuerdas?

Él no dice nada. Siento que se me hunde el pecho. La cafetería empieza a dar vueltas. Una mano me toma del brazo.

–Juliet, Juliet –me habla una voz masculina conocida, pero ya no veo nada.

Veinticinco de mayo.

El día en que mi madre murió en un accidente de tránsito, en el que el otro conductor se escapó.

## Capítulo 34

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 03:21:53 p. m.

Asunto: Necesito saber

¿Eres Declan Murphy?

Si eres él, no sé si alguna vez te podré volver a hablar.

Me voy a volver loco.

Debe haber mandado el e-mail en cuanto terminó la escuela, porque el último timbre suena a las 3:20.

También debe haber ido directo al cementerio. Está sentada frente a la lápida de su madre, escribiendo algo a mano.

Lo sé porque la estoy viendo.

No me puede ver. No estoy parado a la intemperie. No soy tan valiente. No, estoy al lado del galpón de las herramientas, acechándola entre las sombras como un verdadero acosador. Melones está entretenido adentro y tampoco me ha visto aún.

No sé qué hizo ella el resto del día en la escuela, pero sé lo que hice yo: en todas las clases me quedé sentado en el fondo, reproduciendo esa noche en mi mente. La boda. El whisky.

El impacto. Los policías.

Solo estuve quince minutos dentro del auto. Eso está documentado. Me fui de la boda a las 8:01 p. m. y me estrellé contra las columnas de un edificio de oficinas a las

8:16 p. m.

Quince minutos.

Eso no parece ser suficiente tiempo para destruir la vida de alguien junto con la mía.

Los policías no son tontos, ¿no? Habrían atado cabos, ¿no?

Yo sabía la fecha. *La sabía*. ¡Si así empezó todo! Leí la carta que estaba apoyada contra la lápida de la mujer.

No dejo de pensar en esos caminos y me pregunto si los nuestros –el mío y el de su madre– estaban destinados a cruzarse con tanta perfección. A chocarse con tanta perfección.

Esto no me hace mejor que mi padre. Me hace *peor* que él.

¿Por qué no lo logré? Se suponía que mi camino tenía que terminar. Al fin y al cabo, por eso me subí a la camioneta. A Kerry le había funcionado. Me tendría que haber funcionado a mí.

Habría sido mucho mejor para todos.

Tengo que irme de aquí. Tengo que ir a casa. No puedo ir a casa.

Yo no choqué a nadie esa noche. No lastimé a nadie.

Sé que no lo hice.

Estoy bastante seguro.

No estoy para nada seguro.

Me siento mal. Voy a vomitar, aquí mismo sobre el césped.

¿Maté a alguien? ¿Maté a su madre?

Necesito a Rev. Necesito hablar con Rev.

**PERO NO RESPONDE SU TELÉFONO.**

Igualmente, vuelvo a intentarlo. Tengo los dedos sudorosos, y no logro que se encienda la pantalla. Un ruido escapa de mi garganta, y revoleo el teléfono al césped.

Me estoy volviendo loco. Presiono los dedos contra los ojos. Me tiemblan las manos.

–¿Murph? –Melones está en frente de mí, mirándome con ojos preocupados–. ¿Qué te pasa, hombre?

–Necesito irme –mi voz suena como si me estuviera ahogando–. No puedo hacer esto.

–¿Qué pasa?

Giro y avanzo hacia el camino que lleva al estacionamiento para empleados. Cada paso se siente como si estuviera caminando en arenas movedizas, pero en lugar de caerme en lo profundo de la tierra, siento que me remolcan hacia Juliet.

La necesito. Más que nada en este momento. La necesito.

Y por todo lo que hay entre nosotros, no puedo recurrir a ella.

Melones sigue a mi lado.

–Declan, dime algo.

Encuentro mi auto e intento insertar la llave torpemente. Dos veces. La punta de metal se rehúsa a deslizarse dentro de la ranura.

Doy un alarido y golpeo el auto con el manajo de llaves. Los dientes de metal me pinchan la palma de la mano y oigo el sonido metálico que rechina.

–Oye, oye –Melones me toma del brazo, y es más fuerte de lo que esperaba–. Dime algo. ¿Estás drogado, nene?

–Por Dios, no –apoyo la frente contra el techo del auto. *Ojalá* estuviera drogado–. Necesito irme de aquí, Frank. Por favor, déjame ir.

Él respira hondo, y estoy listo para que me advierta sobre lo que va a pasar si no cumplo con el servicio comunitario, y para que me amenace con llamar a la jueza y terminar de vuelta en la cárcel.

–Bueno –me dice–. Tú conduce. Yo escucho.



Yo conduzco, pero no hablo. Estar detrás del volante de un auto tiene algo tranquilizador, y logro acomodarme al ritmo del embrague y del murmullo de la

carretera. Primero, doy unas vueltas por el barrio donde está el cementerio, porque estoy seguro de que Melones me va a decir que ya es suficiente, que tengo que calmarme y regresar.

No lo hace.

Así que avanzo hacia el este y sigo por la autopista, hasta que nos acercamos al puente que cruza la bahía de Chesapeake. Voy a tener que desembolsar seis dólares para pagar el peaje, porque no quiero detenerme.

–Toma la salida a la calle Jennifer –me dice Melones.

Hemos estado en el auto durante veinte minutos, y eso es lo primero que dice uno de los dos.

–¿Por qué?

–Quiero hacer una parada en el hospital.

–No necesito un hospital –respondo, con las manos aferradas con más fuerza al volante.

–¿Quién está hablando de ti? Ya que estamos aquí, voy a saludar a mi esposa.

Eso logra traspasar la obsesión que tengo conmigo mismo. Giro la vista hacia él.

–¿Tu esposa está enferma?

–Trabaja allí –dice Melones, negando con la cabeza–. Le quiero dar una sorpresa.

Tampoco tenía un destino en mente. Pongo la luz de giro y tomo la salida. Ya estacionado en el garaje, no apago el motor. Melones se quita el cinturón de seguridad y me golpea el brazo.

–Vamos, Murph.

–Puedo esperar.

–¿Eres demasiado bueno para conocer a mi esposa? Sal del auto, nene.

Tengo los nervios destrozados y lo miro con odio.

–No estoy de humor para esto.

–¿Para qué estás de humor?

Estoy de humor para arrastrarme debajo de este auto y quedarme allí escondido para siempre.

Las palabras de Rev no dejan de retumbarme en la cabeza. *Deja de hacerte la víctima, carajo.*

Las palabras me pegaron como una bala contra un chaleco antibalas, y todavía estoy dolorido por el impacto. Creo que nunca lo había oído maldecir.

Levanto el freno, giro la llave y salgo del auto.

–Como quieras. Te sigo.

El hospital está tan ajetreado como ayer. Atravesamos la entrada principal, y la gente camina en todas direcciones. Los que llevan uniformes y chaquetas blancas caminan un poco más rápido. Hay un tipo durmiendo en uno de los sofás de la sala de espera, y una mujer con una enorme panza de embarazada está apoyada contra la pared, al lado del ascensor. Está revolviendo una bebida en un vaso de plástico. Ese bebé está haciendo sudar la camiseta de la mujer. Un niño pequeño está haciendo un berrinche en alguna parte del pasillo. Se oye el eco de los alaridos.

Nosotros también vamos hacia los ascensores, y Melones no es de esas personas que insisten en presionar un botón que ya está encendido. Le sonrío y dice “Buenas tardes” a la señora embarazada, pero yo no puedo apartar los ojos de su barriga hinchada.

Mi madre va a estar así.

Mi madre va a tener un bebé.

Mi mente todavía no logra procesar esto.

De pronto, el abdomen de la mujer se mueve. Es asombroso, y mis ojos se levantan rápidamente para buscar el rostro de la mujer.

–Se está acomodando –dice ella, riéndose ante mi expresión.

Suena la campanilla del ascensor, y todos subimos. Veo que el estómago de la mujer se sigue moviendo.

Me doy cuenta de que me estoy comportando como un anormal, pero es la cosa más escalofriante que he visto, y no puedo quitarle los ojos de encima.

Ella se ríe otra vez, con suavidad, y después se acerca.

–Ven. Puedes tocarla.

–Está bien –digo con rapidez.

Melones lanza una risita, y lo miro enojado.

–No hay muchas personas que tengan la oportunidad de tocar a un bebé antes de que nazca –me dice ella, aún en tono bromista–. ¿No quieres ser uno de los pocos privilegiados?

–No estoy acostumbrado a que mujeres extrañas me pidan que las toque –respondo.

–Este es el quinto –me dice ella–. Ya no me importa en absoluto que me toquen extraños. Ven –me toma la muñeca y pone mi mano justo sobre la parte que se mueve.

Su panza es más firme de lo que esperaba, y estamos tan cerca que puedo verle el escote. No sé qué hacer: quiero quitar la mano, pero no quiero ser grosero.

Entonces el bebé se mueve debajo de mi mano, algo firme que me empuja los dedos. Doy un grito ahogado sin querer.

–Te está saludando –dice la mujer.

No dejo de pensar en mi madre. Trato de imaginarla así, pero no puedo.

Trato de imaginarla alentándome a tocar al bebé, pero no puedo.

Cuatro meses.

Suena la campanilla del ascensor.

–Vamos, Murph –dice Melones.

Miro a la señora embarazada. No tengo idea de qué decir. ¿Gracias?

–Pórtate bien –dice ella, y bebe un sorbo de su bebida.

El ascensor se cierra y ella se va.

Melones se está alejando con pasos largos, y me apuro para alcanzarlo. Ahora



estamos en un piso de pacientes, las paredes son blancas y la gente conversa en voz baja. En todos lados hay monitores que emiten pitidos. Yo sigo con la ropa de la escuela, así que no estoy demasiado sucio, pero él ha estado todo el día en el cementerio, y me la paso esperando a que alguien lo eche de aquí.

Una médica delgada y de cabello oscuro está tipeando algo en una computadora empotrada a la pared; Frank camina hacia esa mujer, la gira y ni siquiera espera a que ella exprese su sorpresa antes de plantarle un beso en la boca.

Claramente, hoy es un día en el que la gente me está haciendo sentir incómodo en una gran variedad de formas.

Me muevo hacia otro lado, tratando de encontrar otra cosa que mirar: los enfermeros, los dibujos hechos con crayones que están pegados en la pared de la oficina de los enfermeros.

Ahora hablan en español, y los miro con torpeza. Me imagino su conversación.

“¿Qué haces aquí?”.

“La verdad que nada. Estaba cerca”.

“¿Y el raro ese?”.

“Es solo un asesino al que todavía no han atrapado”.

Otra vez se me llena el estómago de nudos. No debería estar aquí.

Pero no sé en qué otro lugar debería estar.

–Declan, ella es Carmen.

Vuelvo a la realidad y extendiendo una mano, en piloto automático.

–Hola –le digo.

–Hola, Declan –ella me sonríe. Su chaqueta blanca dice *Dra. Meléndez* a la altura del pecho derecho, pero cuando habla inglés, no se le oye ningún acento extranjero—. Así que tú eres el chico con el que Marisol se va a casar, según ella se la pasa diciendo.

–Bueno, ya saben, no queremos apresurarnos –respondo, después de toser.

La sonrisa de la mujer hace que sus ojos brillen.

–¿Frank me dijo que le estás dando un paseo en el auto que reconstruiste? Te admiro. La verdad es que pensaba que ese era un arte en vías de extinción.

–No, no creo que desaparezca.

–Mi vecina me comentó que identificaste el problema que tenía el auto de su marido en menos de treinta segundos. Eso sí que es talento.

–Supongo que tengo buen oído –respondo encogiendo los hombros, sin saber bien qué decir.

Una enfermera se acerca y apoya una mano sobre el hombro de la Dra. Meléndez.

–Disculpe que la interrumpa –dice en voz baja–. Me pidió que le avisara cuando estuvieran listos los resultados de la dos veintiuno.

–Te dejamos libre –dice Melones, aclarándose la garganta.

–Me alegro de que hayas pasado –ella le da otro beso, esta vez menos apasionado–. Fue un gusto conocerte, Declan.

–También fue un gusto conocerla.

Y volvemos al ascensor. Vamos hasta el auto. Tomamos la calle Jennifer.

–¿Nos tomamos toda esa molestia para que le dieras un beso? –pregunto.

–¿Qué más tenemos que hacer? –responde él, encogiéndose de hombros.

“Cortar el césped de medio cementerio”. Pero no lo digo. Lo miro y comento:

–Pasamos más tiempo con esa embarazada algo rara.

–Quizás algún día ames a una mujer lo suficiente para que valga la pena tomarse tanta molestia por un beso.

La idea me hace enderezar rápidamente. No sé bien por qué, pero termino mirándolo medio con el ceño fruncido medio sonrojándome. Espero que me diga que volvamos al cementerio, pero ninguno de los dos dice nada más.

No sé a dónde más puedo ir, pero sí sé que no estoy listo para regresar allí, especialmente si Juliet no se ha ido a su casa. Cuando llego al semáforo de la Ruta 50,

Melones me mira.

–¿Tienes hambre?

–No.

–¿Seguro? Yo invito.

–¿Qué es esto? –pregunto, mirándolo—. Me dices de todo si estoy mirando el teléfono cuando debería estar cortando el césped, pero ¿ahora quieres parar a cenar?

Él se encoge de hombros. Sigo conduciendo.

–¿Quién es la chica? –dice él finalmente.

–¿Qué chica?

–La que estabas mirando.

Hubiera sido lo mismo que me diera un puñetazo en el costado. Se me hunde un poco el pecho al pensar en Juliet.

–Nadie. La conozco de la escuela.

–Antes venía todo el tiempo. Ahora no la veo mucho.

“Juliet. Ay, Juliet”.

Puedo ver en mi mente su primera carta, las palabras tan llenas de dolor que me inspiraron a responder:

*A la niña se le nota en la cara. Están destrozando su realidad, y ella lo sabe.*

*Su madre ya no está, y ella lo sabe.*

*Hay agonía en esa imagen.*

*Cada vez que la veo, pienso: “Sé perfectamente cómo se siente”.*

¿Yo causé eso?

–Su madre murió –se me está cerrando la garganta, y mi voz suena apagada.

–Ah, qué triste.

Se me nubla la vista, un poquito, lo suficiente. Me alegro de no estar en la autopista.

–Murió en un accidente de tránsito en el que el otro conductor escapó. Pasó en la misma noche en la que yo me emborraché y choqué la camioneta de mi padre.

Veo a Melones haciendo las mismas conexiones que hicimos todos esta tarde. Me pregunta en voz baja:

–¿Tuviste algo que ver?

Siento tanta presión en el pecho que no puedo hablar. Pongo la luz de giro y me detengo en un estacionamiento en frente de un centro de compras. Ya puesto el freno, no puedo mirar a Melones.

Cruzo los brazos con fuerza contra el estómago, como si eso aliviara el dolor de alguna manera.

–No sé.

–¿Y te preocupa que sí?

–No sé. No sé qué me pasa. No entiendo nada.

Melones se queda callado un momento, y yo escucho mi respiración, tratando de que siga un ritmo regular. Cuando él habla, lo hace con voz suave.

–Sabes que no tienes que entenderlo solo, ¿no?

–Es mucho. Ahora se complicó demasiado.

–Mi esposa será la médica, pero yo no soy tonto, Murph. Inténtalo.

Tomo aire para regañarlo, pero termino contándole todo.

Empiezo por el principio, con las cartas apoyadas contra la lápida, cómo empezamos a intercambiarlas. Le cuento todo lo que le dije a Juliet y todo lo que no le he dicho, y describo lo difícil que se ha hecho mantener dos versiones distintas de mi propia vida. Le cuento sobre la noche en que la encontré al costado de la autopista, lo convencida que parecía de que yo no estaba allí para ayudarla... y en cómo la dejé seguir pensando eso.

Le cuento toda la historia sobre mi padre, el taller mecánico y el hecho de que lo llevaba en auto en secreto. Le cuento sobre Kerry y cómo murió.

Le cuento sobre mi madre y Alan, y en cómo me convertí en un extraño en mi propia casa. Le cuento sobre el embarazo que me han escondido, sobre el hecho de

que todo lo que ellos hacen deja a mi madre cada vez más atada a otra persona que la va a decepcionar.

Le cuento sobre el día de la boda, sobre la botella de whisky, sobre el choque, la celda en la comisaría y el hecho de que Alan murmuró que me estoy convirtiendo en mi padre. Le cuento de las ganas que tengo de poner fin a todo, ya mismo.

Frank sabe escuchar. No me interrumpe, y no hace nada más que alguna pregunta para aclarar algo.

Finalmente, le cuento sobre el momento en que estábamos sentados en la mesa de la cafetería, cuando Rev me criticó y tuvieron que llevar a Juliet a la enfermería después de enterarse de la fecha en que choqué la camioneta.

Cuando termino, la oscuridad ha comenzado a trepar por los edificios de la Ruta 50. Me siento como si me hubieran estrujado, exhausto.

–Es mucho todo eso –comenta Melones cuando me quedo callado.

–Yo sabía la fecha –digo, asintiendo con la cabeza y hablando con más facilidad ahora que le hablo a la oscuridad–. Fue lo primero que noté de la lápida de su madre. Pero... no sabía cómo había muerto ella. Eso lo supe después. Mucho después. Y no conecté ambas cosas hasta hoy.

–¿Pero no recuerdas haber chocado otro vehículo?

–Apenas recuerdo cuando me subí al auto.

–¿Sabes dónde murió su madre? ¿O cuándo? –me pregunta con una expresión pensativa, cubierta por las sombras.

–No –dudo un momento–. Sé que estaba volviendo a su casa desde el aeropuerto. A la noche.

–¿Dónde chocaste? ¿Se pueden haber cruzado?

–Choqué en la autopista Ritchie. No tengo idea.

–Pero ¿todo pasó en el mismo condado?

–Sí, creo.

–Bueno, Murph, los policías no son incompetentes –dice Melones, frotándose el mentón–. Si hubieras chocado en el mismo condado, alrededor de la misma hora, estoy seguro de que habrían investigado si tuviste que ver con un accidente en el que el otro conductor se dio a la fuga. Especialmente si murió una mujer.

–La camioneta quedó destruida. Tuvieron que cortarla para sacarme. Mamá dijo que lo único que me salvó la vida fue el cinturón de seguridad, porque la columna de ladrillos cayó sobre el air bag. Quizás no pudieron ver si yo había chocado a alguien más.

–Igualmente, hay otras formas de saberlo. Marcas de pintura, cosas como esas. ¿No ves ninguna de las series policiales?

–¿En serio? –por primera vez en toda la tarde, se alivia parte del peso que siento en el pecho.

–Sí, en serio –Melones hace una pausa–. Quizás puedas buscar información sobre la madre. Un accidente fatal habrá salido en las noticias. Quizás dijeron qué tipo de auto causó el accidente, o al menos, de qué color era.

Su explicación es tan razonable, tan realista, que quiero largarme a llorar sobre el volante y después dar volteretas por todo el estacionamiento.

Pero no lo hago.

Todavía falta el resto.

–¿Te molesta si te digo lo que pienso sobre todo lo demás? –dice Frank.

Niego con la cabeza.

–Empieza a volver –indica Frank–. Yo hablo.

Pongo primera. Melones no me hace esperar.

–Creo que tu madre y su esposo estuvieron mal en ocultarte el embarazo durante tanto tiempo, si es que lo hicieron a propósito. Pero por lo que me has contado sobre los adultos que hay en tu vida, no me sorprende demasiado.

–No entiendo qué quieres decir.

–Quiero decir que tus padres te decepcionaron cuando eras pequeño, y parece que lo siguen haciendo.

Lo miro mientras vuelvo a tomar la calle principal.

–Sigo sin entender qué quieres decir.

–Pero carajo –por primera vez muestra un enojo justificado–. No tendrías que haber conducido de niño el auto de tu padre. Tu madre no tendría que haberlo permitido. No debería dejarte pensar que fue tu culpa. No me imagino esperar que Marisol encubra semejante cosa. E incluso si lo creyera posible, no me imagino a Carmen dejando que eso siga. Dijiste que no sabes cómo disculparte con tu madre por lo que hiciste en la noche de su boda... ¿ella se disculpó por lo que hizo?

–No, no lo hizo... era complicado –digo, negando con la cabeza enérgicamente.

–No, no es complicado. Era un delito, y en mi opinión, tu madre es tan responsable de lo que pasó como tu padre –su acento se hace más evidente a medida que aumenta su enojo–. Tienes suerte de no haberte matado. Eras un niño, Murph. *Sigues* siendo un chico, pero ella te deja andar por ahí cargando semejante culpa. ¿Sabes por qué creo que no visita a tu padre? Porque no quiere enfrentar su propia responsabilidad. En mi opinión, ella debería estar cortando el césped contigo –Melones deja de hablar y maldice en español.

Mantengo el auto entre las líneas de la autopista, pero por dentro siento que estoy patinando. Nunca nadie me ha defendido así. Nunca. Estoy acostumbrado a que la gente me frene, no a que salga a defenderme.

Incluso estando solos en el auto, eso hace una gran diferencia.

–No es todo culpa de ella –digo finalmente–. Cuando murió Kerry... creo que murió algo dentro de mi madre.

–Todavía te tenía a ti.

–Eso no es precisamente un premio. No resulta fácil convivir conmigo –hago una pausa–. Y arruiné su boda. Creo que nunca me lo van a perdonar.

Melones da un gruñido. Sigue enojado.

Eso me hace sonreír, un poquito.

–Gracias –digo.

Él asiente con la cabeza, pero parece que es porque sigue pensando.

–Tu padrastro, ¿sabe todo lo que me contaste?

–Es probable –respondo con un resoplido.

–Pero no estás seguro, ¿no?

–¿Y qué diferencia hay?

–Esa es una pregunta importante, Murph –me dice, mirándome con seriedad.

Abro la boca para responderle, pero después me doy cuenta de que tiene razón. Trato de alinear todo lo que sé sobre Alan, imaginando nuestras interacciones sin que él supiera el papel que cumplí en la historia de nuestra familia. Mamá y yo nunca hablamos de eso. Ni una vez. Recuerdo hacer el esfuerzo para sacarme mejores notas, como si lograr una A en un examen hubiera compensado de alguna manera el no haber podido proteger ni a Kerry ni a mi padre. Tenía mi habitación en perfecto orden. Hacía todas las tareas del hogar. Me mantenía alejado de ella.

Recuerdo que ella no se daba cuenta, así que dejé de tomarme la molestia.

Para cuando llegó Alan a nuestra vida, mamá y yo estábamos en planetas diferentes. No tengo idea de cuánto le contó ella a Alan sobre lo que pasó. Sea como sea, no sé si importa. No puedo deshacer lo que hice. Ninguno de nosotros puede hacerlo.

–Concuerdo con tu amiga –dice Melones–. Creo que deberías hablar con tu madre.

Eso me borra la sonrisa de la cara.

–No sé qué decirle –miro el reloj del tablero–. Seguramente me van a armar un escándalo por quedarme fuera de casa después de que terminó el servicio comunitario.

Melones toma el teléfono de su bolsillo.

–Dame su número. Los voy a llamar y les voy a explicar que hoy trabajas hasta tarde.



El peso de mi pecho se reduce unos gramos más. Él llama y listo: no estoy en problemas.

Es tan simple. Pienso en cuando la profesora Hillard se quedó mirándome. *Si tienes un problema, dímelo y listo.*

–Fue un solo día, sí –dice Frank cuando corta la llamada–. Pero no puedes solucionar las cosas con tu madre o su esposo si sigues haciendo lo mismo, ¿no?

La mención de Alan ensombrece mis pensamientos.

–Nunca quise solucionar las cosas con ellos –hago una pausa, hablo en voz muy baja–. Quería salirme. Hice un desastre.

–No sé, Murph –tomamos la calle para ir hacia el cementerio, y él vacila un poco, como si no estuviera seguro de cómo seguir–. ¿No será eso algo que te estás diciendo a ti mismo?

–¿Qué? –pregunto con el ceño fruncido.

–No creo que quisieras matarte.

Me detengo al lado del auto de Melones, en el estacionamiento de los empleados, ya vacío.

–¿No oíste todo lo que te acabo de contar? –señalo.

–Sí, lo oí. Quizás querías *intentar* matarte, pero no creo que realmente quisieras hacerlo.

–¿Cuál es la diferencia?

Melones abre la puerta y sale del auto; se queda parado afuera, mirándome.

–Te pusiste el cinturón de seguridad.

Dejo la vista fija en el parabrisas oscuro. No sé cómo responder a eso.

–¿Tienes ganas de ayudarme mañana a la noche? –me dice–. Voy a tener que trabajar el doble para terminar esas dos secciones.

Me gusta cómo lo pregunta. No me lo ordena. Me da la libertad de decir que no.

–Voy a venir inmediatamente después de la escuela –respondo, asintiendo con la

cabeza—. Las vamos a terminar entre los dos.

—Gracias, Murph —Melones cierra la puerta, y me deja encerrado con un poquito menos de oscuridad de la que tenía al principio.

## Capítulo 35

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 09:12:44 p. m.

Asunto: DM

¿Qué pasó? ¿Estás bien?

Papá golpea la puerta de mi habitación a las nueve y media. La verdad es que tengo ganas de aparentar que estoy dormida.

Pero en realidad, estoy aquí sentada, mirando el teléfono y deliberando.

Todavía tengo la luz encendida, y si no respondo, él va a entrar a ver cómo estoy.

–Adelante –digo en voz alta.

–¿Quieres compañía? –pregunta papá, abriendo la puerta unos centímetros.

No. Quiero arrastrarme debajo de la cama y dormir un mes allí. Estuve horas sentada delante de su tumba, tratando de escribir una carta.

No me salían las palabras.

No podía pensar en la mejor forma de decir: “Perdóname, me gusta alguien que quizás fue quien te mató”.

Se me tensa la garganta, agarrándome desprevenida. Si el destino fuera una persona, le daría un golpe en la cara.

–¿Juliet? –papá se asoma y me mira con ojos preocupados.

Me froto los ojos. Sé que tiene buenas intenciones, pero hoy no puedo responder al trato típico entre un padre y su hija. Tengo los nervios destrozados, y la voz también.

–Estoy muy cansada, papá.

–Bueno –dice él, asintiendo con la cabeza–. Me imaginé que sería muy tarde. Les voy a decir que estás durmiendo –empieza a cerrar la puerta.

*¿Les?*

Los primeros que se me vienen a la cabeza son Declan y Rev, y mi corazón late cuatro veces más rápido.

–¡Espera! –me levanto de la cama con dificultad–. ¿Vino alguien?

Él me dice con el ceño fruncido:

–¿Por qué crees que te pregunté si querías compa...?

–No entendí –hablo rapidísimo. Siento como si me hubieran inyectado adrenalina y café al mismo tiempo. Quizás vino Declan a explicar qué pasó. A disculparse. A convencerme de que hay una manera verosímil de que sus delitos no se relacionan con mi madre.

No debería estar tan emocionada ante la idea de que él venga, pero no lo puedo evitar. La culpa me está matando, pero también me está destrozando la intriga.

Soy la peor hija del mundo.

Me corro el pelo de la cara. Está todo enredado por el viento que soplaba en el cementerio.

–¿Quiénes son? ¿Qué quieren?

Ahora mi padre me mira como si estuviera loca, y no está muy alejado de la realidad.

–Es Rowan, y vino con un chico. ¿Creo que dijo que se llama Brendan...?

–Brandon –exhalo con fuerza, y mis emociones se calman sin haber podido descifrar si estaba enojada o emocionada ante la idea de confrontar a Declan Murphy–. Puedes decirles que suban.

–Más vale que vamos a subir –grita Rowan desde abajo–. Podrás evitar mis llamados, pero no vas a poder resistirte a unos Nachos BellGrande.

Suben la escalera haciendo ruido, y papá se corre del camino. Rowan se ve etérea y radiante con una camiseta blanca semitransparente que le cae sobre unos pantalones elastizados. Trae una bolsa gigante de Taco Bell. Brandon lleva unos jeans ceñidos y una camisa a cuadros escoceses desabotonada, que deja ver una camiseta con la leyenda “El tocino es como un caramelo de carne”.

Parecen salidos de las páginas de una novela: un ángel y su compañero hipster.

Yo tengo puesto el pijama, y estoy casi segura de que el maquillaje se me ha secado en forma de rayas sobre las mejillas.

Rowan deja caer la bolsa sobre la cama y después se sienta a mi lado.

–Ay, Juli. ¿Qué pasó? Me dijeron que te desmayaste en la cafetería. ¿Por qué no me llamaste? ¿Cómo llegaste a tu casa?

–No me desmayé –me froté las mejillas, que parecen tener pequeñas costras por las lágrimas–. Vickers dijo que fue un ataque de pánico. Me dejó hacer las tareas en casa hoy –fue la mayor muestra de compasión que he recibido de Vickers desde que empezó el año escolar.

Brandon empieza a sacar comida de la bolsa. No ha dicho nada, pero está haciendo algo útil. Me gusta que no le haga caso al desastre que estoy hecha, envuelta en un edredón.

Considerando eso, quizás debería ponerme un sujetador.

Me llevo las manos a los ojos y me despego de Rowan y de las sábanas.

–Me voy a poner ropa de verdad. Enseguida vuelvo –me alcanza una ráfaga de olor a comida, y me doy cuenta de que no he cenado, además de que casi no he almorzado–. Gracias por traer comida. Me muero de hambre.

En el baño, me arreglo y me visto así nomás, pero es mejor que parecer lista para interpretar la escena en la que Ofelia se vuelve loca.

Cuando regreso a mi habitación, Rowan ha estirado la cama y veo un verdadero buffet dispuesto sobre el edredón. Se oye música suave que sale de mi estéreo. Papá

nos trajo bebidas.

Estoy tan sorprendida por su generosidad que quiero volver a largarme a llorar. No merezco nada de todo esto.

–La pantalla de tu teléfono se encendió un par de veces –dice Rowan.

Lo levanto y presiono el botón.

LO: En serio. ¿Estás bien?

Lo desbloqueo y escribo rápidamente.

CC: Estoy bien. Con amigos. Después escribo.

Bloqueo el teléfono y lo meto debajo de la almohada.

Rowan tiene un plato de nachos y me está mirando.

–Y eso, ¿qué fue?

–No sé.

–¿No sabes?

Tomo un plato y empiezo a amontonar nachos, carne y queso.

–No sé.

–¿El chico misterioso?

–¿Hay un chico misterioso? –pregunta Brandon. Está sentado en la silla de mi escritorio, en el rincón, y tiene cuatro tacos apilados en frente de él.

–Algo así –me llevo un nacho a la boca. La Oscuridad decidió no responder la pregunta que le hice esta tarde. ¿Eso ya dice algo? ¿O solo estaba preocupado y no creyó necesario responder?

Declan es tan propenso a las confrontaciones que no lo imagino esquivando la pregunta. Cuando estábamos sentados en la cafetería, no evitó responder la pregunta

sobre la fecha. ¿Por qué no va a querer enfrentarla ahora?

*¿Por qué no me lo querrá decir?*

A menos que La Oscuridad no sea Declan Murphy. Lo cual también tendría sentido. Un poco.

Nos quedamos todos sentados comiendo en silencio por un rato larguísimo. Siguen saliendo melodías del estéreo.

Finalmente, hablo como si estuviera en soledad. Me sale un hilo de voz, aunque estable.

—Declan Murphy chocó su auto la misma noche en que murió mi madre. Por eso me descompuse durante el almuerzo. Creo que puede haber tenido algo que ver. Estaba borracho y no se acuerda de nada.

Rowan se queda con un nacho a medio camino de la boca.

—¿Le dijiste a tu papá? ¿Llamó a la policía?

—No le he contado a nadie —vacilo un momento—. No... no sé todos los detalles. ¿Y si no pasó a la misma hora? ¿Y si...?

—¿Tienes una computadora? —dice Brandon—. Lo puedo buscar.

—¿Qué puedes buscar? —pregunto, enderezándome.

—Tengo la contraseña del sistema de registro de crímenes de la ciudad.

Rowan se inclina hacia mí y me dice:

—A veces es tan útil tenerlo cerca.

—¿En serio? —digo yo—. ¿Cómo?

—Por mi pasantía. Pensé que cambiarían la contraseña o algo, pero nunca lo hicieron —se encoge de hombros—. Es interesante. A veces lo veo. Podríamos averiguar si hay algún detalle.

Tengo la computadora vieja de mi papá, así que es lenta, pero funciona. La rescato de debajo de una pila de libros que hay en mi escritorio y se la doy a Brandon.

Él me mira por encima de la pantalla mientras la computadora carga.

–¿Quieres ir a buscar a tu papá?

Parece que papá está saliendo lentamente de la neblina que todavía me tiene prisionera. Niego con la cabeza.

–Todavía no. No hasta que sepamos algo con seguridad.

Brandon ingresa al sistema con rapidez.

–¿Fecha?

De pronto se me seca la boca. ¿Realmente está pasando esto? ¿Podríamos resolver ya mismo el asesinato de mi madre?

–Veinticinco de mayo.

Brandon presiona las teclas y después mira la pantalla.

–Veo un informe por un accidente de tránsito en el que el otro conductor huyó, pero los apellidos de las víctimas son Thorne y Rahman.

–Thorne –susurro–. Era el apellido de mi madre. Estaba volviendo a casa desde el aeropuerto, en un taxi. Rahman debe haber sido el conductor.

Hasta ahora, nunca había pensado en él. ¿Tendrá una hija en algún lado, cargando con el mismo sentimiento de pérdida que tengo yo?

Rowan me toma la mano.

–¿El accidente ocurrió en la calle Hammonds Ferry? ¿En Linthicum?

–Sí.

–Qué raro –frunce un poco el ceño–. La calle Hammonds Ferry no está camino al aeropuerto.

–¿Qué quieres decir?

–Que está *cerca* del aeropuerto, digamos. Quizás había más de un pasajero y el conductor hizo otra parada antes. O quizás tomó una ruta más larga para cobrar más. Quizás hubo un accidente en la autopista y entonces tomó por calles internas... no sé, no le podemos preguntar. Es solo que no es el camino más directo.

*Raro*. Pero como dijo Brandon, no es del todo imposible.



–Ya había oscurecido –continúa Brandon–, y esa parte de la ciudad es más remota, así que no hay testigos, ni cámaras. Cuando llegaron los paramédicos... –duda un poco, y su expresión indica que está leyendo detalles que no quiero oír en voz alta.

–Bueno –dice él, haciendo un ademán con la mano–. Voy a ver si puedo encontrar el reporte policial de ese fracasado, y veremos si hay alguna coincidencia.

“No es un fracasado”. Casi lo digo pensando en cómo la gente tiene una percepción equivocada de Declan... pero considerando lo que estamos investigando, no digo nada.

Brandon presiona unas teclas, lee y después, presiona algunas más. Estamos todos tan callados que creo que puedo oír a los tres respirando al unísono por encima de la música.

Después de un minuto, Rowan dice:

–Nos estás matando, B.

–Ya sé, ya sé. Es que quiero estar seguro. Hay un reporte que podría ser de Declan Murphy, pero todos los nombres están ocultos. Eso pasa cuando el autor del crimen es menor. Esto abarca todo el estado, así que denme un segundo.

“El autor del crimen”. Casi sonrío. El mapa de vida de Brandon está intacto, no hecho pedazos como el mío.

Después de otro minuto agonizante, Brandon levanta la mirada hacia mí. Se ve afligido.

–No sé si esta será buena o mala noticia.

Mi mano toma con fuerza la de Rowan. Hay coincidencia. Tiene que haber. Estoy respirando tan fuerte que voy a hiperventilar.

–Dime. Dímelo ya. Es él. Tiene que ser él.

Brandon niega con la cabeza.

–No es él.

¿Qué?

*¿Qué?*

Brandon da vuelta la computadora y dice:

–Mira. El primer llamado por el accidente de tu madre entró a las siete cuarenta y seis. Según el reporte policial de Declan Murphy, él no subió al auto hasta las ocho y uno, y chocó contra el edificio a las ocho dieciséis.

No es él.

Estoy aliviada. Estoy devastada. No sé cómo estoy.

Siento que voy a vomitar los nachos. Aprieto las manos contra mi estómago.

–Lo siento mucho –susurra Brandon.

Ahora entiendo a qué se refería cuando dijo que no sabía si esto era buena o mala noticia. No es Declan... pero el crimen sigue sin resolverse.

–Apágala y ya, ¿sí? Apágala.

Brandon la apaga, y me quedo un minuto convenciéndome de no saltar de la cornisa. Estoy en el mismo lugar donde estaba ayer. No he perdido nada.

E incluso si Declan fuera culpable, eso no hubiera revivido a mi madre.

–¿Ese es el equipo de tu madre? –pregunta Brandon, señalando con la cabeza la pila que está en el rincón. Mi altarcito morboso.

–Sí –respondo, después de aclararme la garganta–. Su editor trata y trata de comprárselo a mi papá, pero... –dejo esa idea sin terminar.

La expresión de Brandon da cuenta de que él no reconoce el sentimentalismo en absoluto.

–¿La policía se fijó en las tarjetas de memoria?

La pregunta es tan inesperada que me quita un poco de la pena que siento.

–¿Qué? No. ¿Por qué?

–No sé –responde, encogiéndose de hombros–. Pero recuerdo haber leído algo sobre un asesinato que fue resuelto porque encontraron las fotos que la mujer había tomado con su teléfono. Aparentemente, había empezado a tomar fotos cuando el

hombre la apuñalaba, y pudieron encontrarlo gracias a eso. Digo... ¿y si tu mamá pudo tomar fotografías del vehículo mientras escapaba?

Rowan está haciendo un ademán como si se cortara el cuello y dijera: “Deja de hablar sobre asesinatos mientras mi amiga está sufriendo”, pero mi mente está recobrando su velocidad normal.

–¿Te parece que eso es algo posible? –pregunto.

–¿Quizás? –responde él, mirando el equipo nuevamente.

–No –dice Rowan.

Los dos la miramos; ella tiene los ojos algo abiertos.

–¿Se dan cuenta de lo poco probable que suena eso? ¿Piensan que una persona podría estar con vida y tomar fotografías mientras alguien se aleja a toda velocidad, pero después estar... estar...? –su voz se apaga mientras me mira.

–Estar muerta para cuando llega la ambulancia –termino yo.

–No necesariamente se habrá alejado a toda velocidad –señala Brandon—. Aquí dice que el auto debe haber sufrido algún daño. Es posible que alguien se haya detenido para revisar su propio vehículo. O que le haya llevado un minuto dar marcha atrás y seguir adelante. Este no fue un simple choque de costado –hace una pausa. Se ve apenado.

–Dilo –le ordeno. Tengo la voz apagada, pero he imaginado su muerte de mil formas diferentes... nada de lo que diga me va a sorprender.

–No murió al chocar –dice Brandon en voz baja—. Dice que tuvo hemorragias internas. Quizás fueron causadas por el cinturón de seguridad. No dice nada acerca de heridas en la cabeza –traga saliva—. Así que... quizás hubo tiempo. Especialmente si todavía estaba alerta.

*Quizás hubo tiempo. Especialmente si todavía estaba alerta.*

Mi madre, la mujer que se pasea por zonas de guerra en un esfuerzo por llevar la mundana realidad a las casas de los estadounidenses.

¿Puede ser que la pista para resolver su asesinato haya estado tirada nada menos que en un rincón de mi habitación durante los últimos cuatro meses?

A la mierda.

Atravieso la habitación dando pasos largos, levanto el bolso con sus cámaras digitales y prácticamente las reviento contra la pared, para quitar las tarjetas de memoria.

–Espacio, espacio –Brandon me detiene y toma las cámaras de mis dedos temblorosos–. Yo lo hago.

Abre los seguros con mano de experto y desliza las tarjetas de memoria para quitarlas; volvemos a la computadora de papá.

Esperamos a que cargue su programa de fotografías, y lleva tanto tiempo que casi quiero bajar al sótano y encender la potente Mac que mamá usa –*usaba*– para editar sus fotos. Ha quedado apagada desde que murió, más que nada porque sé que el fondo de pantalla es una foto mía de bebé, acurrucada en el cuello de ella.

Se me nubla la vista, pero les ordeno a mis ojos que la terminen. Tenemos una misión que cumplir.

El programa carga, luego varias imágenes en miniatura de la tarjeta de memoria llenan la pantalla.

–Epa –susurra Rowan.

Las fotos son espantosas. Niños muertos en las calles. Puertas cubiertas de sangre. Polvo, tierra, sudor y lágrimas por todos lados. Mujeres llorando a gritos. Hombres con heridas tan terribles que estas imágenes no deberían verse nunca en la casa de nadie.

Brandon recorre las fotos a un ritmo constante, pero él también se ve un poco descompuesto.

–Estas fotos son increíbles. Tu mamá era impresionante.

Sé perfectamente lo talentosa que era.

–Todas esas son tomas del trabajo. Fíjate en la otra tarjeta de memoria.

Brandon quita una e inserta la otra, y volvemos a esperar.

La expectativa se retuerce en mi pecho. Tiene que ser esa. Tiene que haber algo allí.

No sé por qué seré tan masoquista. La tarjeta está vacía. No hay nada.

Nada.

–¿Tenía otra cámara? –pregunta Brandon, levantando la mirada hacia mí.

–Otras dos cámaras de campo –respondo, negando con la cabeza–, pero eran las cámaras de repuesto baratas. Las llevaba en la maleta.

–¿Qué es eso? –él señala hacia un lugar donde la luz se refleja contra una lente que sobresale de un bolso de lona.

–Esa es su cámara de rollo. No tenemos un cuarto oscuro, y no tengo idea de qué habrá allí. No puedo llevar a revelar a una tienda un rollo con fotos de matanzas.

–El profesor Gerardi tiene un cuarto oscuro. La cámara, ¿tiene rollo?

Tomo el bolso de lona, y hace ruido. Este era el bolso de mano que llevaba consigo en el avión, y cuando levanto la solapa, siento el aroma de su crema para manos. La pérdida me golpea como una ola, y necesito cerrar los ojos.

“A trabajar, Juliet. Más tarde habrá tiempo para las emociones”.

Igualmente me lleva un momento. Brandon y Rowan esperan, como los buenos amigos que son.

Cuando logro tomar la cámara de rollo, veo el resto de las cosas de mi madre. Bálsamo labial, un paquetito de pañuelos descartables, el talón de su tarjeta de embarque guardado en un bolsillo lateral, una revista de chismes vieja.

Se me dibuja una sonrisa triste en el rostro. Le habría dicho de todo a ella si yo hubiera visto la revista. Si ese sábado a la noche todo hubiera salido como debía.

“A veces necesito algo de frivolidad, Juli”, me hubiera dicho ella.

Una lágrima rueda por mi mejilla y deja una estela tras su paso.

–¿Quieres que me la lleve? –dice Brandon en voz baja–. Revelo el rollo y te cuento.

–No –niego con la cabeza. Ella no solía usar su cámara de rollo para trabajar, y cuando lo hacía, las tomas eran intensas. Lo que sea que haya aquí corresponde a sus propias motivaciones, algo que a ella le habrá parecido significativo desde lo personal. No me la imagino alzando esta cámara para tomar fotografías de un auto que se aleja –si es que lo hizo–, pero si se van a revelar estas fotos, lo voy a hacer yo. Abrazo la cámara contra mi cuerpo–. Estas son sus fotografías. Lo quiero hacer yo.

–Bueno –Brandon apoya la espalda contra el respaldo.

–Gracias –digo en voz baja–. Me alegro de que hayan venido.

Rowan me rodea el cuello con sus brazos desde atrás.

–Para eso están los amigos.

## Capítulo 36

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 10:31:57p. m.

Asunto: Amigos

Sí, estoy bien. Falsa alarma.

¿Hablaste con tu mamá?

¿Falsa alarma? ¿*Falsa alarma?* ¿Qué carajo significa eso?

El punto verde está encendido al lado de su nombre.

LO: ¿Cuál fue la falsa alarma?

CC: Declan Murphy no hizo lo que pensé que había hecho.

Tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano –y con eso quiero decir *de otro planeta*– para no escribirle: JULIET SOY YO DIME TODO POR FAVOR ESTABA TAN PREOCUPADO PENSANDO QUE TE HABÍA HECHO ESO.

Mis manos están prácticamente temblando sobre la pantalla del teléfono.

LO: ¿Qué pensabas que había hecho?

CC: Se emborrachó y chocó la camioneta de su padre en la misma noche en que murió mi mamá. Me preocupaba que hubiera tenido algo que ver.

LO: ¿Y al final no?

CC: No.

Me está matando.

LO: ¿Cómo lo sabes?

CC: El novio de mi mejor amiga hizo una pasantía en un periódico el verano pasado. Todavía tiene acceso a su base de datos sobre delitos. Buscó ambos incidentes, pero los horarios no coinciden. Mamá murió antes de que él siquiera subiera al auto.

Ah.

No sé qué siento, pero no es alivio. Ni siquiera es una victoria vacía. Yo no maté a su madre, pero Juliet no logró cerrar lo que pasó con ella. Todavía no le he dicho quién soy... y ahora es demasiado tarde.

Siento que tengo que pedirle disculpas, pero ahora no sé bien cómo... ni por qué.

Aparece otro mensaje.

CC: Igualmente, era una posibilidad muy remota. Una coincidencia.

LO: Supongo que sus caminos no se cruzaban.

CC: No.

LO: ¿Estás bien?

CC: No sé cómo estoy.

LO: ¿Qué puedo hacer?

CC: Habla conmigo. Si no te molesta.

Oigo las palabras en la voz de ella. No dejo de ver sus ojos aterrorizados cuando, en la cafetería, unió las fechas. Quiero llamarla. Tranquilizarla. Es la chica más fuerte que



conozco, pero quiero quedarme sentado en la oscuridad y sostenerle la mano, para mostrarle que no está sola.

LO: ¿Si no me molesta? Podría hablar contigo para siempre.

Ella no responde por un rato larguísimo, y me pregunto si se habrá quedado dormida.

LO: Toc, toc.

CC: Me hiciste llorar.

LO: Generalmente, la gente pregunta: “¿Quién es?”.

CC: Ahora me hiciste reír. ¿Quién es?

LO: En realidad, no tenía ningún chiste preparado. ¿Por qué te hice llorar?

CC: Estaba tan preocupada de que fueras tú, y que tuviera que dejar de hablarte.

Me quedo helado. Leo esa oración una y otra vez.

*Estaba tan preocupada de que fueras tú.*

No puedo respirar. No tengo idea de qué decir. Siento como si me apuñalaran mil dagas a la vez.

CC: Perdón. Estoy hecha un desastre en este momento.

Brandon, el novio de mi mejor amiga, pensó que quizás había alguna posibilidad de que mamá haya tomado una fotografía del auto mientras huía, así que vimos lo que había en sus tarjetas de memoria. Ha sido una noche llena de emociones.

Ni me lo digas. Estoy aquí sentado, casi sin poder respirar, con el corazón en la garganta.

Al menos ella ha cambiado el tema. Los dedos se me han entumecido repentinamente, pero puedo obligarlos a escribir.

LO: ¿Y encontraron algo?

CC: Nada en las tarjetas de memoria. Pero voy a revelar el rollo de película mañana en la escuela.

LO: ¿Te parece que podría haber algo?

CC: Me asusta pensar que podría haber algo.

Mi cerebro apenas puede procesar lo que ella está escribiendo. Quiero decirle que apenas puedo quedarme despierto, pero le acabo de escribir que hablaría con ella toda la noche.

Quizás sí debería buscar algunos chistes.

CC: ¿Hablaste con tu mamá?

Ah, bien, algo más de lo que no quiero hablar.

LO: No.

CC: ¿Por qué no?

LO: Porque llegué a casa tarde después de trabajar, y mi padrastro estaba prácticamente haciendo de centinela en la puerta de su habitación.

CC: ¿Y no le puedes decir que quieres hablar con ella?

Su pregunta es inofensiva, pero sabiendo que ella no quiere hablar conmigo –con el *verdadero* yo–, sus palabras resultan más críticas de lo normal. Es como hablar con

Alan. Oigo acusaciones de fracaso entre cada palabra. Me enoja, porque es como si solo una mitad mía fuera buena para ella, pero la otra mitad –la *verdadera* mitad– está demasiado jodida para una chica como ella.

Mis pensamientos son un enjambre de muchas exageraciones, y lo sé.

Yo hice esto. *Yo* lo hice.

Lo arruiné. Es mi culpa.

Es una carga más, encima de tantas. Quiero apoyar los pies bien firmes sobre el suelo y arrojar todas las cargas para quitármelas de encima... pero pesan demasiado. No puedo.

Mis dedos apuñalan la pantalla.

LO: Es complicado.

CC: Eso depende de cuánto lo compliques tú.

LO: Bueno, supongo que soy bueno para complicar las cosas lo más que se pueda.

Con eso, cierro la aplicación.

Y la borro.

Después me hago un bollo y hago todo lo posible para no gritar.

Tengo que dejar de respirar. Eso funciona. Me quedo sentado, en completo silencio, hasta que mis músculos piden oxígeno a los gritos.

Necesito recobrar la compostura. Mi habitación es sofocante, y quiero salir de aquí, pero hay un solo lugar al que puedo ir sin que Alan termine llamando a la policía.

Abro los mensajes de texto y le envío otro a Rev. No ha respondido los últimos doce, pero solo eran distintas formas de decirle que se dejara de joder.

DM: Por favor, Rev. Te necesito.

Él responde inmediatamente.

RF: Aquí estoy.

DM: ¿Puedo ir?

RF: Siempre.



Rev está comiendo de un tazón de cereales azucarados cuando yo atravieso la puerta trasera y lo encuentro en la cocina. Generalmente los fumadores de marihuana comen este tipo de cosas tarde a la noche, pero Rev nunca ha fumado eso en su vida. Cuando éramos más chicos y nuestra amistad estaba mejor repartida entre ambas casas, mamá tenía una caja de cereales a mano solo para él.

Rev nunca come cereales azucarados en el desayuno. Siempre los trata como si fueran un vicio secreto. Quizás se remonta a una niñez en la que su padre no lo dejaba comer esos cereales. O quizás le gusta el azúcar. Nunca le pregunté.

Empuja la caja hacia mí cuando me acerco a la mesa, pero no me mira. Todavía tiene puesto el mismo abrigo con capucha que usó en la escuela, algo raro a estas horas de la noche. Me pregunto si no se lo habrá quitado, o si se lo volvió a poner cuando supo que yo venía.

Como sea, tengo algo que ver con eso. No me gusta sentir esto. No me decido por si estoy enojado o avergonzado.

–Hola –digo.

–Hola.

Rev sigue sin mirarme.

–¿Todavía estás enojado? –pregunto, de pie.

–Quizás. ¿Qué pasa?

–Juliet dice que se alegra de que yo no soy yo.

Él toma una cucharada de cereales, pero sigue sin levantar la mirada.

–¿Podrías repetir eso en un idioma que pueda entender?

–Dijo que se alegra de que yo no soy Declan Murphy.

–Me parece que necesito más información –Rev levanta los ojos lo suficiente para señalar con la cabeza el teléfono celular que tengo en la mano–. ¿Lo dijo en un e-mail? Léelo.

–No puedo. Borré la aplicación.

Lanza una risita, pero no porque yo haya dicho algo gracioso.

–Vuelve a instalarla. Déjame ver lo que dijo.

–Te acabo de decir lo que dijo.

–No, me acabas de decir la versión *declanizada*. Quiero ver lo que *ella* dijo.

–Y eso, ¿qué quiere decir?

Rev pone el tazón en el fregadero y luego, me mira de lleno.

–¿Vas a volver a instalar la aplicación o no?

Su actitud me está haciendo pensar que directamente no tendría que haber venido.

–No.

–Está bien. Buenas noches, entonces –se va, apaga el interruptor que está al lado de la puerta y me deja a oscuras.

Lo sigo, susurrando con furia porque sé que Geoff y Kristin se van a poner como locos si despertamos a la bebé.

–¿Qué carajo te pasa, Rev? Si tienes algo que decirme, dilo.

–Ya lo hice –responde él, sin dejar de caminar.

–¿Quieres detenerte y hablar conmigo?

No lo hace.

–¡Rev!

En un segundo, va a llegar a su habitación y me va a cerrar la puerta en la cara.

–¿Quieres *parar*? –sin pensarlo, lo sigo y lo tomo del brazo.

Rev gira y da un tirón para liberarse, empujándome con tanta fuerza que me golpeo

contra la pared de enfrente. Los portarretratos hacen ruido y se balancean.

Los ojos de Rev se ven un poco embravecidos, pero solo por un momento. Pestañea, y los demonios se van. Está asustado, arrepentido, avergonzado.

–Perdóname –tengo las manos en alto. Mañana voy a tener un magullón, pero es mi culpa. No tendría que haber hecho eso–. Perdóname.

La bebé empieza a lloriquear, y los dos nos quedamos inmóviles. Un segundo después, ella se calma.

Se abre la puerta de la habitación de los padres de Rev, y Geoff asoma la cabeza al pasillo.

–¿Qué están haciendo, chicos? –susurra enojado.

–No es nada –dice Rev–. Vuelve a la cama. Vamos a cerrar la puerta –me mira arrepentido, y su voz tiene un tono irónico–. Pasa, Dec.

En su habitación, Rev se sienta con las piernas cruzadas sobre la cama; a mí me queda la silla del escritorio. Me siento a caballo de la silla y apoyo los brazos sobre el respaldo.

–Perdón –me dice en voz baja–. No quise hacer eso.

–Fue culpa mía.

–No –me mira–. No fue culpa tuya.

–No tendría que haberte sujetado.

Él se encoge de hombros, pero su persona irradia tensión. Se está mordiendo el borde de la uña del pulgar.

Frunzo el ceño y deslizo la silla hacia los pies de la cama; apoyo la cabeza sobre los brazos.

–¿Qué pasa, Rev?

–No dejo de pensar en él.

Su padre.

–¿Pasó algo?

–No.

–¿Quieres hablar de eso?

Finalmente aparta la mirada del edredón y pregunta:

–¿En serio piensas que soy un mártir?

–No. ¿Tú en serio piensas que yo soy un mártir?

–A veces.

“Ay”, digo para mis adentros, y continúo:

–Creo que nunca te he oído maldecir.

–No tendría que haber perdido la calma –dice él, haciendo una mueca.

–Me parece que tienes derecho a hacerlo.

–No, no tengo derecho. ¿Puedes volver a instalar la aplicación de una vez así podemos hablar de lo que sea que te trajo por aquí?

–¿No tienes derecho a perder la calma?

–Dec –dice él, afligido.

–En serio, Rev, eres la persona más relajada que conozco. Si no le respondes mal a alguien en la cafetería de vez en cuando, la gente va a pensar que no eres humano. De hecho, yo ya me estaba empezando a preocupar.

Él no sonríe. Está callado, encerrado en su cabeza.

Me doy cuenta de que quizás soy candidato al premio al Amigo Más Egoísta. Y prácticamente acabo de entrar a los empujones en su habitación. ¿Y por qué? ¿Porque no tengo los huevos para decirle a una chica quién soy? “Ay, pobrecito Declan”.

Muevo la silla unos centímetros hacia atrás y pregunto:

–¿Quieres que vuelva a casa?

–No –dice Rev, levantando la vista con rapidez.

–Bueno.

–Pero sí quiero que vuelvas a instalar la aplicación.

–Rev...

–En serio. Necesito... –tiene la voz tensionada, y hace un movimiento circular con las manos– desenroscarme.

Vacilo un momento, pero él me mira con expectativa.

–Está bien –respondo, y la vuelvo a instalar.

Hay un e-mail esperando.

No puedo hacer clic en él. Me imagino lo que dirá. El punto verde de ella ya no está encendido. Le lanzo el teléfono a Rev.

–Es el chat más reciente.

Él me tortura leyendo a la velocidad de alguien que necesita buscar cada palabra en el diccionario. Unos minutos después, quiero quitárselo de la mano.

–Me estás matando, Rev.

–Estaba leyendo los mensajes anteriores para tener más contexto –suspira y me lanza el teléfono–. Estoy de acuerdo con ella: sí que eres bueno para complicar las cosas lo más que se pueda.

–¿Crees que me odia?

–¿A cuál de tus dos versiones?

–A cualquiera –digo con una mueca de dolor.

–No –Rev duda un poco–. Creo que debes decirle.

–Ya leíste lo que ella dijo. No quiere hablar conmigo.

–Ella dijo que se alegra de no tener que *dejar* de hablarte –señala Rev, negando con la cabeza.

–No, ella dijo...

–Eso es *exactamente* lo que dijo, Dec –su expresión cobra un tinte de enojo–. Exactamente. Palabra por palabra.

–Dijo que se alegra de que no soy Declan Murphy.

–¡Pero sí eres Declan Murphy! *No son dos personas distintas* –tiene los puños apretados, y se ha acelerado su respiración.



Me meto el teléfono en el bolsillo y me quedo estudiándolo.

–¿Qué pasa contigo, Rev?

–No sé –responde él, frotándose los ojos–. Estoy cansando.

Pienso en cuando se quedó sentado conmigo en el hospital, sin decir nada. Me sentí más apoyado por su silencio que por cualquier otra cosa que pudiera haber dicho.

No sé cómo hacer eso por él. Pero quizás puedo ofrecerle algo más. Tomo mi teléfono y hago una búsqueda rápida, después lo giro y lo deslizo por la cama.

–¿Ella envió algo más? –pregunta Rev, sin tomar el teléfono.

–No. Es un poema que tuve que leer para la clase de Inglés. Léelo.

Él levanta la mirada, y la expresión de su cara es precisamente la que yo tendría si él de pronto dijera: “Oye, amigo, lee este poema”.

–¿Qué? –me pregunta.

–Solo léelo. Creo que te va a gustar.

Como se trata de Rev, no me hace mucho problema. Levanta el teléfono y lee.

–Tienes razón –dice con mejor cara–. Sí me gusta –desliza el teléfono para devolvérmelo y, por un instante, me parece que su rostro se va a arrugar y que va a empezar a llorar. Su voz está a un suspiro de quebrarse–. Pero no me parece que mi cabeza sangre y no baje. No en este momento.

El aire se siente denso, como si Rev fuera a decir algo más, así que lo espero.

–Últimamente –me dice, con voz más estable–, siento que todo es una prueba –traga saliva–. Y siento que estoy cada vez más cerca de fallar.

–¿En qué sentido?

–Casi te golpeé en el pasillo.

–Me lo merecía.

–¡No, no te lo merecías! –exclama con ojos encolerizados.

–Shh –miro hacia la puerta–. Bueno, no lo merecía. ¿Qué quieres decir con esto?

–Casi te golpeé –lo dice como si fuera importante.

–¿Y?

–¿Y si lo hubiera hecho?

–Es muy probable que, de saberlo, todos en la escuela te quieran dar una palmada en la espalda.

–No hagas bromas –dice él, mirándome enojado.

–¿Te preocupa que casi me hayas golpeado? Estoy bastante seguro de que lo hubiera podido superar.

–Pero ¿y si no podía parar?

Me quedo mirándolo. Esta pregunta suena tan fuera de lugar viniendo de Rev que es casi cómica.

Su expresión no tiene nada de cómico.

La voz de Rev se ha vuelto serena, la mía también.

–¿Te preocupa que, de haberme golpeado, hubieras continuado haciéndolo?

–A ti o a cualquier otro –respira profundo–. Cuando fuimos al baile de los exalumnos, todos los demás lo hacían parecer tan fácil... ser así, normales. Pero a mí me preocupa que un día de estos yo pierda el control. No... no sé cómo empieza eso. Y cuando empiece, tengo miedo de no saber cómo detenerlo.

Rev nunca ha hablado de esta manera. Cuando cuenta lo que le pasó de chico o acerca de su padre, siempre lo hace porque quiere asegurarse de que nunca nadie le vuelva a hacer eso. Rev jamás se preocupó de ser él mismo quien cometiera algún tipo de maltrato o abuso.

Él es amable, de buen carácter. Geoff y Kristin abren sus corazones y las puertas de su hogar a niños de todos los caminos de la vida, y Rev también. Lo veo todos los días. Lo envidio.

–No eres como tu padre –le digo.

–Tú tampoco eres como tu padre.

Y ahí, en medio de su propia crisis, Rev sabe exactamente lo que yo necesito oír.

Por eso es el amigo perfecto, y por eso no logro entender cómo puede pensar que él podría lastimar a alguien.

–¿Hablaste con Geoff y Kristin sobre esto?

–No –se vuelve a frotar la cara, los ojos humedecidos–. Me preocupa que no me dejen quedarme aquí si pasa algo. No quiero lastimar a ninguno de los niños...

–Rev, no vas a lastimar a nadie. Y ellos son tus padres. Te aman. No va a pasar nada. Te lo prometo. Absolutamente nada.

Se queda callado por un rato, y veo que está meditando mis palabras.

–Pero ¿y si pasa algo?

Nada va a poder quitarle eso de la cabeza en este momento. La idea ha avanzado poco a poco cual gusano y se ha alojado en su cerebro.

Me estiro y le golpeo la mano.

–Entonces me aseguraré de que no te metas en problemas, como tú haces conmigo.

Eso parece calmarlo. Me mira y gira la mano para tomar la mía, con fuerza.

–Hecho.

## Capítulo 37

De: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Para: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Fecha: Martes 8 de octubre 11:19:27 p. m.

Asunto: ¿Qué pasó?

Si te hice enojar, te pido disculpas. No fue mi intención.

Por favor, no dejes de hablar conmigo.

El aire de la mañana atraviesa mi ropa cuando cruzo el patio de Rev para pasar al mío. El sol se asoma entre las casas de la calle, pero se ve el destello de la escarcha en el césped, el primer indicio de que llega el invierno.

Todavía no son las seis, así que deslizo suavemente la llave en la cerradura y después apoyo el hombro contra el marco de la puerta, para que no haga mucho ruido.

No sé para qué me molesté. Alan está de pie en la cocina, revolviendo una taza de café. Levanta bien las cejas, mueve los ojos rápido hacia el reloj que está encima del fregadero y los vuelve a mi rostro.

–¿Dónde estuviste?

–Pasé la noche en lo de Rev.

–¿Estuviste fuera toda la noche?

–Sí –parece que esta conversación va a terminar mal en cualquier momento, así que me voy hacia la escalera. Alan me persigue mientras salgo de la cocina.

–¿No le avisaste a nadie que te ibas?

Yo sigo caminando. Él me sigue persiguiendo.

–Declan –dice mi nombre entre dientes–. Detente ya mismo. Quiero decirte algo.

Tomo el pasamanos y giro para subir la escalera... pero me detengo cuando me encuentro con mi madre que baja por los escalones.

Ahora estoy atrapado entre los dos.

–Declan –dice ella.

Por alguna razón, cuando me enteré de que estaba embarazada, me imaginé que se pondría como un globo de la noche a la mañana y que empezaría a usar camisas gigantes como carpas con lazos de encaje y faldas largas. Pero hoy tiene puestos unos jeans y una camiseta rosada. Lleva el cabello atado en una coleta y su piel se ve recién lavada.

Mi mano sujeta uno de los barrotes de la escalera con tanta fuerza que este vibra por la presión.

No sé qué decirle a mi madre. Trago saliva. Mi mente va y viene entre la necesidad de disculparme por tantas, tantas cosas y la necesidad de que se disculpe ella.

Mis ojos se vuelven otra vez a su figura. Nunca fue de contextura pequeña, pero tampoco es lo que uno consideraría gorda. Supongo que tiene cuerpo de madre. La camiseta le queda suelta, pero nada exagerado. Si yo no hubiera discutido con Alan en la sala de emergencias dos noches atrás, no creería que está embarazada.

Pero mientras estoy aquí mirándola, me doy cuenta de que está un poco más pálida de lo normal. No se le estiran las costuras de su ropa; por el contrario: los jeans se ven un poco más flojos que de costumbre.

–¿Estás bien? –le pregunto.

Ella asiente con la cabeza. Abre la boca, como si fuera a decir algo más, pero debe cambiar de idea porque no sale nada.

–¿Qué? –exijo saber, y ella retrocede un poco.

Siento la vergüenza enroscarse en mi pecho. Pienso en Juliet, cuando estaba sentada en mi auto, presionando la espalda contra la puerta. *Eres bastante hostil.*

–Estuvo fuera toda la noche –dice Alan desde atrás de mí–. Si no vas a hacer nada por esto, Abby, entonces lo voy a hacer yo.

–¿Ah, sí? –pregunto, dando media vuelta hacia él–. ¿Y qué vas a hacer?

–Me puedo quedar con tu auto hasta que aprendas a ser más responsable.

Me va a tener que dejar inconsciente si quiere quitarme las llaves. Me esfuerzo por mantener la voz baja y estable, para que eso no se convierta en una posibilidad real.

–No te vas a quedar con mi auto.

–Y quizás podemos desconectar tu teléfono –dice con los brazos cruzados sobre el pecho–, ya que no vas a ir a ningún lado.

Golpeo la pared. La lámpara del techo hace ruido.

–¡No hice nada malo!

–¿Te parece que está bien irte a escondidas y quedarte fuera toda la noche? –pregunta Alan con las cejas levantadas. Lo dice como si me hubiera estado inyectando heroína y jugando al póker.

–¡Estuve en lo de Rev! ¡Pregúntenles a Geoff y Kristin!

–No puedes irte así nomás sin avisarle a nadie...

Lanzo un resoplido, me muevo para pasar por al lado de mi madre y digo:

–Si igual no te importo un carajo.

–Declan –dice mi madre, apoyando una mano sobre mi brazo–. Espera. Él no se va a quedar con tu auto.

–¿Por qué haces siempre eso? –pregunta Alan en tono severo–. Siempre dejas que pasen estas cosas, Abby. Él necesita aprender.

No le hago caso. El contacto de mi madre se roba mis fuerzas. Me detengo en la escalera y la miro. La voz me sale ronca.

–¿Por qué no me contaste? –le pregunto.

Sus ojos se agrandan con levedad, pero ella no responde.

–¿Por qué crees? –dice Alan, con la voz cansada–. Después de lo que hiciste en la

boda, ¿piensas que te querríamos contar que íbamos a tener un bebé?

Retrocedo repentinamente, quitando mi brazo de la mano de mi madre, de un tirón. La ira me aprisiona el pecho y no me deja respirar bien. Una pequeña parte de mí tenía la esperanza de que esto los hubiera tomado por sorpresa, como a mí, pero el comentario de Alan confirma que mantuvieron el secreto a propósito.

Él se acerca a mí, y me doy cuenta de que está siguiendo mis movimientos, como si yo estuviera a punto de arrojar a mi madre por la escalera.

Piensa que soy un peligro para mi madre, para el bebé, para su nuevo intento de formar una familia.

¿A quién quiero engañar? Soy un peligro.

–Esa noche en la que estabas vomitando –le digo a ella–. Ya lo sabías.

Mi madre no dice nada, pero eso ya es respuesta suficiente.

–¿Vas a reemplazar a Kerry? –pregunto.

Ella hace una mueca de dolor, como si le hubiera dado un puñetazo en el estómago. Sus ojos enseguida se llenan de lágrimas.

Me odio en este momento.

–Quizás deberías tener más –digo, avanzando para pasar junto a ella, ya sin encontrar resistencia–. Quizás la próxima tengas un varón y también me vas a poder reemplazar a mí.

Un sollozo logra salir del pecho de mi madre.

Alan maldice y señala:

–La suerte que tendríamos.

Sus palabras están cargadas con una malevolencia tal que me parten al medio. Vuelvo a bajar por la escalera como si estuviera caminando bajo el agua. Tengo tantas ganas de golpearlo que mis manos piden el contacto a gritos, pero mantengo el control.

Mi madre no dice nada. Si nos peleáramos, se pondría a llorar, retorcería las manos y nos rogaría que paráramos... pero no tengo idea del lado de quién estaría.

Eso no es cierto. Sé muy bien de qué lado estaría ella. Lo demostró hace cuatro años, cuando me dejó conducir el auto. Lo evidenció en mayo pasado, cuando se casó con este tipo.

Pienso en los e-mails que intercambié con Juliet, en cómo me hizo sentir que mi vida valía la pena, que yo tenía algo para ofrecer. Pienso en mis conversaciones con Frank y la profesora Hillard, en cómo, por unos minutos, me hicieron sentir que yo era más que un fracasado y delincuente.

Pero la realidad es esta y nada más que esta: dos personas que deberían apoyarme están aquí destruyéndome.

Tengo el pecho tan tensionado que me parece que, en cualquier momento, voy a dejar de respirar.

–Dame las llaves –dice Alan.

–No hice nada malo –repito.

–¡No pierdes oportunidad para hacer algo malo! –ruge él–. Solo piensas en ti mismo, y cuando alguien hace algo que no te gusta, ¡te esfuerzas todo lo posible para destruirlo! ¿Por qué carajo crees que no te queríamos contar?

Todo mi interior se vuelve hielo.

Mamá me empuja para pasar y apoya una mano sobre el brazo de él.

–Basta, Alan. Por favor, basta.

Pero su voz no es fuerte. Es débil, llena de lágrimas. No me mira.

Igualmente, parece que las lágrimas funcionan. Alan maldice y se va como un torbellino a la cocina.

Se me ha entumecido el cuerpo. Estoy congelado en el lugar. No creo poder moverme.

Ella se da vuelta para mirarme. Soy más alto que mi madre, pero en este momento, parado dos escalones más arriba, ella se ve diminuta. Microscópica.

Darí cualquier cosa para que se acercara, para que me hablara. Quiero arrojar a



sus pies el teléfono y las llaves de mi auto. “Llévate todo”, quiero decirle. “No necesito nada de esto. Te necesito a *ti*”.

Pero no tengo oportunidad. Ella gira y se va detrás de Alan a la cocina.

Mis piernas ya no quieren sostenerme.

–Perdóname –grito, y se me quiebra la voz–. Perdóname, ¿sí? Perdóname por no haberlo llevado en el auto. Perdóname por haber dejado que Kerry fuera con él. Perdóname.

Ella no responde.

Tampoco vuelve.

Me dejan allí en la escalera, solo.

## Capítulo 38

De: La Oscuridad <LaOscuridad@freemail.com>

Para: Chica del cementerio <chicacementerio@freemail.com>

Fecha: Miércoles 9 de octubre 07:22:04 a. m.

Asunto: Hablar

No sé si puedo seguir con esto. No sabes nada de mí. No conoces mi verdadero yo.

Solo sabes lo que te he contado, pero esa no es la historia completa. Es solo una parte, como en tus fotografías. Te has formado una idea de mí basada en lo poco que has visto, y creo que está totalmente equivocada.

No soy buena persona, chica del cementerio. No soy bueno para cultivar cosas, solo sirvo para destruirlas.

No me necesitas.

Te mereces algo mejor.

Cierro el e-mail con rapidez y voy al chat. No se ve el punto verde... su nombre ha desaparecido por completo.

¿QUÉ?

Le escribo un e-mail apresuradamente y lo envío.

La respuesta inmediata no es la que esperaba.

*Este usuario no tiene una cuenta de Freemail. Por favor, vuelva a intentarlo.*

¿QUÉ? Estoy a punto de sufrir un colapso. No puede hacer esto. *No puede hacer esto.*

Y no tengo forma de encontrarlo.

Como una estúpida, trato de enviarle otro e-mail.

Como una estúpida, espero otra respuesta.

*Este usuario no tiene una cuenta de Freemail. Por favor, vuelva a intentarlo.*

–¿Juliet, estás bien?

El profesor Gerardi me mira detenidamente. El bolso de lona de mamá, con la cámara de rollo adentro, está apoyado en una pila a mi lado, pero tengo la vista fija en mi teléfono, tratando de recordar cómo hacer para que lata mi corazón.

–Sí –toso–. Sí, estoy... –me ahogo, trago saliva y obligo a mis palabras a que salgan–. No sé cómo estoy.

Un manajo de llaves tintinea en sus manos, y él estira la mano para abrir la cerradura de la puerta de su salón.

–¿Quieres pasar? ¿Viniste a trabajar con las fotos del anuario?

–No... yo... no –tengo que recobrar la compostura. Me meto el teléfono en el bolsillo–. Quería ver si podía usar el cuarto oscuro.

El profesor mira el reloj y hace una mueca.

–En diez minutos viene una alumna a rendir un examen.

–Sé cómo se hace.

–Ya sé –suspira–. Pero no me permiten dejar a alumnos solos con los productos químicos –vuelve la mirada hacia el bolso de lona–. ¿Quieres dejármelo? Puedo revelarlo yo y más tarde puedes venir a hacer las impresiones.

Doy un paso hacia atrás, como si él estuviera a punto de quitarme el bolso.

–No, necesito hacerlo yo.

–Bueno –vacila un momento, y su expresión se relaja–. ¿Esa es la cámara de tu mamá?

–Sí.

–¿Quieres dejar el bolso aquí? Puedo guardarlo en el armario junto con mis equipos.

Lo sujeto bien fuerte contra mi cuerpo. Lo he llevado conmigo toda la mañana, y es como si no pudiera dejar de sentir el olor de la lona y de la crema para manos que está adentro. Es como si llevara una parte de mi madre.

–No –respondo, negando con la cabeza. Tengo la voz ronca–. Gracias. ¿Quizás durante el almuerzo?

–Tengo reunión de profesores –dice él, haciendo una mueca–. Estoy libre después del último timbre. ¿Quieres usarlo durante esa hora?

Todo el día. Tengo que esperar todo el día. No estaba preparada para esto.

Mi subconsciente me susurra que ya esperé cuatro meses; seis horas más no deberían hacer diferencia. La cabeza me da vueltas.

–Pero entra un minuto –el profesor Gerardi enciende las luces–. Hice algunas impresiones de la fotografía que quiero usar para la cubierta del anuario. Te las quería mostrar.

La fotografía está impresa en papel brillante tamaño oficio. El profesor ha recortado la altura de la imagen original para que se pueda acomodar bien a lo largo de la cubierta y la contracubierta. Pero por lo que veo, no le ha hecho más cambios.

–Sé que quizás quieras hacer algunos retoques, mejorar un poquito el cielo –dice él–, pero para ser honesto contigo, no creo que haya que hacerle mucho más. Solo necesitaba un modelo para que el vicedirector lo aprobara.

Me quedo mirando la fotografía. Tiene razón: no necesita mucho más. El cielo es de un vivo color azul, con alguna que otra nube. Los rayos de sol entran por la izquierda. Las figuras de Declan y Rev tienen suficiente detalle para distinguir la expresión de su rostro, a pesar de que la ropa se ve oscura por la luz que está detrás de ellos. En la otra mitad, las porristas ofrecen un vívido contraste con el rojo y el blanco, el cabello y las faldas que brillan con intensidad. La fotografía es muy buena.

Quiero sentirme orgullosa, pero comparada con las fotos impactantes que estuvimos viendo anoche con Rowan y Brandon, esta fotografía no vale nada.

Los ojos del profesor Gerardi buscan algún indicio en mi rostro.

–¿Qué pasa?

–Nada –le devuelvo la fotografía.

–Puedes quedártela. Hice varias.

–Ah, bueno –no sé si quiero quedármela, pero la enrolló y la pongo en el bolsillo lateral de mi mochila. Me siento muy perdida hoy; estoy esperando a ver qué pasa cuando el mundo deje de dar tantas vueltas.

Una mano golpea el marco de la puerta, y veo a una chica que no conozco. Debe ser la otra alumna que espera el profesor. Me escabullo del salón.

En cuanto camino un poco por el pasillo, vuelvo a tomar el teléfono de mi bolsillo. El nombre de La Oscuridad sigue sin aparecer, y ha rebotado otro e-mail. ¿Por qué haría esto? ¿Qué pasó? ¿Qué cambió?

Vuelvo al chat y leo todas las conversaciones guardadas.

Las leo por segunda vez.

Me doy cuenta de que él nunca respondió mi pregunta directamente.

Tengo que ir a buscar a Declan Murphy.



No compartimos ninguna clase, de modo que lo encuentro en el almuerzo. Está sentado en el fondo de la cafetería, en la misma mesa en la que lo encontré ayer, y Rev tiene delante casi el mismo despliegue de recipientes.

Después de lo de ayer, la Juliet descarada ha desaparecido, y me quedo dando vueltas cerca de su mesa como una *groupie* nerviosa.

Rev es el primero en mirar hacia donde estoy. El abrigo que lleva puesto hoy es de un color óxido muy oscuro, la capucha es más grande y le ensombrece el rostro.

–Hola –me dice.

Declan apenas se molesta en mirarme. Clava el tenedor en una rodaja de pepino.

–¿Vienes a gritarme un poco más?

Trago saliva. No esperaba una reacción así. No sé por qué, si él tiene razón. Es verdad que ayer me volví loca. Por alguna razón, pensé que se acercaría y me diría: “Ah, hola. Descubriste quién soy. Perdón por haber borrado mi cuenta de e-mail secreta”.

En lugar de eso, de un mordisco quita el pepino del tenedor, me mira con ojos llenos de odio y dice:

–Ya hemos cubierto borracho y asesino. ¿Alguna otra acusación que me quieras hacer?

Rev lo mira, pero no dice nada. No puedo saber si siguen peleados, o si el ambiente está tenso solo porque aparecí yo.

La correa del bolso de mi madre se siente gruesa y húmeda debajo de mis dedos sudorosos.

–No dije que fueras un asesino.

–Fue casi lo mismo.

Esto no está saliendo para nada como yo esperaba.

–¿Podrías por favor dejar de comportarte como un imbécil y hablar conmigo?

–¿Por qué? –se levanta de la mesa y se acerca a mí–. ¿De qué quieres hablar, Juliet?

Parece un predador. Los momentos de vulnerabilidad que alguna vez alcancé a ver están bloqueados, no se los ve por ningún lado. Este es el Declan Murphy que conoce todo el mundo.

–¿Qué quieres? –me dice.

“Quiero saber si eres La Oscuridad”.

Pero no lo puedo decir. No quiero saberlo, ahora no. No puedo exponerme ante este Declan, especialmente si estoy equivocada.

–Lo siento –digo con voz suave.

–¿Qué? –pregunta él inclinándose hacia mí, incrédulo.

–Dije que lo siento –lo estudio. Tiene los ojos oscurecidos, como si no hubiera dormido mucho anoche, y la piel se ve áspera por una incipiente barba. Esta mañana nunca se molestó en buscar una máquina de afeitar. Una pequeña parte de mí quiere tocarlo, apoyar una mano sobre su mejilla y sentir su calor... o compartir el mío con él. Me acerco y digo:

–Lamento lo que dije.

–¿Qué quieres de mí? –pregunta él, sin bajar la guardia.

–¿Qué?

–Dije: ¿qué quieres de mí? Tu auto funciona. No me necesitas. ¿Qué haces aquí? ¿Rebajándote con los marginados?

–No, no estoy haciendo eso.

–Sí, estás haciendo precisamente eso.

–Dec –se oye la voz tranquila de Rev desde detrás de Declan–. No te desquites con ella.

Declan baja la vista hacia mí y me mira, respirando algo más rápido. Yo lo miro a él. A pesar de toda la ira y la agresión, echamos chispas de electricidad. Una vez más, tengo tantas ganas de que él sea La Oscuridad... pero al mismo tiempo, la idea me aterrera. Mi mano prácticamente pide a gritos tocar la de él, como si el contacto de piel con piel pudiera resolver el misterio de alguna manera.

–Toma –digo con tranquilidad–. Te traje algo.

Él pestañea, desconcertado.

Saco la fotografía enrollada de mi mochila y se la ofrezco.

Él la desenrolla, y un cielo azul de papel se extiende entre nosotros. Declan se queda muy quieto, con los ojos puestos en la fotografía.

Un minuto después, la suelta, y la fotografía se vuelve a enrollar en mi mano.

–Si Rev quiere que aparezca allí, está bien.

–¿Y tú? ¿Quieres que aparezca allí?

–Ya terminé de almorzar –Declan toma su mochila y se va.

–Espera, por favor –digo, siguiéndolo–. Por favor, hálame. Yo... Yo... –se me quiebra la voz. Los ojos se me llenan de lágrimas, y no me siento lista para tantas emociones.

“Yo te necesito”.

Pero no puedo decirlo. Ni siquiera estoy del todo segura de si lo necesito a él o si es a alguien más.

Declan baja un poco su crueldad. Se detiene, gira, me mira. Por primera vez en el día de hoy, sus ojos están llenos de sentimientos. Recuerdo que tenía esa misma expresión mientras sostenía el saco de arena. *Eres precisamente tan fuerte como yo pensaba.*

Darí cualquier cosa en este momento para que me toque. Pero no lo hace.

–Yo también lo siento –susurra él.

Después gira y se va de la cafetería. Me deja sola en medio de una multitud de alumnos.



# Capítulo 39

## BANDEJA DE ENTRADA: CHICA DEL CEMENTERIO

No hay mensajes nuevos.

Cada vez que me digo que no voy a volver a revisar mi teléfono, lo hago igual. No poder escribirle me está causando dolor físico. Lloré la muerte de mi madre, pero este es otro tipo de pérdida. Una eliminación hecha adrede. He leído su último e-mail tantas veces que puedo recitarlo de memoria.

*No me necesitas.*

Sí que lo necesito. Lo necesito de verdad.

Lo necesito en este instante, mientras echo productos químicos a un tanque que evita el paso de la luz, empapando la película de mi madre. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hice esto, y el profesor Gerardi anda rondando. Tuvimos que empezar el proceso en la oscuridad absoluta, mientras enrollamos la película en un carrito de metal, pero una vez puesto en el tanque, el profesor encendió las luces y echó el revelador.

El corazón me late tan rápido que me duele el pecho.

—¿Sabes qué hay en la película? —pregunta el profesor Gerardi.

Niego rápidamente con la cabeza. No le he contado la teoría de Brandon sobre el accidente, porque no quiero que detenga el proceso y llame a mi padre. Me aclaro la garganta; me cuesta hablar con este corazón galopante.

—Quizás sean muy gráficas —digo.

El profesor Gerardi levanta las cejas bien alto, deja de mezclar el baño químico y pregunta:

–¿Muy gráficas?

Me ruborizo furiosamente y me ahogo con una risa nerviosa.

–No en ese sentido. Podrían ser fotografías de zonas de guerra.

–Ah –él asiente con la cabeza y continúa echando productos químicos.

–Pero podrían ser de cualquier cosa. Tomar fotografías con la cámara de rollo era un pasatiempo para ella.

–Sí, me acuerdo.

Claro que se acuerda. Yo antes pasaba más tiempo en el salón del profesor Gerardi que en cualquier otra parte de la escuela.

Él mantiene la vista en los productos químicos mientras mide.

–¿Qué te llevó a hacer esto precisamente?

–No sé.

El profesor se queda callado, y no me mira. Mis palabras quedan allí flotando en el silencio durante un rato, hasta que me empieza a carcomer la culpa. Sí que sé, y él sabe que sé y está esperando que confiese.

–Brandon vino a casa anoche –digo en voz calma–. Se le ocurrió que ella podría haber tomado una fotografía del auto que la chocó. Nos fijamos en sus tarjetas de memoria, pero...

–¿No había nada?

–Solo fotografías de su último trabajo –respondo, negando con la cabeza.

El profesor se endereza y me mira.

–Ojalá me lo hubieras dicho esta mañana. No sabía que...

–No... está bien –me encojo de hombros y jugueteo con la cámara vacía, apoyada encima del bolso de lona. La tapa del lente está gastada en algunos puntos por la

presión que ella hacía con los dedos cuando la quitaba y la volvía a poner—. Es una posibilidad muy remota.

—Sí, es verdad. Pero igualmente, sería lindo ver las últimas fotos que tomó.

—Puede ser —trago saliva.

Suena la alarma del temporizador, y quito el revelador. El profesor está listo para echar el baño químico en el tanque. Estoy fuera de práctica, pero es como andar en bicicleta. Yo quito el líquido, él echa el otro, y se cierra la tapa con un chasquido. Él da vuelta el tanque, y otra vez tenemos que esperar.

—¿Has pensado un poco más en volver a la clase? —pregunta el profesor con voz serena.

Me encojo de hombros y empiezo a alinear las bandejas.

—¿Cómo te sentiste al fotografiar el Festival de Otoño?

En ese momento, pareció una tortura. Pero esta mañana, mientras estudiaba la foto de Declan, Rev y las porristas, recordé lo mucho que amo la fotografía, la posibilidad de capturar un punto en el tiempo, para siempre. Incluso si ninguna de las personas de la fotografía se volviera a cruzar con nadie más al terminar la secundaria, ese momento de amistad y separación ya ha quedado inmortalizado.

—Me sentí... bien.

El profesor se queda esperando, pero no digo nada más. Él me hace el gesto con las cejas que suelen hacer los profesores.

—¿Y...?

—Y... no sé.

—¿Extrañas hacer eso?

—A veces.

Él asiente con la cabeza y después me estudia.

—¿Resulta doloroso saber que esto es algo que compartías con ella?

—No, resulta doloroso saber que nunca voy a poder hacer lo mismo que ella. Hace

que todo parezca inútil –me quedo helada, con la mano apoyada en una bandeja. Eso es más de lo que quería decir. Más de lo que yo misma creo haber reconocido de repente.

El profesor deja de medir productos químicos para poner en las bandejas y me mira detenidamente.

–¿Inútil?

Me ruborizo porque podría parecer que estoy insultando su profesión. No sé de qué otra forma explicarlo.

–Ella estaba marcando la diferencia con sus fotografías. Yo no puedo hacer eso. No puedo ir a Siria y caminar entre edificios bombardeados. Apenas puedo conducir mi auto por la ciudad.

–Juliet, tienes diecisiete años. No debes avergonzarte por eso. Creo que te resultaría difícil encontrar en la calle aunque sea *una* persona que tenga la fortaleza física y mental para hacer algo así. Y solo porque tú no puedas hacerlo *ahora*, no quiere decir que no lo puedas hacer *nunca*.

Me quedo mirándolo, jugueteando con los dedos. No sé qué decir.

Él apoya las botellas y se da vuelta para mirarme de lleno.

–Mi hermano es bombero. No tengo idea de cómo puede entrar a edificios en llamas... pero él me dice que no tiene idea de cómo puedo pasar el día al frente de salones llenos de adolescentes. Solo porque alguien no esté arriesgando su vida, no quiere decir que el trabajo al que se dedicó siempre sea... *inútil*.

–No quise decir eso.

–Sé que no quisiste insultar a nadie, pero piensa en lo que estás dando a entender. Imagina que abandonas la fotografía, porque estás en todo tu derecho. Pero... ¿y entonces? ¿Qué profesión vas a encontrar que pueda estar a la altura de esta idea que tienes del trabajo de tu madre?

No sé. Nunca había pensado eso. Solo he pensado en que no puedo ser *ella*.

–Mi esposa también es fotógrafa –continúa el profesor Gerardi–. Fotografía bebés. Eso es todo... solo toma fotos de bebés. ¿Te parece inútil?

–No –respondo, tragando saliva, y dudo un momento–. Pero no le cambia la vida a nadie.

–¿Lo dices en serio? ¿Alguna vez viste la foto de un bebé? Como padre, te digo que la fotografía de un hijo es un verdadero regalo. El tiempo pasa muy rápido.

Aparece en mi mente la computadora de mi madre, el fondo de pantalla con una foto de cuando yo era bebé, acurrucada en su cuello. Se me entrecorta la respiración.

–No quiero ponerte mal –dice el profesor Gerardi en voz baja.

–No, no me pone mal –pero sí, un poco.

–Espera aquí –me dice, y desaparece en menos de un minuto. Cuando vuelve, tiene una foto en el teléfono. En la imagen, una mujer apoya los labios contra la frente de su hijo recién nacido. El cabello crespo del bebé resplandece como un halo.

–Mi esposa tomó esta fotografía –dice el profesor.

–Es hermosa.

–El bebé murió –dice con voz baja–. Menos de dos horas después. Contrataron a mi esposa para documentar el nacimiento, pero el bebé nació con una grave falla en el corazón.

–Bueno –digo, sintiendo cómo se me contrae la garganta–. Bueno.

El profesor mete el teléfono en el bolsillo.

–¿Oíste hablar de *Humans of New York*?

Niego con la cabeza.

–Un hombre llamado Brandon Stanton abrió una página de Internet en la que sube fotografías de personas que encuentra en la ciudad de Nueva York y les hace una pregunta. Después publica las fotos con lo que las personas dicen. Por alguna razón, le cuentan sus secretos más oscuros, sus recuerdos más dolorosos... y le permiten publicarlo en Internet. Millones de personas han visto sus fotografías. *Millones*, Juliet.

Sus fotografías han afectado a millones de personas, y todo fue porque un tipo empezó a dar vueltas por Nueva York y a tomar fotografías de extraños.

–Pero yo no soy así –susurro.

–Quizás no seas así todavía. Pero ya encontrarás tu propia manera de lograr un impacto en la gente.

Suena la alarma del temporizador, y él gira para darle al interruptor de la luz. Las lámparas del techo se apagan y son reemplazadas por las luces rojas. El profesor toma la película y empieza a desenrollarla.

–¿Quieres empezar por el final? Podríamos revelar las últimas cinco.

Mi corazón otra vez empieza a dar brincos, incapaz de calmarse después de todo lo que él ha dicho.

–Eh... sí, claro.

El profesor corta la película y levanta la tira, pero todavía es imposible ver lo que hay en ella. Tenemos que ponerla en la ampliadora, proyectarla sobre un papel y después sumergir el papel en productos químicos para que aparezcan las imágenes.

–Quizás me equivoque, pero no me parece que estas fotografías tengan que ver con un auto –dice el profesor con voz serena–. Parece una persona.

Mi mente empieza a llenarse de posibilidades. ¡Quizás es quien la chocó! ¡Quizás ella le tomó una fotografía! Pero la realidad pesa y aplasta esas ideas con un pisotón. Lanzo un suspiro.

–¿Quieres que paremos? –pregunta el profesor, mirándome.

–No, ya llegamos hasta aquí.

Después de proyectar las imágenes, ponemos el papel fotográfico en los baños que preparé. Mi corazón late con paso ligero, y pienso en que debo respirar.

–Sabes que... –dice el profesor Gerardi– hay personas que podrían pensar que el trabajo de tu madre no es para nada valiente.

–¿Como quiénes? –pregunto, mirándolo con ojos irritados.

–Como los soldados que están combatiendo en las guerras.

Ah. Con unas pinzas, me aseguro de que el papel esté sumergido por completo. Empieza a aparecer una imagen. Sé que no puedo acelerar el proceso, pero quisiera poder hacerlo.

–No estoy insultando a tu madre –continúa el profesor–. En absoluto. Su trabajo es increíble, e importante.

Sí, lo es. No es fácil comparar a mi madre con nadie. Es como hablar de la diferencia entre mi madre y mi padre, o de la diferencia entre la fotografía en color y la fotografía en blanco y negro, o de los arcoíris de colores vibrantes versus distintos tonos de beige.

Por eso esto es tan difícil.

Empiezan a aparecer unas líneas sobre el papel. Todavía no puedo distinguir mucho. Estas fueron sus últimas fotografías. Quizás sean algunos de sus últimos momentos. Es una oportunidad de ver a través de los ojos de ella.

Miro al profesor Gerardi y le pregunto:

–¿Puedo... puedo terminar de revelarlas sola?

Él duda un momento, mirando nuevamente los baños. No le permiten dejarme sola con los productos químicos, pero alguna vez supe ser una alumna especial con privilegios especiales. Pienso en su preciada Leica. Quizás sigo siendo especial.

–¿Por favor? –insisto.

–Bueno –responde él con un suspiro–. Voy a ir a la sala de profesores a buscar una taza de café –vacila un poco–. ¿Estás segura de que quieres estar sola?

Asiento con la cabeza y me llevo las manos a los ojos. La imagen se está volviendo más clara. Cabello despeinado, el contorno de un brazo.

El profesor Gerardi sale por la puerta calladamente, y se oye el chasquido del pasador. Estoy sola. El silencio ejerce presión a mi alrededor.

Se me nubla la vista, y pestañeo para despejarla. La imagen se ha procesado.

Tengo que pestañear otra vez. Mi madre me sonrío desde la fotografía, los ojos brillantes, el pelo hecho un enjambre de rizos y mechones enredados.

Está desnuda. Está en una cama. Un brazo le cubre un pecho, pero el otro está al descubierto sin pudor alguno.

Se me para el corazón.

Se revela la bandeja siguiente. Otra de mi madre, también desnuda. Se está riendo en esta, tratando de alcanzar la cámara.

La bandeja siguiente. Brazos enredados. Un cuello borroso, el cabello negro. El contorno de un mentón.

Las lágrimas se enfrían sobre mis mejillas.

La bandeja siguiente. Mamá se ríe y lucha contra alguien, un brazo musculoso le rodea el cuello, tratando de meterla en la fotografía. Una *selfie* a la antigua, tomada con una cámara en lugar de con un teléfono. El otro rostro está cortado en gran parte, pero mis ojos se clavan en ese brazo musculoso.

No pertenece a mi padre.

La bandeja siguiente. En esta *selfie* salieron los dos. Tomo la fotografía en mis manos, sin prestar atención a los productos químicos que me chorrean por los brazos.

Es Ian, el editor de mamá. Tiene el torso desnudo y la abraza contra su cuerpo. Ella mira hacia arriba, acurrucada contra el cuello de él.

Pienso en mi padre, que estuvo inmerso en una neblina durante meses.

Ella lo estaba engañando. *Lo estaba engañando.*

Levanto la cámara y la arrojo contra la puerta con todas mis fuerzas. Explotan vidrios y plástico, y caen desparramados en el suelo con un tintineo.

¿Cómo pudo? Su bolso está abierto enfrente de mí, y el olor de su crema se mezcla con el de los productos químicos. ¿Cómo pudo hacerle esto a él?

Tomo la crema y la arrojo al mismo lugar que la cámara. Estoy sollozando. La odio. La odio.



Agarro sus pañuelos. Presiono el paquete contra mis ojos y lo revoleo. *La odio.*

Tomo su tarjeta de embarque, con ganas de hacerla pedazos, y la hago un bollo. Las esquinas dobladas se clavan en mi piel. Quiero tajearme toda la piel, si eso puede aliviar este dolor.

*Ella lo estaba engañando.*

Siento que me engañaba a mí también. Se suponía que su amor debía ser para *nosotros*, no para alguien más.

—¿Cómo pudo hacer esto? —susurro.

Me quedo allí parada, sollozando con las manos que me cubren el rostro. El profesor Gerardi me va a encontrar así, llorando mientras miro la tarjeta de embarque de ella.

La idea alcanza para traerme de un tirón de vuelta al presente. Hay fragmentos de vidrio y plástico por el suelo, resplandecientes bajo la luz roja. Hay salpicaduras de productos químicos por todos lados. El profesor Gerardi se va a poner como loco. Estiro el papel grueso, como si eso fuera a devolver todo a como estaba antes. La tarjeta de embarque está empapada, pero la fecha está escrita en letras enormes, justo en el medio:

MIÉR 22 MAYO

*Momento.*

Pero no hay forma de confundirse. Las letras tienen al menos dos centímetros de alto.

MIÉR 22 MAYO

Pestañeo unas veces, como si mis lágrimas pudieran haber convertido “SÁB” en “MIÉR”, o “25” en “22”.

Otra vez se me para el corazón.

Vuelvo a estirar la tarjeta de embarque y la presiono contra el borde de la mesa. Tiene que haber un error. Esta tiene que ser una tarjeta anterior. Tiene que ser la de

alguna conexión.

No es una tarjeta anterior. Este era el vuelo con el que volvió al país.

Tres días antes de lo que la esperábamos. Tres días antes de morir.

Repentinamente, la voz de Brandon Cho retumba en mi cabeza.

*La calle Hammonds Ferry no está camino al aeropuerto.*

Ella regresó antes, exactamente como yo le había rogado. Vino tres días antes.

Pero no para estar con nosotros.

## Capítulo 40

De: Elaine Hillard–INGLÉS <EHillard@Hamilton.edu>  
Para: Murphy, Declan <Declan.Murphy@Hamilton.edu>  
Fecha: Miércoles 9 de octubre 03:11:53 p. m.  
Asunto: Invictus

Declan:

Tuve la oportunidad de leer el ensayo que escribiste en clase acerca de “Invictus” y me gustaría comentarlo contigo. ¿Tendrás tiempo para pasar por mi salón mañana por la mañana antes de tu primera clase? Estaré en mi salón para las 6:30 a. m.

Muchas gracias,  
Profesora Hillard

Leí el e-mail mientras cortaba el césped, porque Frank me va a decir de todo si me detengo. Aunque pensándolo bien, con lo que pasó ayer, quizás no lo haga. Después de haber recibido e-mails de la chica del cementerio durante semanas, este es un poco deprimente. Nada augura un día increíble, como reunirse con una profesora de Inglés a las seis y media de la mañana.

Me meto el teléfono en el bolsillo y deslizo la mano dentro del guante.

Por la vigésima quinta vez en el día de hoy, quisiera poder volver a ese momento en la cafetería. Quisiera poder contarle a Juliet. Quisiera poder abrazarla y susurrarle la verdad.

Pero en lugar de eso, no puedo moverme de esta cortadora, y no sé si ella volverá a hablarme alguna vez.

No sé si volveré a dormir en casa alguna vez.

Rev dijo que Geoff y Kristin me van a dejar dormir allí unas noches, pero piensan que mamá, Alan y yo deberíamos sentarnos a hablar.

Por eso tengo casi tan pocas ganas de ir a la casa de Rev como de ir a la mía.

Pedí disculpas.

Pedí disculpas, y mi madre no dijo nada.

Eso me aprieta el pecho como un tornillo de banco que no quiere aflojar.

El cielo está cubierto, y cae una leve llovizna en el cementerio, pero no me molesta la lluvia que gotea por mi camiseta.

El clima hace que la gente no quiera venir, y eso me facilita el trabajo. La música llena mis auriculares y me ensordece con la misma eficacia que la cortadora.

Un movimiento fugaz me sorprende, y levanto la mirada de la monotonía del césped y del granito gris. Una chica está corriendo por el cementerio.

*Juliet.*

Un sentimiento de pánico me atraviesa como un rayo. Debe haberse dado cuenta. Viene a hablar cara a cara.

Pero no. Se patina sobre el césped mojado y cae en frente de la tumba de su madre. Está al otro lado del campo, pero incluso a esta distancia puedo ver la angustia y el dolor que invaden su rostro.

Está gritando.

Está golpeando la lápida.

Giro la llave y apago la cortadora. Me echo a correr.

Para cuando llego a Juliet, veo que tiene los dedos ensangrentados e hinchados. El rostro está surcado por lágrimas, y la voz se le ha vuelto ronca. No puedo entender lo

que dice entre sollozos, pero apenas se da cuenta de que estoy allí. Vuelve a dar un golpe contra la lápida.

La sujeto y forcejeo con ella hasta que logro abrazarla.

–Juliet. Juliet, detente.

Su ira es tan pura que espero que siga forcejeando y luchando para continuar con su ataque a la lápida. Pero se desploma sobre mí y se queda llorando contra mi pecho. Sus manos se aferran a mi camiseta como si fuera un salvavidas.

–Está bien –digo, a pesar de que es muy obvio que no. La abrazo con fuerza mientras susurro contra su cabello. Me quito los guantes de trabajo con los dientes y le acaricio la espalda–. Está bien.

La lluvia fría ha traído una bruma que cubre el cementerio, y eso nos ofrece la ilusión de que tenemos privacidad. Se siente el aroma del césped recién cortado, mezclado con la fragancia de Juliet, canela y vainilla o algo que transmite calidez.

Cuando parece haber pasado la peor parte del llanto, bajo la cabeza para hablarle a la altura de su sien:

–¿Quieres sentarte?

–Lejos de ella –responde Juliet entre sollozos y negando ferozmente con la cabeza.

–Bueno. Aquí, entonces –la llevo unos metros hacia atrás, a una lápida más vieja que nunca nadie ha visitado en el tiempo que yo he estado aquí. Nos sentamos y nos reclinamos contra la parte de atrás de la lápida.

Juliet sigue aferrada a mí. Incluso cuando nos sentamos, se inclina hacia mi lado, y siento su calidez mientras se apoya sobre mi costado. Una llovizna cae suavemente desde las nubes, me refresca el rostro y se mezcla con las lágrimas de ella.

–¿Quieres hablar de lo que pasa? –pregunto.

–No –se seca las lágrimas de la cara con las manos.

–Bueno –bajo la mirada hacia ella. La lluvia acumulada en su cabello lo ha llenado de gotitas de luz. Una raya larga de rímel le recorre la mejilla. Sentir su cuerpo

apoyado sobre mí es lo mejor y lo peor que he sentido en la vida.

Alzo la mano y acaricio la línea de maquillaje con un dedo.

–Ojalá no lo hubiera hecho –suspira ella, con los ojos cerrados. Se le quiebra la voz y empieza a llorar otra vez.

–Shh –mis labios le rozan la sien. Me quedaría abrazándola en el cementerio para siempre–. ¿Qué es lo que ojalá no hubieras hecho?

Ella se endereza un poco y se corre de la cara el pelo empapado por la lluvia. Le tiemblan los dedos. Le tiembla todo.

–Mi madre era fotógrafa. Revelé un rollo de película de ella. Las fotografías que tomó antes de morir. Ojalá no lo hubiera hecho.

Claro. Juliet iba a hacer eso hoy.

Como acto reflejo, manejaría esto de la misma forma en que he manejado todo lo demás: haciéndole pensar que no conozco cada detalle de su dolor desde el otro lado de una conversación por e-mail.

Pero no puedo hacerlo. No mientras sus lágrimas me empapan la camiseta.

–¿Qué encontraste? –pregunto, corriendo un cabello de sus ojos.

A Juliet se le frunce la cara, y la apoya contra mi hombro. Espero una nueva tanda de lágrimas, pero ella respira hondo para no llorar y habla mientras sigue apoyada contra mi camiseta. Su voz es muy débil.

–Ella lo estaba engañando.

–¿Estaba qué?

–Lo estaba engañando... a mi padre. Volvió tres días antes de lo que pensábamos.

“Ah. Ah, guau”, pienso.

–Así que las fotografías...

–Yo no sabía qué iba a encontrar, ¿sabes? Pensé que quizás eran fotos de su trabajo, o de gente interesante que había conocido. Ella a veces hacía eso: tomaba fotografías de personas que le llamaban la atención, no porque pensara que debían

aparecer en el periódico *The New York Times*, sino porque pensaba que merecían capturarse en una imagen.

–Pero no eran fotos así.

–No –ella lanza un resoplido, en parte un sollozo–. Eran fotografías de ella en la cama con su editor.

–¿En la cama? –pregunto, alzando tanto las cejas que casi me tocan el pelo–. O sea...

–En la cama. Desnudos. No hay dudas.

–¿Desnudos?

–Sí. Desnudos.

–Guau.

–La odio –las palabras salen de su boca como si fueran cuchillos. Ahora la siento tensionada. La ira va en aumento y reemplaza a la amargura.

–¿Revelaste las fotografías en la escuela?

Ella asiente con la cabeza, aunque con cierta rigidez.

–¿El profesor estaba contigo?

–No. Había ido a buscar un café para que yo pudiera revelarlas sola.

–Seguramente se habría cagado encima.

Ella lanza una risita, sorprendida. Es lindo oír ese sonido, y daría cualquier cosa por hacerla reír otra vez, en especial ahora.

–Quizás –dice ella. Se endereza para mirarme, y su expresión se torna seria. Nos quedamos sentados en medio de la bruma, oliendo el aroma de la lluvia y del césped recién cortado.

Quiero estirar los brazos y abrazarla otra vez.

No puedo. No tengo idea de cuánto sabe ella, y esto de *no* saber me está matando.

“Dile. Dile. Dile”.

Antes de poder decirle nada, ella se aleja y se sienta con la espalda apoyada contra

la lápida. Solo nos separan unos centímetros, pero parece que fuera un kilómetro.

–Dios. No sé qué le voy a decir a mi padre.

–¿Hace falta que le cuentes?

–No sé –ella gira para mirarme, y su boca queda a la distancia de una mano de mi boca–. No parece justo contarle... pero tampoco parece justo verlo llorar por una mujer que no lo merece.

–Nada de esto es justo, Juliet –niego con la cabeza y pienso en Alan–. Nada.

–Lo sé –su voz se oye baja, sus ojos están llenos de resignación.

–Sé que lo sabes.

–Si se tratara de tu padre, ¿le contarías?

Ella sigue tan cerca de mí, y lo que dice tiene un carácter tan íntimo que es como si fuera una de nuestras conversaciones como entre la chica del cementerio y La Oscuridad. Podría cerrar los ojos, olvidarme de quiénes somos realmente y hablar con ella para siempre.

–Sí –respondo.

Ella resopla y aparta la mirada.

–Claro que lo harías. Tú no tienes miedo de decirle nada a nadie.

Me quedo inmóvil, sin saber si eso es un insulto o un halago.

Sin saber si lo que dijo es realmente cierto.

Rev me dijo que era un mártir por no haber pedido ayuda en mayo, cuando estaba sentado en una comisaría, muerto de miedo después de que los policías me dijeran que tendría que esperar hasta el día siguiente para que alguien me fuera a buscar. Pero la cantidad de rechazos que uno puede soportar tiene un límite, y después uno se rinde y deja de intentarlo.

O quizás Rev quiso decir que soy un mártir precisamente por pensar eso.

Juliet vuelve la mirada hacia mí y se seca las lágrimas de las mejillas.

–Perdón por haber perdido el control.



–No tienes que disculparte por eso –le digo, mirándola como si estuviera loca.

–Sé... –vacila un momento y después se arma de valor–. Sé que no quieres hablarme más.

La miro fijo a los ojos. ¿Me está hablando a *mí*, o le está hablando a La Oscuridad? He enredado tanto todo esto que ya no tengo forma de saberlo.

“Dile”.

–Ay, Juliet –digo en voz baja, pasando los dedos por su cabello–. No es eso para nada.

Ella gira hasta que se pone de rodillas y queda a la misma altura que yo.

–¿Entonces qué pasa?

–Estamos yendo por caminos diferentes –explico–. Y el tuyo te va a sacar de este lío. El mío parece estar decidido a destruirme.

Se queda muy quieta. Corre una brisa por el cementerio y pasa entre nosotros. Los ojos de Juliet se estrechan, solo un poco, y noto que ella me mira detenidamente.

–¿Cómo sabías que yo estaba aquí?

–No lo sabía. Te vi –el calor me sube a las mejillas, y luego señalo la cortadora–. Trabajo aquí, digamos.

–Servicio comunitario –lo dice sin ninguna intención de crítica.

–Sí –encuentro sus ojos y deseo que este momento dure para siempre.

–¡Juliet! –un hombre de mediana edad corre por el cementerio, resbalándose un poco sobre el césped–. ¡Juliet!

–¡Papá! –exclama ella, poniéndose de pie con dificultad.

Incluso a quince metros de distancia, se puede ver el alivio en el rostro del hombre.

–Ay, gracias a Dios –exclama él–. Gracias a Dios.

–¿Qué pasa? –pregunta ella. Otra vez se oyen lágrimas en su voz.

El hombre llega adonde estamos nosotros, y envuelve a Juliet en un abrazo.

–Tu profesor dijo que habías dejado todo hecho un desastre y que habías salido

corriendo. Estábamos preocupadísimos. Yo estaba por llamar a la policía.

Él la abraza bien fuerte, y Juliet está llorando.

–Perdón, papá. Perdón.

–Está bien –dice él–. Está bien. Ya estás conmigo. Podemos ir a casa.

Doy un paso hacia atrás para alejarme de ellos. Estoy del lado de afuera, mirando hacia dentro. Tengo en frente de mí una familia de verdad. Estoy seguro de que su papá no va a llevarla a casa y después abrir un cajón de cerveza... ni va a empezar a decirle que está contando los minutos para que ella termine tras las rejas.

Me agacho para levantar los guantes del suelo. Frank va a venir para este lado en cualquier momento y se va a quejar de que se está yendo la luz.

–¡Espera! –Juliet se aparta de su padre y, una vez más, me mira sin aliento–.  
Declan.

–Juliet –mantengo mi distancia. El hechizo se ha roto.

Pero ella se acerca, y después hace algo mejor: toma el frente de mi camiseta y me jala hacia delante.

Por medio segundo, me explota la cabeza porque pienso que se viene un momento de película en el que ella me va a besar. Y después nos vamos a sentir súper incómodos porque su padre está allí.

Pero no, ella solo me acercó para susurrarme algo. Siento la calidez de su aliento en mi mejilla, dulce, perfecto.

–Nos equivocamos –dice ella–. Tú trazas tu propio camino.

Después gira, toma la mano de su padre, y me deja solo en el medio del cementerio.



La oscuridad cubre las calles con su manto cuando finalmente me voy del cementerio, y la llovizna parece haber alejado a la gente de las carreteras. Mi corazón no parece poder recuperar un ritmo constante, por el contrario, parece estar contento alternando entre brincos de alegría y tropezones de borracho. Estoy yendo a lo de Rev, pero la

adrenalina me corre por debajo de la piel como ráfagas. Todo parece estar inconcluso, un lío de emociones desparramadas que no dejan de dispersarse cuando intento reunir las y ponerlas en algún tipo de orden.

*Tú trazas tu propio camino*, me dijo Juliet.

He estado pensando en eso desde que ella se fue con su padre, junto con el comentario que hizo Rev acerca de que yo era un mártir. Ambas ideas han estado dando vueltas en mi cabeza. *Nos equivocamos*.

Ve un auto más adelante, detenido al costado de la ruta, con las luces de emergencia resplandecientes entre la bruma. Un déjà vu me pega de lleno en el pecho: este es el mismo lugar donde ayudé a Juliet.

Después me doy cuenta de que también reconozco este auto. Es un sedán plateado que pretende ser elegante, pero fracasa de manera lamentable, como si el tipo hubiera querido un BMW, pero solo pudo comprar un Buick.

Lo sé porque este es el auto de Alan.

Él está de pie junto al auto, hablando por el teléfono celular, con la vista baja mirando el capó.

Durante una décima de segundo, pienso en pasarle por encima.

Bueno, quizás durante todo un segundo.

Sale vapor de debajo del capó. Alan levanta la vista mientras me acerco. Se nota la expectativa en su rostro. Debe estar esperando una grúa.

Ve que reconoce mi auto. Ve que espera a ver si me detengo.

Ve un gran blanco con pantalones caqui y camisa.

Lo que me dijo esta mañana me acribilla la piel, como si me estuviera disparando con un rifle de aire comprimido.

Pienso en cómo me disculpé, parado en la escalera, y ellos no dijeron nada. No hicieron *nada*.

De repente, me tiemblan los dedos, aferro el volante y paso de largo.

Y entonces, de la nada, aparece en mi mente un verso de ese poema de porquería:  
*Agradezco a los dioses que fueren por mi alma inconquistable*<sup>1</sup>.

Freno y doy la vuelta en la esquina siguiente. Los latidos de mi corazón siguen con un ritmo sincopado, y no sé si voy a ayudar a Alan o si le voy a dar un puñetazo en la cara.

Cuando me detengo detrás de su auto, sus ojos denotan sorpresa, pero él la aplasta con facilidad. Todavía tiene el teléfono al oído, y cuando salgo de mi auto, me echa con un ademán de la mano.

–Estoy bien –exclama–. Sigue tu camino.

Qué imbécil es.

Voy hacia él de todos modos. El vapor que sale del capó sigue subiendo en espirales. El idiota ni siquiera ha apagado el auto.

–¿Quieres que lo vea?

–Ya estoy hablando con el automóvil club.

–¿Y qué? ¿Te vas a quedar parado bajo la lluvia durante dos horas? Abre el capó, Alan.

–Ve a casa, Declan –dice él, poniendo una mano sobre el micrófono del teléfono–. No te necesito.

–Eso ya me quedó claro –igualmente abro la puerta de su auto y jalo de la palanca para abrir el capó. Después giro las llaves para apagar el motor.

Cuando me enderezo, Alan está a mi lado. Ya no tiene el teléfono al oído.

–¿Qué haces? –pregunta.

–Me robo tu auto –le respondo–. Llama a la policía.

A Alan se le tensa la mandíbula y sus ojos me miran con enojo, pero lo esquivo y voy a levantar el capó. Brota vapor del motor y ambos tenemos que retroceder, agitando las manos para disiparlo.

Después nos quedamos los dos de pie, los ojos clavados en el motor.

De repente, recuerdo estar así con mi padre. Él me hacía preguntas y me daba palmadas en el hombro cuando respondía todas bien. Después llamaba a alguno de sus amigos del taller para que viniera a escuchar “al chico” recitar los componentes del motor de un Thunderbird de 1964. Aún recuerdo cómo era sentir que yo era parte de algo.

No recuerdo cuándo fue la última vez que sentí eso.

–¿Ves algo? –pregunta Alan después de aclararse la garganta.

–Sí. Veo que se reventó una manguera del radiador –señalo el lugar en el que evidentemente se abrió la goma negra.

–Entonces necesito una grúa de todas maneras –Alan suena un poco petulante.

–Sí –digo yo–, si quieres pagarle a un mecánico trescientos dólares. En realidad, solo necesitas veinte dólares y una tienda de autopartes que esté abierta. Te lo puedo arreglar en diez minutos.

Él se queda estudiándome. Le tiembla un poco la mandíbula.

Esto lo está *matando*.

Ojalá pudiera decir que estoy disfrutando de esto. Pero no, estoy agotado.

–Vamos, Alan. Estuve tres horas trabajando en el cementerio. ¿Quieres que te ayude o no?

No responde enseguida, pero se ha desvanecido parte de la aprensión que se veía en su rostro; me evalúa.

¿Creerá que lo estoy engañando? No me voy a quedar aquí parado. Me doy vuelta y voy hacia mi auto.

–Está bien. Como quieras. Espera a la grúa –me siento al volante de mi Charger y giro la llave. Enciende enseguida.

–¡Espera! –Alan trota por el camino que marcan los faros de mi auto, y se detiene al lado de la puerta del acompañante. Jala de la manija, pero la puerta está trabada.

Lanzo un fuerte suspiro y me inclino para quitar la traba. Un momento después,

está sentado en el asiento de al lado, y los dos estamos tan incómodos que es un milagro que pueda poner el auto en primera. Curiosamente, me recuerda a la noche en que Juliet estaba sentada a mi lado. Alan está tan alejado de mí que si encaro una curva con fuerza, va a salir rodando.

–¿Piensas que te voy a acuchillar o algo por el estilo? –pregunto, volviendo la vista hacia él.

–¿Te estás burlando de mí? –dice con los ojos estrechos.

–Sí.

Alan maldice por lo bajo y se mueve. Queda una décima de centímetro más cerca de mí.

Nos quedamos los dos en completo silencio durante algunos kilómetros.

–¿De verdad piensas que lo podrás arreglar tan fácilmente? –pregunta él.

–Sí.

Más silencio.

Tose. Otra vez se mueve en el asiento, incómodo.

–¿Sabes dónde hay alguna tienda de autopartes abierta?

–No, estoy buscando un precipicio. Ponte el cinturón.

–Cuidado con tu actitud –dice él, con un destello de ira en los ojos.

–Gracias, Declan –digo en voz baja–. Te agradezco mucho que te tomes el tiempo para...

–¿Quieres decirme algo, nene? Dilo.

–Bueno –giro el volante con brusquedad hacia la derecha y prácticamente doy un frenazo en la zanja. El freno de mano hace un fuerte ruido, y me quito el cinturón de seguridad.

Alan no se mueve, pero puedo sentir la aprensión en el auto, como si pensara que quizás lo traje hasta aquí para tener un lugar donde desechar el cuerpo. No me

merezco eso, y el Declan de ayer probablemente se habría bajado del auto con el rabo entre las patas y hubiera vuelto caminando a casa.

*Tú trazas tu propio camino.*

Va a hacer falta una topadora para esto. No sé qué va a salir de mi boca, pero tomo aire para hablar.

–Espera –dice Alan con la voz baja, casi imposible de oír. Ha levantado una mano entre nosotros, pero está mirando por el parabrisas–. Espera.

Lo dice como si arrojara el guante. Espero.

–Tienes razón –dice él–. Gracias.

Incluso mi corazón se detiene un momento, para asegurarme de que lo oí bien. Alan no se detiene ahí.

–También te debo una disculpa por lo que te dije esta mañana –tiene la voz ronca, pero firme–. Me pasé de la raya, demasiado.

Es bueno que haya estacionado el auto al costado de la ruta porque si no, estaría virando y cayendo en una zanja en este momento. Mantengo la vista en el volante. No sé si quiero que se disculpe, pero oírlo decir eso desarma un poco algo dentro de mí.

–No soy mi padre –digo, finalmente mirándolo–. Y quiero que dejes de tratarme como si lo fuera.

–Lo sé –él asiente con la cabeza con lentitud–. Sé que no eres tu padre –se queda callado por un momento, pensativo–. Pero... la verdad es que no pierdes oportunidad para recordarme que yo tampoco soy tu padre.

–¿De qué hablas? –pregunto, inmóvil.

–Quizás yo no sepa nada sobre autos deportivos *vintage* –me dice Alan, mirándome– ni tenga un taller mecánico ni beba bebidas alcohólicas fuertes ni fume cigarros ni haga ninguna de las cosas hipermasculinas que hacía tu padre, Declan, pero no soy malo. Solo porque sepa más sobre pólizas de seguros que de carburadores no quiere decir que sea un pobre fracasado. Amo a tu madre y la trato bien. Gano buen

dinero, y hago todo lo que puedo para darles lo que ustedes dos necesitan. Pero nunca, *ni una vez*, me has hablado sin desdén.

Pienso en mis ahorros, agotados en un segundo para pagar a mi abogado. Pienso en la noche de su boda, cuando él me dejó en la cárcel. Tenso la mandíbula y miro furioso por el parabrisas.

–Eso cuenta para ti también –le digo.

–Lo sé.

Los dos nos quedamos callados, hasta que el susurro de la lluvia que cae sobre el techo del auto llena el espacio que hay entre nosotros con ruido blanco. Es tarde, y yo debería seguir conduciendo, pero esta es la primera vez que Alan y yo hemos hablado directamente. Es exasperante, pero también adictivo. No me quiero detener. Quiero ver adónde va.

No, quiero ver adónde lo puedo llevar.

–¿Por qué? –le pregunto, mirándolo detenidamente.

–¿Quieres que te diga la verdad?

No sé.

–Sí.

–Amo a tu madre –dice Alan, frotándose el mentón–, pero en cierta manera, ella es muy pasiva. Es buena persona, pero demasiado permisiva. Es fácil para los demás aprovecharse de ella. Cuando empezamos a salir y supe lo que había pasado con tu padre, después vi toda la libertad que ella te daba, combinada con tu actitud... me formé una imagen en la cabeza. Pensé que entendía perfectamente lo que pasaba contigo. Pensé que necesitabas que alguien te pusiera límites –duda un momento, y su voz adopta un tono compungido–. No me di cuenta de que tu madre y tu padre dejaron que tú descifraras tus propios límites, mucho antes de que yo llegara.

Tiene la voz calma, sensata. En parte no quiero confiar, pero realmente parece que es la verdad.



–No sé qué quiere decir eso –comento.

–Quiere decir que te negaste a subir a ese auto con tu padre –me dice él con voz baja y firme.

Se me hace un nudo en la garganta que me toma desprevenido, pero *no* voy a llorar en frente de él. Logro hablar en medio del calor que se está acumulando en mi pecho, pero mi voz apenas supera el nivel de un susurro.

–Fui egoísta.

–Declan, hay una gran diferencia entre *egoísmo* y *supervivencia* –Alan hace una pausa y después aparta la mirada–. Hasta hoy a la mañana, de verdad, yo no sabía lo que te habías forzado a hacer por el alcoholismo de tu padre. No tenía idea.

Me aclaro la garganta, pero sigo con la voz ronca y digo:

–Sabías lo que pasó con Kerry.

–Sabía que tu hermana había muerto, y que tu padre había tenido la culpa. No tenía idea de que ellos esperaban que tú lo cubrieras, no de esa manera –Alan hace una pausa, y su voz se oye áspera–. Me enojé tanto cuando ella me contó esta mañana.

Lo estudio. Quiero que eso sea mentira. Con cada respiración, siento que tengo la garganta en carne viva.

Alan niega con la cabeza, y ahora que lo miro bien, parece que a él también la vida lo ha reventado contra la pared un par de veces. Continúa:

–Ni siquiera puedo seguir enojado con ella. Abby ha estado tan nerviosa por ti y este bebé –le tiembla la respiración, solo un poco–. Tan nerviosa. Creo que por eso terminó en el hospital. Todo el estrés, además de que todo lo que come la hace vomitar.

La ira y la vergüenza me dan ganas de hacerme un bollo. Otra vez me siento como un monstruo.

–Yo nunca la lastimaría –me tiembla la voz–. Nunca lastimaría al bebé.

–¿Que lastimarías a tu mamá? –se ve sorprendido–. No nos preocupaba que

lastimaras a tu mamá, o al bebé.

–Pero dijiste...

–Estábamos preocupados por *ti*, Declan –ahora se ha vuelto hacia mí para mirarme de lleno–. Teníamos miedo de que *tú* te lastimaras.

Presiono los brazos contra el estómago y cierro los ojos con fuerza.

–¿No lo sabes? –dice él–. Cada vez que sales de la casa, a ella le aterra la idea de que lo vuelvas a hacer.

No. No lo sabía. No tenía idea. Pienso en el rostro de mi madre la noche del baile de los exalumnos, en sus ojos fijos en los míos, en la suavidad de sus dedos mientras me corría el pelo de la cara.

–Ella nunca me habla –digo, y se me quiebra la voz–. Esta mañana, no me quiso hablar.

–Se siente muy culpable –dice Alan con voz baja–. Tiene mucho miedo de decir algo equivocado que te aleje aún más. Le aterra perderte a ti también.

–Eso no lo sabes –trato de no llorar, me seco los ojos con la manga.

–Declan, prácticamente no habla de otra cosa más que de eso –Alan apoya una mano sobre mi hombro. Me quedo inmóvil y mantengo la vista fija en el volante, pero él la deja allí.

–¿Entonces por qué no me habla? –exijo saber.

–No sé –responde Alan, vacilante–. No es perfecta. Ninguno de nosotros es perfecto. No creo que ella sepa cómo solucionarlo. De seguro que yo no lo sé. Pero hace quince minutos, no creía que tú y yo pudiéramos tener una conversación civilizada, así que quizás las cosas pueden cambiar.

Asiento con la cabeza. Quizás.

–Si te hago una pregunta –dice Alan con voz calma–, ¿me puedes responder la verdad?

Afirmo con un gesto de la cabeza, donde todavía retumba lo que él dijo antes.

*Estábamos preocupados por ti, Declan.* Las palabras se han expandido y ahora llenan mi cerebro.

–¿Has pensado en volver a intentarlo?

Me alegra tanto de que esté oscuro fuera del auto. No puedo mirar a Alan en este momento. Ojalá no hubiera prometido responder la verdad.

–A veces... –digo–. Nunca como... aquella noche. Pero... a veces.

Alan asiente con la cabeza y pregunta:

–¿Alguna vez has sentido la necesidad de hablar con alguien sobre eso?

–¿Alguien como un terapeuta?

–Claro. Le dije a Abby que podríamos ir todos. O solo ella, o solo ustedes dos, o incluso tú solo o...

–Bueno –se siente bien decir eso. Estoy exhausto, como si me hubieran estrujado. No soy tan optimista como para pensar que esta conversación es el comienzo de una relación con Alan que será mágicamente genial, pero tengo cierto grado de locura para reconocer que se ha encendido una chispa de esperanza en mi pecho. Extraño a mi madre. Extraño sentir que soy parte de algo.

–Voy a ir –digo asintiendo con la cabeza.

–Me alegro –me aprieta el hombro antes de soltarlo–. Tu mamá se va a poner muy contenta.

–Haría cualquier cosa para que esté contenta –le digo, mirándolo.

–Lo sé –responde él–. Yo también.

## Nota

<sup>1</sup> N. del E.: Cita de *Invictus*, de William Ernest Henley

# Capítulo 41

De: Declan Murphy <Declan.Murphy@Hamilton.edu>

Para: Juliet Young <Juliet.Young@Hamilton.edu>

Fecha: Miércoles 9 de octubre 10:21:07 p. m.

Asunto: Trazar nuevos caminos

Pensé que esta noche me iba a quedar en lo de Rev. Esta mañana tuve una pelea horrible con Alan y mi madre, y pensé que con eso ya estaba, que no había forma de reparar lo que habíamos dicho. Olvídate de trazar un camino: la conversación de esta mañana fue como las consecuencias de una bomba nuclear.

Pero esta noche se rompió el auto de Alan. Lo ayudé. Hablamos. Nunca habíamos hecho eso... en la vida. Él quiere que hagamos terapia familiar. Yo acepté.

Es mucho más difícil escribir esto con mi verdadero nombre. No te das idea. Volví a activar la cuenta de La Oscuridad, pero ya no es lo mismo. Sentía que me estaba escondiendo. Y así era.

Así que aquí estoy.

Te lo tendría que haber dicho esa noche, al costado de la autopista Generals. Te lo tendría que haber dicho mil veces después de eso.

Espero que no pienses que estaba tratando de engañarte.

Todo lo contrario, la verdad. Estaba tratando de engañarme a mí mismo.

No estaba listo para abandonar lo que teníamos.

Mi papá está medio dormido en el sillón mientras pasan un especial de HBO en la televisión, y se sobresalta cuando bajo la escalera y entro a la sala de estar. Busca a tientas el control remoto y apaga el televisor.

–Pensé que ya estabas en la cama –me dice.

–Todavía no –estaba acostada, leyendo el e-mail en mi teléfono, pasando el dedo sobre el nombre de Declan.

Tiene razón. Nos estábamos escondiendo.

Papá bosteza y se restriega los ojos, después me estudia y pregunta:

–¿Estás bien? ¿Quieres un poco de leche tibia para que te ayude a dormir?

–No tengo seis, papá –digo con una sonrisa, aunque temblorosa.

Él me devuelve la sonrisa, pero sus ojos se ven ensombrecidos y tensos. Está preocupado por mí.

El profesor Gerardi no le contó nada sobre las fotografías. Cuando llamó a mi padre, le dijo que yo estaba revelando las fotos de mamá, que vi algo que me afectó mucho y las destruí.

¿Se podrá decir que fue cobarde de su parte?

¿Se podrá decir que yo soy cobarde por no decir nada?

–¿Quieres venir a sentarte conmigo? –pregunta mi padre.

Estoy a punto de negarme porque no me he sentado con él en años... pero él abre los brazos y da una palmada al cojín que tiene a su lado.

–Vamos –me dice un poco en broma–. Siéntate con tu viejo, así les podrás contar a tus hijos cómo te torturaba.

Cuando me siento en el sofá, su brazo cae sobre mi hombro y me da un fuerte apretón. Siento su cuerpo tibio a mi lado, y me siento segura y amada bajo el peso de su brazo.

He pasado años idolatrando a mi madre y su dinamismo; cuando pensaba en mi padre, lo hacía en tonos aburridos de beige, pero él siempre ha estado a mi lado.

Y ella ha estado con alguien más.

–Shh –dice mi papá, y me doy cuenta de que estoy llorando.

Presiono los dedos contra mis ojos, y él me abraza fuerte, acariciándome el brazo.

–¿Quieres hablar? –pregunta.

–No... –se me quiebra la voz, y tengo que intentarlo una vez más–. No quiero lastimarte.

–¿Lastimarme? –me besa la frente–. No me vas a lastimar. No quiero que eso que te pasa te lastime a *tí*.

Me quedo mirando sus ojos compasivos. Los míos se llenan con más lágrimas.

–Mamá volvió antes –caen las lágrimas, calientes y pesadas, y se me entrecorta la respiración.

–¿Qué? ¿Cómo lo sabes? –pregunta mi padre, que quedó inmóvil.

–Su tarjeta de embarque estaba en su bolso –no puedo mirarlo. Apenas puedo respirar entre las lágrimas. Esto lo va a destruir, pero no puedo llevar sola esta carga–. Volvió antes para estar con Ian.

–Juliet... ¿cómo...?

–Lo vi, ¿sí? –las palabras prácticamente salen como una explosión–. Lo vi. Había fotografías de ellos en la cámara de mamá. En la cama. Lo siento, papá. Lo siento tanto. No me odies, por favor.

–Juliet... ay, cariño –suelta aire en un largo suspiro, y me vuelve a apoyar contra su hombro. Su mano me vuelve a acariciar el pelo–. Juliet, nunca podría odiarte.

–Estoy tan enojada con ella –digo yo–. ¿Cómo pudo? ¿Cómo pudo hacerte esto?

–Shh –susurra él–. Está bien.

–¡No está bien! –me echo para atrás y lo miro–. La odio. Tenía tantas ganas de que ella volviera... tantas.

Papá hace una mueca, y sus ojos también se llenan de lágrimas.

–No la odies, Juliet. No la odies.

–¿Nos amaba algo al final?

–¿A ti? –se le quiebra la voz–. Ah, sí. Te amaba más que a nada en el mundo.

–No más que a tres días con Ian –digo con un resoplido.

Papá se ríe, pero es un sonido lleno de tristeza.

–Sí, incluso más que a eso –hace una pausa–. Te amaba tanto que se quedó conmigo.

–¿Qué?

–Tu madre era... –niega un poco con la cabeza– un alma libre.

–Lo sabías –digo en voz casi imperceptible.

–Los detalles no. Nunca quise saber los detalles –lanza un resoplido, el primer sonido de enojo que le he oído emitir–. Ahora sé por qué él quería tanto esa bendita cámara. Lo que me enoja en realidad es que te hayas enterado así.

–Pero... pero... –trago saliva, la cabeza me da vueltas–. Pero estabas triste.

–Estaba triste –su expresión cambia–. Estoy triste. A pesar de lo que hizo, ella era mi esposa. Era tu madre. Yo estaba acostumbrado a que se fuera por largos períodos de tiempo, pero esto era permanente de otra manera. No sé si tiene sentido lo que digo.

Sí, tiene sentido.

–¿Durante cuánto tiempo pasó eso?

Él se encoge de hombros, un movimiento lleno de resignación.

–No sé. Quizás siempre. Pero yo no lo supe con seguridad hasta hace unos años.

No puedo lograr entender esto.

–Pero... ¿por qué te quedaste con ella?

Él me da una palmadita en el mentón y sonrío con tristeza.

–Porque te amaba, y tú la amabas a ella. Yo no podía quitarte eso.

Mi cerebro empieza a repasar los momentos en que los he visto juntos los últimos años. Tengo una multitud de recuerdos de instantes especiales con mi madre, pero faltan momentos compartidos entre mi madre y mi padre, y repentinamente, ahora entiendo. Siempre pensé que esa era una falla de mi padre, no poder estar a la altura de la brillantez de mi madre.

Nunca me di cuenta de que la falla era de ella.

–Ojalá lo hubiera sabido –digo, secándome las lágrimas.

–¿En serio? –pregunta papá, ladeando la cabeza.

–Sí. Pensé que no había cosa que ella pudiera hacer mal. Pensé que era la mujer más valiente del mundo.

–Eso no tiene nada de malo, Juli. Tu madre era valiente. Hizo cosas increíbles.

–Era egoísta –digo con tono tajante–. Volvía a casa a jugar a la mamá cuando tenía ganas, y te dejaba a ti con todo lo demás.

–Un poco, quizás –dice él, con una mueca–. Pero todos tenemos distintas ideas del fracaso. Esto no quita el trabajo que hizo. No quita el amor que ella sentía por ti.

–Volvió tres días antes por alguien más –empiezo a llorar y vuelvo a secar las lágrimas de mis mejillas. Ella no merece más lágrimas. Ahora no–. Me va a llevar un tiempo superar eso.

–Lo sé –dice él, en voz baja–. Lo sé –hace una pausa–. Pero yo estuve aquí esos tres días. Y voy a estar aquí todos los demás días, siempre que me necesites.

Me lanzo en sus brazos.

Él me abraza, y es la sensación más linda del mundo.



## Capítulo 42

De: Juliet Young <Juliet.Young@Hamilton.edu>

Para: Declan Murphy <Declan.Murphy@Hamilton.edu>

Fecha: Jueves 10 de octubre 5:51:47 a. m.

Asunto: Abandonar

Me alegro de que no me lo hayas dicho. La verdad es que tampoco yo quería abandonar lo que teníamos. De hecho, me entristece un poco saber que se terminó. No dejo de pensar en las conversaciones que tuvimos en la vida real, y de repasarlas sabiendo quién eras al otro lado de nuestras cartas. Hay una parte de mí que todavía no termina de creer que realmente eres tú.

Sabes que hay muchas cosas que no muestras al mundo. Creo que deberías mostrarlas. Dale otra fotografía. Muéstrales lo que me mostraste a mí.

Y a propósito de eso... ¿ahora, qué?

Cuando me despierto, veo un sobre encima de la mesilla de noche. Tiene mi nombre escrito en el frente, y reconozco la letra de Alan.

En el interior, encuentro trescientos dólares.

Casi se me salen los ojos de las órbitas.

No sé cómo interpretar esto. Me pongo una camiseta, tomo el sobre y bajo a la cocina. Mamá y Alan están sentados a la mesa, bebiendo café y hablando en voz baja.

Me quedo dando vueltas en la entrada, donde inmediatamente no sé qué hacer.

–Declan –dice mi madre.

–Hola –jugueteo con el sobre. El dinero me está poniendo incómodo. No me gusta la sensación de que están tratando de comprarme de alguna manera. Parece debilitar todo lo que pasó anoche entre Alan y yo. Voy a la mesa y lo arrojé allí.

–No puedo aceptarlo.

–Queremos que lo tengas –dice mi madre, con voz calma.

–No quiero el dinero de ustedes –digo, frunciendo el ceño.

–Es tuyo –dice Alan–. Te lo ganaste.

–No hice nada.

–Arreglaste mi auto. ¿No dijiste que por eso se suelen cobrar trescientos dólares?

–Dije que iba a ir a terapia o a lo que ustedes quieran –doy un paso hacia atrás, la mandíbula tensa–. No hace falta que me compren.

–Nadie te quiere comprar –dice él, hablando con la misma intensidad que yo–. Dijiste que eso cobraría un mecánico, así que elijo pagarte a ti –duda un momento–. Y quizás fuimos un poco severos al quitarte *todo* tu dinero para pagarle al abogado en mayo. Tardaste años en ahorrar eso.

Sí. Años. Hay que hacer muchos trabajos sueltos y cambios de aceite para reunir tres mil dólares... y esto no lo reemplaza ni por asomo.

Pero está bien. De algún modo, es mejor.

–Además –dice Alan–, te llamó un tipo llamado John King. Dice que algunos amigos de él quieren que les revises el auto. Supuse que podría aprovechar tus servicios antes de que empezaras a cobrar más caro.

El vecino de Frank. Me entusiasma.

–¿Llamó John King?

–Su número está al lado del teléfono. Dijo que están dispuestos a pagarte por la consulta.

Como si yo fuera médico o algo por el estilo.

–Bueno –respondo, tragando saliva.

Mamá se levanta de la silla, se acerca y apoya sus manos sobre mi rostro.

Es tan inesperado que me quedo helado.

–Perdóname –dice en voz baja–. Perdóname por no haber estado para ti. Quiero intentar hacerlo mejor.

–No hace falta –digo en voz baja.

–Sí hace falta –su rostro se frunce un poco, pero ella se ataja y respira hondo–. Estas hormonas... –se seca las lágrimas de un ojo–. Tengo una nueva oportunidad. Quiero hacerlo bien.

Me retumban en la cabeza las palabras que le dije ayer, y me ataca la culpa. *¿Vas a reemplazar a Kerry?* Apenas puedo hablar por la vergüenza.

–Perdóname por lo que dije. Lo siento muchísimo –le digo.

–Basta –responde ella–. Está bien. La nueva oportunidad es para todos.

Con esas palabras, rodea mi cuello con sus brazos y aprieta fuerte. Yo la abrazo también. No recuerdo cuándo fue la última vez que mi madre me abrazó, y me quedo abrazándola por un buen, buen rato. Hasta que ella retrocede de un salto.

–¿Sentiste eso?

–¿Sentir qué?

–¡Pateó el chiquito! ¡Por primera vez!

Sonrío, pensando en la señora del hospital.

–Suelo provocar esa reacción –después me doy cuenta de lo que ella dijo–. ¿El chiquito?

–Sí. Un niño.

–Un hermano –dice Alan.

*Un hermano.* He pasado tanto tiempo pensando que querían reconstruir nuestra familia que no se me había ocurrido la posibilidad de tener un hermanito. Mi cerebro apenas puede procesarlo. Doy un paso hacia atrás.

–Me tengo que preparar para ir a la escuela.

–Está bien –dice ella, asintiendo con la cabeza.

Me detengo en la entrada de la cocina y tomo del sobre un billete de veinte, después retrocedo y lo deslizo en frente de Alan.

–Y esto, ¿por qué? –pregunta él.

–Los repuestos –digo yo–. Los compraste tú.



–¿Me puedes recordar qué hacemos tan temprano en la escuela? –pregunta Rev.

Estamos sentados en la escalera de entrada de la escuela, esperando a que el guardia de seguridad abra la puerta principal. Está oscuro, hace un frío helado, y estoy a punto de pelear con Rev para quitarle el abrigo con capucha. Tiene hasta las manos metidas en las mangas. Hay niebla en todo el estacionamiento.

–Me tengo que reunir con mi profesora de Inglés –lo miro de reojo–. No hace falta que estés aquí.

–Tú eres quien me trae a la escuela.

–Entonces no te quejes.

Se siente el ruido de unos zapatos avanzando sobre el pavimento, y la profesora Hillard aparece de entre la neblina.

–Hasta llegaste temprano –dice, sorprendida.

–Para mi desgracia –comenta Rev.

Lo golpeo en el hombro y me pongo de pie.

–Usted no me dijo de qué quería hablar. Pensé que quizás sería algo importante.

–¿Listo para entrar? –pregunta ella, cambiando el bolso de hombro.

–Sí, claro.

Rev avanza unos pasos, y ella parece asustarse por un momento. La oscuridad y la capucha hacen que él se vea como un criminal. Después él dice, con su voz encantadora:

–¿Quiere que la ayude con los bolsos?

La profesora sonríe y extiende su morral.

–Qué atento.

La escuela está prácticamente en silencio a estas horas, los pasillos están llenos de sombras por las luces de seguridad, que alumbran de a ratos. El salón de la profesora Hillard parece una boca de lobo hasta que ella enciende la luz. Rev y yo nos sentamos en unas sillas de la primera fila. Ella mira a Rev, y después a mí.

–¿No te molesta si se queda tu amigo?

Rev sonríe y se reclina contra el respaldo de la silla.

–Hay amigos que llevan a la ruina, y hay amigos más fieles que un hermano<sup>2</sup>.

Por lo general, la gente mira a Rev como si no pudieran entenderlo y no estuvieran seguros de si vale la pena intentarlo. La profesora Hillard solo levanta las cejas.

–Puede que yo necesite tomar más café si vamos a empezar a recitar Proverbios.

–No le haga caso –digo yo, pateando la silla de Rev–. Pero se puede quedar.

La profesora abre el bolso y toma unas hojas de cuaderno. Reconozco mi letra. Ha escrito comentarios con tinta roja en todos los márgenes. Pone las hojas enfrente de mí.

–¿De dónde salió esto?

La pregunta me irrita y respondo:

–Lo escribí enfrente de usted. No me copi e.

–No estoy diciendo que te hayas copiado. Te pregunto por qué pudiste escribir quinientas palabras sobre un poema, cuando rara vez puedo sacarte algo más que una oración compuesta.

–Me hizo pensar –respondo, ruborizado y mirando hacia abajo.

–Escribes bien. Sabes argumentar tus opiniones y te expresas muy bien.

No recuerdo cuándo fue la última vez que un profesor elogió mi trabajo. Bah, qué digo... apenas recuerdo cuándo fue la última vez que un profesor hizo contacto visual

conmigo. Siento una agradable sensación en el pecho, y jugueteo con el lápiz.

–Gracias.

–¿Piensas escribir así de ahora en adelante?

–Quizás –esto parece una trampa.

–Porque te iba a preguntar si querías transferirte a la clase avanzada para entrar a la universidad.

Rev gira la cabeza repentinamente. Yo me quedé sin palabras.

–¿La clase avanzada? –pregunto cuando por fin puedo hilar una oración–. No me anoté en ninguna clase avanzada.

–¿Estás viendo a qué universidad te gustaría ir? La clase podría quedar bien en tu expediente académico.

Aparto la mirada. La mayoría de mis profesores esperan que continúe mis estudios en la Prisión Estatal de Maryland. Nunca había pensado en anotarme en una clase avanzada para entrar a la universidad, y mucho menos, transferirme a una un mes después de empezadas las clases.

–No sé si podré ponerme al día –le digo a la profesora.

–¿Quieres intentarlo?

*Tú trazas tu propio camino.*

Sí, pero en este camino tengo que subir por una montaña, empujando una carretilla llena de ladrillos.

–No sé.

–¿Piensas que no eres bueno? Te aseguro que lo eres.

–No... –respondo, apartando la mirada–, ahí van todos los chicos inteligentes. Van a pensar que soy un matón.

–Demuéstrales lo contrario.

Dudo un momento.

–¿Te preocupa el trabajo que tendrás que hacer? –pregunta ella.

–No.

La profesora se da vuelta, toma un libro de un estante y me lo da.

–¿Estás seguro?

Miro el título. *Adiós a las armas*, de Ernest Hemingway.

–¿Lo leíste alguna vez? –pregunta ella–. Esto es lo que estamos leyendo ahora.

–No –no podría reconocer un libro de Hemingway ni siquiera si él se parara enfrente de mí a leerlo en voz alta.

–¿Quieres intentarlo?

–Lo voy a pensar.

Espero ver la decepción en su rostro, pero no sucede. La profesora asiente con la cabeza.

–Quédatelo. Inténtalo. ¿Me avisas al final de la semana?

–Sí, claro –me falta un poco el aliento.

Rev y yo vamos hacia nuestros casilleros. Habrán empezado a llegar los primeros autobuses, porque los pasillos se están llenando de alumnos poco a poco.

–¿Lo vas a hacer? –me pregunta él.

–No sé. Tú, ¿qué piensas?

–Creo que deberías hacerlo –hace una pausa–. ¿De verdad te preocupa que piensen que no perteneces a ese sitio?

Normalmente, diría que no, pero este es Rev, y le cuento todo.

–Sí. ¿A ti no te preocuparía lo mismo?

–Quizás –responde él, encogiendo un poco los hombros.

–¿Quizás? –pregunto yo, tironeando de la manga de su abrigo.

Rev se detiene en medio del pasillo y, por un momento, tengo miedo de haberlo presionado demasiado después de la conversación que tuvimos la otra noche. Pero él se quita la capucha y baja el cierre del abrigo.

Y después se queda inmóvil.

–Por favor, Rev –digo con las cejas levantadas–, por lo menos espera a que estemos solos.

Él me golpea el brazo y sigue caminando. Todavía tiene el abrigo puesto, pero la capucha está baja, el cierre también.

–Tengo puesta una camiseta de mangas cortas –me dice un momento después.

–Bueno –lo miro–. No tienes que demostrar nada, Rev.

–No estoy listo –dice él–. Todavía no.

Me encojo de hombros y trato de que esto no parezca gran cosa.

–Siempre se puede hacer mañana.

–Sí –asiente él–. Siempre se puede hacer mañana.

[2](#) N. del E.: Proverbios 18:24, Biblia Reina Valera.



# Capítulo 43

## Servidor de correo para estudiantes de la secundaria Hamilton BANDEJA DE ENTRADA – Juliet Young

*No hay mensajes nuevos.*

Es la hora del almuerzo, y él todavía no ha respondido mi e-mail.

No tengo idea de qué significa eso.

En la cafetería, me quedo un rato en la fila y después paso como quien no quiere la cosa por al lado de la mesa en la que él suele sentarse con Rev.

No están allí.

No debería pensar esto, pero parece que lo hubieran hecho a propósito, y no por buenas razones.

Rowan y Brandon me reciben en su mesa, pero están en la etapa de su noviazgo en que se la pasan coqueteando y todo tiene doble sentido. En este momento, Rowan le está dando de comer uvas a Brandon, arrojándolas a su boca y riéndose de más cuando él no las ataja.

Estoy haciendo un gran esfuerzo para no lanzar un fuerte suspiro.

Una pierna cubierta por un jean pasa por encima de la banca, y siento el peso de un cuerpo que cae a mi lado.

Estoy algo sorprendida, aunque casi nada, cuando giro la cabeza y encuentro a Declan sentado a caballo sobre la banca.

Me deja sin aliento. Se ve tan llamativo y letal como siempre, pero conozco sus secretos. Sé que parte de eso es solo una fachada.

–¿Tienes ganas de dar una vuelta? –me pregunta.

–Eh... bueno.

Y después me sorprende tomándome de la mano.

Estamos en la escuela, así que las opciones son limitadas, pero él me tiene cautivada, y si me pidiera caminar sobre fuego en este momento, lo haría.

No me lo pide. Me lleva a la puerta trasera de la cafetería y salimos al patio.

El sol del mediodía arde encima de nosotros y le arrebató al aire cualquier dejo de frescura. Se hallan alumnos diseminados por todas partes, pero hay más privacidad al aire libre.

–Quise hablar contigo toda la mañana –dice él finalmente.

–No me escribiste.

–Quería *hablar* contigo –responde Declan, mientras niega con la cabeza. Se ve disgustado–. Y ahora que te tengo a mi lado, quisiera volver a ser La Oscuridad.

Entiendo a la perfección lo que quiere decir. Tengo mariposas que revolotean por el estómago.

–¿Quieres que tome mi teléfono?

–Lo voy a dejar como último recurso –dice él con una sonrisa.

Tengo la lengua hecha un nudo, así que sonrío, y seguimos caminando. El silencio es abrumador.

Él toma aire para respirar... pero vacila un momento.

–Está bien –digo con voz suave–. No tenemos que hablar.

Él se ríe por lo bajo y dice:

–No sé qué problema tengo. Tú sabes todo.

–Y tú también.

Él se frota el mentón –otra mañana sin máquina de afeitar, por lo que veo– y se

pasa una mano por el pelo.

–Espera –me dice, deteniéndome–. Tengo una idea.

Se da vuelta, queda en frente de mí y, tomándome desprevenida, se acerca. Mucho. Se acerca tanto que su mejilla roza la mía, y una mano se apoya en mi cuello. Si respiro hondo, mi pecho va a quedar presionado contra el suyo. Su aliento me hace cosquillas en la oreja, su barba me roza el mentón.

–¿Está bien así? –me pregunta en voz baja.

–¿Si está bien? Es como mil veces mejor que mi idea de los teléfonos.

Él se ríe, y ahora sí mi pecho toca el de él. Una de sus manos encuentra mi cintura. Podríamos estar bailando en lugar de estar compartiendo secretos. Tengo la imperiosa necesidad de envolverlo con mis brazos.

–Tengo algo que decirte –me confiesa.

–Puedes decirme lo que quieras –respondo, humedeciendo mis labios.

–Perdóname por las veces en que te traté mal. Estoy tratando de mejorar eso.

Me siento mareada, embriagada de tenerlo tan cerca.

Su pulgar roza mi cuello con un ritmo calmo.

–Me gustas –dice él.

–A mí también me gustas.

–Me gustas desde aquella mañana en la que te chocaste conmigo.

Lanzo una risita y trato de empujarlo, pero él aprovecha ese movimiento para acercarme más.

–No es verdad –le digo.

–Sí es verdad –susurra él, y ahora sus labios rozan mi mejilla–. En ese momento me dije: “Bien hecho, idiota. Otra chica más para la lista de gente que te odia”.

–Yo no te odio. Nunca te odié.

–Bueno, eso sí que me tranquiliza –dice él, pero puedo oír la sonrisa en su voz. Siento que toma aire a la altura de mi pómulo, y me saltan chispas en el estómago–.

Tendrías que escribir guiones para películas románticas.

–Lo voy a tener en cuenta para cuando escriba cartas de amor.

–¿Me vas a escribir cartas de amor?

Me sonrojo, y estoy segura de que él lo ve, que lo siente.

Pero después su voz pierde la sonrisa. Me dice:

–Fuiste la primera persona que me vio por completo, Juliet. La primera persona que me hizo sentir que era algo más que un chico con mala fama y antecedentes penales. Eso es lo más difícil de haber perdido a la chica del cementerio. No sé si alguien volverá a verme así.

Retrocedo un poco y apoyo ambas manos sobre su pecho, después las deslizo hasta llegar a su mentón.

Él aparta la mirada.

–Yo te veo por completo –le digo–. Y ahora te estoy viendo así.

Él toma mi mano, la apoya sobre su corazón y la sostiene allí. Cierra los ojos.

–Me estás matando, Juliet.

–Mírame –le digo.

Él me mira.

–No puedes trazar tu propio camino con los ojos cerrados –bromeo.

–Mira cómo lo hago.

Entonces se inclina hacia mí, y sus labios se apoderan de los míos.

# Agradecimientos

Honestidad absoluta: escribo esto estando enferma, mi vista se halla algo borrosa y estoy transitando esa etapa emotiva de la enfermedad en la que una piensa en la generosidad de la gente y empieza a llorar. Así que, si sueno a que estoy lloriqueando por escrito, culpen a la gripe A.

Primero y principal, tengo que agradecer a mi esposo. Es mi mejor amigo, mi confidente, mi pilar. (Bueno, ya estoy llorando. Segundo párrafo. Bien por mí). Desde el día uno de mi carrera como escritora, él ha ofrecido su apoyo incondicional, y yo no podría hacer esto sin él.

Va un agradecimiento gigante para mi agente, Mandy Hubbard, quien muy probablemente sea la Mujer Maravilla. (Sé que tienes los brazaletes dorados, Mandy. CONFIÉSALO). Un día nos veremos en persona y la voy a llenar de abrazos. Me imagino que esto sucederá en un campo repleto de margaritas, aunque ni siquiera sabría dónde encontrar un campo así. Gracias, Mandy, por todo.

Va otro agradecimiento gigante a mi editora, Mary Kate Castellani, quien ha ofrecido una guía y una mirada invaluable en la elaboración de esta novela. Puedes sumarte a Mandy y a mí en el campo de margaritas, así nos llenamos de abrazos entre las tres. O podemos estrecharnos las manos, si te gusta más. Pero en serio, soy tan afortunada de tener la oportunidad de trabajar contigo. Gracias por todo.

Muchas gracias a todas las personas de Bloomsbury que han estado trabajando para mí. Ojalá supiera los nombres de todos para poder agradecerles uno por uno, pero por favor sepan que sé muy bien que un libro es un esfuerzo conjunto, y todos ustedes

han participado en el mío. Mis más sinceras gracias. Espero conocerlos a todos algún día.

Agradezco con mucho cariño a mis queridas amigas y compañeras de críticas, Bobbie Goettle, Alison Kemper y Sarah Fine. Significan mucho para mí, y soy muy afortunada de tenerlas en mi círculo.

Tuve que investigar muchísimo para este libro, tanto en el aspecto legal como en el fotográfico. Charles “Chuck” Allen, te debo un almuerzo (o una cena, o un restaurante entero) por todos los e-mails que respondiste acerca de la fotografía y del periodismo gráfico. El oficial James Kalinosky del Departamento de Policía del Condado de Baltimore siempre ha sido una fuente de consulta para todas las cuestiones relacionadas con la ley, y esta vez no fue la excepción. La ayuda brindada por estos dos caballeros ha sido brillante. Si quizás quedó algún error en el escrito, son responsabilidad mía.

Muchas personas leyeron los primeros fragmentos o borradores de este manuscrito e hicieron comentarios que me ayudaron a lograr un mejor producto terminado. Agradezco con una sincera profundidad a Jim Hilderbrandt, Nicole Choiniere-Kroeker, Tracy Houghton, Joy Hensley George, Shana Benedict y Nicole Mooney.

Agradezco de todo corazón a mis lectores, ya sea por este el primer libro mío que leen, o ya sea porque me acompañan desde que conocieron a Becca y Chris en *Storm*. Sin todos ustedes, yo no podría hacer lo que amo. Gracias.

Como siempre, debo agradecer a mi madre por su eterna sabiduría, guía y apoyo, incluso cuando escribí un libro sobre un perro en el segundo año de la escuela. (Y todavía se lo muestra a la gente, señores. No miento).

Por último, como siempre, agradezco profundamente a los cuatro chicos Kemmerer: Jonathan, Nick, Sam y el bebé Zach. Gracias por permitir que mamá cumpla sus sueños; cada día yo doy las gracias por todos ustedes.

## Sobre la autora

Brigid Kemmerer es la autora de la novela realista *Cartas a los perdidos*; pero también ha escrito otras novelas, como el new adult *Thicker Than Water* y la serie nominada a los YALSA, *Elemental*, compuesta por cinco novelas y tres historias cortas, que *Kirkus Reviews* catalogó como “Un romance paranormal sorprendentemente humano” y que *School Library Journal* describió como “Un nuevo giro en el género paranormal”.

Kemmerer vive en Baltimore Area con su esposo y sus cuatro hijos.



- Título original: *Letters to the Lost*
- Dirección editorial: Marcela Luza
- Edición: Leonel Teti con Cecilia Biagioli
- Coordinación de diseño: Marianela Acuña
- Diseño de interior: Cecilia Aranda
- Diseño de flores de tapa © Sonja Lekovic / stocksy.com
- Diseño de tapa: DDesigns y Jeanette Levy

© Brigid Kemmerer 2017

© 2017 V&R Editoras

[www.vreditoras.com](http://www.vreditoras.com)

Esta edición se publica en virtud de un acuerdo entre V&R Editoras y Bloomsbury Publishing Plc. Todos los derechos reservados. Todos los derechos reservados. Prohibidos, dentro de los límites establecidos por la ley, la reproducción total o parcial de esta obra, el almacenamiento o transmisión por medios electrónicos o mecánicos, las fotocopias o cualquier otra forma de cesión de la misma, sin previa autorización escrita de las editoras.

ARGENTINA: San Martín 969 piso 10 (C1004AAS) Buenos Aires Tel./Fax: (54-11) 5352- 9444 y rotativas e-mail: <a href="mailto:editorial@vreditoras.com">editorial@vreditoras.com</a>	MÉXICO: Dakota 274, Colonia Nápoles CP 03810, Del. Benito Juárez, Ciudad de México Tel./Fax: (5255) 5220- 6620/6621 01800-543-4995 e-mail: <a href="mailto:editoras@vergarariba.com.mx">editoras@vergarariba.com.mx</a>
---	---

ISBN: 978-987-747-281-3

Marzo de 2017

Kemmerer, Brigid

Cartas a los perdidos / Brigid Kemmerer. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: V&R, 2017.



Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

Traducción de: Vanesa Fusco.

ISBN 978-987-747-281-3

1. Narrativa Juvenil Estadounidense. 2. Novelas Románticas. I. Fusco, Vanesa, trad. II. Título.

CDD 813

# ¡QUEREMOS SABER QUÉ TE PARECIÓ LA NOVELA!

Nos puedes escribir a [vrya@vreditoras.com](mailto:vrya@vreditoras.com)  
con el título de esta novela en el asunto.

Encuétranos en

 [facebook.com/vreditorasya](https://facebook.com/vreditorasya)

 [twitter.com/vreditorasya](https://twitter.com/vreditorasya)

 [instagram.com/vreditorasya](https://instagram.com/vreditorasya)

COMPARTE  
tu experiencia con  
este libro con el hashtag  
**#cartasalosperdidos**  
  

# Índice

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)  
[Capítulo 23](#)  
[Capítulo 24](#)  
[Capítulo 25](#)  
[Capítulo 26](#)  
[Capítulo 27](#)  
[Capítulo 28](#)  
[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)  
[Capítulo 31](#)  
[Capítulo 32](#)  
[Capítulo 33](#)  
[Capítulo 34](#)  
[Capítulo 35](#)  
[Capítulo 36](#)  
[Capítulo 37](#)  
[Capítulo 38](#)  
[Capítulo 39](#)  
[Capítulo 40](#)  
[Capítulo 41](#)  
[Capítulo 42](#)  
[Capítulo 43](#)  
[Agradecimientos](#)  
[Sobre la autora](#)